

LIAH JONES

TENÍA QUE

ser

MI PROFESOR

@Liah Jones

Primera edición: agosto de 2019

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Me trasladaba a un piso vacío que tenía mi familia en la ciudad; un pequeño apartamento muy cerca de la universidad y que me permitiría vivir sola sin necesidad de compartir. Algo a lo que me negaba en rotundo, porque quería ante todo, intimidad.

Tras preparar las pocas cosas que me quedaban para cerrar la maleta, me terminé de vestir con un pantalón ancho y una camiseta del Barça serigrafiada con el nombre de Fábregas, que me habían regalado por mi cumpleaños y salí de mi habitación, echando un último vistazo como si quisiera llevarme un recuerdo grabado en el cerebro.

- No sé por qué tienes que vestirte así, con lo guapa que eres... ¡Pareces un chico! -dijo mi padre cuando me vio salir de la habitación.

- ¡No empieces, papá! Ya te he dicho que me gusta ir cómoda... Creo que eres el primer padre que se enfada, porque su hija no enseñe su cuerpo.

- Bueno, vale no te lo digo más...

- Anda, ayúdame con la maleta.

Mi hermana pequeña, Maya, sonreía en la puerta de su habitación; pese a ser cuatro años menor que yo teníamos mucha complicidad y estaba muy orgullosa de que su hermana mayor fuera a seguir los estudios universitarios en la ciudad. Es una chica muy especial y mucho más guapa que yo, por qué no admitirlo, y a sus veintiún años podría conseguir lo que se propusiera, pero no era muy estudiosa y parecía conformarse con llevar una vida bastante más desordenada que la mía.

- Te voy a echar mucho de menos, ¿sabes?- dijo Maya abrazándome muy fuerte.

- No seas dramática, si casi todos los fines de semana estaré aquí

molestando.

- Ojalá ...

- Despídeme del tonto de tu novio; dile que echaré de menos sus quejas por todo, ...- le dije refiriéndome a las veces que había podido escuchar las discusiones de mi hermana, a través de la fina pared que separaba sus dormitorios.

- ¡No seas así! Sabes que Fernando te quiere mucho...

- Normal, lo conozco desde que tenía dieciséis años... ¡Dile que cómo te haga algo lo, mato!- dijo Nat haciendo un gesto en el cuello.

Fernando era un chico del barrio, que desde que tengo uso de razón ha estado rondando a Maya; llevan siendo novios desde hace cuatro años, al menos... Se había ganado la confianza de papá, pero no la mía... Podía entrar en casa cuando quisiera; yo, en cambio, me permitía el lujo de mantener las distancias porque lo había pillado más de una vez mirándome las piernas y el culo... Y puedo decir que le habría partido la cara de ser quien era y saber las consecuencias que podría tener, pero eso es otra historia.

También, sabíamos de sus andanzas nocturnas a solas, porque mi padre en eso sí era muy estricto con mi hermana pequeña y, si suspendía, no salía... Pero a mi hermana no parecía importarle o le restaba credibilidad a las habladurías y se le veía feliz con él; por tanto, ¿quien era yo para meterme en su relación?

- ¿A quién vas a matar? No me gusta que seas tan burra...- interrumpió mi padre llegando a donde estábamos y habiendo escuchado esta última frase de mí.- Vamos nena, ya tengo el coche en la puerta.

Besé, de nuevo, a Maya y ella me abrazó de forma sentida; me separé de ella mientras Maya aguantaba el llanto.

- ¡Échate novio! O al menos...- dijo mi hermana haciendo gesto de que me tirara a todo el que pillase.

- Sí, sí, jajaja... Seguramente será lo primero que haga.- dije de forma irónica, sabiendo que, pese a la opinión de mi hermana, mi vida sexual era mucho más activa de lo ella pudiera imaginar.

Mi padre y yo subimos al coche, tras cargar el equipaje en el maletero, y arrancamos con destino a la ciudad, despidiéndome de mi hermana por la

ventanilla del coche.

El viaje fue bastante pesado, porque el pueblo quedaba bastante alejado de la ciudad, aunque lo pasé la mitad durmiendo y la otra mitad enfrascada en la lectura del libro que llevaba en mis manos: “El primero en morir”, un libro de intriga protagonizado por una especie de club de mujeres investigadoras.

- Te vas a marear leyendo en el coche...- dijo mi padre sin quitar los ojos de la carretera.

- Voy a echar de menos todo lo que gruñes...

- No me digas esas cosas, que todavía doy la vuelta y te llevo a casa, mi niña- dijo el hombre que también estaba un poco emocionado por tener que alejarse de su hija.

Llegamos a la zona de aparcamientos de los apartamentos en los viviría. Aunque era un edificio antiguo, porque pertenecía a mi abuela, fallecida hace algún tiempo, no estaba nada mal situado y, aparte de unas zonas ajardinadas y una entrada de metro cercana, tenía bastante vida por tener el campus universitario tan cerca.

- Las llaves las tiene doña Julia.- dijo mi padre ante mi sorpresa

- ¿Doña Julia? ¿Quién es?

- Era una amiga de tu abuela; de siempre se ha ocupado de regar las plantas que tenía mientras ella estuvo en el asilo, y la verdad que nos pidió que mientras estuviera el piso vacío se quería seguir ocupando de cuidar las plantas... Ya sabes, las personas mayores cogen sus manías.

- Un poco tétrico, ¿no?

- ¿Tétrico? ¿Por qué?

- No sé, regar las planta de alguien que ha muerto...

- Nena, por favor, que estás hablando de tu abuela...- me riñó mi padre que no aguantaba el poco cariño que muchas veces demostraba su hija mayor

- Lo siento, papi... No quería ofenderte, pero si lo hace para ella estar bien, perfecto... A partir de ahora, las regaré yo.

Mi padre asintió y esbozó una sonrisa de comprensión; no era mala chica, solo me perdían las formas, a veces... Además, yo sabía que quizás, por ser la

primera o porque me parecía en el carácter a mi madre, era la niña de sus ojos.

- Bueno he hablado con ella, me dijo que mandaría a alguien a entregarnos las llaves, por lo visto está indispuesta.- dijo mientras sacaba parte del equipaje del maletero del coche.

- Vale, perfecto... Estoy deseando de llegar y darme una ducha.

- ¿Cuándo empiezas las clases en la universidad?

- Mañana mismo, pero tengo tiempo de sobra para ordenarlo todo.- dije sacando una bolsa deportivas donde llevaba algunos objetos personales de mi habitación.

Los dos llegamos a la puerta del edificio, él más cargado que yo, y justo cuando mi padre iba a llamar al portero automático de doña Julia, alguien abrió el portal desde dentro.

- Muchas gracias.- llegó a decir José, (así se llama mi padre) con las manos ocupadas por las maletas.

- No se preocupe. Usted debe ser José Canales, ¿verdad?-dijo el muchacho.

- Sí, soy yo...- dijo mi padre con desconfianza.

No pude evitar observar al hombre que sujetaba la puerta y hacerle un minucioso análisis; creo que leer ese libro sobre esas investigadoras me estaba convirtiendo en una perturbada... Aquel chico mediría sobre el 1'75 y tenía un cuerpo atlético, tendría sobre los treinta años, no más; llevaba el pelo muy corto, aunque no se podía adivinar cuánto, porque llevaba uno de esos gorros de lana fina, usados más en invierno que en verano, a pesar de estar en septiembre

Llevaba una barba descuidada y unos ojos pequeños, pero muy expresivos tras unas gafas de pasta muy modernas; una camiseta sin mangas, que dejaban ver un tatuaje en uno de sus antebrazos y unos vaqueros rotos, que dejaban intuir unas bien formadas piernas.

- Me dijo la señora Julia que vendrían ustedes a recoger las llaves del piso; ella está un poco fastidiada con la cadera y me pidió el favor de que se las trajera.

- ¿Y tú eres?- dijo José soltando las maletas para ofrecer su mano al todavía desconocido.

- ¡Ah, perdón! Soy Pedro; soy inquilino del edificio y Julia es mi casera. Desde que tuvo la caída, me ocupo yo de regar las plantas del piso y la ayudo en lo que puedo. Siempre se ha portado muy bien conmigo y es lo que menos que podía hacer tras un año molestándola... ¡Déjeme que le ayude con esas maletas!

- No te preocupes. Coge mejor las que lleva mi hija.

Los ojos de Pedro se clavaron en los míos y me sonrió, aunque yo no hice ningún gesto de empatía hacia aquel vecino. “Chico, te va a resultar más difícil de lo que crees romper la barrera. No soy ninguna niña tonta fácilmente impresionable” pensé con ganas de decirlo en voz alta.

- Encantado, soy Pedro...- repitió el chico ofreciéndome su mano; tengo que admitir que ese gesto me sorprendió gratamente al ver que no trataba de darme dos besos; no soportaba a los besucones: quería mi distancia de seguridad.

- Yo soy Nat...- dije estrechando con fuerza la mano de aquel chico, sin modificar mi gesto de indiferencia.

- Natalia, se llama Natalia...- protestó mi padre que no soportaba ese diminutivo que usaba su hija

- Pues me alegro conocerte Nat.- dijo Pedro.- O Natalia, como prefieras...

El muchacho subió las escaleras, charlando amigablemente con mi padre, cargado de maletas, que había cogido tanto de José, para descargarlo como me mí, a pesar de mis dudas... Fútbol y política: sabía como meterse a mi padre en el bolsillo.

Yo caminaba detrás de ellos, pensando más en la ducha que quería darme que en lo que aquellos dos hombres hablaban. Llegaron a la puerta del piso, que costaba abrir porque la madera estaba pujada por la humedad; Pedro explicó el truco: empujar hacia dentro a la vez que se hacía girar la llave. Fácil, no hace falta testosterona para eso.

Al entrar, vimos que aunque el piso estaba, más o menos, ordenado faltaba darle una buena limpieza aunque, eso sí, las plantas estaban preciosas y muy

bien cuidadas. Pedro dejó las maletas en el salón, mientras yo le daba a la llave de la luz y noté que no funcionaba.

- Debe ser cosa de los fusibles.- dijo José mirando el cuadro eléctrico como si fuera un experto.

- Faltan algunas cosillas por poner en orden pero, si quiere, yo le echo una mano, José...

- Pues muchas gracias, chaval... Porque no sé donde comprar nada por aquí...

No podía evitar atender de pie la conversación, fastidiada por no poder tener un poco de intimidad y darme la, tan deseada ducha. Pero bueno, suponía que mientras antes acabaran, antes podría quedarme a solas.

Mientras mi padre arreglaba algunos desajustes de los enchufes de la cocina, Pedro había salido a comprar los fusibles y otros utensilios a una tienda cercana. Yo pude aprovechar para cambiarme de ropa y ponerse cómoda, ya que no podía darme la ducha hasta que no hubiera luz en el baño... Un pantaloncito de pijama y una camiseta ancha, sin sujetador y recogerme el pelo en una coleta baja. Coloqué mis cosas, en la medida que la oscuridad de la habitación me lo permitía, en el dormitorio más grande de los dos que había, ya que podía elegir y así tener una cama grande.

Cuando volví al salón me sentó en el sillón al lado de la ventana para leer, ya que al no ver luz en el apartamento por ahora, era el único sitio donde se podía leer al entrar luz natural por el balcón. Mi padre seguía trasteando en la cocina con las bisagras de algunos muebles.

La puerta del piso, que se había quedado entornada, se abrió mientras Pedro entraba con una bolsa en la mano.

- Ya he traído eso, José... Un par de enchufes, las bombillas de bajo consumo y los fusibles.

- Gracias, chaval... Te estás tomando muchas molestias.

- No se preocupe, tampoco hay mucho que hacer por este barrio.- dijo el chico dejando la bolsa para que José cogiera los enchufes que faltaban por colocar.

Pedro colocó los fusibles y, después, cogió una silla para colocar la bombilla

del salón... Una vez colocada la bombilla, pulsó la llave de luz para que el salón quedara iluminado; la repentina aparición de claridad en la habitación, me molestó por no estar acostumbrada y bajé el libro y miré al intruso con desdén.

- Hágase la luz...- bromeó el chico mirándome, a pesar de que yo que seguía con el gesto torcido.

Viendo, quizás, que no estaba muy por la labor de seguir la broma, cogió el enchufe que faltaba y se puso a colocarlo muy cerca de donde estaba; mi padre se había marchado a la habitación a colocar la bombilla que también estaba fundida allí.

Volví a concentrarme en la lectura de su libro y, al pasar una de las páginas, observé a Pedro mirándome desde donde estaba, de rodillas; me pude dar cuenta que, al estar sentada con las piernas subidas al sillón, la camiseta se me había subido, dejando a la vista el pantaloncito del pijama y casi la totalidad de sus piernas... Cerrando el libro de un golpe, miré a aquel tío con cara de enfado y bajé mi camiseta lo más que pude para tapar mis piernas.

- Podías cortarte un poco, ¿no?- espeté al muchacho que estaba terminando de poner el enchufe.

- No, no... Perdona, estaba mirando el libro...- se excusó torpemente el chico.

- Vale, vale... Pero mira para otro lado, ¿de acuerdo?- contesté, pasando por alto su estúpida excusa y demostrando mi mal humor y cruzando las piernas.

Pedro se calló y colocó los dos últimos tornillos del enchufe; después se levantó sin mirarme, cosa que la verdad me importaba un bledo, y se dirigió a la puerta pero, justo cuando iba a salir, se dio la vuelta para mirar en mi dirección, con el ceño fruncido.

- El libro es de James Patterson, ¿verdad?- dijo Pedro, dejándome alucinada de que conociera al autor de “El primero en morir”.- Escritor estadounidense conocido por su serie de novelas sobre el detective Alex Cross y sus obras llevadas al cine como “La hora de la araña” y “El coleccionista de amantes”; no está muy bien tratado por la crítica porque lo acusan de que coescribe sus novelas con otros autores, debido a lo prolífico

de su producción literaria... Aún así, es un best seller, por encima de gente como Dan Brown y Stephen King...

Después dejó las llaves del piso sobre el mueble de la entrada y volvió a mirarme, que seguía petrificada por la reflexión sobre el autor que había hecho aquel chico.

- ¿Sabes? A veces, las apariencias engañan y no hay que prejuizar a las personas... Dile a tu padre que ha sido un placer conocerle...- dijo Pedro y se marchó cerrando la puerta.

Resoplé porque no estoy acostumbrada a que nadie me deje en evidencia de esa forma, a pesar de ser yo la que había metido la pata; solté el libro en la mesa y me acurruqué en el sillón, sintiendo un escalofrío de vergüenza en la nuca y una leve ¿excitación?. Tenía que tranquilizarme porque, no todos los chicos que me hablaran tenían porque buscar correrse en mi cara. Y no es porque no fuera sexualmente activa, que lo era... Simplemente es que había creado una especie de burbuja alrededor mía, que me protegía de cualquier intento de relación. “El sexo es sexo y el amor otra cosa muy distinta” solía repetirme una y otra vez.

- ¿Se ha ido Pedro?- dijo José que acababa de salir de la habitación, sudando.

- ¿Eh? Sí... Ha dicho que lo despidiera de ti, que lo habían llamado al móvil y tenía que irse...- mentí a mi padre, con cara de ángel.

- Vaya, no he podido ni darle las gracias y ni siquiera sé donde vive... ¿Le has dado las gracias tú?

- Sí... Sí, papá, claro...- volví a mentir, seguía un poco sorprendida por el corte que Pedro le había dado.

Mi padre estuvo un rato más en la casa arreglando algunos otros desperfectos, hasta que llegó el momento de despedirse... No es que quisiera perderlo de vista, pero quería quedarse a solas para empezar a habituarse.

- Bueno, nena... Cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo?

- Sí, papá.

- Si necesitas dinero, ya sabes...

- Sí, papá...

- ¡Y cuidado con traer tíos al piso!
- ¡Papáaaaaa!
- Vale, vale... No te pongas así... Dame un beso, anda.

Nos despedimos con dos besos y un tierno abrazo; después, lo acompañé hasta la puerta y me volví a despedir de él... Cuando se marchó, cerré la puerta del piso y me apoyé en la misma, por dentro. Por un momento, dirigí su mirada a las llaves del piso que Pedro había dejado encima del mueble de la entrada y volví a sentirse abochornada.

Por fin podría darme la deseada ducha, así que se fui hacia el dormitorio y preparé la ropa interior; unas cómodas braguitas azules y una camiseta de tirantes desgastada por el tiempo. Entré en el cuarto de baño y me desnudé, dándole al agua caliente... Antes de entrar observé mi reflejo en el espejo del baño, que se empezaba a empañar por el vaho; me di la vuelta y miré mi trasero y mis piernas desnudas, de las que siempre me he quejado por creer que le sobaban un par de kilos. La verdad es que de mi trasero nunca se me habían quejado y, a pesar de mis complejos, muchos chicos habían perdido el norte, con tal de tenerlo entre sus manos. Alguna vez, si os interesa lo suficiente os podría contar algunas cositas que he hecho con mi trasero...

Sentir la agradable temperatura de la ducha me hizo relajarme y desconectar un poco de todo lo relacionado con el traslado y mi nueva situación doméstica. Creo que estuve más de media hora bajo la alcachofa de la ducha, dejando escurrir el agua por mi cabeza y por mi cuerpo... Salí de la ducha y, en el mismo baño, me puse mis braguitas azules para salir con mis pechos desnudos al salón; y es que eso me encanta, caminar desnuda por mi casa, pero parece como si todavía no tuviera la suficiente confianza con esas inertes paredes de mi nuevo domicilio. Todo se andaría, ¿no?

Me coloqué la camiseta para sentarme en el sofá y encendiendo el portátil, me conecté a Internet para buscar algún restaurante chino que llevara la comida a domicilio; se había juntado que el frigorífico estaba vacío y no había tenido tiempo de ir a comprar, con mi tremenda adicción a la comida asiática, especialmente al arroz.

Hice el pedido por teléfono, intentando que el dependiente chino entendiera el pedido que quería hacerle; después, coloqué el ordenador sobre el sofá y me

tumbé a leer un rato. Comencé a leer sintiendo cómo me empezaba a excitar y mis pezones se ponían erectos bajo mi fina camiseta de tirantes. Frotaba mis muslos entre sí, notando la incipiente humedad en mi coñito, sin necesidad siquiera de tocarme... Qué ganas tenía de tener una casa para mí sola, para poder hacer lo que yo quisiera sin tener que estar pendiente de, si mi padre o mi hermana entraban en la habitación... Pero como si fuera un castigo divino, en ese momento sonó el timbre del portero automático.

- ¡Joder!- dije enfadada por la interrupción.- para contestar al portero.- Diga...

- Muralla China- anunció una voz el nombre del restaurante para informarme que era mi cena.

- Vale...- contesté dando al botón y abriendo la puerta del piso, mientras buscaba el dinero en el cajón donde lo había dejado mi padre antes de irse.

Sonó el timbre de la puerta del piso, a pesar de que la puerta estaba abierta; me acerqué, ya con el dinero en la mano y abrí la puerta... Me sorprendí de encontrarme a un chico no oriental de unos 19 años con la bolsa de comida en la mano. La verdad que tampoco era tan extraño, porque la gente joven buscaba trabajos para poder pagarse los estudios o sus caprichos.

- Su... Su pedido...- dijo el chico con los ojos como platos y la boca semiabierta.

Recogí la bolsa de sus manos y le entregué el dinero, costándome que reaccionara; entonces recordé que solo llevaba puestas las braguitas azules y la camiseta de tirantes que marcaban mis pequeñas pero tiasas tetas... En lugar de enfadarme, no pude evitar sonreír, tanto por lo surrealista de la situación que había provocado, como por la excitación que ya tenía.

- Muchas gracias...- le dije mirándolo de forma pícaro y sin hacer ningún amago de taparme.

- De... Nada...

Sonreí para cerrar la puerta dejándolo con un palmo de narices; me mordí el labio pensando en la de pajas que ese chico se haría esa noche con esa imagen... La de películas porno que habría visto en las que la chica semidesnuda invitaba a pasar al repartidor. La verdad que el chico no estaba nada mal y, quién sabe, si no llamaría otro día a ese restaurante... Uff, creo

que estaba demasiado caliente y no pensaba con claridad.

Me senté en el sofá de nuevo y abrí el envase del arroz tres delicias para comérmelo, metiendo el tenedor directamente en el tupper. Cogí el mando a distancia para encender la tele, pero no tenía pilas... La verdad que empezaba a echar de menos la compañía de la pesada de mi hermana y sus continuas interrupciones.

Recogí el salón y de nuevo volví al sofá con mi ordenador. De mi cabeza no se borraba ni la escena del repartidor, ni de la lección de humildad que el vecino me había dado unas horas antes. Una parte de mí estaba herida en su orgullo: ¿de verdad aquel tío no me había mirado las piernas?

Cogí el teléfono y llamé a mi hermana para charlar un rato con ella:

- ¡Hola Nat!- contestó mi hermana con una alegría desbordante.
- ¿Qué haces hermanita?- le contesté contenta por escuchar su voz.
- Pues nada, acabo de cenar y estoy viendo la televisión en mi habitación... ¿Cómo va tu vida de soltera?
- Jajaja, llevo tiempo siendo soltera...- reí ante la ocurrencia de Maya.
- Me refiero al hecho de vivir sola, ya sabes, sin papá vigilando...
- Y sin ti molestando...
- ¡Hala! Lo que me ha dicho... ¡Cállate!- gritó Maya apartando el teléfono de su boca.
- ¿Por qué me mandas callar?
- No es a ti, Nat; es a Fernando que está aquí conmigo...
- Maya, sabes que a papá no le gusta que se quede allí a dormir contigo.
- Nat, yo creo que a estas alturas sabrá que sus hijas ya han follado.
- ¡Qué burra eres! Pues supongo que lo sabrá, pero el respeto es lo primero.
- Ya sabes que Fernando solo duerme conmigo si papá no está...
- ¡Pues que salga de tu habitación, la mosca esa...!
- ¡No le llames mosca, Nat!
- Si está todo el día pegado a ti, como una mosca.

- Por favor, Nat... Sabes que me gustaría que os llevarais bien... Es mi novio.

- Maya, yo lo respeto y lo trato bien, pero no me pidas que sea una falsa, porque sabes que no puedo...

- Vale, de acuerdo... Pero no sé que te ha hecho Fernando.

- Nada, nada... Tú no me lo tengas en cuenta, ¿vale?

¡Por supuesto que me había hecho algo! Hace casi seis meses, como ya había que en una salida con mis compañeras de clase lo vi tonteando con unas chicas mientras mi hermana estaba ya en casa, durmiendo... ¿Qué por qué no le dije nada a mi hermana? Porque estaba segura que no me creería y solo serviría para que nos enfadáramos las dos; además, no había visto a Fernando hacer nada, porque si lo llego a ver, directamente le cruzo la cara de un guantazo...

- Nat...¿Estás ahí?- dijo Maya sacándome de mis pensamientos.

- Sí, sí, lo siento... Me había quedado mirando la televisión.- mentí para no desvelar el motivo de mis pensamientos.

- Bueno, pues buenas noches, hermanita... Te echo de menos...

- Y yo a ti, mocosa... Buenas noches...

Colgué el teléfono y recordé de inmediato que no había llamado todavía a Gonzalo para quedar con él al día siguiente; Gonzalo, o Gonzo como siempre lo llamábamos, era un chico de mi pueblo que llevaba ya un año en la ciudad, estudiando el mismo ciclo que yo, porque iba un curso adelantado al mío... De hecho, fue él quien me animó a venir a la ciudad y yo me atreví a venir porque sabía que podía contar con él para cualquier problema que me surgiera.

Gonzo y yo tuvimos nuestros escauceos hace tiempo y la verdad es que el chico no es nada malo en la cama. Es un chico delgado pero muy fibrado, bastante alto y con el pelo largo hasta por debajo de la oreja... La cosa es que primero se echó una novia estúpida, que duró poco, y luego se vino a la ciudad y la cosa se enfrió, también porque nunca había pasado de una serie de polvos en noches de fiesta.

- ¿Diga?- contestó la voz grave de Gonzo al otro lado del teléfono.

- Gonzalo, soy yo: Natalia...

- ¡Ah, nena! ¿Qué tal? ¿Ya has llegado?
- Sí, me trajo mi padre esta tarde...
- ¿Por qué no me has avisado y hubiéramos cenado juntos?

Por un momento se me pasó por la cabeza esa posibilidad, pero con lo caliente que estaba no quería empezar el primer día yéndome a la cama con mi amigo y después tener que complicar las cosas.

- No, que nos conocemos y ya sabes...
- Jajaja... Pues nunca te habías quejado...
- Hasta que me dejaste tirada por otra...
- Perdona, pero eras tú la que no querías relaciones fijas...

Touché. La verdad que tenía toda la razón del mundo; mi particular burbuja antisocial había conseguido alejar tanto a los malos como a los buenos chicos... De todas formas nunca pensé que una relación entre Gonzalo y yo funcionara.

- Bueno, cambiamos de tema, ¿vale? La norma era que seríamos amigos...
- Sí, sí... Por eso mañana te acompaño a clase... Como amigo.
- Jajaja... Eso es; ¿a qué hora vamos a quedar? ¿y dónde?- pregunté tratando de llevar la conversación por otros derroteros.
- Pues, ¿sabes llegar a la entrada del campus?
- Sí, supongo que sí... Vivo justo al lado.
- Ok, pues en la entrada hay un buzón de correos; nos vemos allí a las nueve y media de la mañana.
- Perfecto... Hasta mañana...
- ¡Oye!- dijo Gonzo antes de que yo llegara a cortar.
- Diiiiiiime...
- Que si todavía quieres que vaya, me visto y estoy en tu casa en cinco minutos, jajajaja...
- ¡Vete a la mierda, Gonzalo!- dije bromeando mientras colgaba el teléfono.

Una vez colgado el móvil, lo dejé sobre la mesilla que había junto al sofá; como si de un impulso se tratara, levanté los brazos y me quité la camiseta de tirantes dejando mis tetas al aire... Supongo que ya había cogido confianza con las paredes. Me conecté a una página erótica, y comencé a leer algunas novedades; en pocos minutos mis pezones estaban durísimos y mi mano acariciaba mi braguita por encima.

El hecho de tener la casa para mi sola, me daba una libertad de acción que me excitaba más aún; lo peor es que cuando mi mano empezó a acariciar mi coñito, frotando mis labios mayores suavemente, mi mente ya olvidaba lo que veía en la pantalla... La imagen de Gonzalo follándome, era bastante más recurrente y me hacía calentarme hasta límites peligrosos; el que no quisiera follarse otra vez con él, por miedo a estropear nuestra amistad, no quiere decir que no pudiera ser parte de mis fantasías...

Uno de mis dedos ya entraba en mi coñito, mientras con la mano me machacaba el clítoris, con mis braguitas azules echadas a un lado... Mi otra mano pellizcaba uno de mis pezones a la vez que mordía el cojín para que mis gemidos no se escucharan; supongo que era una manía de cuando estaba en mi casa y tenía que esconderlos de mi familia.

No tengo por qué negarlo, me encanta masturbarme; es una sensación sublime de control del placer de una misma... El hecho de gestionar tus fantasías para proporcionarte ese orgasmo que te deje deshecha sobre la cama, en este caso, el sofá.

Conforme la temperatura de mi cuerpo iba subiendo, y la corrida aproximándose, mi mente sustituyó a Gonzalo por aquel joven repartidor de gesto alucinado; imaginar que lo había invitado a entrar y que me follaba en el sofá del piso, con su uniforme y su gorra puesta... Ufff... Estaba muy, muy cerca y aquella fantasía me tenía a mil...

Pero justo cuando notaba el orgasmo en el cuello de mi útero, apareció en mi imaginación él: aquel vecino desaliñado que me había dejado en evidencia... Abrí los ojos como platos, sorprendida pero sin dejar de masturbarme...

Y fue así como llegué a correrme pensando en como Pedro, me daba una lección y casi me violaba contra la pared por mi actitud altiva y prepotente... Me quedé desmadejada tras haber soltado un gemido ronco, al expulsar todo el aire de mis pulmones, que perfectamente podrían haber escuchado mis

vecinos y parte de la provincia...

Acariciándome el pelo y tumbada en el sofá desnuda me quedé dormida, dándole vueltas a la cabeza.

Me desperté en el sofá del piso, tan solo vestida con mis braguitas y tapada con una fina sabana que había llevado al salón... El ordenador estaba sin batería sobre la mesa, debido a que me quedé frita sin llegar a apagarlo, después de mi sesión masturbadora. Miré el reloj del teléfono móvil y me había despertado diez minutos antes de que sonara la alarma. Pero bueno, así tendría tiempo de darme una ducha sin prisas ni miedo por llegar tarde.

Recogí el salón un poco y fui a mi habitación para coger ropa interior limpia y darme esa ducha que sirviera para abrir un poco los ojos. Entré en el cuarto de baño, mientras ponía música en la radio, y preparé la ropa sobre la tapa cerrada del inodoro. Al entrar desnuda bajo la ducha y empezar a caer el agua templada en mi cuerpo, no pude evitar emitir un ligero gemido; mi larga melena empapada por el agua mientras me enjabonaba los pechos y el vientre... Estaba dispuesta a recuperar la confianza en mí misma y, esta nueva vida que me esperaba fuera de la protección de mi padre me ayudaría a madurar un poco.

Salí de la ducha y me envolví en la toalla que había preparado para secarme a conciencia; una vez preparada, me puse mis pequeñas braguitas blancas y me dirigí, de nuevo, a mi habitación para decidir que ropa ponerme para ese primer día en la universidad... Al final me decidí por un pantalón vaquero bastante más ceñido que el que llevaba ayer, sin bolsillos atrás, por lo que marcaba mucho mejor la forma de mi trasero y una camisa de color azul que desabotoné hasta el inicio del escote, subido con un sujetador del mismo color blanco que las braguitas. Me dejé mi largo pelo suelta hasta la cintura, porque aún estaba mojado de la ducha y me maquillé lo justo, para darle un poco de color a mis mejillas y mis ojos.

Hoy era solo el día de presentación de los compañeros y de las clases, así que cogí los formularios y un par de folios blancos en mi carpeta y salí de casa en dirección a la entrada del campus, donde había quedado esa mañana con Gonzalo. No sé si era por mi fantasía de la noche anterior, donde

mi amigo tenía parte de protagonismo, pero estaba deseando de verlo después de casi seis meses sin hacerlo. Llegué incluso un poco antes de la hora convenida a aquel buzón de correos que me indicó por teléfono, el día de antes.

La verdad que al haber quedado justo en la entrada del campus universitario, allí había muchísima gente que pasaba con prisa o que esperaba a otra gente; saludos de gente que se reencontraba tras el periodo de vacaciones e, incluso, parejas que retomaba algo que dejaron pendiente. Algunos chicos al pasar, me miraban fijamente y no puedo decir que me desagradará porque, digamos lo que digamos, a las chicas nos gusta que nos miren y nos hagan sentir deseadas; bueno, hablo por mí...

- Nat, ¿llevas mucho rato esperando?- escuché a mis espaldas, para girarme y encontrarme con Gonzalo.

- No, acabo de llegar ahora mismo.

- Vaya, estás guapísima, nena...- me dijo con un repaso ocular de esos que acabo de decir que me sientan tan bien.

- Lo mismo digo.- dije sonriéndole.

Y era una verdad como un templo. El chico, quizás por la práctica de algún deporte en la universidad, seguía estando tan delgado como siempre pero se le notaba mucho más definido. Su pelo castaño como siempre, con ese peculiar flequillo de punta como Tintín y esos ojazos marrones grandes y expresivos. Venía con una camiseta de básquet de los New York Knicks y unos pantalones cortos vaqueros cortos bastante anchos, con unas zapatillas deportivas enormes. No se correspondía mucho a la imagen que tenía de él en mi fantasía de anoche pero, para nada, empeorada mi imagen soñada.

Me dio dos besos mientras me cogía de la cintura y volvía a mirarme de arriba abajo con esa mirada lujuriosa que me estaba encendiendo a cada momento que pasaba.

- ¡Vaya! Ahora me arrepiento más de no haber ido anoche a cenar a tu casa...- rio Gonzalo.

- No empieces, ¿eh? Recuerda que somos...

- Solo amigos, lo sé...- terminó la frase con una leve sonrisa y

poniendo los ojos en blanco.

- ¿No traes nada para tomar apuntes el primer día?

- No, mujer... Hoy te enseñan el centro, te presentan el horario de clases, al profesorado y poco más... Además después estorba todo para la fiesta.

- ¿Fiesta?

- Sí, Nat... Después de la presentación solemos hacer una barrilada; se han instalado en el campus unas barras y unos grifos de cerveza y nos tiramos hasta las tantas de la madrugada...

- Joder, menuda vida universitaria que os pegáis.

- ¡Vamos! Si no has cambiado mucho, a ti siempre te ha gustado la fiesta.

- Algo sí que he cambiado...- dije queriendo hacer referencia a mi gusto por encerrarme en mi habitación en los últimos meses y no salir tanto de fiesta.

- Sí, sí... Ya veo que algo ha cambiado...- dijo Gonzalo volviendo a echarme una de sus morbosas miradas, incluso mordándose el labio.

- ¡Para ya!- le dije riendo y dándole un golpe en el hombro.

- Bueno, vamos para adentro y te enseño donde tienes que entregar la documentación.

- Muy bien- le dije cogiéndome de su brazo, mientras él me miraba sorprendido por mi gesto.

Llegamos justo a la entrada principal del edificio de la facultad, donde había una autentica marabunta de personas charlando y fumando. Gonzalo me cogió de la mano, para llevarme hacia dentro de la universidad esquivando a la gente.

- ¡Hey tío! ¿Dónde te metes? - le dijo un chico acercándose a nosotros y dándole un manotazo en la nuca que no pareció molestarle.

Gonzalo como si tratara de ocultar cualquier gesto que pudiera dar a entender algo que no era, soltó mi mano de inmediato, aunque pude ver

como el chico lo vio con el rabillo del ojo, pero no dijo nada.

- ¡Dani! Es que ha venido una amiga del pueblo a estudiar este año aquí y he quedado con ella para enseñarle esto.

- ¡Ah, vale! Y la amiga se llama...- dijo Dani, dirigiéndose directamente a mí.

- Natalia...- dije, incluso avergonzada por la arrolladora personalidad del amigo de Gonzalo.

Y es que Dani era un chico de esos que te dejan con la boca abierta con tan solo su capacidad de expresarse; un chico tan alto como Gonzalo, rubio con el pelo largo recogido en un coleta y de tez blanca. Después me enteré de que formaba parte del equipo de básquet de la universidad al igual que mi amigo, pero eso es otra historia.

- Bueno, pues encantado de conocerte preciosa...- dijo el chico dándome dos besos en las mejillas, ante el gesto contrariado de Gonzalo.- Espero verte luego en la fiesta.

- Sí, claro, supongo que sí...- dije mientras Dani se alejaba y me dejaba de nuevo con Gonzo.

- Vaya, parece que le has caído bien a Dani... Cuidado con él.

Yo me eché a reír ante la advertencia de mi amigo, más propia de un novio celoso que de un compañero protector.

- No parece mal chico...- dijo tratando de picar más a Gonzo.- No seas celoso.

- ¿Yo, celoso? Sólo es una advertencia; Dani, digamos que es experto en llevarse a tontas a la cama pero, al menos, nunca se han quejado de cómo folla...

- ¿Me estás llamando tonta?

- ¿Te lo vas a follar?- me contestó con otra pregunta.

- Gonzalo, por favor, sólo me ha invitado a la misma fiesta donde tú vas a estar.

- Bueno, ya está... Se acabó el tema.- dijo mi amigo bastante contrariado.- Te enseñó la facultad que es para lo que hemos quedado y, luego

ya veremos en la fiesta...

- Lo que tú digas...- dije muy seria al ver que la broma había llegado demasiado lejos y que mi amigo se sentía ofendido.

Volví a cogerme de su brazo como antes, pero esta vez no hizo ningún gesto de sorpresa, ni noté una reacción extraña; le limité a aceptar el contacto... Me pasaba por jugar con fuego, nunca sabía cuando parar mis bromas.

Entramos en el edificio y se congregaban un montón de gente frente a la secretaría, supongo que para hacer efectiva la matriculación. Yo miré la fila y resoplé un poco desanimada por la espera te me aguardaba.

- No te preocupes, Nat. Vamos a ver el Centro, asistes a la presentación de tu clase y luego vienes; habrá menos gente seguro.- dijo Gonzo tirando de mi brazo y volviendo a esbozar esa sonrisa.

- Vale, será lo mejor...- dije, dejándome llegar por el chico que conocía todo aquello.

Seguimos andando mientras Gonzalo me enseñaba algunas de las zonas del edificio principal: la biblioteca, el archivo, el acceso a la planta de las aulas, la cafetería; la verdad que la vida que tenía aquella universidad no era ni de lejos la que yo había vivido en mi pueblo y una sonrisa tonta se marcaba en mi cara.

Quedé con Gonzalo en la puerta del aula magna, cuando acabara mi presentación... La verdad que, como suponía, esas primeras dos horas de "clase" en las que se presentó el decano, D. Ramiro, y nos informó del contenido de las distintas especialidades cursadas por los alumnos de primer año, así como de las normas de evaluación fue un autentico tostón; yo me limitaba a observar el gran hemiciclo que era el aula magna e ir jugando a analizar a algunos de mis compañeros que, sería por la falta de confianza aún, nos sentábamos muy separados unos de otros... Estaban el grupo de chicos escandalosos, al que el profesor tuvo que llamar un par de veces la atención; la chica presumida que usó todo el tiempo de la presentación en pintarse las uñas; el muchacho con gafas que no dejaba de tomar apuntes de todo lo que D. Ramiro decía. Todo tipo de fauna, vamos...

Una vez trascurridas las dos horas de suplicio de monologo de mi

futuro tutor, salí del aula magna y allí estaba Gonzalo esperándome con una sonrisa en la boca.

- ¿Qué tal? ¿Has hecho amiguitos?- me dijo en tono bromista.

- Bufff, no sé... Creo que va a ser un año muy largo.

- No me preocupes, Nat... Esa era la presentación de los alumnos recién llegados al centro; conmigo compartes un par de asignaturas y ya te iré presentando gente...- dijo Gonzalo tratando de animarme.

Caminamos hacia el pasillo de entrada de nuevo, para pasar junto a la cafetería; desde lejos se podía ver como, aunque con mucha menos gente, seguía habiendo cola en secretaría.

- ¡Gonzalo!- nos llamó una voz femenina desde la cafetería, haciendo que mi amigo resoplara.

- Hola, Miriam... ¿Qué tal?

- ¿Qué tal? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme después de un mes?- dijo ofendida la muchacha.

Yo sonreí porque Gonzo seguía siendo tan golfo como siempre, y tengo que admitir que eso me llamaba la atención.

- Bueno, perdona...- se disculpó dándole un casto beso en la mejilla a la chica que se dio por satisfecha.

- Me lo pensaré. ¿Quién es tu amiga?- dijo Miriam mirándome con curiosidad, pero sin ningún atisbo de celos.

- ¡Ah perdona!- dijo Gonzo.- Miriam, ella es Natalia; es una chica de mi pueblo que ha venido a estudiar aquí... Es como mi hermana, la conozco desde pequeña.

¿Cómo su hermana? ¡Será cabrón! Si algo soy yo, es orgullosa y eso me dolió; una cosa es que yo mantuviera las distancias y, otra muy distinta que fuera él quien me ninguneara delante de uno de sus ligues.

- Vamos, que se ha acostado contigo, ¿no?- me preguntó Miriam ante mi sorpresa mientras le daba un cogotazo a Gonzo.- No te preocupes, yo también he sido su hermana unas pocas veces, jajá.

La verdad que la naturalidad de Miriam me gustaba; en ningún momento

parecía ni ofendida, ni burlarse de mí; simplemente estaba acostumbrada a los juegos de Gonzo y sus amigos.

- Luego nos vemos en la barrilada, ¿vale?- dijo Miriam dándole otro beso a mi amigo.- ¡Ah! Y encantada, Natalia... No hace falta que estés todo el día con estos idiotas; luego puedes venir conmigo si te apetece.

- Vale, muchas gracias.- le dije dándonos dos besos.

La chica se alejó de nosotros mientras bromeaba con otra de sus amigas; yo reía observando a Gonzalo, que no sabía muy bien a que venía mi reacción.

- Así que “como mi hermana”, ¿eh? - dije dejándolo perplejo.

- Bueno, en parte es verdad, ¿no? Nos conocemos desde pequeños.

- Vamos que querías dejar las cosas claras, para no meter la pata con esa chica.

- ¿Miriam? No, no... Ella es especial; hemos tenido un par de rolletes, pero nada serio... ¿Sabes? Me recuerda a ti, en su manía de no querer nada serio y eso.

- Sí, sí... Pobrecito, que quieres una relación seria y nadie quiere, Jajaja – bromeé dándole un pellizco en el brazo.

- ¿Yo? ¿Relación seria? ¡Eso es lo que tú quisieras!- siguió con la broma dándome un manotazo en mi culo.

Justo en ese momento, fijé mi vista en el fondo del pasillo donde, riendo con una mujer de unos cuarenta y tantos años y con una carpeta en la mano, estaba Pedro, aquel vecino que me había daba uno de los mayores cortes de mi vida... Me quedé petrificada y, puedo jurar, que no me salían las palabras.

- ¿Qué pasa?- me dijo Gonzo que vio mi reacción, sin saber a que se debía.

- Nada, nada... Aquel tío; es vecino mío; y me ha sorprendido verlo aquí...

- ¿Pedro? -preguntó Gonzalo al ver al chico al que me refería- ¿Lo conoces?

- No, no... Sólo es vecino mío.- dije disimulando.- ¿A qué curso va?

- ¿Curso? No, no... Jajaja... Natalia, Pedro es uno de tus profesores de especialidad.

Os podéis imaginar como me quedé en ese momento; creo que el blanco de las paredes de ese pasillo no desentonaba con el de mi cara... Había chuleado a mi futuro profesor, que por otra parte me había dejado tirada, había fantaseado que me follaba salvajemente en el sofá de mi casa y, lo peor, es que me había gustado que lo hiciera.

- Espera te lo presentaré...

Antes de que pudiera impedirlo, Gonzo ya estaba llamando a Pedro y haciendo gestos para que se acercara; mi vecino, al escuchar la llamada de mi amigo, dejó a su interlocutora disculpándose, para acercarse a nosotros:

- ¿Qué tal, Gonzalo?- saludó muy efusivamente a mi amigo sin percatarse de mi presencia.

- Pues aquí estamos otra vez, para aguantar los coñazos que sueltas, jajá.

Entonces fue cuando Pedro me miró y, por supuesto, me reconoció al instante; su mirada no fue como la del otro día, sino una mezcla de sorpresa e indiferencia que puedo asegurar que me hizo temblar por dentro... Como he dicho antes, yo me considero muy orgullosa, pero Pedro hacía que me desarmara y su papel de profesor no hizo sino agravar esa sensación.

- ¡Ah, perdona! Esta es Natalia, dice que es vecina tuya...- dijo Gonzalo que mostraba una familiaridad con Pedro que me tenía anonadada.- Es nueva en la universidad y será alumna tuya.

- Pues, encantado, Natalia de verte otra vez...- dijo Pedro volviendo a estirar su mano grande y fuerte para saludarme.

- Igualmente...- dije torpemente no pudiendo disimular mi nerviosismo.

- ¿Vas a estar en la fiesta, luego?- siguió con la conversación Gonzo, mientras Pedro me miraba de vez en cuando con una media sonrisa que me tenía cardiaca.

- No creo, ya sabes que no me gusta que me vean con los alumnos en las fiestas...

- Jajaja... Al menos en las fiestas públicas, ¿no? - dijo Gonzo, haciendo que yo no entendiera nada.

- Bueno, luego nos vemos...

- Venga, Pedro... Anímate; una cervecita, nada más... - dijo Gonzalo mientras mi profesor se alejaba hacia un gesto de desdén con la mano y sonreía.- ¡Ey, Pedro! ¡Un momento!

Ante la llamada de Gonzalo, Pedro se detuvo en mitad del pasillo dándose la vuelta; mi amigo cogió mi hoja de matriculación de mis manos y se dirigió a él:

- Si vas a entrar en secretaria, ¿podrías entregar el expediente de Nat? Es que hay mucha cola.

Yo miraba avergonzada a Pedro, sin saber muy bien que decir; no es que estuviera superada por su personalidad, porque la verdad que poco a poco iba recuperando el color de mi cara, y no era mi intención pedirle ningún favor a alguien que me ninguneaba de esa forma.

- Sí, dámelo anda... - dijo estirando su mano mientras se acercaba a nosotros de nuevo y le dijo a Gonzo.- Pero, me debes un favor...

- ¿Yo? ¡Qué va! Te lo debe ella.- dijo mi amigo señalándome con el pulgar.

- Bueno, vale... Me debes un favor.- dijo mirándome a los ojos.

Pero esta vez estaba preparada para no sucumbir a su tratamiento distante y mordiéndome el labio inferior, sin que Gonzalo se diera cuenta, le susurré:

- Cuando quieras...

Por primera vez, vi a Pedro descolocado y me gustó; parecía un pajarillo que no sabía donde estaba su nido. No era un chico tan duro como quería aparentar y, si quería jugar, íbamos a jugar... Pero era un rival duro y, por supuesto, no se iba a quedar así: recobrando el control y mirándome a los ojos, me soltó:

- No lo dudes.

Punto, set y partido... Creo que en ese momento mis braguitas comenzaron a mojarse de la impresión; no sé que tenía ese profesor pero me ponía más que ningún otro hombre que hubiera conocido en mi vida... Y ahora no podía decir que me estaba hablando de ningún autor de libro alguno.

Se alejó de nuevo, esta vez con mi hoja de matriculación bajo el brazo y con Gonzalo, ajeno a nuestro flirteo, provocándolo para que viniera a la barrilada; yo estaba segura que vendría, porque me estaba dando cuenta que a Pedro le estaba gustando este tonto tanto como a mí.

- Oye, ¿a que te referías con lo de las fiestas privadas?

- Bueno, Pedro es un antiguo alumno de la universidad, pero nada más sacarse la carrera entró en el Departamento de Literatura Universal... Algunos profesores no ven con buenos ojos que se relacione con los estudiantes.

- Con relacionarse, te refieres a...- dije sorprendida por el matiz de la palabra.

- No, mujer... Bueno que yo sepa no se ha liado con ninguna alumna, pero no les gusta que ningún profesor esté en contacto con nosotros durante las fiestas para evitar habladurías...

- No me has contestado a lo de las fiestas privadas...

- Eso es que algunas veces hemos organizado fiestas en casa de alguno de nosotros y, entonces sí, Pedro ha venido un par de veces, pero se jodió el invento...

- ¿Cómo que se jodió el invento?

- Alguien dijo que estuvo en una de esas fiestas y le costó un disgusto con el catedrático, desde entonces trata de estar más distante.

- ¿Y no sabéis quién fue?

- No, pero es que se nos fue de las manos... Antes a esas fiestas íbamos solo los del equipo de baloncesto y algunos chicos y chicas pero, poco a poco, se fue agregando gente y ya no controlábamos...

- Yo creo que hoy vendrá a la barrilada...- dije mientras salíamos fuera del edificio hacia la zona de la fiesta.

- ¿Y eso?
- Bueno, tendrá que darme la copia de los impresos, ¿no?- le dije a Gonzalo guiñándole un ojo, muy segura de sí misma.
- Jajaja, pues es verdad... Verás cuando se lo diga a Dani, con las ganas que tiene de pillarlo en una fiesta. Además al ser la de bienvenida si vienen más profesores...
- Lo importante es que me invitarás a una cerveza, ¿no?
- Por supuesto pero, ¿qué me llevaré yo a cambio?- dijo Gonzo cogiéndome de la cintura, gesto que no me desagradó en absoluto por el calentón que llevaba por Pedro.
- Bueno, tú emborráchame y ¿quién sabe?- sonreí quitando su brazo de mi cintura.

Llegamos a la zona en la que se desarrollaba la fiesta; era una explanada de terreno con otro edificio al fondo, que Gonzalo me dijo luego que era el polideportivo de la universidad, y una serie de barras, pertenecientes a cada una de las especialidades, desde donde se servían cervezas a granel. En una zona un poco más apartada, había otra pequeña barra donde estaban situados algunos profesores, en unas pequeñas mesas acompañando la bebida con snacks de todo tipo.

La mañana transcurrió muy divertida, con Gonzalo en su papel de anfitrión y Dani, como bien me advirtió mi amigo, tratando de ligar conmigo por todos los medios; conocí a algunos componentes más del equipo de baloncesto de la universidad y, la verdad, que parecía que los habían escogido por casting en lugar de por sus cualidades en el deporte de la canasta, ¡madre mía!

- Oye, Natalia...- me dijo Miriam, la amiga de Gonzo, acercándose a mí por primera vez.- aléjate de esos idiotas y vente a conocer a las chicas.

La verdad es que, aparte de en el sentido sexual por supuesto, siempre me he sentido mucho más a gusto en la conversación con chicos que con chicas; pero tampoco era cuestión de llevar la contraria a Miriam, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por integrarme en la pandilla.

Cogida de su brazo, nos alejamos del grupo de chicos para acercarnos a las partes de atrás de unas gradas deportivas donde había un grupo de tres chicas

y un peste a marihuana que echaba de espaldas.

- Natalia, estas son Almudena, Carla y Luisa; chicas, ella es Natalia, es amiga de Gonzalo y viene de su pueblo para estudiar éste año.

- Encantada.- dijo la que se llamaba Almudena, levantándose para darme dos besos.

Las tres chicas eran muy distintas y con mi capacidad de análisis, herencia de mi gusto por las novelas de misterio e intriga, las observé mientras hablaban con Miriam...

Almudena parecía una chica dicharachera como Miriam, gesticulaba mucho y agitaba su melena rubia mientras sus grandes ojos azules parecían querer acaparar la atención de todo lo que la rodeaba. Era bastante más bajita que yo, pero eso no quitaba para que tuviera un cuerpo precioso coronado con un culo respingón digno de un catálogo de tangas.

Carla, en cambio, era una chica corpulenta y un poco pasada de kilos... Me observaba muy seria tras unas gafas ahumadas de sol; su pelo rizado muy corto recogido en una pequeña coleta que apenas era capaz de sujetar con la goma. Vestía ropa ancha, que la hacía parecer aún más voluminosa y era la responsable del olor a yerba, porque daba pequeñas caladas a un porro que sujetaba de manera casi imperceptible en sus manos.

Y por fin, Luisa... Una morenaza de piel morena de rasgos latinos que, por la expresión de sus ojos, también habría probado la "medicina" de Carla. Su pelo, largo y liso, caía sobre sus hombros y encumbraba unas tetas perfectas insinuadas en un escote provocador. Unas mallas negras muy pegadas daban fe de las piernas tan bonitas que tenía. Sin lugar a dudas, era la más atractiva de las cuatro.

- Así que eres amiga del follarán...- dijo Carla con un gesto despectivo.

- Pues no sé quien es el follarán- contesté mirando muy seria a la amiga de Miriam; porque si algo me revienta son las actitudes chulescas de los desconocidos.

- Se refiere a Gonzalo.- dijo Miriam con una sonrisa en los labios.- Lo llama así, porque como se ha acostado con Luisa y conmigo.

- ¿Con las dos?- pregunté sorprendida de saber la gran actividad de mi amigo.

- Pero a la vez no, ¿eh? Ya le gustaría a él...- rio Luisa cogiéndose del brazo de Miriam.

- ¿Y no os sienta mal que os use solo para follar?- dije analizando la situación

- Quizás la pregunta sea: ¿Quién está usando quién?- dijo Miriam riendo a carcajadas con su amiga.- Mira, Natalia, tenemos ya veinticuatro o veinticinco años como andar enamorándonos del primero que pasa... Pasamos buenos ratos con algunos chicos y ya está. El sexo es sexo...

Me quedé perpleja con la explicación de Miriam, entre otras cosas porque no creía tener la suficiente confianza como para que me dijera según que cosas. Pero, de todas formas, defendía una mentalidad muy parecida a la mía: una mujer sin compromiso puede hacer, exactamente, lo mismo que un hombre. Por un momento, recordé como cuando conocí a Gonzalo, era un chico enamorado que buscaba pareja fiel y segura... Pero tuvo la desgracia, quizás, de toparse conmigo que venía de vuelta de todo –y de una relación tormentosa- y que no buscaba nada serio; poco a poco, se fue liberando de esos complejos sociales de la relación perfecta, hasta que conoció a su ex novia. Por lo que, en parte, me sentía responsable del cambio de personalidad, y con ello de la frenética actividad sexual, de Gonzalo.

- Bueno, en realidad me gusta saber que no tenéis prejuicios... Pero la verdad, lo de Gonzalo me ha sorprendido.

- Venga, nena... Si seguro que tú también te lo has tirado.

Sonreí por toda respuesta, lo que provocó las carcajadas de las dos chicas, mientras Carla seguía mirándonos con gesto de disgusto... Había encontrado un grupo de chicas con las que poder hablar sin tener que ponerme ninguna mascara para ocultar mi personalidad y, tengo que admitir, que sentía incluso más simpatía por ellas que por los chicos, cosa extraña en mí.

- Oye, ¿me podéis contar lo de las fiestas privadas que tienen tanta fama?

- Bueno, la verdad que eran la hostia, pero también una locura.- dijo Miriam.

- ¡Sexo, drogas y rock and roll!- bromeó Luisa tocando una

guitarra imaginaria.

- ¿Sexo? ¿También había sexo?- pregunté un poco descolocada.

- No siempre, jajaja.- rio Luisa.- Pero...

- Sí, el exceso de alcohol y fiesta hacía que, a veces, se convirtieran en auténticas bacanales.

- ¡Joder! ¿Delante de todos?

- No, mujer... Las fiestas se solían hacer en casa de Dani, un amigo de Gonzalo.

- Sí, sí, lo conozco...- sonreí recordando los tejos que me tiraba hace un rato.

- Pues el padre de Dani es piloto y, como está separado, pues le da todos los caprichos a su hijo; entre ellos dejarle un chalet grandísimo de la sierra para sus fiestas.- explicó Luisa.- Así que durante la fiesta, cuando las cosas se ponen calientes, pues hay sitio de sobra en las habitaciones.

- Madre mía.- suspiré superada por la situación.- Oye ¿y qué es lo que pasó con Pedro, el profesor, en las fiestas?

- Ufff, eso es lo que yo quisiera que hubiera pasado algo, jajaja- dijo Luisa mordiéndose el labio.

- ¡Está buenísimo! Y el morbazo que da...- completó los halagos Miriam.

Al escuchar esto último, Carla se levantó de la grada y se puso a caminar hacia donde estaban las barras, con cara de enfado y sin decir un palabra.

- ¡Venga, Carla! No te cabrees...- espetó Miriam mientras veía a su amiga marcharse.

- Voy a por una cerveza- se excusó sonando a disculpa absurda.

- Pues trae alguna más, ¿vale?- dijo Luisa gritándole, porque ya estaba muy lejos.

- ¿Qué le pasa a Carla? ¿Siempre es así o es que yo le caigo particularmente mal?- pregunté harta de la tirantez de sus reacciones.

- ¿Carla? ¡Que va! Si es una tía de puta madre, lo que pasa que le cuesta mucho darse a conocer, pero seguro que en unos días estáis de lujo.- dijo Miriam

- En unos días o en unas cervezas...- bromeó Luisa haciendo el gesto de beberse dos cervezas.

- Jajaja, eso es verdad... Que no veas como bebe la amiga...- siguió con la broma Miriam.

- Vale, pero es que no sé porqué se ha enfadado así...

- A ver lo que pasa que digamos que a Carla le gusta más el pescado que la carne, ¿entiendes?- dijo Miriam, no queriendo decir claramente a lo que se refería.

- ¿Es lesbiana?- dije viendo como algo normal, lo que para ellas parecía un tabú.

- Bueno sí... Y cuando hablamos de tíos no está muy cómoda; sobre todo si hablamos de Dani y Gonzalo que son un poco capullos con ella...

- Además está el tema de que le gustas bastante...- dijo Luisa riendo y mirando a Miriam.

Yo miré a Miriam y su repentino silencio me escamó bastante; su sonrisa enigmática mientras Luisa no paraba de reír y bromear.

- Sí, sí, es lo que estás pensando... Carla se la folló.- dijo Miriam llevándose un golpe de Miriam.

- ¡Cállate, tía!

- Oye que a mi me da igual, ¿eh?- dije encogiendo los hombros, pero sorprendida por la cantidad de sorpresas que había en mi nueva pandilla..

- No pasa nada... Es que no quiero que Carla vea que hablamos de eso, porque se siente mal. Sólo fue una noche loca que me quedé a dormir en su casa, después de salir de marcha y... Bueno, ya sabes.

- Que sepas que soy una tumba, no diré nada de eso.- dije con la mano en el pecho.

- No es por ti; me da igual que nosotras lo sepamos... Pero que no se entere Gonzalo o Dani...

- ¿De que no tenemos que enterarnos?- se escuchó detrás nuestra.

Gonzalo y Dani venían acompañando a Carla y ayudándola a traer unos vasos grandes de sangría; menos mal que no habían escuchado el tema de conversación que teníamos... Por su parte, Carla parecía que venía bastante más desinhibida que antes, a pesar de venir en compañía de los dos chicos que, supuestamente, le caían tan mal.

- Lleváis toda la mañana perdidas, ¿os parece bonito?- dijo Dani entregándome un vaso de sangría mientras me miraba descaradamente el escote.

- Bueno, tampoco había nada interesante que ver...- contestó entre risas, Luisa. Me gustaba el papel de provocadora que interpretaba la amiga de Miriam.

Yo cogí mi vaso y traté de acercarme más a Carla; quería conocer a esa chica sin prejuzgarla por su actitud al conocerme. Demostrarle que podía fiarse de mí como amiga suya, no como compañera de Gonzalo. Tengo que admitir que la imagen desarrollada en mi mente de Carla y Miriam me impactó y excitó, a pesar de tener muy claro que no estaba interesada en probar ese tipo de relación. Mientras los chicos seguían bromeando con Miriam y Luisa, que les seguían el rollo, traté de romper la coraza con Carla.

- Hola, perdón si te ha molestado algo de lo de antes, pero...

- No pasa nada, Nat... Así te llama Gonzalo, ¿no?

Me quedé parada porque no sabía si lo decía de buena gana o como un reproche para echarme en cara mi buena relación con Gonzo.

- Bueno, sí... Siempre me han llamado así en el pueblo.

- Mira, no me tengas en cuenta lo de antes; ha sido culpa mía, porque nunca he sido muy amiga de las fiestas estas.

- Ya, además entiendo que los tíos sean un poco gilipollas a veces, con ese tema...- se me escapó, callándome de repente al creer que había metido la pata.

- Ah, supongo que Luisa ya te ha contado que soy lesbiana...-
rio Carla, quitándole importancia.- Bueno, no te voy a negar que tu amiguito no
sea un poco idiota, pero normalmente es un buen tío. Si te digo la verdad, me
incomodan más ellas, hablando todo el día de tíos y de pollas...

- Visto así, si tiene que ser incomodo, sí.- reí ante la
perspectiva de Carla.

- Oye, Nat...- nos interrumpió Gonzalo.- Que estamos pasando
la hoja de contactos de la especialidad.

- ¿Hoja de contactos? ¿Qué es eso?

- Bueno, es una hoja en las que la gente de la especialidad
pone sus Messenger, sus nombres y su fecha de nacimiento...- explicó
Miriam.- Así estamos en contacto, todos.

- Una forma fácil para los tíos, de conseguir las direcciones de
correo de las tías... Son vagos hasta para eso.- dijo Carla riendo a mi lado; y
la verdad, que su opinión no difería mucho de la mía.

- Bueno, también pedimos la tuya y sabemos que no podemos
ligar contigo...- rio Dani, con una bromita asquerosa sobre la tendencia sexual
de mi nueva amiga.

Ante las risas de los chicos, que llegaron a chocarse las manos orgullosos de
su ocurrencia, no pude evitar saltar en defensa de Carla que sonreía con
indiferencia:

- Nenes, desde luego siempre he oído decir que como come un
coñito una chica, no lo come nadie.- solté dejando a todos perplejos y a Carla
mirándome entre sorprendida y agradecida.

- Bueno, solo tienes que venirte conmigo detrás de las gradas y
lo comprobamos.- dijo Dani con una sonrisa de oreja a oreja.

- Jajaja, ni lo sueñes...- dije cogiéndome del brazo de Carla.

- Joder, Gonzalo, con tu amiga... Le va la marcha, ¿eh?- dijo
Dani riendo, mientras Gonzo me miraba con cara de asombro y excitado.

Poco a poco, iba encontrando mi sitio en aquella pandilla; y el miedo del
principio a pasar un mal año dio paso a unas ganas tremendas de explorar todo
lo que pudiera en ese año fuera de casa. Cogí la hoja de contactos y puse mis

datos, pasándola a los demás que iban completando los datos.

- Bueno y ¿qué tal si dejamos de aislarnos y nos vamos con los demás a las barras?- dijo Luisa tirando del brazo de Miriam hacia la explanada.

Gonzalo se puso a mi lado y cogiéndome de la mano, con una confianza que solo a él le permitía, me dijo:

- Bufff, eso de la comida de coñito me ha puesto mucho, ¿sabes?

- Pues tienes de sobra para descargar... Me han contado las chicas que eres todo un don Juan.- reí susurrándole.

- Ya sabes que si tú me dejas, paso de todas...

- ¿Quién sabe? Puede que te lo permita...- le dije visiblemente excitada por la conversación que había tenido con las chicas.

Y es que si ya antes estaba bastante excitada con la conversación de las chicas y la máxima de Miriam de “sexo es sexo”, ahora imaginarme en mi cabeza a Gonzalo follándose a esas dos chicas me tenía empapada.

Llegamos a la explanada donde seguimos bebiendo y charlando; incluso me atreví a darle un par de caladas a un porro que Carla se hizo con disimulo... Las bromas entre todos eran constantes y mi calentura se acentuaba con los roces que Dani me daba aprovechando cualquier baile. El juego de provocación que había allí era bastante fuerte y nadie parecía darse cuenta excepto nosotros.

En un momento dado, por mi lado pasó Gonzalo que lo llevaba de la mano Miriam con dirección a las gradas donde estábamos antes; sonreí al verlos pasar y observar como Miriam me guiñaba un ojo. Por un momento sentí hasta un poco de celos de imaginar lo que iban a hacer, pero todo cambió cuando Gonzalo pasó por mi lado y me dijo:

- Oye, Nat... Tenías razón...

- ¿En qué?

- Pedro ha venido, está allí junto a la barra... Díselo a Dani, ¿vale? Ahora vuelvo.- dijo riendo mientras mi amiga tiraba de él.

Pero por supuesto que mi intención no era contárselo a Dani; tenía una cuenta

pendiente con Pedro y esa extraña sensación de excitación no me ayudaba a concentrarme... A pesar del juegucito que habíamos iniciado en nuestra conversación anterior, le debía una disculpa.

- Hola, señor profesor...- le dije acercándome a la barra donde estaba apoyado con una cerveza.

- Hola Nat.- me contestó llamándome por el mote que le había dicho cuando nos conocimos.

- Gracias por entregar mi matriculación; es verdad que había mucha gente esperando.

- Bueno, no pasa nada...- dijo mientras miraba de reojo a la mesa donde estaban los profesores, con miedo de que lo vieran hablando conmigo.

- ¿Qué pasa, Pedro?

- Nada, Nat...- me dijo con una familiaridad que me hizo temblar.- Es que no me gusta hablar con alumnas delante del decano...

- Pues antes hablabas conmigo y con Gonzalo y no pasaba nada...

- Pero Gonzalo no es una chica tan guapa y tan atractiva como tú.- dijo mirándome a los ojos.

Noté como me sonrojé y él esbozó una picara sonrisa; por mucho que tratara de disimular, Pedro disfrutaba con ese juego de seducción, así que decidí llevarlo más lejos.

- Quería pedirte perdón por como te traté el primer día que nos conocimos; la verdad me porté como una estúpida.

- No te disculpes, no pasa nada... Era verdad.

- ¿Verdad el qué?

- Que te estaba mirando las piernas.- me dijo dándome la copia de mi matricula y yéndose de mi lado tras guiñarme un ojo.

Pero esa vez no estaba dispuesta a quedar por debajo de él y cogiéndole del brazo le solté:

- Pues, ¿sabes una cosa? Cuando quieras verlas otra vez, solo

tienes que pedirlo; te recuerdo que te debo un favor...

- Vaya, te estás rebelando, ¿eh? Me gustas, Nat... Tú y yo seremos buenos amigos, pero ya sabes que soy tu profesor...

- ¿Estás tratando de decirme algo?

Justo en ese instante apareció el decano de la universidad con cara de pocos amigos; se había percatado de la charla que Pedro mantenía conmigo.

- ¿Qué está pasando aquí, Pedro?- dijo cortando nuestra conversación.

- Na...Nada, D. Ramiro, sólo...

- No pasa nada, señor decano... Soy familia de Pedro; es mi primo.- mentí dejando perplejos a los dos hombres.- Me he matriculado nueva y estaba pidiéndole consejo a mi primo sobre las optativas.

- Vaya, no sabía que tenías familia en la universidad.- dijo mucho más calmado el decano.

- Bueno, primo... Me voy que me esperan mis amigos, ¿vale? Nos vemos en casa cuando quieras.- le dije dándole un beso en la mejilla que lo dejó más aturdido de lo que estaba.

Me alejé de los dos, tratando de disimular el tremendo calentón que llevaba y que me había provocado la situación con Pedro. ¡Me había mirado las piernas! Sonreí de pensar en la escena y rocé mis muslos entre sí. Me distraje como pude cuando Carla me trajo otro vaso de sangría. Con la música que sonaba desconecte un poco, aunque notaba la mirada de Pedro en mi trasero, desde su lugar en la barra.

La tarde pasó bastante rápido y puedo asegurar que los efectos del alcohol estaban provocando que mi cabeza diera vueltas a hacer cualquier locura; gracias a dios, que cuando me volteé a mirar, Pedro ya no estaba en la barra y estaba sentado con el resto de profesores...

- Gonzo, me voy a ir ya, ¿vale? Estoy un poco mareada de tanto beber.- le dije a mi amigo que hacía un rato que había vuelto de su escarceo con Miriam.

- ¿Estás bien? ¿Quieres que te acompañe a casa?

- No, no... No pasa nada, sólo necesito coger la cama.

- Déjate de tonterías, voy contigo...- dijo cogiéndome de la cintura y atrayendo la mirada de Pedro.

El hecho de que mi vecino me estuviera abrazando parecía llamar la atención del profesor y eso me gustaba; hay una delgada línea entre el deseo y los celos, bien entendidos por supuesto. Y si quieres jugar a la provocación siempre tienes que causar esa sensación de que es inalcanzable aquello que deseas... Quizás me he ido un poco del tema, pero creo que es importante para que comencéis a entender esta historia.

Llegamos a los jardines de delante de mi bloque de apartamentos; a esas alturas, ya lejos del bullicio de la universidad, la mano de Gonzalo había pasado de mi cintura a mi culo. Pero yo no se lo había impedido quizás porque, eso que os he explicado antes de los celos y el deseo, me había ocurrido a mí con Miriam y Gonzalo.

- ¿Estás mejor?- me dijo Gonzalo cogiéndome la cara con las dos manos.

- Sí, sí... Ya te dije que podía venir sola.

- ¿A qué estás jugando Nat?

- ¿Cómo?

- Te estás portando de una forma extraña conmigo, como si te escandalizara la vida que llevo aquí, cuando siempre has sido tú la gran defensora de la libertad ante todo.

- ¡Hey tío, no te pases!- dije algo molesta.- Yo no estoy extraña contigo, sólo me ha sorprendido la promiscuidad que llevas.

- ¿Promiscuidad? Joder, Nat, eso parece un apalabra sacada de un programa de televisión.

- Bueno, ya la sabes lo que significa... ¡Qué te estés follando a todo el mundo!

- ¿Pero a ti que coño te importa? Nunca has querido nada serio con nadie; y yo ya paso de ti, porque somos amigos y nos demostramos que no era buena idea ser pareja... Llevo queriendo follarte desde que te he visto esta mañana, ¿eso es lo que querías oír?- dijo Gonzo muy exaltado.- Miriam me ha comido la polla detrás de esas gradas y, a pesar de haberme corrido, la sigo

teniendo dura.

Yo no pude evitar reír, a pesar de que trataba de aguantar la carcajada; este gesto pareció indignar a Gonzalo que, poco menos, que me mandó a la mierda y se dio media vuelta para marcharse.

- ¡Gonzo!- lo llamé, haciendo que se detuviera en seco para mirarme.- ¿De verdad quieres follarme?

- ¿Tú que crees?- dijo agarrándose de forma algo obscena el bultazo que le hacía el pantalón.

Me di la vuelta hacia mi piso llamándolo con un gesto de la mano, pero viendo que no reaccionaba, me paré en el portal para decirle:

- Es el 3º 2 izquierda... Cuando seas capaz de reaccionar, subes...- y me metí en el portal, subiendo a mi piso.

Entré en mi piso, usando el truco que me enseñó Pedro para que la puerta no se atrancara, lo que me hizo sonreír. ¿De verdad quería dar ese paso que había tratado de evitar de volver a acostarme con Gonzalo?

Una vez dentro, me quité las zapatillas y me cogí el pelo, que llevaba suelto, con una coleta... ¿Y si esto cambiaba todo con Gonzo, hasta el punto de que nos equivocáramos en lo que buscábamos?

Estando yo sentada en el brazo del sillón, pensativa, sonó el timbre de la puerta y me sacó de mi periodo reflexivo. Abrí la puerta y allí estaba... Gonzalo, callado y mirándome con gesto desafiante; si en un diccionario viniera una ilustración de la palabra “morbo”, vendría Gonzalo en ese instante.

- A la mierda...- dije en voz baja.

Gonzalo pareció entender mis palabras porque, dando un paso hacia delante y cerrando la puerta con el talón, se abalanzó sobre mí empezando a comernos la boca con desesperación. Notaba su lengua en mi boca, luchando como si quisiera imponerse en una batalla. Agarrándome del culo, me hizo subir hasta que mis piernas rodearon su cintura... Así me llevó hasta el sofá donde me dejó caer y empezó a desabrocharse el cinturón para bajarse ese pantalón vaquero hasta los tobillos, dejando a la vista un bultazo marcado en sus bóxer a rayas.

- ¿Quieres que te folle?- decía totalmente excitado.

- Tranquilo, nene... Antes quiero probar otras cosas, ¿no quieres?- contesté incorporándome y bajando de un tirón los bóxers.

Una polla palpitante saltó como un resorte, que no por haberla visto ya antes dejó de sorprenderme por su dureza; mi mano la rodeó y empezó a pajarla muy despacio, escuchando resoplar a Gonzo.

- Joder, qué ganas te tenía...- susurró dejándome hacer.

- ¿Ah, sí?- dije sonriendo.- ¿Y qué más tienes ganas de que te haga?

Por toda respuesta, Gonzalo cogió mi cabeza y la acercó a su polla; la verdad que no me negué porque el sexo oral es una de las cosas que más me gustan en este mundo: una polla dura, notando como te llena cada rincón de tu caliente boca.

Empecé a mamársela como si fuera la última polla que me fuera a comer en mi vida, sin dejar de pajarla ni un momento. Mi lengua jugaba con su capullo y bajaba por todo el tronco, para después metérmela en la boca de nuevo.

- Ya no me acordaba como la chupabas...

- ¿Mejor que Miriam?- dije jugando a la amate celosa para provocar el orgullo de Gonzalo.

Y es que hay un truco para que un chico se crea el mejor del mundo: alaba el tamaño de su polla respecto a la de otros tíos y pregúntale por otras tías que sabes que se ha follado.

- Mucho mejor, Nat...Ufff... Tanto que como sigas me voy a correr en tu boquita.

- ¿Y eso no te gustaría?- le dijo sacándomela de la boca y pajeándola.

- Quizás luego pero, como tú dices, tengo ganas de hacerte otras cosas.

Me levantó cogiéndome de las axilas; su corpulencia hacía que me manejara como una muñeca de trapo y eso me excitaba muchísimo. Con muchos nervios, Gonzalo trataba de desabrocharme el botón del pantalón; tuve que ayudarlo mientras él se ocupaba de quitarse la camiseta de básquet, para mostrarme su cuerpo delgado y definido con algunos pelos en el pecho.

- Te voy a comer entera...- me dijo cuando me vio tan sólo con las braguitas puestas y el sujetador que tapada mis tetas.

- Ummm, no suena nada mal...- dije sonriendo y dejando que sus manos rodearan mi cuerpo de nuevo.

Con sus brazos me dio la vuelta apoyándome en el respaldo del sofá, estilo perrito, con mi culito a la vista; muy despacio bajó mis braguitas hasta sacarlas por mis tobillos... Sus manos apretaron mis nalgas separándolas un poco, para meter su boca entre medias: Cuando noté su lengua tocar mi coñito, tuve que morder el cojín del sofá para no gritar.

- ¡Ummmm!- tuve que resoplar y yo misma eché mis manos atrás para abrir mis cachetes con el fin de que llegará mucho mejor.

- ¿Te gusta, putita?- soltó Gonzo.

Nunca he sido de aguantar insultos ni palabras altisonantes mientras practico el sexo, pero esta vez no pude evitar excitarme y dejar escapar de mi garganta:

- ¡Síiiiiiiiiii!

Levanté como pude la cabeza para mirar hacia atrás y ver su cara metida entre mis muslos y me temblaban las piernas; y entonces todo se desmadró... Miré hacía la puerta de casa, hacia donde miraba el respaldo del sofá donde estaba apoyada, y observé la mesa de la entrada donde Pedro dejó, el primer día, las llaves. Y mi mente sustituyó a Gonzo por mi profesor... Sentía como la lengua de mi amigo fuera la de mi querido vecino; esa comida de coño que me estaba llevando al cielo, más que por la pericia de Gonzalo, por las fantasías de mi cabeza.

Estaba tan inmersa en mi propio mundo que no me di cuenta que mi amigo había dejado de comérmelo para poner su polla en la entrada de mi hambrienta vagina, hasta que sentí la tremenda estocada que me dio hasta los huevos.

- ¡Joder! ¡Cuidado que eso hace daño, bestia!- dije teniendo que agarrarme al respaldo mientras Gonzalo me follaba como una bestia.

- Lo siento, Nat... Pero sabes que es ver este culo y me vuelvo loco.

Sus pollazos me llegaban al útero; no recordaba que su polla tuviera ese tamaño o quizás era el largo tiempo de abstinencia sexual o la dureza de su

miembro. Plof, plof, plof... Sus huevos chocaban con mis nalgas y me ponían más cachonda aún y, esa fuerza hizo que mis fantasías se esfumaran para sentir la realidad palpable en mi entrepierna: Gonzalo me estaba follando a cuatro patas en el mismo sofá donde fantaseé la noche anterior.

- ¡Fóllame! Ummmm... Así, dame fuerte...

- Sí, sí... Ufff... ¡Joder que culo tienes!- gritaba Gonzalo mientras azotaba uno de mis cachetes.

No sé el tiempo que estuvo perforándome con esa barra de carne, pero perdí la noción de la realidad... Lo bueno de follar con Gonzalo es que sabía perfectamente lo que más me gustaba, cuando y cómo. Justo comenzó a acariciar con el dedo mi culo cuando el orgasmo se estaba haciendo sentir.

- Sabes que eso no te dejo, no seas malo...- decía mientras era yo la que movía las caderas hacia atrás para hacer más profunda la penetración.

- Algún día me tienes que dar ese gustazo...

- ¡Cállate y sigue! ¡que estoy apunto de correrme!- dije casi fuera de mis casillas.

Como si hubiera espoleado a un caballo salvaje, redobló sus esfuerzos follándome como si quisiera partirme en dos; y puedo dar fe de que lo hubiera hecho si no llego a sujetarme bien.

- ¡Me corro! ¡Me estoy corriendo jodeeeeeer!- grité desesperada mojando los huevos y los muslos de mi amante.

Porque esa es otra de las cosas buenas de follar con un amante con confianza; mi manera de correrme es escandalosamente húmeda... Creo que lo llaman squirting y es que mi sexo se deshace en una corrida digna de un geiser en erupción. Gonzalo apretó su polla bien dentro, para sentir la presión de mis músculos vaginales.

- ¡Dios, dios...! ¡Me matas...!- dije casi desmadejada encima del sofá.

- Nat, me voy a correr... Ya me viene- me anunció Gonzalo sacando su polla de mi coño y pajeándose.

- ¡Espera!- le pedí dándome la vuelta en el sofá para ponerme

de rodillas delante de él y ofreciéndole mis tetas para que las regara.

- ¡Joooooooooder!- gimió Gonzo comenzando a correrse sobre mis tetas pero con poca cantidad, supongo que por la corrida anterior con Miriam.

Nada más acabar de correrse, capturé su polla para limpiársela y disfrutar de los últimos minutos de dureza de esa polla que me había calmado la calentura que llevaba. Cerré, de nuevo, los ojos con ese rabo en mi boca y mamé imaginando que era la de Pedro... Esto era enfermizo, verdaderamente enfermizo.

La verdad que pensándolo bien puede que, en aquellos momentos, adolecería de un complejo de doble personalidad; como me había dicho Gonzalo, yo siempre había sido orgullosa y autosuficiente, pero la llegada a la ciudad me había hecho más dependiente de la gente que me rodeaba... Y puedo asegurar que no me arrepiento, porque las personas tienen que adaptarse a los lugares y las situaciones y ser capaces de pedir ayuda si lo creen necesario... Demasiados disgustos me costó en el pasado, ese orgullo trasnochado de querer hacerlo todo por mí misma.

La gente que había conocido ese día en la fiesta me admitieron sin prejuicios e incluso Miriam y Luisa se abrieron de forma increíble... No es que fueran el prototipo de amigas que siempre había tenido, pero el esfuerzo encomiable por hacer sentir como en casa me gustó.

Después está el asunto de Gonzalo; sé que algunos de vosotros me criticareis por haberme acostado con él a las primeras de cambio, pero nuestra historia viene de lejos... Nuestra especie de relación de “follamigos”, como decimos nosotros, empezó en el pueblo hace algunos años y sólo el hecho de que él se echara novia la interrumpió; no así nuestra amistad que seguía siendo fuerte, a pesar de que su ya ex novia tratara de mantenernos alejados, quizás porque sospechaba la enorme atracción que sentíamos pero sin imaginar hasta donde nos había llevado esa atracción.

Unos meses de después su novia lo dejó, pero yo ya estaba enclaustrada en mi habitación tras esa decepción amorosa de la que, como os

habéis dado cuenta, evito hablar en todo momento. Gonzo se marchó a la ciudad a estudiar la misma especialización que yo empezaba ahora.

- Oye, ¿qué significa esto?- preguntó Gonzalo mientras se ponía la camiseta de básquet y yo lo miraba desde mi sofá.

- No te preocupes, nene... No te voy a pedir nada, ¿eh?- dijo un poco ofendida por la actitud pasota de mi amigo.

- No me malinterpretes, Nat.- dijo sentándose a mi lado.- Es que, de verdad, no sé muy bien como pretendes que me lo tome; eres mi amiga, tú no eres otra cualquiera y no quiero que nuestra amistad se rompa... Sabes que te quiero mucho.

- Sí, sí, ya lo he visto...- bromeé limpiándome su corrida de las tetas.

- ¡Vamos, Nat! Estoy hablando en serio...

- Mira, Gonzalo, a mí no tienes que tratarme como una de tus amigas; nos conocemos y sigo teniendo tan claro lo que hay entre nosotros como hace unos años... Sexo, y solo eso. Pasamos buenos ratos cuando nos apetezca a los dos, y siempre de tiempo en tiempo y mientras no tengamos pareja. Ya está, no hay más.

Mi amigo me miró y sonrió; me cogió la cabeza y me dio un beso en la frente. Después se agachó a ponerse las zapatillas... Yo me levanté del sofá y me subí mis braguitas y me puse una camiseta ancha que había sobre el sofá, desde por la mañana.

- ¿Quieres un café?- le dije yendo a la cocina y dejándolo en el sofá-

- No, gracias... Voy a volver a la fiesta; esta noche duermo en casa de Dani.

- ¿Y Miriam?- pregunté en voz alta desde la cocina mientras preparaba la cafetera.

- Pues no creo que se quede... Pero a lo mejor se llegan a tomarse algo.- dijo mientras entraba en la cocina y me cogía de la cintura.- ¿Estás celosa?

- Eso es lo que tú quisieras, jajaja...- dije esquivando su caricia.- Más que celosa, estoy interesada.

- ¿Interesada?

- Sí... Gonzo, te conozco desde que íbamos a Primaria, y veo como la miras...- dije sentándome en la encimera y cruzando las piernas.

- ¿Me dices esto después de que hayamos echado un polvo?- dijo incrédulo mi amigo.

- Eso no tiene nada que ver con Miriam... Pero sé que ella te gusta y mucho; no das el paso porque estás acojonado desde que tu ex te dejó.

- Oye, ¿tú estudias literatura o psicología?- dijo Gonzo con una sonrisa.

- Bueno tú sabrás... Pero deberías perder el miedo a empezar una relación.

- ¿Y eso me lo dices tú? Doña “yo no busco relaciones serias”

- Ahí te has pasado, nene...- dije un poco afectada por la frase de Gonzo.

- Venga, no te enfades... Las cosas claras, ¿no? Ninguno de los dos somos los mejores para hablar de noviazgos y eso.

- Vale, pero eso no quita para que te diga lo que piense, ¿o si?

Gonzalo se quedó mirándome desde el otro lado de la cocina, como si estuviera analizando mis palabras. Su mirada me recorrió desde la cara hasta acabar en mis piernas cruzadas; yo hice un gesto de taparme más aún y él sonrió por mi repentino acceso de vergüenza.

- Puede que tengas razón... Miriam me gusta, pero las cosas no son tan fáciles. Además no me pienso complicar la vida a estas alturas.- dijo acercándose de nuevo y acariciando mis muslos desnudos.

- Anda, lárgate ya, jajaja.- le dije quitando las manos de mis muslos.

- Vale, vale...- dijo levantado las manos como si le estuvieran atracando.- ¿No quieres venir con nosotros?

- No, gracias nene... Pero ya ha sido un día muy intenso.- dije sonriendo.- Además quiero darme una ducha y salir a hacer algunas compras a algún supermercado de aquí.

- Vale, como quieras...- dijo llegando hasta mí para darme un beso en la mejilla.- A dos manzanas de aquí tienes un supermercado... ¿Nos vemos mañana?

- Mañana es sábado, ¿no? No hay clase...

- Ya pero podemos quedar para tomar algo, ¿no?
- Bueno, quiero ordenar un poco el piso... Yo te llamo con lo que sea...
- Ok, mi sargento... Tú mandas.

Mi amigo salió hasta la puerta de la cocina para detenerse justo en el marco de la puerta y asomar su cabeza, otra vez, en la cocina.

- Oye, Nat... Qué cuando quieras que te haga otra visita de éstas, me lo dices, ¿eh? Para eso están los amigos.- soltó riendo a carcajadas.
- ¡Lárgate ya!- le grité tirándole un trapo de cocina que había sobre la encimera.

Cuando se marchó, yo seguí unos minutos sentada en la cocina y pensando en todo lo que había ocurrido ese día... Llegar a la nueva universidad, reencontrarme con Pedro; conocer a los amigos de Gonzalo, tontear con Pedro; follar con Gonzalo, fantasear con Pedro... Dios mío, esto era una locura.

Me di una ducha rápida y me vestí con ropa deportiva y cómoda para ir a hacer la compra; fui a la cocina para coger el dinero del tarro de cerámica donde lo guardaba y al ir a cerrar la ventana de la cocina me quedé petrificada... Justo en la ventana de enfrente, de espaldas a mí, estaba Pedro poniéndose una camiseta sin mangas, en lo que parecía ser el salón de piso. No sé que me impulsó a, que cuando se giró hacia la ventana, agacharme para que no me viera... Era absurdo porque él sabía perfectamente donde vivía y, por supuesto, las ventanas que daban a mi casa. Pero, ¿qué tenía ese hombre que me ponía tan nerviosa?

Casi andando a gatas, me quité de la vista de la ventana y salí de la cocina. Cogí las llaves que había sobre el mueble de la entrada y salí del piso, dispuesta a hacer la compra y tratar de airear mis pensamientos.

La verdad que pensareis que soy rara si os digo que un paseo por el supermercado con el carro de la compra, tratando que no se desvíe a la derecha y esquivando niños suicidas, me calma muchísimo; supongo que me ayuda a conectar con la “Maruja” que llevo dentro... Cereales, leche, pasta, algunas conservas, fruta, arroz... la verdad que viendo mi carro de la compra me deprimía un poco, por llevar la típica comida de un piso de estudiantes. Pero, ¿qué era yo, al fin y al cabo? La cocina ha sido una de las grandes frustraciones de mi vida, pero no renunciaba a aprender algún día.

Salí del supermercado, casi una hora después, con cuatro grandes bolsas de plástico, porque siempre se compran más cosas de las que tienes pensadas, y crucé el parque en dirección a mi apartamento... Subí las escaleras como pude hasta llegar, completamente agotada, a la puerta de mi piso; dejé las bolsas en el suelo y traté de abrir la puerta que, como no en el momento más oportuno, se había atrancado y no abría. Las pocas fuerzas que me quedaban me impedían tirar con fuerza.

- ¡Joder! ¡Vaya mierda de puerta!- dije fuera de mis casillas.

- ¿Necesitas ayuda?- escuché la voz de Pedro que acababa de subir las escaleras desde la calle.

Allí estaba él, con la misma camiseta que le había visto ponerse desde la cocina, empapada en sudor, y un pantalón corto de running. Su cabeza rapada brillaba perlada por las gotas de sudor y los auriculares del IPod colgaban de su cuello. Nunca me han llamado la atención los tíos por el hecho de hacer deporte, pero parece como eso, en Pedro, fuera un aliciente más.

- Bueno, es que la puerta no abre...- dije bajando la mirada.

- No te preocupes, espera.- dijo acercándose a la puerta y pidiéndome la llave.

Se puso justo delante de mí y, tirando fuerte del mango de la puerta, giró la llave para abrirla con un golpe del hombro. Olía a sudor, pero no un olor desagradable ni mucho menos.

- Ya está abierta... Parece que se ha pujado un poco más.

- Muchas gracias...- dije cogiendo las bolsas y entrando en el piso, mientras él salía.- Oye, Pedro... ¿quieres pasar y tomar algo?

- No creo que sea el mejor momento...- rio separándose la camiseta del cuerpo para mostrar lo sudado que estaba.- Vengo de correr y estoy deseando de darme una ducha.

“Entra y te duchas conmigo” ¿Qué coño estaba pensando? Creo que estaba perdiendo el norte, conforme más tiempo pasaba cerca de aquel hombre... Y lo peor, es que me gustaba.

- Vale, cuando quieras... Ya sé que eres mi profesor y no está bien que te vean con una alumna.

- En realidad eres mayor de edad pero, al menos en el centro, está mal visto por el decano.
- No estamos en el Centro.
- ¿Me estás provocando, Nat?
- ¿Eso crees?- dije sonriendo picadamente.
- Jajá... Bueno, nos vemos el lunes en clase.- dijo dándose la vuelta.
- Fría.
- ¿Qué?- dijo él girándose a punto de avanzar por el pasillo.
- La ducha. Dátela bien fría... Calma mucho.-sonreí con sarcasmo.
- Vale... Gracias.- contestó como si se hubiera avergonzado de repente.

Me gustaba la sensación de ver superado a aquel hombre; de sentir como me empequeñecía ante mis frases llenas de dobles sentidos... Pero entonces, ¿por qué me avergonzaba, otras veces, como cuando lo vi en su habitación a través de la cocina?

Entre en la casa y lo primero que hice fue quitarme el pantalón del chándal y quedarme en braguitas; como os he dicho antes, siempre me ha encantado andar en ropa interior, incluso desnuda por casa. Ordené la compra en los armarios de la cocina y, en un momento, no pude evitar mirar por la ventana... Justo allí estaba Pedro, recién salido de la ducha y liado en una toalla. Nos separaba sólo el hueco del patio de luz. Esa vez no me avergoncé.

- Hola vecino... ¿Qué tal esa ducha?- dije pegada a la ventana para que no viera que sólo llevaba las braguitas y la camiseta.
- Fría, muy fría.- dijo él siguiendo con la broma.
- Jajá... Bueno, yo estaba colocando la compra, si necesitas algo, aquí estaré.

Y dicho esto, con todo el morro del mundo, me subí en el taburete para colocar las cosas en los armarios de arriba; sabía que desde donde él estaba, podía ver perfectamente mi culo tan solo tapado por las braguitas, ya que se me subía la camiseta al elevar los brazos... Pero no sé el qué me impulsaba a jugar con él, creyéndome ganadora de ese juego de provocación. Me bajé muy despacio y miré de forma provocativa a la ventana. Pero, menudo chasco me

llevé cuando vi que Pedro ya no estaba. ¿Había estado haciendo la tonta para nadie? ¿O se había marchado porque no podía aguantar más la provocación?

Me marché hacia el salón, una vez colocada la compra y me eché el sofá encendiendo el ordenador. Metí mi clave de Messenger y descubrí nueve invitaciones de correos... Recordé que había dado mis datos en la hoja que me pasó Dani, así que jugué a identificar a cada uno de los correos. Los de las chicas fueron más fáciles e identifiqué enseguida el de Miriam, Luisa y las demás... De los chicos había muchos y, cada uno, más difícil de saber de quien era por los nombres absurdos de personajes de videojuegos o referentes a sus atributos sexuales. En total, las tres chicas de la pandilla y, no menos, de nueve de los chicos del equipo de básquet.

- Hola, princesa... Hoy estabas guapísima en la fiesta. Daban ganas de...- empezó a escribir uno de los correos desconocidos

- Jajaja... Vaya que directo eres, ¿no?

- Esto es lo bueno de los amigos de Messenger, no hay que guardar las formas.

- Sí, sí, claro... ¡Que listo eres!

- Jajá, supongo que sé jugar mis cartas.

En ese momento, me llamaron al móvil y en la pantalla estaba iluminado el nombre de “Gonzalo”; cogí el teléfono sin quitar ojo de la pantalla:

- Dime, nene.- contesté escuchando de fondo un ruido de gente riendo y chillando.

- Nat, ¿me oyes?- escuché la voz de Gonzalo con dificultad.- Espera un momento que me salgo... Nat, ¿Cómo estás guapa?

- Pues muy bien, ya veo que tú sigues de fiesta.

- Sí estamos en una bar cerca de tu casa, era por si querías bajar un rato o sí quedábamos esta noche.

- No, hoy prefiero quedarme en casa, tranquila... Quizás mañana, ¿vale?

Mientras no quitaba ojo de la pantalla del ordenador donde, en la conversación que mantenía con aquel desconocido apareció una nueva línea de conversación.

- ¿Estás ahí?

- Sí estoy, un momento porfi. Estoy al teléfono...

Bueno, por lo pronto sabía que Gonzalo no era, aunque ya lo tenía casi descartado porque era absurdo que me dijera que “daban ganas de...”, cuando me había follado como una bestia después de la fiesta.

- Bueno vale, como quieras señorita.- contestó Gonzalo al otro lado del teléfono.

- Oye, Gonzalo

- Dime...

- ¿Dani está ahí contigo?- pregunté para descartar a mi más firme candidato a ser mi querido desconocido.

- Bueno, estar no sé si está o sólo se mantiene en pie, jajá... Está en la barra con Luisa, con una borrachera que no veas... ¿Por qué me preguntas por él? No me digas que...

- Que noooo, pesado... Sólo era curiosidad, ¿vale? Mañana nos vemos, Gonzo...- dije y colgué el teléfono, para centrarme un poco sorprendida en la pantalla del ordenador.

La conversación seguía tan como la dejé; el desconocido no había puesto una frase más, como si esperara con paciencia a que yo acabara mi llamada telefónica... Había más chicos en aquella fiesta y con algunos había cruzada algunas palabras, pero no parecía probable que quisieran entablar una conversación conmigo.

- Oye, ¿me vas a decir quien eres?- pregunté tecleando intrigada.

- No, creo que es más divertido jugar a que no nos conocemos.

- Bueno, eso no es justo, porque tú si me conoces a mí.- protesté encantada con la ambigüedad de mi interlocutor.

- He dicho jugar, no que no nos conozcamos... Está en ti querer aceptar este juego; yo nunca hablaré de esto contigo en persona, ni haré referencia a lo que pase por aquí. Quizás descubras quien soy hoy, mañana o puede que dentro de dos semanas... Pero guárdalo para ti; esto será un oasis para nosotros.

Estaba alucinada con la facilidad que tenía ese chico para engancharme a su conversación; trataba de evitar pensar en quien podía ser y abstraerme para disfrutar de ese juego, pero no paraba de darle vueltas a la cabeza de quien podía ser.... “Pedro” pensé, de repente; cuadraba en su forma de escribir, en su búsqueda de un modo de hablar conmigo que no significara una relación personal al uso... Pero, ¿cómo había conseguido mi correo electrónico? Entonces busqué en mi carpeta y vi la copia del impreso de matriculación que él había entregado por mí y, efectivamente, entre los datos de la matrícula estaba mi correo electrónico.

- O sea me estás diciendo que aunque descubra quien eres, no te lo diga...- tecleé con una sonrisa en los labios.

- Bueno, esa es la idea... Si quieres aceptar el juego.

Pensé unos instantes con una sonrisa en la cara porque, aunque no sabía con total seguridad si podía ser Pedro, tenía la sensación de que podía ser un juego muy divertido.

- Acepto el juego.

- Lo sabía...

- ¿Ah sí?

- Sí, sé que en realidad te gusta el riesgo y la excitación de lo prohibido.

- Bueno, no hacemos nada prohibido, ¿no?

- Por ahora no.

- Me estás asustando.

- No te preocupes, puedes parar cuando quieras.

- Pero perderé.

- Jajaja... Bueno, si lo quieres ver así.

- Bueno, me arriesgaré... Tienes razón me gusta el riesgo.

- Dime que son las cosas de las que quieres hablar... ¿qué temas están prohibidos?

- Supongo que si empezamos prohibiendo cosas, mal vamos...- dije muy segura de mi misma.

- Si señorita, me gusta tu actitud. Pues que cosas te gustan, entonces.
 - Pues me gusta la literatura, el anime, la música y el sexo.
 - ¿El sexo? Vaya, apuestas alto para ser la primera vez que hablas conmigo...
 - Digamos que hay algo que ti que me hace confiar...¿Empatía, quizás?
 - Bueno, puede ser... Ya te dije que no hay que guardar las formas.
 - ¿No me vas a preguntar que llevo puesto ni nada de eso?
 - Lo veo vulgar... Prefiero imaginarte como yo quiera.
 - ¿Ah si? ¿Y como me imaginas?
 - Pues recién salida de la ducha, en braguitas que solo tú sabes hacer sexys y una camiseta ancha que tape tus preciosos pechos.
 - ¡Vaya! Cualquiera diría que me estás viendo por una cámara.
 - ¿He acertado?
 - Excepto en lo de “recién salida de la ducha”... ¿Y tú como estás vestido?
 - Tienes que abstraerte más de la realidad, nena... ¿Cómo imagina tu mente que estoy vestido?
 - Hace calor, así que quizás estés en pantalón corto y sin camiseta, recién salido de la ducha porque puede que hayas venido de correr o del gimnasio.- lancé el órdago para ver hasta donde era capaz de llegar.
- Guardó silencio unos segundos que se me hicieron eternos; por un momento pensé que se desconectaría por mi torpeza a la hora de hacer referencia a algo que me podía indicar quien era.
- Jajaja, estás a punto de perder el juego... Te aferras demasiado a la realidad, vive una fantasía...
- Bingo. Eso me confirmaba mi idea de que mi interlocutor era Pedro... Buff, no os podéis imaginar el subidón que me dio en ese momento. De repente, el juego cobró interés para mí, mucho interés. Era mi profesor, mi vecino, ese hombre que me causaba esa extraña excitación al tenerlo frente a mí.
- Vale, perdona... Volvamos a nuestro juego; ¿Cuáles son las reglas?

- Las reglas son que no hay reglas... Podrás hablar de lo que quieras, contar lo que quieras y preguntar lo que desees.
 - Pero eso puede hacer que me entere de quien eres, ¿no?
 - Bueno, si eres la mitad de inteligente que creo que eres, ya lo debes saber... Pero se trata de que esta relación nos lleve a conocernos más como personas que saber nuestra identidad.
 - Relación, me gusta y me asusta...
 - ¿Te asusta?
 - Sí, siempre he tenido el defecto de huir de lo que puede atarme; Supongo que será por cierta relación que tuve...
 - ¿Ves? Ahora sí estás empezando a jugar... Ya sé algo de ti que jamás hubiera sabido de otra forma.
 - Bueno, algo sí sabes personal... Después de lo que he dicho sabes que no tengo pareja.
 - En eso tienes razón, pero lo importante es que me has confesado lo de tu miedo a las relaciones interpersonales.
 - Visto así...
 - Bueno me tengo que ir por hoy. Tengo trabajo.
 - Me dejas sola y desamparada...
 - Algo podrás hacer, ¿no?
- Quería provocarlo; gritarle que jugar conmigo iba a ser más difícil de lo que él creía. Llevarlo al límite de la excitación y de la sensualidad.
- Pues sí, me voy a masturbar en mi habitación, pensando en ti.
 - Ufff, que directa eres...
 - No hay límites entre los amigos de Messenger, ¿no? Tendrás que aprender a dejarte llevar en ese sentido.
 - Sí, no te preocupes, jajaja. En ese sentido, contigo, es fácil dejarse llevar.
 - Umm, eso me gusta escucharlo... ¿Sabes? Me estás poniendo muy caliente.

- No empecemos, jajaja. Mejor me voy y otro día seguimos.
- Porque quieres...
- Para ser el primer día, no está nada mal.
- ¿Qué te hace suponer que no borraré tu correo y no sabrás más de mí?
- Sé que no lo harás, estás enganchada a mí.

Me sorprendió la seguridad que Pedro tenía en sí mismo, pero me gustaba porque me trataba como a una igual... En esta relación virtual que habíamos establecido ni él era maestro, ni yo tenía miedos a expresarme. ¡Por dios! Le acababa de decir que pensaba masturbarme pensando en él... Y no me arrepentía.

- De acuerdo, nos vemos mañana... ¿Cómo tengo que llamarte?
- No sé, como tú quieras... Un nombre que te guste.
- Quiero llamarte Gendo
- ¿Gendo?
- Sí, de Evangelion...
- No sé que es eso.
- ¡Por eso tendría que borrarle! Es la mejor serie de anime de todos los tiempos. Mira, ya tienes tareas para mañana, jajá.
- Jajaja, trataré de ver algún capítulo.
- Buenas noches, Gendo.
- Buenas noches... Bueno, ¿cómo tengo que llamarte a ti?
- Me gusta Rei, es otro de los personajes...Tendrás que ver la serie para saber quien es...
- Ahora me has dejado intrigado.
- La intriga siempre es buena, hace que la mente se mantenga despierta.
- Buenas noches, Rei
- Buenas noches, Gendo.

Desconecté el chat justo cuando vi que Pedro se había desconectado; suspiré hondo por la avalancha de sensaciones que había tenido durante esa hora

escasa que habíamos hablado. Pero seguía muy excitada y ahora llegaba el momento en el que había que dar un paso más hacia el ascenso, o descenso según se mire, hacia la lujuria.

Me marché a mi habitación y me tumbé en la cama; con mis piernas mirando hacia la ventana que había enfrente; si la cocina daba a su salón de su casa, esta otra ventana tenía que dar a otra parte de su piso, quizás su dormitorio... Y con la información que le había dado, estaba segura de que Pedro observaría como me masturbaba esa noche.

Con la cortina a medio abrir, para no ser demasiado evidente, metí mi mano dentro de mis braguitas, esas que él decía que solo yo sabía hacer sexy. Las yemas de mis dedos tocaban mi sexo ya húmedo de la sola conversación con mi querido "Gendo". Me mordí el labio y eché la cabeza hacia atrás. Esta vez no tenía que imaginar que Pedro me estaba follando; la sola sospecha de que me estuviera observando desde el otro lado del patio, me tenía excitadísima.

Levanté mis piernas al techo de manera sensual, para sacarme las braguitas mojadas por los tobillos; ahora mi coñito estaba a la vista de mi vecino, mientras mis dedos jugaban en círculos sobre mi clítoris... No me cortaba a la hora de emitir algún gemido suave para hacerle ver lo excitada que estaba. Imaginaba a Pedro, con su polla en la mano, pajeándose mientras veía el espectáculo que yo le estaba dando.

Sin poder evitarlo más, abrí neceser de baño que había sobre la mesilla, y cogí el cepillo de dientes eléctrico, y que algunas veces había usado de vibrador ante la imposibilidad de tener un vibrador en casa.. Lo activé, escuchando perfectamente el zumbido y lo acerqué a mi cueva.

Cuando la vibración del mango tocó mi clítoris tuve que aguantar la respiración para no correrme de inmediato. ¿Qué estaría pensando Pedro al otro lado de la ventana? Viendo como su querida alumna se metía ese cepillo en el coñito. La sola idea de su mirada clavada en mí hizo que me corriera como una bestia mientras introducía el cepillo en mi interior.

Me quedé deshecha sobre la cama sin tener fuerzas siquiera para parar el cepillo que seguía zumbando en la silenciosa habitación. Me incorporé sobre mis codos para mirar hacia la ventana con una sonrisa en los labios. La total oscuridad de esa ventana no me engañaba, algo me decía que Pedro había observado todo. Apagué el cepillo y me levanté para ir al baño, porque tenía

hasta los muslos empapados por mi brutal orgasmo.

Me fui a la cocina, preparé un tazón grande de cereales y dediqué el rato que me quedaba de noche antes de irme a la cama a seguir leyendo el libro que tenía entre manos: “El primero en morir”. Sonreí al acordarme que había sido ese libro el que había iniciado, de alguna manera la relación existente entre Pedro y yo; ahora, el corte que me dio mi profesor me parecía gracioso viéndolo con la perspectiva del tiempo.

Cuando me cansé de leer, eran ya las tres de la mañana y, a pesar de que yo era una adicta a dormir en el sofá, esa noche me fui a la cama donde unas horas antes me había masturbado. Dormir en esa cama era lo más cercano que estaba de dormir junto a él... Me sentía protegida.

A la mañana siguiente me levanté bastante tarde, casi a las doce de la mañana, y tras darme una ducha me vestí con unos pantalones vaqueros y una camiseta de tirantes dejaba ver mi ombligo. Tenía ganas de salir a la calle, entre otras cosas para evitar la tentación de conectarme de nuevo, y darle la razón a Pedro en lo de que estaba enganchada a él.

Bajé las escaleras para dar un paseo por el barrio; no tenía ganas de llamar a Gonzalo que era del único que tenía el teléfono, así que salí del portal con el fin de dar un paseo por el barrio. En la puerta estaba Pedro hablando con otro hombre un poco mayor. Pasé por al lado de él y no quise saludar, aunque las ganas me mataban, pero el juego era el juego. Noté la mirada, sin embargo, de su amigo que analizó cada parte de mi cuerpo y me di cuenta que otra mirada que no fuera la suya empezaba a molestar. Me alejé del portal, dejándolos atrás.

- Buenas tardes, Nat.- escuché la voz de Pedro desde donde estaba.

- Buenas tardes, profe... - me giré mirándolo con una sonrisa pícaro, mientras él me guiñaba un ojo sin que su amigo se diera cuenta.

El juego era mucho más excitante de lo que yo pudiera llegar a imaginar; su sola presencia allí me había hecho humedecer mis braguitas otra vez. Seguí caminando sabiendo que aquello era el principio de algo que iba a cambiar mi vida para siempre.

Supongo que sabréis que es esto, ¿verdad?- dijo Pedro dirigiéndose a toda el aula magna desde su posición al lado de la pantalla del proyector.

Proyectada sobre la gran lona blanca se podía observar una reproducción del cartel promocional de la película “ET, el extraterrestre”. El dedo larguirucho de ese bicho de color marrón, que tanto asco me daba de pequeña, se estiraba para entrar en contacto con el delicado dedo de Elliot, el protagonista de la película; el contacto de los dos causaba un brillo en el punto de unión.

- El cartel de la película “ET”- dijo uno de mis compañeros levantando la mano, como si hubiera hecho un gran descubrimiento, cuando era de lo más evidente.

- Muy bien, Marcos... Pero ¿a qué os recuerda esta escena? ¿qué simboliza?

La pregunta quedó en el aire ante los murmullos de los alumnos que miraban sorprendidos la foto, buscando algún significado oculto; yo miraba con una sonrisa en los labios hacia donde estaba dando la clase mi querido vecino. Era lunes y era la primera clase que daba con él y me sorprendía por lo afable y simpático que se mostraba con la clase... No había vuelto a hablar con él por Messenger desde aquel viernes por la noche y, como si huyéramos el uno del otro, tratábamos de no tener contacto hasta reunirnos de nuevo en nuestro “juego”.

- La supremacía del extraterrestre...- dijo uno de mis compañeros.

- La igualdad de las especies y las razas...- dijo otro

- No... Bueno puede ser, pero no es ese el significado que buscaba el autor.- aclaró Pedro.

Dejando la frase e el aire, pulsó el botón de avance del proyector de diapositivas para poner una reproducción del techo de la Capilla Sixtina, donde aparecía el dedo de Dios tocando, de la misma forma que el extraterrestre, el dedo de Adán que lo miraba temeroso.

- La divinidad del extraterrestre, la venida de un Mesías incomprendido... En sí, ET tiene que ver mucho con Jesús; fue un enviado que fue vilipendiado por ser diferente.

Yo dejé mi desidia para abrir los ojos como platos ante la explicación de mi profesor; me excitaba la forma con la que sentaba cátedra delante de la clase... Era una forma extraña de explicar Literatura, pero conseguía lo que quería que era la atención del aula; todos mis compañeros reían y murmuraban, sorprendidos con la explicación de Pedro.

- Con esto os quiero explicar que lo que quiera decir el autor no tiene por qué ser necesariamente lo que entienda el lector... Además todas las artes en general suelen usar como inspiración, escenas bíblicas o basadas en hechos históricos; hay quien recrea la llegada de los Ángeles vengadores anunciados

en el Apocalipsis...

“Evangelion” pensé para mí con una sonrisa que fue correspondida por una disimulada mirada de mi profesor. Era una referencia clara a nuestra conversación de hace dos días y una confesión de “que sepas que he visto la serie”

- El genero de la ciencia ficción usa con frecuencia esta licencia temática.- dijo justo cuando sonó la sirena que señalaba el final de la clase.- Para el próximo empezaremos a analizar algunas obras que usan esta técnica.

Los alumnos se levantaban de sus asientos y abandonaban la clase entre un bullicio insoportable, mientras yo me entretenía adrede para quedarme a solas con mi profesor. Recogí mis cosas con parsimonia y bajé los escalones que llevaban de la grada del alumnado a la mesa del profesor y la salida.

- Me ha gustado mucho la clase.- dije agarrando mi carpeta contra mis pechos como una estúpida colegiala de instituto.

- Me alegro, es una nueva forma de enfocar este tema...- dijo levantando la mirada del montón de folios que había en su mesa para observarme.

Sus penetrantes ojos en contacto con los míos diciéndome mucho más de lo que cualquier discurso pudiera comunicar; sonrió con una ternura increíble que me erizó el vello de la nuca. Los dos en silencio y mirándonos ahí de pie, sin decir nada ni mover un músculo.

- ¡Hey, Nat!- escuché que entraba por la puerta Miriam.- ¿Qué haces aquí? Ya acabó la clase, ¿no? Hola, señor profe

- Hola, Miriam...- dijo Pedro, nervioso y rompiendo ese vinculo que manteníamos antes de la llegada de mi amiga.- Sólo estaba recomendándole un libro a Natalia.

Pedro cogió un libro de encima de su mesa y alargó su mano para ofrecérmelo; yo lo miré un poco desubicada, entendiendo que lo hacía como excusa para no delatarse delante de mi amiga. Lo cogí y miré el título, “El nombre del viento” de Patrick Rothfuss... No parecía tener ninguno significado especial, pero lo puse bajo mi brazo.

- Muchas gracias, lo empezaré a leer...- dije dándome la vuelta y saliendo de clase.

- Adiós, señor profesor...- dijo Miriam con un tono de voz que claramente era un coqueteo con mi Gendo.

- Hasta otra, Miriam... Y, Nat, léelo.

Asentí desde la puerta y salí junto a Miriam que me miraba con la boca abierta y deseando de hacerme un interrogatorio de primer grado.

- ¿Te ha llamado Nat?- dijo alucinada.- ¿Qué significa esa confianza?

- Nada, no flipes Miriam... Sólo es que somos vecinos y lo conocí con mi padre el primer día al llegar aquí, sin saber que iba a ser profesor mío.

- ¡Joder! Pues a mí, me puede llamar como quiera, que soy suya.- rio mi amiga que no perdió la oportunidad para comenzar una serie de halagos sobre lo bueno que estaba mi querido vecino y no sé cuantas burradas más sobre lo que le haría en la intimidad.

Llegamos al patio lateral del edificio, donde estaban los chicos y las chicas de la pandilla. A simple vista se veía a Dani muy acaramelado con Luisa y Gonzalo me miraba con cara de pánico al verme aparecer con Miriam; supongo que temía que le estuviera diciendo que le gustaba. Negué de forma disimulada con la cabeza, lo que pareció tranquilizarlo, un poco.

- ¿Dónde te has metido este fin de semana?- dijo Carla mientras liaba uno de sus porros.

- Tenía que ordenar un poco el piso y adaptarme a la vida en soledad.

- Vale... Pero no creas que podrás huir de nosotros todo el año.- dijo Dani que seguía abrazado a la cintura de Luisa.

- No, no... No huyo de vosotros, ya tengo ganas de salir un día para tomar algo.

- ¿Qué clases te quedan todavía?- dijo Gonzalo que parecía querer cambiar el tema de conversación de las relaciones personales, para que no incidiera en el tema con Miriam.

- Hoy me queda otra asignatura más y me iré a casa...

- Oye, ¿por qué no te acompaño luego y así me enseñas el piso?- dijo Miriam cogiéndose de mi brazo.

- Vale...- dije yo contenta de tener relación con algunas de mis

compañeras.- Si quieres quédate a comer, haré pasta...

- ¡Guay! ¡Me encanta la pasta!- dijo sonriendo mi amiga.

Gonzalo me miraba con la cara desencajada, mientras de fondo sonaba la sirena que daba paso a la siguiente hora de clase; todos se despidieron para dirigirse cada uno a sus clases... El hecho de que fuera alumna de primer año, hacía que no coincidieran en ninguna de las clases. Justo cuando todos se marchaban, Gonzo me cogió del brazo para sujetarme.

- Nat, espera.- dijo llamándome en voz baja.

- Dime...- contesté muy tranquila aún sabiendo que iba a soportar una charla de mi amigo.

- Por favor, Nat... ¿Por qué la invitas a comer en tu casa?

- ¿Qué pasa, Gonzalo? Por favor, sólo trato de llevarme bien con compañeras...

- Ya, pero...

- ¿Pero qué? Me ofende que después de todos los años que nos conocemos creas que te la voy a jugar... No pienso meterme en tus temas; te di mi simple opinión, pero no soy nadie para meterme en tu vida. Y mucho menos le voy a contar lo que pasó el otro día entre nosotros... ¿De verdad me crees capaz de eso?

- Buff, lo siento, nena...- dijo Gonzo un poco avergonzado.- Tus palabras del otro día me han jodido, ¿sabes? He pasado un fin de semana fatal.

- ¿Fatal? Pues cuando me llamaste estabas la mar de animado, jajá.

- No me refiero a eso... Es que le he dado muchas vueltas a lo de Miriam.

Me quedé en silencio viendo como mi amigo estaba afectado; sonreí por el hecho de que se mostraba abierto y hablador conmigo y me gustaba haber recuperado esa confianza que siempre habíamos tenido. No siempre nuestra relación de había basado en sexo, sino en una amistad sincera que quizás se había visto solapada por ese tipo de relación esporádica que tuvimos.

- Oye... Mira, vamos a hacer una cosa; la clase que tengo ahora no es tan importante... ¿Quieres que nos vayamos a tomar un café y charlamos?- le dije acariciándole la mejilla.

Gonzalo asintió un poco disconforme con mostrarse tan sentimental delante de mí. Yo sonreí porque me recordaba a aquel niño, bastante más inocente, que jugaba conmigo cuando éramos pequeños. Salimos hacia la cafetería de la universidad y nos sentamos en una mesa.

- ¿Y qué te ha pasado este fin de semana con Miriam?
- Nada, y eso es lo malo... Que no ha pasado nada.
- ¿Pero porque ha estado con otro tío?
- No, si es que he sido yo el que no ha querido...
- A ver, a ver... Explícame eso...- dijo teniendo que aguantar la risa, mientras el camarero nos servía dos cafés.
- Es por culpa tuya...
- ¿Culpa mía? Jajá, que fuerte eres...- dije dándole un golpe en el hombro.
- Sí, esas ideas que has metido en mi cabeza...
- Oye perdona...- dije interrumpiéndole un poco ofendida.- Yo no te he metido ninguna idea en la cabeza, capullo. Sólo te dije que tenías que admitir que Miriam te gustaba...
- Vale, pues entonces tenías razón... El sábado salimos todos juntos y ella, en un momento de la noche, tonteó conmigo. Y no sé por qué, pero le dije que me tenía que ir...
- ¿Te negaste a enrollarte con ella? ¿Tú?- reí sin poder evitarlo.
- Pues sí, no sé que coño pasó pero, de repente, me vino a la cabeza lo del miedo a las relaciones duraderas y me asusté.
- Bueno, es natural que te cueste afrontar la realidad... ¿A qué tienes miedo?
- Pues a que es verdad... Miriam me gusta y ahora tengo miedo de que se enteré de lo nuestro.
- ¿De lo nuestro? Perdona Gonzalo, pero, ¿qué es “lo nuestro”?
- Pues el polvo del otro día y todo lo que viene de atrás.
- ¿Reniegas de mí como San Pedro?- dije haciéndome la ofendida,

aunque aguantando la risa.

- No reniego, y sabes que tú eres la tía que más me ha marcado en mi vida...

- Mira, Gonzalo... Miriam no es tonta y ya sabe que tú y yo hemos estado juntos antes y, ¿sabes una cosa?... Le gusta.

- ¿Le gusta?

- Pues sí, ella sabe que tú eres un tío que ha estado con más chicas y es una parte macarra de ti que le atrae. Además te vio acompañarme a mi casa el otro día y no es tonta... Sospechará que estuvimos follando.

- ¿Ves? Eso es lo que me desanima, que sospeche eso y, sin embargo, quiera seguir liándose conmigo.

- ¿Prefieres que te dé de lado?

- Sería demostrarme que le importo...

- A lo mejor cree que es la única forma de estar a su lado...

Gonzalo le dio un sorbo a su taza de café, ya fría, con la mirada perdida en algún punto de la cafetería... Después, como si esos segundos hubieran significado un punto y final en la conversación, me miró a los ojos con una sonrisa en los ojos.

- ¿Quién es?- dijo cogiéndome de la mano.

- ¿Quién es quien?- dije sin entender su pregunta.

- Nat, ahora me toca a mí. Estás con una sonrisa permanente y con un gesto de alegría... Alguien te tiene así; tengo que admitir que estoy un poco desilusionado, porque creí que era por mí.- dijo riendo y guiñándome un ojo.- Pero ahora que me animas a dar un paso más con Miriam...

- ¿Creías que estaba colada por ti?- dije divertida.

- ¿Tan malo es?

- No, no... No te enfades, Gonzalo... Sabes que tengo predilección por ti, pero las cosas entre nosotros están muy claras.

- No me vas a decir quien es, ¿verdad?

- ¿De verdad me estás preguntando si me gusta un tío?

- ¿Qué pasa? Somos amigos, ¿no?
- Pero tú nunca has querido hablar de esas cosas... Por favor, Gonzalo.- dije ruborizada.
- No te estoy diciendo que me digas el nombre... Sólo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. Supongo que nuestra amistad ha evolucionado hacia algo más íntimo; somos más amigos, eres como si fueras mi hermana pequeña.
- Una hermana pequeña a la que te follaste el otro día.
- Sí, somos una familia un poco extraña... Pero, ¿qué quieres que le haga? Si es que sabes que en el tema del sexo somos iguales.
- ¿De guarros?- pregunté divertida siguiendo la broma.
- De liberales.- corrigió mi amigo con su eterna sonrisa.
- Que sepas que te quiero mucho, Gonzo.
- Sabes que no me gusta que llames así.
- Pero si así te llama todo el mundo...
- Tú no eres "todo el mundo"
- Vale, Gonzalo.
- Sólo quiero pedirte una cosa...- dijo mi amigo mientras nos levantábamos de la mesa.
- Síiiii, no le diré nada de lo tuyo a Miriam...- dije adivinando lo que iba a decir.
- ¿Cómo sabías que era eso?- dijo sonriendo.
- Soy una bruja... ¿No lo sabías?
- Anda, anda...- dijo abrazándome.

Después se separó de mí y, aún cogido de mi cintura, acercó sus labios para darme un suave beso en los míos. Me hizo gracia el gesto, porque había destilado más ternura que cualquier beso que me había dado nunca ningún hombre.

- Buenas tardes, Pedro...- dijo Gonzalo, dirigiéndose a alguien que había a mis espaldas en la barra de la cafetería.

Me quedé helada sin ser capaz de girar la cara; Pedro me acababa de ver besando a otro hombre y aunque no tuviera un significado sexual en absoluto, él no tenía porque entenderlo.

- Bueno, Nat, me tengo que ir.- Nos vemos mañana, ¿vale?

- Vale, nene... Adiós.- me despedí de él, mientras ahora sí miraba a Pedro que me miraba con una sonrisa desde la barra.

Me acerqué a su lado, cuando Gonzo se había marchado, y dejé mis cosas sobre la barra al lado de las suyas.

- Oye, yo...- dije tratando de justificarme.

- Calla, Natalia. No tienes que decir nada.

- Es que no quiero que pienses que...

- No lo estropees, si te he dicho que no pasa nada, no pasa nada...

Nos miramos a los ojos como si todo se pudiera explicar con una mirada; ¿qué nos hacía comportarnos como dos desconocidos en persona, cuando estábamos deseando de decírnos las cosas a la cara. Bueno, era parte del juego y la verdad no me quejaba en absoluto.

- ¿Sabes una cosa? Hoy se vendrá una amiga a comer a mi casa... ¡Con las ganas que tenía de ponerme cómoda y conectarme un rato a Internet!- dije con una sonrisa y dejándole clara una información que formaba parte del juego.

- Las visitas de los amigos nunca son molestas... Creo que el sentimiento de amistad está muy infravalorado hoy en día.- dijo en lo que capte, como una forma de decirme que no se molestaba por eso.

- Bueno, tengo que irme, profe... Nos vemos en clase, o quizás por el portal, como siempre.

- Adiós, Nat...- dijo sin hacer ningún gesto de despedida.

Me gustaba escuchar mi diminutivo en los labios de ese hombre; era como si la confianza que teníamos en el mundo virtual se trasladara al mundo físico. Me giré cogiendo mis cosas de la barra y marchándome.

- Oye Nat...- me dijo cuando pasé por su lado, cogiéndome del codo.- Hoy estás muy guapa.

- Gracias.- dije tartamudeando como una idiota, porque no me esperaba ese comentario por parte de mi “Gendo”.

Me marché sin mirar atrás, pero sintiendo cómo los ojos de Pedro no me perdían de vista... Visiblemente nerviosa entre el bullicio del pasillo, porque acababa de tocar la sirena, me encontré con Miriam que me saludó y se agarró de mi brazo.

- ¿Qué te pasa? Te veo atacada.- dijo mientras dirigíamos a la salida.

- Nada, es que en esta hora libre me he tomado un café, y no estoy muy acostumbrada.

- Si te sientes mal, dejamos mi visita para otro día...

- No, no... Sólo son nervios, se me pasaran mientras te enseño mi piso.

- Vale, como quieras...

Nos fuimos a mi casa, charlando por el camino sobre temas triviales como revistas de cotilleos, a las que la verdad yo no soy muy asidua, y programas reality de televisión. No podía extrañarme, porque la rara de las dos era yo que, a mi edad, nunca me habían gustado esas cosas... Bueno, Johnny Deep, pero eso son palabras mayores...

Llegamos a mi piso y Miriam dejó su carpeta sobre el sofá de la entrada y se quedó mirando el salón presidido por el sofá, donde Gonzalo me había follado unos días antes. Reí ante esa idea que se me ocurrió y ante el más que posible nerviosismo que Gonzalo estaría sufriendo sabiendo que estábamos las dos a solas, por más que yo le dijera que no iba a decir nada.

- ¡Uauuh! Qué caña de casa, tía... Lo de vivir sola tiene que ser la hostia, ¿no?

- Bueno, tiene sus cosas malas, no creas...

- Sí, déjame pensar... Poder traerte tíos a casa, entrar y salir a la hora que quieras; andar desnuda por casa... Sí, una autentica tragedia...- reía tirándose en uno de los sillones.

No pude evitar reír a carcajadas y, es que aquella chica tan desvergonzada no tenía nada que ver con la estirada de la exnovia de Gonzalo; parecía una versión mejorada femenina de él mismo y ahora entendía como podía llegar a colarse por ella... Por mi parte, Miriam me atraía en el sentido de haber

desinhibido de los prejuicios sexuales: el hecho de su relación con otra chica, la facilidad con la que hablaba de su vida sexual y, sin embargo, como sabía guardar las distancias con quien no le interesaba.

- ¿Quieres ver el resto del piso?
- Por supuesto...

La llevé a la cocina, al cuarto de baño; a la habitación de invitados, donde dijo bromeando que ella se mudaría; y, por fin, mi dormitorio.

- Joder, nena... Menuda cama para ti sola. ¿Es de dos por dos?
- Pues no lo sé, pero la verdad es que tengo sitio de sobra.
- Madre mía...- dijo tumbándose en ella.- Además es cómoda.
- ¿Vamos al salón?- dije por miedo a que viera a Pedro a través de la ventana.
- Sí, claro...

Nos sentamos las dos en el sofá y pusimos la vieja televisión de mi abuela; cambiando de canal para encontrar algún programa decente.

- Oye, quería preguntarte una cosa...- me dijo ella poniendo su mano en mi rodilla.
- Dime...
- ¿Entre Gonzalo y tú hay algo serio?
- ¿Cómo? ¡No, Miriam!
- Ya sé que no asunto mío, pero como os vi el otro día que veníais a tu piso y, desde que llegaste está tan raro.
- Mira, no te voy a engañar; como dijiste aquel día, entre él y yo ha habido cosas desde hace años, pero de eso hace mucho.- dije ocultando la parte relativa a nuestro último encuentro.- Pero con el tiempo somos amigos, porque nos vale mucho más esa relación que otra.
- Vale, vale... Sólo es que veo muy extraño a Gonzo desde que llegaste.
- ¿Y ese interés?- sonreí mientras ella se ruborizaba en el primer gesto de vergüenza que veía en esa chica.
- ¡No me líes! Ya te lo he dicho... Este fin de semana ha estado muy raro,

y ha coincidido con que tú no estabas, porque en la fiesta de la universidad estaba mucho más animado.

- ¿Lo de estar muy raro, te refieres a qué te ha rechazado?- solté a sabiendas de lo que me había contado Gonzalo.

- ¿Cómo sabes eso?- dijo con los ojos como platos.- ¿Te lo ha dicho él?

- Claro, nena... ¿Quién me lo va a decir?

- O sea, que hay algo entre vosotros, ¿no?

- ¡Joder qué pesaditos sois los dos! ¡Y que torpes!

- ¿Los dos? ¿Qué dos?

- A ver Miriam, no debería hacer esto, porque Gonzalo me ha hecho prometerle que no lo haría pero visto los acontecimientos...- dije cogiéndola de las manos.- Gonzo, como tú lo llamas, te rechazó porque está colado por ti.

Miriam se quedó callada, mirándome a la cara con cara de sorpresa; tragó saliva y comenzó a reír de forma nerviosa.

- No seas idiota... Una persona que está colada por otra, no la rechaza.- dijo ella riendo.

- Bueno, en eso, sí tengo yo parte de culpa...

- ¿Tú?

- Sí... Verás, yo le hice ver que sentía algo por ti... Pero los dos sois unos gilipollas.

- ¿Por qué me dices eso?- dijo ella riendo y dándome un azote en la rodilla.

- Porque estáis encoñados el uno por el otro, y por el miedo a dar el paso os vais a hacer daño.

- ¡Yo no estoy encoñada de nadie!- protestó Miriam con poca convicción en sus propias palabras.

- Bueno, yo solo quiero decirte una cosa... Hace unos días, me dijiste una frase: "Sexo es sexo"... Y créeme que, aparte de sorprenderme comparto esa visión de la vida contigo, pero hay que saber cuando delante de ti hay algo más que sexo... ¿Tú te imaginas a Gonzalo con otra persona?

- Ya lo he visto con otras... Con Luisa, sin ir más lejos.
- ¿Hace cuánto de eso?- le dije ocultando de mi teoría el encuentro sexual que tuvo conmigo.
- No sé... Unos meses.
- Y desde entonces, ¿con quien se ha acostado?
- Conmigo, sólo conmigo...- dijo Miriam escuchando sus propias palabras y empezando a darse cuenta de las cosas.- ¿Tú crees que está colgado por mi?
- Sí, y tú por él.
- Pero yo no creo que eso funcione, Nat... Las cosas no son tan fáciles...
- Las cosas las hacen fáciles o difíciles, las maneras de afrontarlas.- espeté con filosofía.- Con esto no os digo que os declaréis amor eterno, sino que sepáis que hay un sentimiento además de el sexo puro y duro... Y, con el tiempo, ¿quién sabe?

Miriam me observaba con una mezcla de agradecimiento y de deseo por darme dos guantazos; supongo que a las personas no nos gustan que nos digan las cosas a la cara... Le di un beso en la mejilla y me levanté del sofá.

- Bueno, ya se acabó de hablar de eso... ¡Qué tengo hambre!
- Joder, es que me has dejado rayada...
- Pues ya sois dos; sólo tienes que ser más sutil quizás, porque él tiene miedo de que todo acabe en una relación sexual interminable.
- Oye, ¿tú estudias literatura o psicología?
- ¡Otra igual! ¡Me has dicho lo mismo que Gonzo!

Las dos reímos, mientras yo llenaba una olla con agua para cocer los espaguetis. Los siguientes minutos, a la vez que se iba haciendo la comida y me ayudaba a cortar la cebolla y preparar la salsa de tomate, Miriam me hacía preguntas sobre la infancia de Gonzalo como si quisiera enterarse de todos sus secretos... Con sus anécdotas y sus manías nos estuvimos riendo a costa de mi pobre amigo, que tendría que estar en algún punto de la ciudad ajeno a todo.

- Bueno, ¿y cómo le va ala Doctora Amor con su propia medicina?
- ¿Qué?- pregunte haciéndome la despistada.

- ¡A ti! Que tanto dar consejos a la gente, pero no se te ve muy por la labor de enamorarte.

- Yo no he dicho que haya que enamorarse y que te haga falta un chico necesariamente a tu lado...

- Bueno, también tenemos una amiga lesbiana...- rio Miriam refiriéndose a Carla.

- No me refiero a eso; me refiero a que yo defiendo que si tienes enfrente al tío que te hace sentir especial no lo desaproveches... Pero yo no he encontrado a ese hombre.

- O quizás tienes miedo a encontrarlo.

- Joder, cada vez tengo más claro que eres la pareja perfecta para Gonzalo... Sois igual de pesados.

- Vale, vale, ya me callo... Ummm, esta salsa de tomate está buenísima...

Durante el almuerzo, cambiamos radicalmente de tema. Miriam me estuvo poniendo al día de los cotilleos de la universidad, de bromas que habían gastado a los novatos y de las mil y una fiestas que montaban en la pandilla.

- Oye, ¿tú sabes que pasó con Pedro en la famosa fiesta?- dije aprovechando que hablábamos de fiestas, para que no se notara tanto mi interés por mi "Gendo"

- Bueno algo sé... Yo no estaba en esa fiesta pero, por lo visto, Gonzo y Dani lo convencieron para que fuera y alguien lo grabó en la fiesta.

- ¿Alguien? ¿Gonzo tuvo algo que ver?

- No, por dios... De hecho, Dani y Gonzalo estuvieron dos meses buscando al autor de la grabación, porque la colgaron en Internet... Si lo llegan a pillar lo matan, casi le joden la vida a Pedro.

- Pero, ¿qué salía haciendo en el video que fuera tan grave?

- Nada... Y si el profe fue, era porque habían ganado el campeonato de baloncesto universitario y el equipo lo convenció...

- ¡Es verdad! Es el entrenador, ¿no?

- Bueno, lo era... Después de aquello, dejó de serlo.

- ¿Se enfadó con los del equipo?

- No, que yo sepa... Tiene una confianza ciega en Gonzalo y Dani... El problema es que en aquellas fiestas ya entraba mucha gente y alguien se le ocurrió grabar.
- ¿Pero que salía en el video?- dije ya intrigada.
- Ya te he dicho que nada... La fiesta, mucho alcohol, chicas en bikini y algunas en top less... Todos jugando en la piscina; pero vamos nada, denunciabile, porque todos son mayores de edad...
- ¿Entonces? ¿Cuál es el problema?
- Don Ramiro era el problema... Pedro fue novio de su hija y eso supuso un problema.
- ¿¿Qué fue novio de su hija??- grité sorprendida y casi escupiendo los spaghetti que tenía en la boca.
- Sí, una remilgada niña de papá que se largó al extranjero hace un año con otro tío.
- ¿Y qué pasó?
- Bueno no sé muy bien la historia, porque es algo así como una leyenda urbana... Pero, dicen que lo dejaron porque la hija de Don Ramiro pilló a Pedro en la cama con una compañera de clase.
- ¿¿¿Cómo??? ¡Que fuerte!
- D. Ramiro nunca se enteró de eso; sólo que su hija se quería ir al extranjero y romper su relación con Pedro... Según dicen, por eso D. Ramiro culpa a Pedro de la marcha de su hija de la universidad.
- ¿Pero ella estaba en la uni?
- Sí... Era becaria con su padre o algo así; había estudiado Secretariado y su padre la había enchufado en su Departamento. Pedro es una joya, tía... Vino a la facultad a dar clases después de lograr un Doctorado con matricula de honor y un Master en Biblioteconomía... Creo que D. Ramiro nunca lo tragó porque está mucho más preparado que él y encima se follaba a su hija, jajá
- ¡Que burra eres! Vaya con el inocente profesor...
- Esta universidad es una mierda para él; todavía no entiendo que hace

aquí desde hace dos años...

La verdad que la historia de Pedro me había dejado anonadada; por supuesto que sabía que debía tener un pasado como cualquier persona, pero no podía sospechar que una relación lo hubiera marcado de esa manera... Porque, ¿cuál era la razón de que se quedara aquí en esta universidad? ¿Quizás estaba agarrándose a los recuerdos de esa chica? Nunca imaginé que él pudiera ser infiel a otra persona, supongo que idealizamos a la persona que nos gusta.

No es que, de repente, me dejara de gustar Pedro ni mucho menos; de hecho, ahora deseaba conocerlo más que nunca, porque era más enigmático aún... Entendía menos lo del juego que traía conmigo... ¿De verdad se sentía atraído por una alumna?

Después de almorzar y ver un rato la televisión, Miriam se despidió y quedamos al día siguiente en la universidad. Como si de un resorte se tratara, nada más cerrar la puerta, me lancé al sofá para conectar el portátil y entrar en mi Messenger. Bloquéé a todos los contactos menos a uno... ¿"Gendo"? ¿Se había puesto "Gendo" de nick? Me tenía alucinada con su capacidad de sorprenderme; era como una partida de ajedrez en la que cada movimiento, provocaba una reacción del oponente.

- Hola, veo que has visto la serie...- empecé a teclear esperando impaciente una respuesta.

- Sí, pero veo que me tienes poca estima... ¿De verdad me parezco a ese personaje?

- Bueno, no sé como eres físicamente...- dije siguiendo con ese juego de hacernos los desconocidos que tanto nos gustaba.- Pero eres tan misterioso como él.

- Vale, como tú quieras... Al fin y al cabo, solo es una forma de llamarnos, ¿no?

- Pues sí... Oye, ¿te lo pasaste bien el otro día?

- ¿El otro día? ¿Cuándo?

- La única vez que hablamos... Después de hablar contigo, como te dije, me masturbé hasta correrme en mi cama. Seguro que fantaseaste con verme hacerlo.- dije poniendo a prueba su capacidad de separar el personaje de la realidad.

Y es que yo estaba seguro de que me había estado mirando desde la ventana de su habitación; aunque no pude verlo, sentía sus ojos clavados en mí y estaba segura de que se estaba masturbando viendo mi cuerpo convulsionándose por el orgasmo que me provocó el cepillo eléctrico.

- ¿Quieres que te diga si me hice una paja pensando en ti?- me espetó con un emoticono de una sonrisa.

- ¿Lo hiciste?- le provoqué

- Sí, me corrí... Fue tan real como si te hubiera estado viendo.- soltó y ver esa frase escrita en mi pantalla me hizo humedecer de repente.

Mi mente daba vueltas a la siguiente “jugada”, porque yo también quería provocarlo y hacerlo sufrir un poco para ver hasta donde era capaz de llegar... Mi próxima jugada en la partida de ajedrez.

- Quizás si te portas bien, algún día podrás verme por cam... Me masturbaré para ti.

- ¡Vaya! Hoy estás muy sexual, ¿no?

- ¿Te molesta? Si quieres cambio de tema.

- No, no... Si por mí encantado. El sexo es vida; me considero casi adicto al sexo.

- ¿Ah sí? ¿Estás todo el día follando con tías?

- No, pero me gusta explorar terrenos peligrosos.

- Pues entonces nos hemos juntado dos buenos, jajaja.- dije mientras me mordía el labio inferior.

A esas alturas de la conversación, ya me estorbaba la ropa... Me quité la camiseta y me quedé en sujetador y el pantaloncito del pijama que me había puesto al llegar a casa.

- ¿Sabes que estoy medio desnuda?- le escribí esperando su reacción.

Tardó unos minutos en contestar lo que me impacientó, por si me había pasado con la provocación y había decidido marcharse. Como siempre, mi impaciencia a la hora de no guardar los tiempos me habían jugado una mala pasada. Pero, aquel tío me gustaba y el juego lo había empezado él.

- Ya estamos en igualdad de condiciones...

- ¿Cómo dices?
- Que yo también estoy medio desnudo.
- Jajaja. No me lo creo...- dije sin poder parar de reír y muy excitada.

Otros segundos de silencio y de nerviosismo para ver aparecer en la pantalla un mensaje que decía: “Gendo quiere compartir comunicación por cam con usted, ¿acepta la invitación?” Mis ojos se abrieron como platos al leer ese mensaje y creo que se me nubló la vista.

- ¿En serio? ¿Me has mandado una invitación para verte en cam?
- Como dices que no me crees... No quieres aceptar, ¿no?

Click y un nuevo mensaje en la pantalla del ordenador: “Rei acepta la invitación de Gendo. Estableciendo conexión...”

La pequeña pantalla de mi ordenador portátil comenzó a transmitir las imágenes de mi “Gendo”; bueno, en realidad no era mi compañero al completo, porque la cámara solo dejaba ver una parte de sus fuertes abdominales y sus pectorales marcados, con incipiente pelo saliendo tras una reciente depilación, y sus manos tecleando en un ordenador de sobremesa, aunque no sé podía ver nada que me ayudara a observar algún elemento de la decoración de la habitación donde se encontraba.

- Vaya, pues sí que estás medio desnudo.- tecleé con una sonrisa en los labios y bastante excitada por haber llegado hasta este punto.- No estás nada mal, ¿sabes?

- Jajaja... ¿No estoy nada mal? Me ha gustado esa frase.

- Bueno, cariño, es que los pasteles hay que probarlos para saber si te gustan o no...

- Sí, pero veo que el escaparate de tu pastelería está cerrado.

- Jajaja. ¿Quieres verme?

- Bueno, siempre me ha gustado estar en igualdad de condiciones.

- Quiero que me lo digas, Gendo... ¿Quieres verme?

- Mi Rei Ayanami, sabes que estoy deseando verte.

Sonreí al ver esa última frase que denotaba un deseo increíble... Ha invitado a

Gendo a ver imágenes por su dispositivo cam, ¿confirmar invitación?... Conexión establecida. La pequeña ventana que se abrió en mi ordenador mostraba mi pequeño sujetador de encaje y un generoso escote; me pasé una mano por el pecho como si quisiera demostrarle que, en realidad, era yo la que estaba frente a ese ordenador.

- Vaya, estás preciosa...
- Me sobran algunos kilos.
- Ni hablar, Rei... Estás perfecta, odio los cánones de belleza impuestos; me gustan tus tetas, tu vientre, tu ombligo.
- Vamos que te gusta todo lo que ves, porque no se ve nada más...
- No está mal para un escaparate.
- Bueno, se supone que los mejores productos se exponen en los escaparates, o sea que no esperes nada mejor.
- No estoy de acuerdo con eso; las buenas pastelerías guardan el producto estrella solo para clientes gourmet.
- ¿Y tú eres mi cliente gourmet?- escribí sonriendo con la metáfora de mi profesor.
- Lo de cliente suena mal, porque implica que eres una mercancía, pero digamos que soy un admirador gourmet.
- Me gusta lo que dices, ¿sabes?

Y dejando eso escrito, me levanté del sofá cuidando de no se me viera la cara en el movimiento porque, ante todo, quería seguir con ese juego que Pedro había impuesto y que cada vez me gustaba más. Dándole la espalda a la cámara, y mirando por encima de mi hombro para ver que el ángulo de visibilidad era bueno, comencé a bajar mi pantaloncito del pijama dejando a la vista mi trasero solo cubierto por unas pequeñas y provocativas braguitas blancas que se metían un poquito en mi culo dejando ver mis cachetitos... Me recreé en la acción de quitarme la prenda, inclinándome para que Gendo, pudiera observar cada centímetro de mi piel y de esas pequeñas braguitas y aprenderme de memoria.

- Mi niña, tienes un culo increíble... No te puedes imaginar lo que me

gustaría...

- ¿Me ves ahora mejor que el otro día?- dije tratando de provocarlo más aún.

- ¿Cómo?- dijo Pedro sorprendido, que sabía por donde iban los tiros.

- Bueno, como dijiste que el otro día me veías en tu mente como me masturbaba...

- Jajaja... Eres mala persona, te gusta jugar conmigo.

- Me gustaría hacer otras cosas contigo, pero estás tan lejos, ¿no?

- Sí, te veo mucho mejor hoy que imaginándote el otro día...

- ¿Estás caliente, mi Gendo?

Pedro, por toda respuesta, alargó su mano hacia la cam y bajó el ángulo para mostrarme un bóxer negro que denotaba una tremenda erección... Buff, eso fue como si encendieran una mecha en mí; aquel bulto era la polla de Pedro, de mi vecino, de mi adorado profesor.

- Vaya, parece que sí lo estás.

Ahora ya no veía sus manos teclear, porque dejó la cam apuntando a ese paquete que llenaba la pequeña pantalla de mi ordenador.

- No sé si estamos yendo demasiado lejos para ser nuestra "segunda cita"

- Tú dijiste que lo bueno de Internet es que no había que cuidar las formas.- solté y, antes de que se fuera a arrepentir, bajé la cámara para enfocar mis braguitas, abriendo las piernas.

- ¿Sabes? Tienes el punto justo de poca vergüenza para resultar excitante.

- Cariño, si esto no ha hecho nada más que empezar...- dije dispuesta a dejarlo sin palabras y metiendo mi mano dentro de mis braguitas, ya empapadas.

Dos de mis dedos acariciaban en círculos mi cosita, provocando un placer increíble; no me podía creer que hubiera llegado a ese nivel de excitación sin apenas haberme tocado, pero Pedro tenía un efecto devastador en mí. Era como un afrodisíaco para mí, que si no paraba me iba a llevar al orgasmo en minutos. Entonces en la pantalla, que enfocaba ese bultazo en el bóxer,

apareció una de sus manos, adornada en su dedo pulgar con una de esos anillos anti-estrés. Esa mano comenzó a acariciar y a apretar su polla sobre la prenda interior.

- Estoy empapada, ¿sabes?.- le dije mostrándole mis dedos mojados recién salidos de mi coñito

- Y yo voy reventar...

- Creo que vas a hacer que me corra de un momento a otro, pero no quiero...

- ¿No quieres?

- No sin que te corras tú... Por favor...- dije mientras mi respiración se aceleraba y tenía que bajar el ritmo marcado por mis dedos que machacaban mi clítoris.

Como si quisiera jugarle mi última carta, levanté las piernas para quitarme esas braguitas blancas, sacándolas por mis tobillos en un gesto sensual. Allí estaba yo, que siempre me había considerado pudorosa a la hora de mostrar todo mi cuerpo desnudo, abierta de piernas y enseñando toda mi intimidad a aquel hombre que me tenía loca. Mis dedos jugaban con mi coñito, ahora sí, a plena vista de la cam, y el hecho de sentirme observada era como si fuera su lengua la que rozará mi clítoris.

- Es precioso, ummm... Eres espectacular.- me dijo sin dejar de sobarse la polla sobre el bóxer.

- Por favor...- escribí simplemente esperando que lo entendiera.

- ¿Qué quieres? Tú misma lo has dicho antes, las cosas hay que pedir las...

- Por favoooooor...- insistí sin dejar de masturbarme..

Y, entonces, como si las palabras sobraran en ese momento para describir lo que los dos deseábamos desde hace tiempo, su mano bajó el bóxer para que su polla saltara como un resorte... Era grande, pero sin un tamaño desmesurado y bastante gruesa. Su mano comenzó a pajarla muy suave, con ese glande descapullado y húmedo y sus dos huevos que tapaban la goma del bóxer.

- Dios mío, me tienes a mil...- le dije sin dejar de masturbarse. Es

gruesa... Y devorable.

- ¿Devorable? Jajaja, eso suena muy bestia.
- Si tú lo dices... Pero estoy segura que me pedirías que repitiera.
- Si yo te contara en lo que estoy pensando ahora mismo...
- Dímelo...
- No hace falta que lo diga ya lo imaginas seguro...
- Dímelo...

Como si estuviera pensándolo, Pedro retiró su mano de su polla, que seguía palpitando, para escribir aquello que me haría. Yo no podía dejar de tocarme, impaciente por leer lo que me iba a escribir, saber lo perversa que podía ser la mente de Gendo

- Me encantaría meter mi cabeza entre tus piernas y morderte el interior de los muslos; tocar con mis propios dedos la humedad de tu coñito y probar ese manjar perdiendo mi lengua en cada hueco de ese paraíso... Comértelo muy despacio mientras mis manos acariciaran tu vientre y jugaban con tu ombligo; sentir como aprietas mi cara con tus piernas dejándome sin aire, cuando estés a punto de correrte. Quiere beberte, secarte y mojarte de nuevo... Quiero probarte hasta saciarme...

Leer ese párrafo en mi pantalla desató todos los demonios que llevaba dentro, mis dedos se perdían en el interior de mi coñito, dejando ya a un lado mi clítoris; me ardían los ovarios, y no me podía creer la intensidad del orgasmo que estaba a punto de tener... Su mano, viendo mi reacción y mi respiración agitada, volvió a rodear el tronco de su polla y aceleró el ritmo, como si buscara llegar a correrse a la misma vez que yo.

Pero yo sabía que era imposible que lo hiciera, porque el simple hecho de ver como esa mano sacudía con fuerza el tronco de su polla hizo que me llegara ese orgasmo que me estaba matando.

- Me corroooooo, dioooooos...- le anuncié teniendo que dejar de escribir un momento para llevarme las dos manos a mi sexo y acariciarlo con vehemencia para alargar el placer todo lo posible.

- Yo estoy a punto de hacerlo, guapa... - escribió él acelerando aún más el ritmo.

- Me encantaría que te corrieras en mi boquita, yo también quiero probarte.- lo provoqué ya más tranquila pero sin dejar de acariciar mi cosita.

- No sabes lo que me gustaría hacerlo... ¡Me corro!- anunció dejando de pajearse, para agarrarse el miembro por la base.

Y explotó con un movimiento de pelvis y su polla comenzó a escupir semen a borbotones que se escurrían entre sus nudillos para llenar el pecho, las abdominales y ese bóxer negro. Me mordí el labio al ver el efecto que había causado en aquel respetable profesor de Literatura; sentí un cosquilleo en mi útero y, puedo asegurar, que si el orgasmo anterior no me hubiera dejado desmadejada en el sofá.

- Rei, perdóname un momento, pero tengo que ir a limpiar este estropicio.

- Eres como todos los hombres... Me dejas después de follarme, jajá.

- Sabes que no... Ahora vuelvo.

Pedro desapareció de la cam, dejándome ver el fondo de la habitación donde estaba el ordenador... No se veía mucho porque el ángulo de la cámara era corto, pero sí podía una estantería con libros y una litografía de un cuadro de Miró. El tiempo que estuve sola frente al ordenador, lo ocupé poniéndome mis braguitas de nuevo y la camiseta que me había quitado nada más marcharse Miriam de mi casa. Después me levanté y yendo a la nevera me eché un vaso de zumo de naranja, para volver frente al ordenador. Me di cuenta que podría tirarme horas frente a aquella pequeña pantalla, si Gendo estaba al otro lado.

Como tardaba, me levanté curiosa para asomarme a mi habitación desde cuya ventana, pude ver la luz de la habitación de Pedro y a éste poniéndose un pantalón de pijama, tras dejar una toalla en el suelo... Se había duchado incluso, lo que me daba una ligera idea que como habría sido su corrida; reí divertida para volver a sentarme en el sofá, frente a la pantalla, para que segundos después apareciera el cuerpo de mi “desconocido” amante vestido con ese mismo pantalón que le había visto ponerse a mi vecino.

- Ya estoy aquí, perdón pero he tenido que darme una ducha.

- No pasa nada, aproveche para tomarme un zumo... Me encanta que hayas vuelto.

- ¿Y eso? ¿Por qué no iba volver?

- Bueno, digamos que suponía que, una vez hubieras acabado, te marcharías.

- Rei, para mí, lo raro es lo que acabamos de hacer, porque el juego consiste en conocernos tú y yo... Me gusta hablar contigo.

- Pero parece que no controlamos nuestros impulsos, porque casi siempre acabamos igual.

- Solo hemos estado juntos dos días aquí...

- Y un día acabé masturbándome mientras pensaba en ti y el otro corriéndonos mientras nos mirábamos por cam.

- No quiero que pienses que lo que busco es solo eso en ti.

- Lo sé, lo sé... No te estoy culpando, mi Gendo. Además no pienso arrepentirme de algo que me ha gustado tanto.

- Háblame de lo que quieras...

- Vale... Cuando te has ido he visto esa estantería llena de libros detrás de ti... ¿Te gusta la lectura?

- Jajaja... Reiiiiii...- escribió a modo de protesta.

- Vale, vale... Nada de preguntas relativas al exterior.

- Sobre todo nada de preguntas absurdas de las que ya sabes la respuesta... Esto es nuestro juego, nuestro oasis...

Me quedé un instante leyendo esa última frase; era como un alegato en defensa de un voto de confianza depositado en mí... Me decía entre líneas, “sabemos quienes somos, pero eso no nos importa ni a nosotros...”. Y, en parte, tenía razón porque me sentía muy a gusto hablando con él por Messenger, como si estuviera a miles de kilómetros de mí. Sabía que le gustaba la lectura, sabía que tenía muchos libros. ¡Joder, si era mi profesor de Literatura y Artes! ¿Cómo coño no le iba a gustar leer? Pero aquí, en “nuestro oasis”, él era Gendo y yo era Rei... Y por primera vez en muchísimo tiempo, me apetecía confiar en una persona.

- ¿Has visto la serie completa?

- ¿Evangelion? No, no me ha dado tiempo... Sólo los primeros cuatro capítulos, pero tengo que admitir que es interesante... Yo de dibujos

animados sólo he visto Campeones y Dragon Ball

- No son dibujos animados, es anime.
- ¿No es lo mismo?
- Hay gente que te mataría por decir eso.
- Joder, que radical eres...
- Jajaja
- De todas formas, estoy un poco decepcionado...
- ¿Y eso?
- El personaje de Gendo... Es un poco viejo y un autentico hijo de puta. ¿De verdad me ves así?
- Bueno, tú eres el creador del juego... Eres el titiritero detrás de la instrumentalización humana.
- ¿Qué es eso?
- Tendrás que ver la serie para entenderlo... Pero sólo es un nombre, no creo que seas igual que él.
- Vale, porque tú tampoco eres tan fría como Rei
- Sí, sí... Eso lo he demostrado hace un rato... Ufff, me has dejado hecha polvo.
- Jajajaja... Oye, ¿te puedo preguntar algo personal?- dejó caer como si fuera sin intención.
- Bueno, se supone que no debemos hacer preguntas personales.
- No... No debemos hacer preguntas destinadas a conocer cosas que ya sabemos el uno del otro... Pero si podemos preguntar cosas que nos ayuden a conocernos como personas.
- Vale, entonces pregunta lo que quieras...
- ¿Tienes novio o pareja de algún tipo?

Esa pregunta me pilló de improviso y me quedé perpleja; sabía perfectamente que era consecuencia de lo que había visto en la cafetería de la universidad: a Gonzalo besándome en los labios... Un gesto que me sorprendió tanto como a

él, pero que era más una demostración de la amistad que nos unía que de cualquier relación sentimental entre nosotros. Bueno, pero al menos me demostraba algo: Pedro se sentía celoso de esa escena; pensar en eso me hizo sonreír.

- No, no tengo pareja ni nada por el estilo... Se puede decir que lo más cerca de tener una pareja es un personaje de dibujos animados imaginario.

- Es anime.

- Jajaja... Eres un chulo, ¿lo sabias?

- Tengo una buena maestra...

- Jajaja, sí, supongo...

- Bueno, Rei, tengo que irme, que tengo cosas que hacer... Me encantaría verte por aquí más a menudo.

- Lo he pensado mucho y acepto el reto...

- ¿Qué reto?

- Bueno, si te soy sincera, al principio estaba un poco confundida con todo esto del juego que planteabas, pero me gusta... Me ayuda a conocerte y a conocerme.

- Vaya, eso es muy profundo.

- ¡Lárgate ya!- le dije.

- Mientras no apagues la cámara no me iré; esas piernas me vuelven loco.

Me di cuenta que en ningún momento habíamos quitado la cámara. Él podía ver mis piernas solo cubiertas con esas braguitas; y yo, su torso cubierto por esa camiseta que marcaba la anchura de sus pectorales.

- No me había dado cuenta que seguía puesta la cámara.

- Nos acostumbramos muy rápido a lo bueno... Eres como una droga para mí... Mi cocaína.

- Eso está copiado de Edward Cullen...

- ¿Quién es ese?

- El vampiro de Crepúsculo... Le dice a Bella que es su heroína.

- Por favoooooor. No me compares con ese tío. Es de los libros peor escritos del mundo.

- ¿Qué dices? Son buenos.

- Quiero que hagas una prueba; coge uno de los libros de la saga y subraya las veces que termina una línea de dialogo con la frase: “puso los ojos en blanco” Ya tienes algo que hacer esta tarde...

- Alguien me ha dejado un libro para que lo lea.

- Pues léelo, es mucho más interesante que esos de vampiros que brillan.

- Gendooooo... El juegooooo...- le dije por el comentario que había hecho sobre el libro que él mismo me había recomendado.

- Perdón... Venga me voy ya...

- Adiós, mi Gendo.

- Adiós, señorita Ayanami.

Pedro se desconectó y quedó un vacío en la habitación como si me hubieran cortado el cordón umbilical con aquello que me mantenía con vida; ¿cómo era posible que una relación virtual le estuviera afectando tanto?

Me levanté del sofá y saqué de mi mochila el libro que Pedro me había dejado. Miré el título otra vez, “El nombre del viento”... Me disponía a leerlo, cuando mis ojos fueron al pequeño mueble del salón donde tenía amontonados algunos libros traídos de mi casa. Tenía la manía de llevar conmigo algunos libros, aunque ya los hubiese leído y, entre ellos, estaba “Crepúsculo”... Dejé el libro de Pedro sobre el mueble y cogí aquel ejemplar del best seller; comencé a contar lo que me había dicho mi Gendo... Cuando iba por doce, eché a reír dejando el libro sobre el otro montón.

Me dejé caer sobre el sofá y cogí de nuevo el libro recomendado por mi vecino y comencé a leer:

“Prólogo

Un silencio triple.

Volvía a ser de noche. En la Posada Roca Guía reinaba el silencio, un silencio triple...”

Al día siguiente, entraba en el campus con una sonrisa de oreja a oreja; supongo que la etapa de adaptación había concluido de manera satisfactoria. Tengo que admitir que tenía miedo a eso de vivir sola, aunque me apeteciera algo de intimidad e independencia, pero me había acostumbrado y, como decía mi padre, había fomentado mi sociabilidad.

Nada más entrar en el edificio principal de la facultad, Gonzalo se acercó a mí como un rayo.

- ¿Qué pasó ayer?
- Joder, qué pesadito eres, ¿eh?
- No se te ocurriría decirle nada, ¿no?

Miré hacia los lados, como si sospechara que alguien pudiera estar escuchándonos; después cogí del brazo a Gonzo y lo arrastré a uno de los pasillos más escondidos.

- Mira, nene... No hice nada, excepto contestar a sus preguntas.

- ¿Preguntas? ¿Qué preguntas te hizo?
- Que si tú y yo habíamos follado el otro día, que si había algo serio contigo, que si yo era la causa de la rechazaras el otro día...

- ¿Miriam te dijo eso?

- A mi no me uséis de Celestina, que ya sois mayorcitos... Ella te gusta, tú a ella también, ¿qué problema hay?

- Yo he dicho que me gusta, pero yo no he dicho que quiera nada con ella...

- ¿Cómo que no? ¡Me estuviste comiendo la cabeza con qué no podías liarte con ella porque solo era sexo y tú sentías algo más!

- Bueno, pues ahora he cambiado... Ya me da igual.- dijo mirando hacia abajo y tratando de ocultarme sus ojos, porque sabía perfectamente que mirándolo podía vislumbrar se mentía o no.

- Fóllame...- le solté en voz baja
- ¿Qué?- dijo levantando su mirada con los ojos como platos.
- Quiero que nos vayamos a algún sitio y me folles tan fuerte como puedas.- le dije para provocarlo
- Yo... Yo no...- titubeó tartamudeando.
- ¿Ves? Estás colgado por ella... Lo que pasa que ahora que sabes que eres correspondido te has acojonado.- le dije dando un golpe en la frente con mi mano.

Gonzalo me miró a los ojos, demostrándome que tenía razón... En ese momento llegó Dani a donde estábamos nosotros.

- ¿Qué pasa, parejita? ¿Nos vamos?- dijo cogiéndonos a los dos de los hombros.
- ¿Dónde vamos?- dije algo preocupada.
- Están todos en la cafetería, aún queda media hora para que empiecen las clases.
- Ok, tío... Vamos...- dijo Gonzalo recuperando la actitud chulesca que no era capaz de usar conmigo, después de tantos años.

Nos dirigimos a la cafetería y en aquella mesa estaban todos: Luisa, Carla y Miriam, que me miraba con una sonrisa.

- Vaya, tienes buena cara, ¿sabes?- me dijo Miriam dándome dos besos en la mejilla.
- Tiene buena cara y buen todo...- dijo Dani mirándome de arriba abajo y marcándome en los vaqueros ceñidos que traía.
- ¡Cállate ya, orangután!- protestó riendo Carla, dándole una colleja a Dani que sonó en toda la cafetería.

Las carcajadas de la pandilla resonaron en toda la sala, atrayendo las miradas de todos los clientes, mientras Dani y Carla peleaban en broma... Miriam estaba cogida de mi brazo, de pie; Luisa y Gonzalo sentados con los demás. Charlábamos sobre temas absurdos y sobre los planes para el siguiente fin de semana, a pesar de que aún era martes.

- Ahora sí me he fijado en como me mira Gonzo...- susurró

Miriam acercándose a mi oído.

- Bueno, está un poco asustado... Daros tiempo, es lógico que os de miedo dar el paso.

- Como a ti... Nunca lo das.

- ¿Cómo dices?

- Yo también puedo hacer de psicóloga y tú, das muy buenos consejos pero no los asumes...

- Ya te dije que el amor no se busca, se encuentra... No habrán llamado a la puerta correcta.- dije encogiéndome de hombros.

- Quizás no haya que llamar a ninguna puerta; quizás deben encontrarla abierta.- dijo con una sonrisa Miriam, demostrándome tener más coco de lo que le suponía el día que la conocí.

Justo en ese momento, como si el destino estuviera jugando una partida de póker. Pedro entró en la cafetería acompañado de otro profesor... Mi mirada se quedó clavada en él, sin que Miriam se diera cuenta. Él, por supuesto, me correspondió mientras su amigo pedía un café apoyado en la barra. Me fijé en el gesto que hacía con su mano, girando el anillo anti-estrés que llevaba en su dedo pulgar... Me mordí el labio de recordar la escena del día anterior. Vi que el compañero de Pedro recibía una llamada al móvil y se disculpaba con mi profesor para hablar a una distancia prudencial.

Pedro estaba solo en la barra y me miraba con esa sonrisa; yo me solté del brazo de Miriam y abriendo mi mochila saqué el libro.

- Espera un momento... Voy a devolverle el libro al profesor.

- Vale, nena...- dijo Miriam incorporándose a la conversación de la mesa.

Me acerqué a Pedro, tras haber dejado la mochila sobre la mesa de mis amigos y con el libro en la mano. Él giró la cara, mientras daba un sorbo a la taza de café caliente, como queriendo guardar las apariencias conmigo, esa frontera invisible que marcaba el juego.

- Hola, señor profesor.- dije con una sonrisa en los labios.

- Hola, Nat, ¿cómo estás?

- Muy bien... Quería devolverte el libro.
- Pero, ¿no lo has leído?
- Claro que lo he leído... Me ha encantado; lo inteligente que es Kvothe y como llega a la universidad.

Pedro me miró sorprendido, porque se dio cuenta que no le mentía al decir que me había leído el libro en un solo día. Y era la verdad, porque cuando un libro me engancha no puedo parar hasta no ver el final...

- Vaya eres una devora libros...- dijo cogiendo el libro de mis manos.

- Bueno es bastante... Devorable...- sonreí al terminar la frase.

Él sonrió sabiendo a lo que estaba haciendo referencia, justo cuando su amigo colgó el teléfono y se acercó a donde estábamos nosotros.

- Héctor, ésta es Natalia, mi prima... Y, también alumna mía- dijo volviendo a la excusa que yo le puse a D. Ramiro cuando nos pilló hablando en la fiesta.

- ¡Ah encantado!- dijo dándome dos besos.

- Bueno, yo me voy ya, primo... Nos vemos en clase.- le dije guiñándole un ojo sin que Héctor nos viera.

Volví al grupo donde estaban mis amigos y me senté en una de las sillas que ahora estaban libres.

- ¿Qué ha sido eso?- susurró otra vez Miriam que estaba a mi lado.

- ¿El qué?- contesté como si no supiera de qué me estaba hablando.

- Creo que alguien le ha quitado el cerrojo a la puerta...

- ¡No digas tonterías! Solo le he devuelto el libro...

- Vale, vale... Lo que tú digas...

Yo miré en la dirección donde estaba Pedro, que ya no me prestaba atención y hablaba de forma animada con su compañero. En ese momento sonó la sirena de entrada a las clases, como si fuera una señal que me despertara de mi

sueño.

Por una vez que decidí levantarme más tarde de lo normal, el ruido que hacía el novio de mi hermana jugando a la consola en su dormitorio no me dejó más remedio que levantarme... La verdad que me había acostumbrado muy rápido a mi vida en soledad en la ciudad, y pasar estos días de vacaciones en casa se estaba haciendo duro.

No es que no tuviera ganas de ver a mi hermana y a mi padre, que me recibieron como se llevaran tres años sin verme, cuando hacía escasos cinco meses que me fui. Si bien es verdad que prometí ir al pueblo más a menudo, entre los estudios, la tranquilidad de vivir sola en aquel piso y lo mal que me caía “la mosca”, como llamaba al novio de mi hermana, se me quitaban las ganas de venir.

Bueno, por eso, y por Pedro por supuesto... En estos meses, nuestra relación no había avanzado más allá del juego; en Internet nos conocíamos como si fuéramos amigos de toda la vida: sabíamos cuando el otro estaba triste, feliz o preocupado; hablábamos de nuestros proyectos, nuestros sueños y miedos... ¿Sexo?, pues también, a quien quiero engañar, pero nuestros juegos no eran, ni mucho menos, diarios. Yo me conformaba con hablar dos o tres días en semana con él, porque sus obligaciones como profesor de mi universidad y mis salidas con mis amigos, nos impedían estar más tiempo conectados... Aparte de que siempre insistía en que el nuestra relación virtual no podía solapar de ninguna forma ni mis estudios, ni mis relaciones sociales con mis amigos.

En persona, seguíamos como siempre: buenos vecinos, alumna y profesor y sus recomendaciones de libros que leía compulsivamente... Si es verdad, que los tonteos eran continuos con comentarios con doble sentido, miradas indiscretas o caricias ocultas tras gestos de naturalidad. Pero nada de esto, tenía después cabida en nuestras conversaciones como si, de verdad, no nos conociéramos en persona. Allí yo era Rei y él era Gendo, así de fácil.

Por supuesto, Miriam era la única que se estaba percatando de algo, pero no tenía ni idea de nuestro “secreto” en cuanto a nuestra relación virtual... Sólo me recriminaba que no me diera cuenta de las miradas que nos echábamos y de “lo bueno que está Pedro, tírale de una puta vez”. Sí, muy fina

la chica...

Ahora llevaba dos semanas en mi casa por vacaciones y la distancia hacia que echara de menos el ambiente de la universidad... Encima, mi Gendo me dijo que no podría conectarse porque iría de viaje a una casa de montaña para escribir tranquilamente.

Me levanté con un enfado de impresión dispuesta a aporrear la puerta del dormitorio de mi hermana, para que la “mosca” bajara el volumen del televisor. Justo cuando salí al pasillo de malos modos, dando un portazo, me encontré a mi padre de cara que me sonreía.

- Echaba de menos tu mal genio al despertar...- dijo dándome un beso.

Y es que, el hecho de tenerme fuera tantos meses, había vuelto a mi padre bastante más cariñoso que de costumbre. Le di un abrazo y recibí un beso en la mejilla de él.

- Yo también os he echado mucho de menos.- dije riendo.

- No será tanto, si casi no vienes...

- ¡Papá, no seas así! Sabes que tengo que estudiar mucho.

Me siguió hasta la cocina, una vez desechada la idea de meterle el mando de la consola por el culo a Fernando, el novio de mi hermana, y se sentó en la mesa de la cocina mientras yo me preparaba el café.

- Papá, ¿qué haces ahí parado mirándome?- dije mientras ponía la cafetera en el fuego.

- Nada... ¿No puedo mirar a mi hija?

- Jajaja, te has vuelto muy pesado con lo de haberme ido... ¡Y fue idea tuya!

- Y no me arrepiento; pareces otra...

- ¿Parezco otra?- dije mientras me sentaba con un vaso de zumo.

- Hablas, sonríes, gruñes...

- ¡Oye! Que parece que antes era un monstruo...

- No, pero sonreír, sonreías poco... Y tienes la sonrisa más bonita del mundo.

- ¡Papá! ¿Qué te pasa? Me da vergüenza hablar estas cosas contigo...

- Pues tendrás que acostumbrarte, soy tu padre y puedo preocuparme por mi hija, ¿o no?

- Sí, si yo no lo niego, pero...

- Mira, Natalia...- me interrumpió.- Para mí que siempre he estado trabajando para tratar de daros lo mejor, es un orgullo que estés estudiando en la ciudad y veros crecer a las dos como dos mujeres hechas y derechas... Pero me da miedo no estar allí cuando me necesitéis...

- Siempre lo has estado...- le dije tratando de calmarlo.

- No, lo sabes muy bien... Ese papel siempre lo ha hecho tu madre, pero me duele no saber nada de vuestra vida...

- Bueno, ya sabes que hay cosas que es mejor tratar con mamá...

Mi padre guardó silencio mientras se levantaba y quitaba la cafetera del fuego que ya estaba silbando. Echó dos cafés y volvió a sentarse dándome una de las tazas; movió la cucharilla con parsimonia, sabiendo yo que estaba buscando las palabras correctas para continuar su conversación.

- A tu madre tampoco le contaste lo de ese chico que se marchó a Argentina...- soltó como si costara trabajo decir las palabras sin herirme.

Casi me atraganto con el café porque mi padre, ese hombre serio y muy conservador, estaba hablando de mi ex pareja cuando nadie sabía nada de esa historia... “Maya”, pensé para mis adentros. Tenía que haber sido mi hermana porque nadie más lo sabía.

- Voy a matar a esa enana...- dije sin levantar la mirada de la taza, avergonzada.

- Maya no tiene culpa de nada... Fui yo quien la obligó a decírmelo; te tiraste casi dos meses encerrada en tu habitación y yo estuve a punto de mandarte con tu madre.

- Bueno, eso ya ha pasado... No quiero hablar de eso.

- Eso es lo que me preocupa; que nunca has hablado de eso... No puedes encerrarte en ti misma, porque un cabronazo te haya dejado.

- ¡Papá!- me sorprendí por la palabra de mi padre que siempre se había

cuidado de no insultar a nadie delante nuestro.

- Natalia... Me gustaría mucho que me contaras las cosas que te preocupan...

- Pero hay cosas que no se le cuentan a un padre...

- Y hay cosas que solo un padre puede saber...

Me quedé en silencio sin atreverme a mirarle a los ojos, como si buscara las fuerzas para convencerme a mí misma que todo aquello era una locura. ¡Por dios! Ninguna mujer de 25 años le cuenta a su padre lo que hace con un tío... Y, entonces, pensé en Pedro; su manera de escribirme, de tratarme y de aconsejarme. Siempre me decía que mi gran problema es que había hecho una coraza que me impedía confiar en nadie y que había personas, pocas, que valían la pena si siempre habían estado a mi lado.

Esas palabras siempre me reconfortaron, porque es verdad que con él abría mi corazón por cuestiones lógicas al ser un hombre que me atraía tanto; pero era verdad que había aprendido a confiar en personas como Miriam y Gonzalo, pero ¿mi padre?

- Me dejó... Simplemente eso; le salió un trabajo en Argentina y se largó sin decirme nada.

- ¿Crees en el destino, Natalia?- dijo mi padre como si lo que le hubiera dicho no tuviera importancia.

- La verdad que no me ha dado muchos motivos para creer en él.

- En el destino o se cree o no se cree... Yo no creo, por ejemplo.

Lo miré extrañada porque no tenía de la más remota idea de a donde quería llegar con su explicación. ¿Qué tiene que ver que no creyera en el destino con que mi Esteban, mi ex novio, se hubiera largado hace dos años a Argentina sin darme explicaciones?

- Las relaciones sentimentales van y vienen y depende de nosotros; no voy a decir la estupidez de que ese tío no estaba destinado para ti... A lo mejor tú crees que sí y él piensa que no. Por ejemplo, ¿crees que por el hecho de separarnos, quiere decir que tu madre y yo no estábamos destinados a estar juntos?

- Pero eso es diferente...

- No, no es diferente... Tu madre me dio lo más grande que se le puede dar a un hombre: amor y dos hijas preciosas. Si después la cosa no funciona pues es como si no riegas una planta... Al final se acaba secando. La gente le echamos la culpa al destino con demasiada facilidad...

- Pero la relación que tuvisteis no tiene nada que ver con la mía, por dios...

- Ya lo sé y por eso me preocupa que seas reacia a continuar tu vida porque un gilipollas decidió dejarte.

- No es tan grave, papá... Eso forma parte del pasado, ya no pienso en él...- mentí porque seguía siendo una losa que me impedía relacionar con naturalidad; abrir la puerta como decía Miriam.

Mi padre se levantó recogiendo las tazas de café vacías y dejándolas en el fregadero; abrió el grifo para lavarse las manos y se secó con el paño de cocina que había sobre la encimera. Después se giró hacia mí, a la misma vez que yo me levantaba, y me cogió por los hombros.

- Natalia, sabes que eres la niña de mis ojos; y estoy orgulloso de cómo llevas tus estudios, de que te encante leer y seas una chica responsable, aunque vistas como un chico.- rio mientras yo hacia una mueca de desaprobación por ese comentario.- Pero lo que de verdad quiero es que vivas; que recuperes esa ilusión que siempre tenías de niña... Y que salgas, que te relaciones y lo que quieras.

- Papá, ¿de verdad me estás diciendo que salga, que beba, que esté con chicos y todo eso?

- Yo no he dicho eso, jajaja... Siempre he confiado en ti y lo sabes; eres un chica inteligente y sabrás lo que está bien y lo que está mal. Además, ¡tienes 25 años!- dijo mientras se marchaba de la cocina, cogiendo el abrigo para ir a trabajar.

Yo estaba allí parada, de pie en mitad de la cocina, sin saber como reaccionar a la primera conversación seria que había tenido con mi padre en casi toda mi vida; en mi cabeza daban vueltas sus palabras como si quisieran abrirse paso en esa “coraza” que llevaba tanto tiempo cerrando el paso a los sentimientos.

- Oye, papá...- dije haciendo que mi padre se girara en el marco de la puerta.- Muchas gracias.

Mi padre esbozó una sonrisa y me guiñó un ojo para después salir por la puerta con una manga del abrigo puesta ya en su brazo. Yo me quedé sola en la cocina y me puse a recogerla, porque la verdad ya era bastante tarde... Seguramente hoy tendría que disfrutar de la “agradable” compañía del novio de mi hermana. Maya, mi hermana pequeña; la chivata que le había contado lo de mi exnovio a mi padre; pero no podía enfadarme con ella... Sonreí al pensar en que era un signo de preocupación por mí porque, aparte de llamarme friqui por mi predilección por el anime y los mangas, siempre había mostrada una auténtica devoción por mi.

Por eso, me prometí a mi misma en ese momento que trataría de soportar, en la medida de lo posible, al idiota de su novio, porque si ella era feliz con él, mi obligación era respetarla y apoyarla.

Salí de la cocina con dirección a mi habitación, cuando yendo por el pasillo se abrió la puerta y pude ver a mi hermana Maya saliendo con cara de sueño.

- ¿Estabas durmiendo con tu novio jugando a la consola a ese volumen?- me sorprendí con una sonrisa.

- A toda se acostumbra una...- sonrió con esa boca que volvería loco a cualquier chico.

- Me ha dicho papá que le contaste lo de Esteban.- solté haciendo referencia a mi ex novio, y creo que nombrándolo por su nombre por primera vez en un año y medio.

- Yo... Nat, lo siento...- dijo tartamudeando y temiendo una bronca monumental de las mías.

Me acerqué a ella y la cogí de las manos, gesto que la dejó de piedra; la miré a los ojos y sonreí para tranquilizarla.

- No pasa nada, enana. Quizás al final tenga que darte las gracias y todo. Sé que has estado preocupada por mí y que papá te obligó a contárselo; no estoy enfadada...

- Ufff, Nat... Gracias.- dijo mi hermana abrazándome muy fuerte, mientras sonreía más tranquila.

- Oye, ¿no hay nada de comer? Tengo hambre...- dijo la “mosca”, el novio de mi hermana, saliendo de la habitación.

- ¡Cállate!- le gritamos las dos a la vez con cara de pocas amigas.
- Vale, vale... Me callo.- dijo para meterse de nuevo en la habitación y provocando que nosotras riéramos a carcajadas.

Seguimos abrazadas un rato más, hasta que mi hermana se separó; yo le di un pellizco en la mejilla y le sonreí.

- Voy a estar un rato en mi habitación, después hacemos la comida, ¿vale?
- Vale, hermanita...- dijo riendo mientras iba a la cocina, seguramente a coger algo de desayunar para su novio.

Me encerré en mi habitación, que seguía siendo mi bunker particular, y conecté el ordenador para poner música mientras hacía la cama. Las canciones de No Te Va resonaban en toda la habitación compitiendo con los disparos y bombas que provenían de la televisión de la habitación de mi hermana.

“No podría darme el lujo de ceder ante tu llanto...”

No pienso abrir las heridas

De haberte querido tanto...”

Había escuchado tantas veces esa canción que me había auto convencido que estaba escrita para mí, como si hubiera sido la banda sonora de mi existencia durante un tiempo demasiado largo... Terminé de hacer la cama y me senté frente al ordenador, para abrir el correo electrónico.

“No puedo conseguir, cambiar ni corregir...”

Lo que me corre en las venas...”

Cada una de las frases de la canción era como la explicación que nunca tuve por parte de Esteban, mi exnovio que se marchó sin ni siquiera tomarse la molestia de saber lo que opinaba... Me di cuenta de que no quería que formara parte de su vida pero siempre había buscado llegar al “Chau”, que es el título de la canción, una forma de poder decir adiós a todos aquellos dolorosos recuerdos.

Me di cuenta, de repente, que la conversación de mi padre me había servido de bastante más de lo que creía... Por primera vez, podía pensar en Esteban sin sentir ese desasosiego que solía sentir hace unos meses. Sonreí al recordar lo que le había costado a mi padre afrontar esa conversación...

Miré la pantalla del ordenador y en el Messenger había abierta una ventana que no había visto aún:

“Gendo le ha enviado un mensaje cuando usted no estaba conectado:

Hola, mi Rei... he podido encontrar un sitio con WiFi aquí arriba y entré para ver si estabas... Necesitaba mi dosis de cocaína, pero no estás. Pronto podremos hablar de nuevo...”

Me quedé petrificada al ver esa frase que era de hace unos cuarenta minutos; no había podido hablar con Gendo en dos semanas y, para una vez que se conecta, no me pilla frente a la pantalla... Bueno, al menos me dejó una cosa clara: mi Gendo me tenía en su cabeza como él estaba en la mía.

Me tumbé en mi cama y comencé a acariciar mi entrepierna imaginando que eran las manos de Pedro las que lo hacían; sus manos fuertes, pero delicadas a la vez, entraban en el pantalón de mi pijama, apartando la braguita para tocar directamente mi coñito que se comenzaba a mojar... En ese momento, mientras me masturbaba pensando en él, pensaba en las locuras que había hecho durante esos meses en nuestro particular juego. Me encantaba verlo en cam, con su polla en la mano y escribiéndome esas cosas que me haría si me tuviera delante. Estúpidos cuando estábamos a unos metros de distancia entre nuestros apartamentos, ¿verdad? Bueno, quizás eso es lo que lo hacía tan especial.

No tardé ni cinco minutos en correrme con mis dedos empapados en mis jugos; la excitación que creaba ese hombre en mí, a pesar de estar a kilómetros de distancia, era lo más brutal que había sentido en mi vida... Sonreí pensando en que estaba deseando de volver a verlo en persona, pero deseaba tanto verlo en la pantalla de mi ordenador. Bueno, quedaban dos días para la vuelta a clases. Sería capaz de soportarlo, ¿verdad?

Me senté frente a la pantalla del ordenador y, a pesar de que Pedro estaba desconectado, quería dejarle una respuesta por si lo leía antes de nos volviéramos a ver:

“Mi Gendo, me ha encantado ver tu mensaje y es una pena no haber podido hablar contigo; ¿sabes? He sido malvada, como tú dices... No lo he podido evitar y me he masturbado pensando en ti, en que tus manos acariciaban mi cuerpo. Te echo de menos... Nos vemos pronto”

Mandé el mensaje con una sonrisa de felicidad en los labios, mientras en el

reproductor de música sonada Judas de Lady Gaga., y me puse a bailar como una loca... Mi hermana abrió la puerta para decirme que ya era la hora de comer y se rio con mi “provocador” baile.

- ¿Qué estás haciendo?- preguntó Maya divertida.

- ¡Bailar!- le dijo cogiéndola de la mano para que me acompañara al centro de la habitación.- ¡Baila conmigo!

Con mis manos en su cintura, mucha más estrecha que la mía, comencé a hacer girar a mi hermana pequeña mientras reíamos y cantábamos el estribillo de la canción; ella debía estar alucinada porque, en los últimos dos años, no eran muy normales estos excesos de alegría en mí.

- ¿Qué te pasa, loca?- reía mientras me paraba.

- Soy feliz, sólo eso...

- ¿Quién es él?- dijo mirándome con los ojos entornados.

- ¿Cómo?

- ¿Qué quien es el tío? Nat, te conozco y sé que ya hay algún tío...

- “No te preguntes por saber, que el tiempo te lo dirá”- le dije tapándole la boca con una mano.

- ¿Está bueno?- dijo emocionada mientras me sacudía por los hombros.

Yo me encogí de hombros divertida de ocultarle algo a Maya; me sentía como una niña con zapatos nuevos, pero es que si le contaba la historia del “juego” y todo lo que conllevaba, estaba segura que me diría que estaba loca.

- Bueno, si hace que estés así de nuevo, es que vale la pena ese chico. Con eso me basta... Pero como se le ocurra hacerte daño, lo castró con las tijeras de podar- soltó dejándome perpleja por la profundidad de sus palabras

- ¿Sabes? A veces me sorprendes... Pareces mayor que yo, más centrada.

- Jajaja... Bueno, papá tiene asumido que estás loca de remate.

- ¿Ah si?- reí mientras abrazaba a mi hermana haciéndole cosquillas en las caderas.

- Sí, sí, déjame...- dijo riendo y tratando de escabullirse.- Sólo espero que no sea un bicho raro como tú, y no le gustes los muñecos esos y tanto libro...

La puerta se abrió para que el novio de mi hermana asomara la cabeza y, como si tuviera miedo a nuestra reacción, preguntó sin entrar en la habitación.

- ¿Pongo el mantel y los cubiertos ya?
- ¡Cállate!- volvimos a gritarle las dos a la vez, pero esta vez tirándole yo un cojín que había sobre mi cama y que esquivó, justo a tiempo cerrando la puerta.
- No hay una cabeza buena en esta familia... ¡Madre mía!- masculló Fernando, el novio de mi hermana, desde el otro lado de la puerta, mientras nosotras no parábamos de reír a carcajadas.

Tiraba de mi maleta con ruedas desde la estación de autobuses hacía el parque cercano a mis apartamentos, cuando una voz fuera de sí me sorprendió desde un lado de los jardines:

- ¡Nataliaaaaaahhh!- gritaba Miriam corriendo hacia a mí con los brazos abiertos y dándome un abrazo que casi hace que caigamos las dos al suelo.
- ¡Qué me vas a tirar, loca!
- Joder, te has esperado al último bus... Llevamos dos horas esperándote.
- ¿Llevamos?- pregunté para interesarme por quien más me esperaba.
- Las chicas... Hemos venido a buscarte todas... Dani y Gonzo están preparándose para ver el partido de futbol.
- ¿El partido? ¡Es verdad! ¡Hoy es el Real Madrid-Barça! ¿Dónde lo vamos a ver?
- ¿Futbol? ¿Te gusta el futbol?
- Vale, supongo que a vosotras no, jajá.- dije mientras nos acercábamos al banco donde estaban todas sentadas.

Allí estaban Carla, con un porro en los labios como siempre, y Luisa con su amplia sonrisa y levantándose para darme dos besos.

- ¿Qué tal? ¿Todo bien en casa?
- Sí, sí... La verdad que muy bien, pero estaba deseando de volver aquí.
- ¿Sabéis lo que dice? Que donde vamos a ver el futbol...

- Jajajaja... ¿No me digas que a ti te gusta el futbol?- rio Carla tosiendo el humo.

- Pues sí, ¿Qué tiene de malo? ¿A ti no?

- Cariño, que sea lesbiana no quiere decir que me guste el futbol.- bromeó Carla.

- Le gusta más el voleibol femenino...- dijo Luisa haciendo que todas nos echáramos a reír a carcajadas.

- ¡Vete a la mierda!- gruñó Carla sin poder evitar reírse al final.

Seguimos riendo y charlando un buen rato, para quedar esa noche... El plan que tenían las chicas era salir a tomar solas, mientras los chicos veían el futbol en casa de Dani. Después ya quedaríamos todos juntos; yo quería ver el partido pero, aunque no me importaba verlo a solas con los chicos, sabía que me exaltaba demasiado viendo los partidos... Además estaba la cuestión de que Gonzalo era del Madrid y no me soportaba viendo el futbol con él.

- Bueno, quizás me quede en casa a ver el futbol y luego salga a buscaros...

- ¿Lo dices en serio?- dijo Miriam que estaba enganchada a mi brazo.

- Jajaja... ¿No puedo? Acabo de llegar de un viaje, me quiero dar una ducha tranquila...- mentí porque me había dado la ducha antes de coger el bus.- Y veré el partido... Luego os llamo, lo prometo.

- Joder, que rarita eres...- dijo Luisa riendo y quitándole el porro de las manos a Carla.

- Jajaja... De verdad que os llamo luego, pero quiero descansar un poco.- dije ocultando que también quería conectarme para saber algo de mi Gendo.

- Vale, pues entonces luego nos llamas...- dijo Miriam, mientras yo cogía mi maleta para ir a casa.

Llegué a mi portal y entré para ver mi buzón lleno de publicidad y cartas; mis ojos fueron directamente al buzón de Pedro, que también estaba igual... Señal de que él tampoco había llegado aún, lo que me puso triste. Subí las escaleras, tirando de la maleta, mientras maldecía que el viejo edificio no tuviera ascensor. Cuando por fin llegué, apoyé la maleta en la pared y metí la llave en

la cerradura... Como siempre atrancada; tiré de ella hacia mí, como me había enseñado Pedro, para empujar muy fuerte a la vez que giraba la llave... ¡Crack!

- Joder...- dije mirando la llave partida dentro de la cerradura.- ¡Joder, joder , jodeeeeeer!

Me dejé caer en el suelo, sentándome con las piernas cruzadas; no sabía bien lo que hacer y me desesperé un poco; teniendo sentido común, saqué mi móvil para buscar el teléfono de un cerrajero y que solucionara el problema aunque tuviera que estar un rato esperando en la puerta.

- Sin batería... ¡Muy bien! ¿Puede salir algo peor aún?- grité tirando con fuerza mi móvil hacia el pasillo.

- ¡Ey cuidado!- escuché la voz de Pedro que esquivó de milagro el móvil volador.

- ¡Lo siento!- dije levantándome del suelo ruborizada.- ¿Estás bien?

- Yo sí pero el teléfono creo que no...- dijo cogiendo lo que quedaba de aparato que estaba destrozado en el suelo.- ¿Qué te pasa?

- He partido la llave dentro de la cerradura...

- ¿Qué has hecho qué?- dijo Pedro riendo y acercándose a la puerta.- ¡Eres una bruta...!

- ¡Oye, perdona!- dije un poco ofendida por llamarme “bruta”

- Jajaja, no te enfades anda...

Creo que se me quedó cara de tonta, porque era la primera vez que hablábamos con tanta naturalidad; por una vez, parecía como si fuera Gendo el que hubiera salido de la pantalla para estar enfrente mía... Pedro me miraba con unos ojos extraños, llenos de emoción, pero sin querer demostrar ningún gesto de cariño o amor.

- ¿Pero que culpa tiene el teléfono?- dijo con esa media sonrisa que me mataba.

- Iba a llamar a un cerrajero y se me apagó el móvil...

- ¿Un cerrajero? ¿Un sábado por la noche con un Madrid- Barça?

- ¡Joder! ¡El partido! Encima me lo pierdo...- dije echándome las manos

a la cabeza.

- ¿Ibas a ver el partido?- dijo sorprendido.- No sabía que te gustara el fútbol.

- ¿Y por qué ibas a saberlo si nunca hemos hablado de nada?- contesté siendo yo la que le recordó la diferencia entre nuestro juego y la realidad.

Me miró sorprendido como no esperando que fuera tan rápida de reflejos; después se acercó a mí, y alargando la mano cogió mi maleta.

- ¿Qué haces?

- No pretenderás quedarte aquí a esperar a un cerrajero al que no has llamado, ¿no?- dijo arqueando las cejas.- Además puedes ver el partido en mi casa si quieres; yo iba a verlo...

- ¿En tu casa?- dije sorprendida.

- Bueno, yo ya he estado en la tuya y no pasa nada...

- Pero yo soy una chica decente que no entra en la casa de cualquier desconocido.- bromeé con la mano en el pecho.- Bueno que sepas que lo hago por mi Barça y mi Cesc Fábregas.

- ¡Un momento! ¿Eres del Barça?- dijo con la cara desencajada.

- ¿Tú del Real Madrid?- dije divertida.- ¡Me encanta!

- ¿Te encanta?

- Sí, no sé porqué pero sabía que no eras del Barça.

Entramos en su casa y me sorprendí por el gusto con el que estaba decorado; no sé, quizás tenía la impresión de ver en Pedro al clásico genio despistado pero el piso estaba decorado con gusto. Un salón muy parecido al mío, con una sofá un poco más pequeño y un televisor de plasma grande; el mobiliario del piso se basaba en muchas estanterías repletas de libros, algo lógico debido a su ocupación laboral... Al fondo un pasillo que, si la orientación no me fallaba daba a su habitación. Por lo demás, un piso normal parecido a de un estudiante con muebles de saldo y que se notaba que no era suyo en propiedad.

- ¿Quieres una?- dijo Pedro que mientras yo estaba inspeccionando el territorio, había ido a la cocina a por unas latas de cerveza.

- Sí, claro...- dije viendo como él me la lanzaba para que la cogiera al

vuelo.

- Buenos reflejos...- rio mi Gendo de carne y hueso.

- Sí, como Valdés...- dije haciendo referencia al partido que estaba a punto de comenzar.

- No empieces, que vuelves al pasillo...- dijo riendo y sentándose a mi lado en el sofá.

Y allí estábamos él y yo; Rei y Gendo... Nat y Pedro. Dos personas calladas, sin saber que decir y mirando al televisor mientras Pedro buscaba el canal correcto y yo le daba un sorbo a la lata de cerveza.

- Ya está, este es el canal... Quedan diez minutos, si no te importa voy a cambiarme de ropa y ponerme algo más cómodo.- dijo yéndose por el pasillo hacia su habitación

La verdad que hasta entonces no me había fijado de cómo iba vestido, e iba mucho más serio de lo normal con un jersey de pico, una camisa de rayas y unos pantalones chinos de raya.

- Oye, Pedro... He visto tu buzón lleno, ¿acabas de llegar?

- Llegué hace unas horas...- dijo desde su habitación.- Pero sólo dejé la maleta y me fui a la universidad que tenía entregar unos documentos en el departamento.

- No sé, quizás querías ver el partido tranquilo y...

- Creo que he sido yo quien te ha invitado, ¿no?- dijo volviendo de su habitación.

Éste si era mi Pedro: elegantemente desaliñado, con una camiseta ancha que marcaban sus fuertes hombros y un pantalón de pijama largo de rayas... Yo lo miré de reojo mientras daba un sorbo a mi cerveza, porque no era cuestión de mirarlo fijamente.

Sin detenerse en el salón fue a la cocina y unos minutos después apareció con un bol con snacks y otros aperitivos.

- Perdón por no haber preparado nada, pero no sabía que iba a tener visita.- rio con ironía.

- ¿Sabes? En la universidad pareces más serio...

- Sí, puede que tenga hasta doble personalidad depende del lugar donde me conozcas.

Me encantaba el juego que llevábamos; ese amago constante de jugar con los dobles sentidos y que nos hacía provocar situaciones que nos excitaban de sobremanera.

- Ya han salido al campo...- anunció mirando al televisor y abriendo una nueva lata de cerveza.

- Nunca me había imaginado esto.

- ¿El qué?

- Ver un partido de fútbol con mi profesor...

- Bueno, lo has provocado tú.

- ¿Yo?

- Sí, eres la bruta que ha partido la llave del piso.

- ¡No me digas bruta!

- Jajaja... Bueno calla que ya ha empezado.- me interrumpió poniendo una mano en la boca mientras miraba a la tele, en un gesto que hizo que un cosquilleo recorriera mi nuca.

“El Real Madrid empieza presionando muy arriba al Barcelona, como es lógico... Balón atrás de Piqué para Valdés, éste abre para Puyol que devuelve a Valdés...¡Fallo increíble del portero azulgrana que manda el balón a Di María!, ¡rechaza su disparo Busquets y lo recoge Ozil! ¡Oziiiiil...! ¡Despeja Busquets de nuevo, pero el balón queda muerto para Benzema y...! ¡GOOOOOOOOOOL! ¡GOL, GOL, GOL! ¡DEL REAL MADRID A LOS 30 SEGUNDOS DE PARTIDO!”

Como podéis comprender mi cara era un poema, pero Pedro no lo celebró por todo lo alto; se limitó a sonreír mirando mi cara de cabreo y dándome con el codo en el costado me dijo:

- “Buenos reflejos... Como Valdés”

- Te la vas a ganar...- le contesté yo con una confianza más propia de Rei y Gendo que de Pedro y Nat.

- Vale, vale...- rio levantando las manos en señal de rendición.- ¿Quieres

otra cerveza? Para ahogar las penas, jajaja.

Cogí la cerveza de su mano con muy mala leche y la abrí para darle un largo sorbo, mientras seguía viendo el partido... Las discusiones eran constantes entre nosotros; cada falta, cada agarrón, cada tiro a puerta. Llegando incluso a darle un golpe en la cabeza a Pedro cuando se rio por una falta que le hicieron a Cesc Fábregas.

- Eso sí que no te lo consiento... Con mi amor, no te metas...
- ¿Tu amor? ¡Pero si Ozil juega veinte veces mejor!
- ¿Ozil? ¿El chihuahua? ¡Venga ya!

Seguíamos charlando y comentando el partido, con la cerveza en la mano y devorando patatas fritas... Creo que, por primera vez en mi vida, estaba viendo un partido de futbol con un chico y me estaba portando tal y como yo soy. Y lo bueno es que a Pedro parecía gustarle...

“Se va Messi, aguanta Messi el acoso de Alonso... Messi avanza y ¡pase en profundidad para Alexis y...! ¡GOOOOOOOOOOOL DE ALEXIS! ¡GOL DEL BARÇAÁÁÁÁ!”

- ¡Tomaaaaaa!- grité desahogada saltando del sofá y subiéndome en la mesa baja donde estaban las cervezas.- ¡Gooooool!
- Que suerte tenéis...
- ¿Suerte? ¿Suerte?- repetí feliz.- ¡Saluda al campeón, chaval!

Pedro me miraba con una sonrisa pero enfadado, se veía de lejos que vivía el futbol igual que yo; un autentico forofo, y eso me encantaba... Bueno no quiero aburriros con tanto partido, pero quien no sepa el resultado final, solo deciros que Xavi marcó el segundo del Barcelona y, casi al final, Cesc Fábregas, mi Fábregas, marcó el tercero de la remontada.

- ¡Gooooooooool!- grité saltando de nuevo y bailando contoneándome delante de Pedro, para provocar su ira.
- Deja de hacer eso o te vas a enterar...- me amenazó mientras los jugadores del Barça hacían una piña para celebrarlo.
- ¿Ah si? ¿Y qué piensas hacer?- le dije con los brazos en jarras plantada delante de él.

Y fue increíblemente rápido y, antes de que pudiera esquivarlo, me dio un cojinazo en la cara que hizo tambalear y caer sobre el sillón de atrás. Me levanté para limpiarme porque al caer me eché encima la cerveza que llevaba en la mano.

- ¡Oye! Eres un bestia...- dijo un poco enfadada, y estirando mi camiseta porque la cerveza estaba calando en mi escote.

- Lo siento, pero te lo mereces... Por provocarme. Pero te la has derramado tú...

A esas alturas, tengo que admitir que yo estaba un poco perjudicada por las tres cervezas que me había tomado, y mi mente pensaba formas de hacerlo estar en un compromiso... Mi Gendome planteaba una de sus batallas y hoy no pensaba perder... Me acerqué a la maleta, que seguía en uno de los lados del sofá, notando como Pedro me seguía con la mirada, preocupado por mi gesto de enfado que él no esperaba.

- Date la vuelta...- le dije mientras abría la maleta.

- ¿Qué?- dijo un poco confundido por mi actitud.

- Date la vuelta...- repetí haciendo el gesto de quitarme la camiseta empapada.

- Ah, perdón...- dijo Pedro girándose para darme la espalda.

Sabía que estaba totalmente sorprendido por que me fuera a quitarme la camiseta delante de él, pero también estaba segura de que él no iba a mirar... Una estupidez cuando me había masturbado delante de él a través de la pantalla de un ordenador, ¿verdad? Pero ese era el encanto de aquel hombre, sabía que cada cosa tenía su momento, y estar esa noche allí con él era muy especial para mí.

- Ya puedes mirar, si quieres...- dije con una sonrisa y una sorpresa preparada.

- No me jodas...- dijo con los ojos como platos el pobre Pedro, que flipó al ver que llevaba puesta la camiseta de Cesc Fábregas que me regalaron.

- ¿No te gusta mi modelito?

- No pienso sentarme en el mismo sofá que tú si llevas eso puesto...- dijo riendo y levantándose para irse al sillón.

- ¿Lo dices en serio?- dije arqueando las cejas y sentándome en el sofá.

En ese momento recobré un poco la cordura y recordé la cerradura, el cerrajero, que había quedado con las chicas... Supongo que Pedro tenía la capacidad de leer en mis gestos, de entender mis preocupaciones.

- ¿Qué te pasa, Nat?
- Me acabo de acordar que tengo que llamar al cerrajero, había quedado con las chicas... ¿Puedo llamar desde aquí?
- Claro, ahí tienes el teléfono...- me señaló con una sonrisa.
- Vale, buscaré un cerrajero en la guía... Que pereza esperar ahora a ese tío.
- Bueno, se me ocurre otra idea...- dijo levantándose del sillón.- Pedimos unas pizzas, tomamos unas cervezas y ya lo arreglaremos...
- ¿Ya lo arreglaremos?- pregunté confundida pero sabiendo lo que me quería decir.
- Quédate...

Una palabra... Tan solo una palabra y era todo una tormenta de sensaciones. ¿Cómo me podía decir tanto con tan poco? ¿Cómo un conjunto de letras podían provocar que mi corazón latiera de esa manera? Lo miré y él me miró, parecía que todo iba a explotar en un momento. Me quitó el teléfono de las manos, acercándose a mí, casi pegado a mi oído y me dijo en un susurro:

- ¿De qué quieres la pizza?- dijo retirándose antes que le diera un guantazo.
- Serás...
- Seré, ¿qué?- dijo divertido mientras marcaba el número de la pizzería.
- Nada...
- Entonces, ¿te quedas?

Me limite a asentir con la cabeza; no sé que le contaría al día siguiente a Miriam, pero por nada del mundo pensaba renunciar a mi momento.

- Ponte cómoda si quieres... Cámbiate de ropa.
- No pienso quitarme esta camiseta...
- Lo suponía... Bueno quizás de la arranque yo.

- Vaya, no sabía que eras tan atrevido con las chicas.
- No lo soy... Solo con mi Rei...

Escuchar en sus labios mi nombre virtual, mientras sus ojos escudriñaban mi rostro, me hizo mordirme el labio, nerviosa... Allí de pie, uno frente al otro, sin hacer ningún gesto, como si los segundos no pasaran. Su mano acarició mi mejilla y yo incliné mi cabeza a un lado para el contacto fuera más duradero.

- Creo que vas a perder el juego...- sonreí cogiendo su mano.
- Y yo creo que hoy, al menos hoy, nos merecemos dejar de lado los juegos.
- Bueno, no sé... Tú eres el creador del juego, yo no...
- ¿Tienes miedo?- me dijo levantando con su mano mi barbilla.
- Pues no lo sé... Por una lado sí, porque no sé lo que esperar de todo esto.
- Pues no esperes nada...
- Creo que eso no es una buena respuesta, jajá.- dije dando un paso hacia el sofá.- Eso no me tranquiliza nada.

Me senté en el sofá para que, segundos después, él se sentara a mi lado; parecía muy tranquilo, como si controlara totalmente la situación y, la verdad, yo agradecía que al menos uno de los dos supiera donde nos llevaba todo esto.

- Mira, ya era hora de que tuviéramos una charla... En clase nunca hablamos y en Internet eres Rei... Quiero conocer a Nat.
- Bueno, lo estás arreglando...
- Jajaja... Eres durilla, ¿eh?
- Tengo buen maestro, mi Gendo.- sonreí de forma pícaro.
- ¿De qué quieres la pizza?- dijo mostrándome el teléfono en su mano.
- De jamón...

Cogió el teléfono y marcó el número de la pizzería y comenzó a andar por el salón de la casa mientras hacía el pedido; yo lo observaba sentada en el sofá, como si todavía no me pudiera creer lo que estaba pasando esa noche... En

ningún momento pensé en un acercamiento tan repentino entre nosotros; una estúpida sonrisa se había dibujado en mi cara y amenazaba con no irse de allí jamás. Pero había un problema, y es que Pedro quería conocer a Nat, a mi verdadero yo y temía abrirme con él cara a cara.

- Ya está...- dijo colgando el teléfono y sentándose en el sofá.
- ¿Te puedo preguntar una cosa?
- Claro, dime...
- ¿Por qué te fijaste en mí? ¿Y cuándo?
- Joder, vaya preguntita, ¿no?
- Bueno, dijiste que querías que nos conociéramos...

Se quedó unos momentos con gesto pensativo, pero sin dejar de mirarme un instante... Sus ojos recorrieron desde mis pies hasta mi cara, provocándome un escalofrío de excitación... No puedo decir que no recibiera miradas de muchos hombres al caminar por la calle, pero los ojos de mi Gendo tenían algo especial.

- Si te digo la verdad, desde el primer momento que te vi en el portal con tu padre me gustaste, aunque tu forma de ser dejara mucho que desear.
- ¡Ah, vale! Gracias...- dije haciéndome la ofendida.
- Por dios, me miraste como si quisiera ligar contigo...
- Bueno, con el tiempo se ha demostrado que no iba muy desencaminada.
- Jajaja... Pues si te soy sincero, en ese momento no tenía ninguna intención de ligar contigo... Fue cuando me acusaste de mirarte las piernas, eso me gustó mucho.
- Sí, ¿verdad? Tú también cuando me callaste dándome esos datos sobre el libro que leía... Fue como decirme “cállate, niñata creída”
- En realidad sí que me fije en tus piernas pero, de verdad, que estaba mirando el libro.- dijo poniendo la mano en su pecho a modo de juramento.

La verdad es que mientras esperábamos las pizzas, mantuvimos una conversación muy agradable sin entrar en temas espinosos y, sobre todo, dejando de lado cualquier referencia a nuestras relaciones como Rei y Gendo. Tenía razón en eso de que quería conocer a Nat... Y me gustaba. Hablamos sobre anécdotas de nuestros encuentros en clase y nuestras bromas a pesar de haber gente delante.

Cuando llegaron las pizzas, Pedro sacó un nuevo pack de cervezas y yo resoplé al ver que me ofrecía otra lata.

- ¿Me quiere emborrachar?- le dije cogiendo la lata.
- Lo que sea para conseguir que te quites esta camiseta...- me dijo agarrando la prenda con una de sus manos.
- Cuidado... Tienes que lavarte las manos para tocar esto, que es sagrado.
- ¡Verás tú!- se rio Pedro mientras abría la caja de las pizzas.

Cogí con ganas el primer trozo de pizza y me tapé la boca al ver como Pedro me miraba divertido por el gran bocado que le di a la porción.

- ¿Puedo preguntarte algo?- dijo un poco más serio de lo que había estado hasta el momento.
- Buff, me estás asustando...
- ¿Qué es lo que te pasó? Nunca me lo has contado...
- ¿Qué me pasó? No te entiendo...- dije sin saber muy bien por donde venían los tiros.
- En nuestras... Bueno, a veces, me has hablado sobre el problema que tenías para mantener relaciones fijas con los chicos, por un desengaño... ¿Qué pasó?
- Uff, ¿de verdad quieres que hablemos de eso? pesar
- Bueno, sólo si tú quieres...

Lo miré a los ojos como intentando desentrañar alguna razón oculta en su interés por mí; la coraza seguía siendo muy fuerte, incluso para entregarle mis secretos a mi Gendo que era el hombre que me había ayudado a salir de ese pozo en el que me hallaba metido.

- Esteban, se llama Esteban... Y digamos que decidió que no era lo suficiente buena como para formar parte de su vida.

- ¿Eso te dijo?

- No, de hecho, no dijo nada... Sólo le largó a Argentina sin decir nada... Y lo peor es que lo sabía desde hace tiempo; sabía que tenía la oferta de trabajo y no me dijo nada...

- ¿Me estás diciendo que porque un tío te dejó tirada renuncias a cualquier tipo de relación?

- ¿Ves? Sabía que no lo comprenderías... Al fin y al cabo, tú quizás eres como él...

- ¿Cómo él?- dijo un poco indignado.

- Sí, eres un tío... Y no he oído cosas precisamente bonitas de ti...- dije para inmediatamente arrepentirme; y es que mi escudo anti-misiles me jugaba esas malas pasadas...

Se levantó como un resorte del sofá con gesto serio y se dirigió a la cocina llevando las sobras de la pizza, mientras yo me maldecía por mi boca. Dejé el sofá para seguirlo a la cocina y, allí estaba él tirando las cajas a la basura.

- Oye, yo... Lo siento, no debía haber dicho eso.

- No pasa nada... Todo lo que dicen es verdad.

- Me da igual, Pedro... Yo te he conocido después y alguien me enseñó a que no se debe juzgar a las personas.

- No he querido ofenderte con lo de Esteban, sólo te digo que el hecho de que no quisiera que formaras parte de su vida no tiene que hacerte desconfiar del género masculino...

- ¿Género masculino? Jajaja... Llevaba años sin escuchar eso...

- ¿Nunca te tomas ninguna conversación en serio?- dijo un poco molesto.

- Oye, Pedro...- dije acercándome a él y sorprendiéndome a mi misma de mi reacción.- Yo sé que no lo he hecho bien, pero entiendo que me cuesta mucho hablar de eso; siempre me has dicho que confiara más en las personas y resulta que me cuesta contigo más que con nadie.

- Bueno, oficialmente quien te dio ese consejo fue Gendo, no yo...- dijo

tratando de calmar el cariz que estaban tomando las cosas.

- Sí, lo sé... El juego.

- Mira esta noche quiero que lo pasemos bien, que hablemos entre nosotros; si no quieres hablar del pasado, pues no hablamos... Yo me estoy acostumbrando a tenerte aquí, aunque lleves esa camiseta asquerosa.

- ¡Hey! Un respeto...- reí por su broma.

- Anda, toma...- me dijo dándome una lata de cerveza y cogiéndome con su brazo alrededor de mis hombros nos fuimos al salón.

Como dijo Pedro la conversación siguió de forma amena y preferimos no hablar de esas cosas que tanto nos molestaban; no sabemos si era cobardía a enfrentar nuestros miedos o qué... La verdad que me daba igual si Pedro había dejado a su novia, si se había acostado con una alumna o lo que fuera. Sólo me importaba que lo pasaba bien con él, y me hacía feliz. ¿Tan malo es querer estar al lado de una persona que te hace sentir así?

- Creo que hora de irse a dormir... - dijo mostrando la ultima cerveza vacía.

- ¿Quieres que me quede aquí a dormir?- dije muy sorprendida.

- Pues no sé donde quieres hacerlo; no puedes entrar en tu casa, son las una de la madrugada y no creo que haya ningún cerrajero disponible.

Me entró el pánico, porque yo sólo había dormido con una persona... Para mí eso era entregar la mayor de las intimidades a una persona; no lo digo por ruidos, olores o algo físico, sino por la fragilidad de una persona cuando duerme. Te estás entregando al otro, en un acto de confianza difícil de igualar... Sé que para vosotros será una idiotez, pero para mí tenía mucho sentido.

- No te asustes, Nat...- dijo como si fuera capaz de leer mis pensamientos.- Tú dormirás en mi habitación y yo en sofá.

- No, por favor, esta es tu casa...

- Tú eres mi invitada, así que mando yo.

Los efectos del alcohol y el cansancio acumulado del viaje en bus hacían mella en mí, y no tenía muchas ganas de discutir.

- Vale... Dormiré yo en la cama, pero te debo una...

- ¿Una cama?- rio Pedro.

- No idiota, una invitación, al menos.

- Ah, vale vale...- siguió riendo alguien mucho más parecido a mi Gendo de lo que nunca podía imaginar.- Ya sabes donde está mi habitación, ahora te llevaré unas sábanas limpias.

Caminé por el pasillo del fondo hasta llegar a s habitación; adornada con más libros y pósteres de películas clásicas en blanco y negro; me dirigí a la ventana y, desde ella, puede observar perfectamente la cama de mi habitación... Me di cuenta de las maravillosas vistas que tuvo, cuando me masturbé para él.

Me senté en la cama y me quité con esfuerzo las zapatillas; me desabroché el pantalón y me lo bajé sacándolo por mis tobillos. Metí mis manos por debajo de la camiseta para desabrochar mi sujetador y sacármelo para dejarlo sobre la cama.

- Aquí tienes las sábanas...- escuché la voz de Pedro, apoyado en el marco de la puerta con la ropa de cama en la mano.

- Hola...- dije con tono de voz suave.

La camiseta del Barça cubría lo justo de mi trasero y podía ver las braguitas blancas y mis muslos desnudos; él sonrió y yo me mordí al labio mientras jugaba con la camiseta, mostrándole el ombligo, que tantas veces por cam me había dicho que le volvía loco. Empezó a caminar hacia mi lado de la cama donde yo seguía de pie siguiéndolo con la mirada.

- Gracias...- me susurró mientras estaba ya a escasos dos metros de mí.

- ¿Por qué?- dije acompañando su susurro y jugando con mi pelo por nerviosismo.

- Por quedarte hoy.

- Bueno, no tengo más remedio; gracias a ti por permitir que...

No me dejó acabar la frase; me agarró de la camiseta y me atrajo hacia él de forma muy suave y me besó... Pero eso no era un beso cualquiera, porque supongo que sabéis cuando que un beso es puro sentimiento. Un beso robado en una casi oscura habitación, como si tuviera miedo de mostrarse a los

demás; como dos niños traviesos que coquetean con lo prohibido. Sus labios suaves en contacto con los míos y sus manos en mi cintura pero sin apretarme a él. “Acaríciame, tócame...” gritaba cada poro de piel. Pero sólo era un beso eterno, donde sus dientes mordieron con suavidad mi labio inferior y su lengua rozó tímidamente la punta de la mía... Esto no era sexo, aquí no había pantallas. Lo sentía; estaba aquí... Gendo, mi Gendo me estaba besando.

- Buenas noches, diosa...- dijo separándose de mi y dejándome colgada de sus ojos, para alejarse hacia la puerta de la habitación.

- Oye, Pedro...- dije tocándome con mis dedos los labios, como si quisiera contagiarlos de su tacto y su sabor.

- Lo siento, ha sido un arrebató... Ahora duermo y mañana ya hablaremos.- dijo con una medio sonrisa.

- Eres un...- dije sin terminar la frase.

- ¡Duerme!- me dijo ya desde el pasillo yendo hacia el salón.

Me tumbé en la cama con las piernas dobladas y mirando al techo; porque, como todos supondréis, lo que menos podía en ese momento era conciliar el sueño... En mi cabeza daban vueltas cada una de las conversaciones que habíamos tenido en nuestra relación virtual... Nunca nos habíamos declarado amor, porque según él dijo un día: “no me puedo permitir amarte”. Para ser sincera, yo tampoco sé que quería ser amada ni corresponder a algo así.

La coraza; esa coraza que dominaba mi vida y que me impedía avanzar. Las palabras de mi padre recobraban todo su significado; yo no reía, no salía... Ahora mi risa era Gendo, mi vida era Gendo... Gendo. Pedro. Gendo. Pedro.

Daba vueltas en la cama. Las dos y media de la madrugada. Mis labios mantenían su aroma... Jugaba con un pelota de rugby de peluche que había sobre la cama y la lanzaba hacia arriba, con la mirada perdida en el techo... Esteban ya no estaba y me preguntaba si ahora yo quería que estuviera. Cerraba los ojos y, por primera en mucho tiempo no era su rostro el que veía. Era otro... Gendo. Pedro. Gendo. Pedro.

- Yo soy Rei...- susurré incorporándome de la cama.- Y quiero serlo...

Me levanté de la cama muy despacio y, sin encender la luz, salí al pasillo. Me guie palpando las paredes hasta llegar al salón, donde la claridad de la luz

artificial de una farola de la calle me hacía, al menos, intuir donde estaba el sofá.

Allí estaba Gendo, durmiendo en el sofá, bocarriba. Un brazo tras la nuca y su torso desnudo de marcados músculos... No me lo pensé, porque no quería arrepentirse; es lo que verdaderamente deseaba hacer, porque era un arrebató como él dijo.

Me acurruqué a su lado en el sofá, pegando mi cuerpo al suyo... Como si, entre sueños me esperara, su brazo libre rodeó mi cintura. Tranquila, en paz... Me sentía en una nube, con mi cabeza en su hombro... Dije que dormir con un hombre era el gesto de entrega más fuerte que conocía, porque le entregabas toda tu intimidad. No me importaba, porque en aquel momento me di cuenta que Pedro, era el dueño de mi intimidad.

- ¿Nat? ¿Qué haces aquí?- dijo con voz adormilada Pedro, que se despertó en ese momento.

- Chistt, cállate... Déjame ser Rei por esta noche, solo esta noche... Mi Gendo.- le dije aproximando mis labios a los suyos y besándolo como una hora antes había hecho él.

Un beso, ahora sí, plenamente correspondido... Su lengua en contacto con la mía en el silencio de aquel salón. La estrechez del sofá era aliada nuestra a la hora de que nuestros cuerpos se rozaran. Mi pierna subió sobre su cadera y noté la dureza de su miembro, y no pude menos que esbozar una sonrisa. Esa polla que tantas veces había visto por cam, era la misma que mi muslo estaba tocando ahora.

Me tumbé sobre él, totalmente estirada sin dejar de besarnos; sus manos grandes pero suaves, bajaron hasta agarrar con fuerza mi culo sobre las braguitas. Yo gemí de forma descontrolada con ese simple gesto, dando idea de lo placentera que prometía ser aquella noche. Se incorporó sobre sus codos para morderme el cuello y mis brazos rodearon su nuca para que el contacto fuera interminable.

Aún con la ropa interior puesta, empecé a rotar las caderas sobre la tremenda erección que ocultaba su bóxer, sintiendo toda su dureza en mi cosita. Nuestras lenguas ya luchaban entre jadeos y gemidos.

- Estaba deseándolo, mi Rei- me dijo con sus primeras palabras.

- ¿Y por qué has tardado tanto en hacerlo?- le contesté mientras él sacaba mi camiseta dejándome con las tetas al aire.- Ummm

Su boca atrapó uno de mis pezones para lamerlo, chuparlo, morderlo... Su otra mano agarraba el otro pecho, y mis caderas ya eran acompañadas por las suyas en ese acompasado movimiento de roce y placer.

Me dio la vuelta como si fuera una muñeca y me dejó debajo de él, atrapado en la estrechez del sofá... Me dio a chupar uno de sus dedos, que yo metí en mi boca de forma ávida como si fuera su polla. Ese dedo abandonó mi boca dejándome con ganas de más, mientras su lengua ya bajaba y jugaba con mi ombligo.

- ¡Joder!- se me escapó con su lengua en mi ombligo y su dedo húmedo de mi propia saliva acariciando uno de mis pezones.

- Chistt, no seas mal hablada, mi Rei...- dijo bromeando en la oscuridad del salón a la vez que, no sé muy bien como, arrancó mis braguitas rompiéndolas por la costura.

- ¡Ey, bruto! ¡Eran mis favoritas! Ummmm...- protesté teniendo que cortar en seco al sentir cómo su lengua entraba en contacto con mi coñito.

Esa lengua que tantas veces había imaginado ahí... Que las noches que me masturbaba delante de la cámara, él me decía que quería ser quien me comiera entera. Y ahora estaba ahí, comiéndome mi cosita. Mi coñito se inundaba de jugos al sentirlo en mis labios mayores, en mi clítoris provocándome auténticas descargas eléctricas.

Mis manos agarraban su cabeza rapada como si quisiera evitar que se despegara nunca de mí. Ahora ya me daba igual que los vecinos me escucharan gemir, porque era él quien estaba entre mis piernas... “¡Que le jodan al mundo! Pienso disfrutar cada instante de este polvo...”

Subió por mi cuerpo para besarme de nuevo, pasando mi propio sabor a mi boca; notaba su polla ya fuera de los bóxer acariciando la entrada de mi sexo.

- Fóllame, mi Gendo...- dije loca de deseo, sin dejar de besarlo con palabras atropelladas.

- Estaba deseando que me lo pidieras...- dijo mientras agarraba su miembro con la mano y entraba en mi coñito.

- Ufff... Dios mío...- exclamé al sentirme penetrada.

Volvimos a besarnos mientras él movía sus caderas y yo cruzaba mis piernas alrededor de su espalda... Lo sentía entrar en mí, con un sensación como no había sentido con ningún otro hombre y no me refiero al tamaño, sino a una extraña mezcla de necesidad y tranquilidad. Me follaba fuerte pero muy despacio; sentía como sus testículos chocaban en la entrada de mi sexo. Plof, plof, plof...

- Así, así... Dame, dámela...- decía sujetando su espalda y con sus labios mordiendo mi cuello.

¿Cómo era posible que supiera cada uno de los gestos que me llevaban a la locura? Cada una de sus caricias eran como si llevara acostándose conmigo años... Bendito Internet que le enseñó tantas cosas de mí.

- ¿Me dejarás hacer una cosa?- me dijo al oído sin dejar de follarme.

- Ya sé lo que quieres...- le dije, dándome cuenta de lo bien que lo conocía yo también por nuestras conversaciones.

Me lo quité de encima y me puse a lo perrito sobre el sofá; sabía que era su postura favorita y coincidía con la mía... Me agarró de las caderas y pasando la mano por la entrada de mi coñito con saliva, como si hiciera falta regar un río, introdujo su polla de nuevo hasta el fondo.

- ¡Me encantas!- dijo a mis espaldas mientras recobraba el ritmo.

- ¡Ufff! Soy tu diosa, debes de adorarme.- bromeé mientras sentía esa barra de carne caliente entrando en mí.

Como si fuera el pistón de una maquinaria, su cuerpo me machacaba... Agarrado a mis caderas me follaba con fuerza como si la pasión se hubiera desatado entre nosotros. Mis manos hacia atrás para acariciar su trasero, como si no quisiera que bajara el ritmo. Nuestros sudores mezclándose con el aroma a sexo impregnando toda la estancia.

- Me voy a correr, Rei... - anunció Pedro teniendo la fuerza de voluntad de identificarme con mi personaje de ficción.

- Sí, por dios... Quiero que te corras dentro de mí.- me sorprendí diciendo cuando nunca le había permitido eso a ningún chico.

Pedro, mi Gendo, jugó con un dedo en mi trasero activando uno de los pocos

resortes desconocidos para cualquiera... ¿Cuántas cosas le había confesado a aquel hombre para que supiera el momento justo de cada caricia?

- ¡Síiiii! ¡Joooooder! Me corro, Pedro, me corroooo...- dije fuera de mí nombrándolo por su nombre real.

- ¡Ahhhhhh!-jadeó con fuerza dándome una fuerte embestida para dejarme su polla dentro lanzando chorreros de leche en mi interior.

Me sentía inundada de su esencia mientras, a buen seguro, sus piernas y sus huevos estarían empapados de la mía. Caímos derrotados tras la batalla, tumbándonos uno al lado del otro en el sofá... Mirándonos a la cara de lado y sin decirnos nada; desnudos, sudados, con mi pierna sobre la suya y una sonrisa en los labios.

- Pedro, yo...- quise decir cuando con su dedo sobre mis labios me hizo guardar silencio.

- Hemos hablado demasiado en estos meses... No me hace falta que digas nada, ya lo sé... Quizás sólo ha sido una locura de una noche, pero me apetece que no acabe nunca.

¿Qué me quería decir con eso? ¿Qué había sido una locura pasajera? ¿O qué le apetecía que continuara? Yo callé y lo besé, porque es lo que me apetecía en ese instante; uno de los mayores errores de mi vida había sido preocuparme en exceso y no disfrutar de los momentos que te ofrecía una relación... Lo abracé. Me abrazó. Y nos fuimos quedando dormidos mientras un imaginario crujir inundaba mi cerebro... Se estaba rompiendo la coraza...

A la mañana siguiente me levanté y estaba sola y desnuda en ese sofá, pero tapada con una sábana que no recuerdo que estuviera la noche de antes... Analicé a situación, medio adormilada como estaba; Pedro no podía estar en la universidad porque era domingo. Cogí mi camiseta del Barça para ponérmela y tapar mis tetas y al ir a buscar mis braguitas, las encontré destrozadas en el suelo del salón.

- Pero, ¿Cómo coño haría esto?- dije sonriendo por la fuerza de puede dar el deseo.

Busqué mi maleta para coger ropa interior que ponerme, porque no era cuestión ir sin bragas por ahí. Fui a la habitación, donde había dejado mis

pantalones y donde encontré mi maleta que Pedro había llevado hasta allí. Me vestí y me dirigí a la puerta de la casa que estaba entreabierta.

En la puerta de mi piso, estaba Pedro que ya había conseguido desatracar la cerradura. Llevaba puestos unos jeans desgastados y una camiseta blanca de propaganda.

- Buenos días...- dije frotándome los ojos desde el marco de la puerta.

- Buenos días, diosa...- sonrió Pedro demostrándome que quizás la “locura de una noche” se estaba alargando más de lo que pensaba.

- ¿La has arreglado?- dije acercándome a mi cerradura desmontada.

- Bueno, servirá hasta mañana que puedas llamar a un cerrajero.- dijo mientras trataba de colocar el pomo.- Pero al menos podrás entrar y salir...

- Muchas gracias...- dije sin atreverme a tocarlo por si rompía alguna ley no escrita.

- ¿Todavía llevas puesta esa camiseta?- dijo cogiéndome de nuevo la camiseta y dejando ver mi ombligo.- Aún estás dormida...

Yo me frotaba la nariz en gesto de tratar de espabilarme; porque había sido una de las noches que mejor había dormido en el último año.

- ¿Te pica la nariz?- preguntó sonriendo Pedro apretando un tornillo en la puerta.

- Me rascaba el cerebro...

- Jajá, ¿el cerebro?

- Sí, los egipcios se sacaban el cerebro a los faraones por la nariz, para momificarlos.- dije muy convencida.

- Anda, vete a la ducha, jajá.- rio mi vecino.

Hice el amago de entrar en mi piso, pero él me detuvo cogiéndome de la muñeca, para girarme.

- ¿Por qué no te duchas en mi piso? Tienes ropa allí, ¿no?

Yo me quedé anonadada porque me estaba invitando a ducharme en su casa, cuando la mía ya estaba abierta.

- Vamos, si quieres... Me gustaría pasar el día contigo, Nat.

- Me has llamado Nat.
- Anoche tú me llamaste Pedro.
- Me gusta que me llames Nat.- dije aún medio dormida.

Se acercó a mí y como si se tratara de un sueño, me besó muy suave en los labios mientras yo mantenía los ojos cerrados; el tacto de sus labios seguía siendo tan tierno como la noche anterior... No era cosa de las cervezas...

- Anda, date una ducha para espabilarte.- me dijo mientras le daba un azote el culo.

Me metí de nuevo en su piso, llevándome la maleta entera al baño; preparé mi ropa interior y quitándome la ropa, para quedar totalmente desnuda me metí en la ducha... La verdad que el agua caliente me ayudaba a espabilarme y me froté un par de veces la cara, mientras mojaba mi cuerpo entero.

- Perdón, pero voy a lavarme los dientes.- dijo Pedro entrando en el baño y sin querer mirar, como si de repente le diera vergüenza verme.

- ¿Por qué no te los lavas aquí dentro conmigo?- sonreí dispuesta a aprovechar cada minuto sin importarme lo que pasara después.

Me miró, ahora sí, de arriba abajo y sin pensárselo se quitó la ropa para meterme conmigo bajo el agua de la ducha. Nuestros cuerpos desnudos se volvieron a unir, con sus manos en mi culo y su lengua en mi cuello.

- Mucho mejor que por Internet...- dije sonriendo y sintiendo la dureza de su polla en mi mano.

- Donde va a parar...- continuó con la broma mi Gendo.

Poniéndome de rodillas en la ducha, empecé a masturbar su miembro a escasos centímetros de mi cara; él resopló mirando al techo al sentir mis labios sobre su glande.

- ¿Me dejas devolverte el favor de anoche?- le sonreí mirando hacia arriba.

- Ufff... ¿Me quieres matar?- dijo mientras mi boca devoraba su polla.

- Lo suponía... Devorable, muy devorable.

- Jajá, estás loca...- dijo acariciando mi cabeza mientras yo mamaba su miembro bajo el agua de la ducha.

Salí por la tarde de su piso, para llevar las cosas al mío; el apaño que había hecho Pedro servía hasta que pudiera llamar a un cerrajero. Me cambié tranquilamente en mi casa, poniéndome un pantalón vaquero que marcaba perfectamente mi trasero y una camiseta de manga larga de color verde. A media día llamé a Miriam, para disculparme por haberlas dejado tiradas la noche anterior, sin librarne de una buena bronca... Les conté lo de la cerradura y, poniendo la excusa, de que no podía dejar la casa sola con la puerta abierta. Por supuesto, omití cualquier referencia a la noche pasada en casa de Pedro ni a que en ese instante Pedro estuviera echado sobre mis piernas.

Fue él quien me convenció para que saliera esa tarde e hiciera una vida normal; las cosas debían volver a la normalidad y recuperar mi rutina de salidas... Él seguía siendo profesor y yo una alumna. A mí me parecía que seguía queriendo guardar las distancias y yo no me atrevía a decirle lo que sentía por él.

Llegué al parque donde había quedado con las chicas y allí estaba Miriam y Luisa esperándome charlando de forma amigable.

- Vaya, ya está aquí la perdida...- dijo Luisa con una sonrisa.

- Bufff, no veas que nochecita... Se me rompió la llave dentro y dormí toda la noche con la puerta atrancada desde dentro por mí.

- Sí, se nota... ¡Menudas ojeras llevas!- dijo Miriam con gesto preocupado y tocándome la cara.

Yo me ruboricé con su contacto al saber el verdadero motivo de esas ojeras y no poder contárselo.

- ¿Cómo fue todo ayer?- pregunté por la noche que pasaron ellas.

- Pues regular porque, como perdió el Madrid, Gonzo tenía un cabreo que no veas...- dijo Miriam con cara triste.

- Pues Dani, como es del Barça celebró conmigo los goles...- dijo riendo Luisa.- Dos veces cada uno de ellos, jajaja.

Nos reímos las dos, mientras Miriam se sentaba en el banco con cara de pocos amigos; yo la miré y me sentí un poco identificada con ella, porque era la

chica vivaz y dicharachera superada por las circunstancias.

- ¿Estás bien?- dije sentándome a su lado, sin querer referir el tema por si Luisa no sabía nada.

- Las cosas eran más fáciles antes, Natalia... Sexo, sólo sexo, pero al menos estaba conmigo. Ahora, según tú, me quiere pero no se acerca a mí.

- Los dos son gilipollas...- interrumpió Luisa sentada en el respaldo del banco.- Las cosas hay que decirlas claras y, si él no se atreve hazlo tú.

Las palabras de Luisa, podían servir tanto para Miriam como para mí. Porque ese consejo era como darme en la cara con mi inseguridad; las cosas se podían estropear si no daba ese paso de decirle a Pedro lo que sentía por él. Miriam, en cambio, sentía que era Gonzalo es que estaba enamorado de ella y se alejaba por miedo a afrontar ese sentimiento... Yo conocía a Gonzalo y podía ayudar a Miriam.

- Yo hablaré con él...- dije dándole un beso a la chica en la mejilla.

- No quiero que le digas nada, me da vergüenza...

- Joder, se ha corrido en su boca. Se ha follado de todas las maneras habidas y por haber... Y ahora le da vergüenza de decirle que estaba colada por él.- dijo Luisa riendo.

- ¡Eres gilipollas, tía! Lo estoy pasando mal, ¿sabes?- dijo Miriam sollozando.

Luisa se quedó un poco sorprendida al darse cuenta de que había sido demasiado dura con su amiga.

- Lo... Lo siento...- se disculpó cogiendo de la cintura a la chica.- Pero sólo me refería a que tenéis que dar el paso y si Natalia te puede ayudar, pues déjala.

- Gonzalo tiene muchas cosas malas pero lo que si sabe es escucharme a mí...- dije muy convencida de la amistad que nos unía.- Pero mi consejo es que se lo digas... Afróntalo y díselo con ganas.

- ¿Y cómo llevas lo de la puerta entreabierto?- dijo Miriam cambiando de tema.

- Pues tengo que llamar a un cerrajero mañana.

- No me refiero a esa, idiota... Me refiero a la puerta que permites abrir.- dijo señalándose el corazón.

Si ella supiera que esa “puerta” estaba como la otra: sin cerradura y sólo cerrada porque Pedro estaba allí para arreglarla... De repente, me sentía fatal dando consejos a una chica cuando esos mismos errores los cometía yo. Allí tenía a los dos tipos de mujeres a los que me podía parecer: por un lado estaba Luisa, una chica que, aunque no quisiera admitirlo, estaba colada por Dani, pero se conformaba con tener relaciones sexuales esporádicas porque el chico en cuestión parecía verdaderamente interesado en ella... Eso tenía un problema a la vista, y es que cuando otra chica que le ofreciera más se cruzara en su camino, cabía la posibilidad de que se largara. Al menos, Dani era leal por el momento y no parecía estar interesado en ninguna otra, salvo los tinteos conmigo o con Miriam...

Y, por otro lado, teníamos a Miriam que había jugado al juego del tinteo con mi amigo Gonzalo hasta quemarse los dos; Gonzalo, mi amigo, siempre había sido un tío extraño, de esos que rehuían las relaciones como hacía yo. Se dio cuenta de que verdaderamente le gustaba Miriam y trató de alejarla como si tuviera miedo que ese tipo de relación destruyera lo que tenían. No se daba cuenta que con ese distanciamiento estaba provocando que, todo lo que hubiera antes, fuera destruido.

- Oye, se me ocurre una idea...- dijo Luisa con esa sonrisa que no presagiaba nada bueno.- Tú dices que tu puerta esta rota y no te fías de salir por ahí y Miriam no parece tener muchas ganas de encontrarse con Gonzo, hoy. ¿Por qué no hacemos una fiesta de pijamas en tu casa?

- Yo... Yo no...- empecé a tartamudear sabiendo que ese plan arruinaría que yo pasara la noche con mi Gendo.

- ¡Es una buena idea! Si tú quieres, claro...- dijo Miriam con los ojos rojos de haber llorado.

Me sentía fatal por haberlas dejado tiradas la noche anterior y siempre se habían portado de maravilla conmigo, desde el día en que llegué. Me tendría que tragar mis ganas de estar con Pedro, quizás incluso fuera bueno para ver si él se sentía mal por cambiarlo por ellas... A quien quiero engañar, seguramente se enfadaría muchísimo si supiera que he dejado tiradas a unas amigas para pasar un rato más con ellas. “Prohibido renunciar a tus relaciones

sociales” diría con esa voz grave y su dedo índice sacudiendo el aire. Me reí al imaginármelo así...

- ¿De que ríes ahora?- dijo sorprendida Miriam de mi reacción.
- Que sí, de acuerdo, fiesta en mi casa...
- ¡Síiiii!- gritaron las dos a la vez mientras me sacudían por los hombros.

Preparamos todo yendo de compras a unos chinos para comprar refrescos y algo para cenar que pudiéramos hacer rápido; decidimos llamar a Carla para que se uniera al “súper club de chicas” (bufff, como odiaba esto) y alquilar algunas películas para pasar el rato, nada de género romántico por imposición de Miriam.

Subimos a mi piso por las escaleras cargadas de bolsas y tratando de hacer el menor ruido posible... Saqué la llave del candado que había puesto Pedro de forma temporal en mi puerta y abrí la puerta con dificultad, ante las risas de mis amigas.

- ¡Madre mía! ¿Qué le hiciste a la puerta? Jajaja...- rio Luisa acompañada de las demás.
- Se partió la llave en la cerradura... Pedro hizo este apaño mientras...
- ¿Pedro? ¿nuestro Pedro? ¿El profesor?- dijo alucinada Miriam, que sabía de los tonteos que nos traíamos pero nada más.
- También es mi vecino, ¿recuerdas?- dije yo tratando de disimular.
- Umm... Y ya has pensado en la forma de agradecersele, ¿verdad?- dijo Carla, riendo y gesticulando una mamada en la primera broma sexual desde que la conocí.
- ¡Iros a la mierda!- sonreí aunque recordando como unas horas antes, mi Gendo se había corrido en mis tetas mientras nos duchábamos.

En ese momento, por el pasillo desde su puerta apareció Pedro con dos bolsas de basura donde iban los cartones de dos pizzas. Se sorprendió al ver a todas mis amigas en el descanso de mi puerta.

- ¡Vaya! ¿hay una reunión de alumnas en ese piso?- rio ante los cuchicheos de las chicas.

- ¡Hola, profe! Te vas a poner gordo...- dijo Luisa con su picaresca.
- ¿Y eso?
- No sé, tanto comer pizza...
- ¡Ah, jajá! ¿Por esto?- dijo enseñando los cartones de pizza.- No pasa nada, después se hace mucho ejercicio cardiovascular y se quema todo.

Sabiendo por donde iban los tiros, me sonrojé por la doble intención de sus palabras; gracias a dios ninguna de mis compañeras se dio cuenta.

- Bueno chicas, os dejo que voy a tirar la basura... No la lieis mucho que mañana hay clase y yo vivo al lado.

Se marchó por el pasillo y pude observar perfectamente como Luisa le miraba el trasero marcado en ese pantalón deportivo y se mordía el labio.

- Le iba a dar yo a éste ejercicio... Se me ocurren al menos diez formas de hacerlo, jajá.- susurró Luisa, sabiendo que Pedro podría estar escuchándola.

Todas entraron en casa entre carcajadas por las ocurrencias de Luisa que ya empezaba a enumerar esas formas de ejercicio. Yo me quedé atrasada, como estuviera comprobando la cerradura dañada, para ver a Pedro justo cuando giraba para bajar las escaleras.

- Gracias y perdona...- le dije sólo moviendo los labios de forma exagerada para que pudiera leerlos.

Él se detuvo antes de bajar por las escaleras y me hizo dos gestos de mímica que supe interpretar al instante. Con su dedo se señaló un ojo, a modo de que quería ver y después hizo el ademán de levantarse la camiseta para mostrarme el ombligo, antes de bajar las escaleras.

Yo sonreí y levantando mi camiseta lo justo, le enseñé mi vientre y mi ombligo, esa parte de mi cuerpo que tantas veces me dijo que adoraba. Él me guiñó un ojo y bajó las escaleras...

- Nat, ¿pasa algo?- salió Miriam a buscarme al pasillo.
- Nada, sólo comprobaba el candado, vaya que nos quedemos encerradas dentro.
- ¡Ah vale! ¿Dónde tienes las jarras de cristal?

- Ya voy... Vamos para adentro...

Empezaba una noche de chicas, donde cotillearíamos sobre todos los chicos, clases, chismes y todo lo que se nos ocurriera... Pero, yo sólo tenía mi cabeza puesta en una persona... Lo admito, había sido la primera en sucumbir.

Por supuesto, la fantástica idea de las chicas de hacer una fiesta de pijamas un domingo, provocó que todas llegáramos tarde al día siguiente a clase; me vestí corriendo con una falda de tablas por encima de las rodillas y una blusa blanca y atranqué con el candado la puerta y eché al correr junto a Carla que se había quedado conmigo hasta última hora, porque Miriam y Luisa tenían proyecto a primera hora.

- ¡Joder! ¡Llegamos tarde y encima tengo clase con Pedro!- exclamé bajando las escaleras de forma atropellada.

- Bueno, tampoco es tan grave... Es tu vecino y sabe que ayer estuvimos de fiesta.- dijo Carla muy segura de sí misma.

- Por eso mismo no le puedo poner excusas...- me quejé amargamente.

Entramos en el campus, mucho menos bullicioso que de costumbre, porque hacia más de media hora que habían comenzado las clases; me despedí de Carla con un beso, antes de correr por el pasillo hasta la puerta del Aula Magna donde me tocaba clase de Literatura Aplicada con Pedro. Abrí la puerta para entrar sin interrumpir la clase e intentando llamar lo menos posible la atención de mis compañeros.

- La diferencia entre afrontar la escritura de una novela histórica y otra de otra temática es que, por supuesto, ésta primera necesita de un proceso mucho más elaborado de investigación... No podemos desarrollar los personajes y que incidan en la Historia propiamente dicha.- decía Pedro a la clase andando a lo largo del área de exposición y mirándome sin interrumpir su locución.- Ellos están de paso: observan, tienen sus propios hechos y desdichas pero nunca debemos cambiar el rumbo de la Historia.

Yo me senté en mi banca al fondo, como casi siempre, y me puse a tomar apuntes ante las bromas de mi compañera que se mofaba de mi impuntualidad... La clase acabó al cabo de unos quince, lo que daba un cálculo de lo tarde que había llegado. Todos mis compañeros se fueron marchando de clase, excepto algunos rezagados, que se paraban recogiendo

cosas de sus mesas; yo me acerqué a la mesa de exposición del profesor para hablar con Pedro, aunque sabía perfectamente que tenía que guardar las formas... Una cosa era lo que pasara de puertas para dentro de nuestras casas y, otra muy distinta, la relación entre alumna y profesor.

- Lo siento...- dije un poco avergonzada con la carpeta pegada al pecho como una quinceañera.

- ¿Qué sientes?- dijo él sin levantar la vista de los folios que estaba ordenando.

- Llegar tarde, precisamente, a tu clase...

- ¿Precisamente? Esto es una clase como otra cualquiera y tú una alumna más... No debemos confundir una cosa con otra, ¿de acuerdo?

Aunque esbozaba una gran sonrisa, me impactó la dureza de su advertencia; era como si quisiera dejarme claro, que él era el profesor y nada más... Y, tengo que admitir que me sentó muy mal ver esa reacción, esa frialdad en su mirada.

- No te preocupes, señor profesor... Tengo las cosas muy claras; como el agua...- dije para darme la vuelta y caminar hacia la puerta.

- Nat...alia- dijo completando el nombre ante la mirada de los alumnos que quedaban, pero sin poder evitar que me marchara.

Caminé por los pasillos de la universidad, esquivando personas como si fueran moscas; mi enfado iba en aumento en cuanto pasaba más tiempo. No me podía creer que, de la noche a la mañana, Pedro mostrara esa actitud conmigo... Pero eso aclaraba mis ideas; él buscaba una relación sexual y una amistad profunda conmigo y yo me había enamorado de él como una estúpida.

- ¡Hey! ¿Qué te pasa?- me agarró del brazo Gonzalo que me vio pasar malhumorada.

- ¡Déjame en paz! ¿vale?- le dije dando un fuerte tirón de mi brazo para soltarme.

- ¿Qué haces, Nat?- dijo cogiendo de nuevo y metiéndome en un aula vacía..

- ¿Qué que hago? ¿Por qué sois así? ¿Por qué os empeñáis en demostrar que cuando una persona os gusta, aparentáis no estar interesados? ¿Y por qué

cuando no os interesa lo más mínimo, la hacéis albergar esperanzas?

- Nat, si no me explicas lo que pasa no puedo ayudarte...

- ¿Y quien ha dicho que necesite tu ayuda? ¿Eh?- le dije de malos modos y a punto de estallar en un llanto incontrolable.

- ¡Ven aquí, idiota!- me dijo Gonzalo mientras me abrazaba estrechándome fuertemente contra su pecho.

Yo no pude aguantar más y exploté; lloré, maldije y pataleé mientras él me agarraba siseando para que me tranquilizara... Al final consiguió que mi sollozo le convirtiera en un suave lamento, mientras acariciaba mi pelo.

- Nat, siempre has cuidado de mi; siempre me has aconsejado en todo, pero tú sigues con tu estúpida manía de no abrir tus sentimientos a los demás... Yo no soy los demás, Nat... Soy, Gonzalo y ¡claro que puedo ayudarte!

Me resigné a levantar la mirada para mirarlo a los ojos y ver como me acariciaba el pelo, retirar mi flequillo hacia la derecha.

- Creo que tenemos el mismo problema...- dije bajando la mirada.

- No te entiendo...- dijo Gonzo retirándose de mí para sentarse en una de las mesas del aula; se tomó unos minutos para pensar y, de repente, abrió los ojos como platos.- ¡Un momento! ¿Estás... Estás enamorada?

- ¡Cállate, por dios!- dije avergonzada tapándome la cara.

- ¡Joder, joder, joder...! ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¿Y quien es?

Creo que la cara con la que lo miré, mitad incrédula, mitad asesina en serie, hizo que desechara la idea de seguir insistiendo en su pregunta... Levantó las manos en señal de rendición con su simpática sonrisa en los labios.

- Vale; me importa una mierda quien sea... Pero si ese capullo te hace daño, le arrancaré el corazón. ¿Qué ha pasado?

- No es culpa suya; la culpa es mía por equivocarme sus sentimientos... Los tíos sois expertos en parecer interesados en una chica, y nos confundimos...

- Eres una idiota... Mira, alguien me dijo que las cosas hay que decirlas; nunca tener miedo a la verdad. ¿Por qué crees que no soy capaz de decirle nada a Miriam? Porque tengo miedo a que me rechace, a que ella sólo quiera

estar con el jugador de baloncesto, con el tío que sale de fiestas...

- Lo peor de todo es que ella está colada por ti...

- A lo que me refiero es a que tienes que... Un momento.- cortó de repente siendo consciente de mis palabras.- ¿Sigues con esa gilipollez?

- No es una gilipollez, es la verdad... No sabe que hacer; está desesperada, Gonzalo... Esa chica te quiere y tú haces mucho más difícil todo.

- Vale, hablaré con ella... Pero si tú hablas con él.

- ¿Con quien?

- Con tu querido amante que te tiene enamorada hasta las trancas...

- No hay nada que hablar, solo tengo que relajarme y dejarme llevar; estoy a gusto como estoy, ¿por qué provocar más problemas?

- Bueno, ese es el consejo que me has dado a mí.

- Lo tuyo es distinto; tú ya sabes que ella te corresponde en los sentimientos.

- Algo me dice que él siente algo más de lo que demuestra...- dijo mientras iba hacia la puerta del aula donde estábamos.

- ¿Qué sabrás tú?- dije cruzada de brazos y riendo viendo como se alejaba.

- Porque ha venido a buscarte...- dijo abriendo la puerta.- ¡Hola Pedro! Perdón pero yo ya me iba, ¿nos vemos, profe!

Después Gonzalo se giró hacia mí y me guiñó un ojo en un gesto de complicidad para marcharse por el pasillo hasta que lo perdimos de vista y Pedro cerró la puerta.

- ¿Qué te pasa, nena?- dijo Pedro acercándose a mí.

- Lo siento, me he portado como una estúpida... Una niñata que no hace me ningún esfuerzo para demostrarte que es lo suficientemente madura como para que confíes en ella y...- decía de forma atropellada hasta que mi Gendo me tapó la boca con un beso, dándome de nuevo el sabor de sus labios y se lengua.

Para mí fue como si quitaran una trampilla bajo mis pies y me precipitara al vacío; una extraña sensación de vértigo por la persona, por el lugar y por la

sangre que bullía en mi corazón. Mis brazos rodearon su nuca y él se levantó en brazos para sentarme sobre la mesa del profesor. Comenzó a subirme la falda y meter la mano en mis bragas para quitármelas y yo me quedé asombrada.

- Pedro, para, para... ¿Qué haces? ¡Estás loco! Nos van a pillar.

- Dime que quieres que pare...- me dijo mirándome a los ojos y sin obtener respuesta de mi.

- ¿Me vas a follar en la universidad, Gendo?- sonreí de forma morbosa mientras le ayudaba a que me quitara las bragas.

Me dio la vuelta de forma brusca, echándome sobre la mesa, con las tetas pegadas al tablero y mi trasero en pompa. Me tuve que morder el labio para no gritar de la excitación que sentía por su rudeza; pero sus manos acariciaban mi espalda con debajo de mi blusa... Escuchar el sonido de su bragueta me puso aún más caliente.

- Estás loco, Pedro... Estás lo...Ummmm...- no pude evitar gemir al sentirlo entrar en mí.

- No entiendes que te he elegido a ti, Nat...- decía mientras movía sus caderas para follarme sobre aquella mesa de profesor.

- Lo sé, lo sé... Sigue, por favor... Uff- no podía decir nada más porque su polla entraba como un hierro candente.

La mesa temblaba por las embestidas casi furiosas de mi querido profesor; por muy fuerte que me diera, tenía la asombrosa capacidad de no causarme daño alguno, como si una especie de control mental hiciera que sólo pudiera ofrecerme placer... Sus manos acariciaban mi espalda y me levantaban para acariciar mis pechos ya desnudos. Sabía que era una locura, pero sus dientes en mi cuello y los leves gruñidos en mi oído me hacían poner los ojos en blanco. Apasionado, descontrolado, arrebatado... Se me acaban los adjetivos para describir como estaba siendo mi Gendo.

- ¡Dios! ¡Pedro, me voy a correr!- le anuncié tratando de no levantar la voz.

- ¡Hazlo! ¡Quiero que te corras conmigo!- dijo entre jadeos con la voz desfigurada.

El morbo de la situación, porque cualquiera podría asomarse por la ventanita que tenía la puerta a pesar de que la clase estaba escondida; el efecto devastador de lo apasionado del momento y, por supuesto, esa polla que estaba empezando a sentir como parte propia de mi existencia hicieron que llegará a uno de los orgasmos más brutales de mi vida.

- ¡Arghhhh! ¡Joooooder!- grité sin poder contenerme y haciendo que Pedro tapara mi boca con su mano, mientras inundaba mi coño con su tibia y abundante descarga de leche.

- Chisttt, calla mi amor... Tranquila.- me decía pegado a mi espalda, sin salir de mí y con su mano aún tapando mi boca, mientras yo la besaba.

Muy despacio, salió de mí y se sentó sobre la mesa, mientras yo me subía las bragas y me colocaba la falda.

- Lo siento, no me gusta ser tan brusco... Pero es que no sé lo que tienes que me vuelve loco.

- Soy tu cocaína, ¿recuerdas?- le dije arqueando las cejas pero un poco sorprendida con su actitud.

- Jajá... Puede que tengas razón, pero cuando pierdes los estribos no es bueno. Hacerlo aquí ha sido arriesgado...

- A mí no me mires que casi me has violado...- dije molesta, por sus estúpidos remordimientos.- Haberte controlado un poquito y no te arrepentirías ahora.

- ¿Me estás riñendo?- me dijo Pedro con una sonrisa en los labios y sorprendido; supongo que hasta ese momento nunca había visto una discusión en mí.

- No es eso, Pedro... Pero es que no sé lo que buscamos con esto. ¿Follar? ¿Pasar el rato, juntos? ¿Ser amigos? Esto es peligroso, porque como tú dijiste los dos somos víctimas de nuestro pasado... Bueno aunque cada uno desde un lado. Yo la abandonado y tú, el...- corté la frase cuando recordé lo mal que le sentó la referencia a su antigua relación.

- No, Nat... No somos víctimas; ese es tu gran problema, que estás a la defensiva y no todo tiene que ser o blanco o negro... Te preocupas demasiado en lo que pasará en un futuro... Estoy genial contigo y me apetece pasar los días contigo.- dijo cogiendo mi barbilla para que lo mirara a los ojos.- Sé que

me portado como un estúpido ahí dentro, pero no creamos que se deba hacer público lo nuestro.

- ¿Ves? Ese es el miedo que tienes, y en ningún momento te he pedido que lo hagamos público... Tengo muy claro lo que hay entre nosotros: una gran confianza que ha acabado en sexo, porque hay que decir que no follas nada mal...

- Gracias, jajá...- dijo dándome un beso en la mejilla mientras yo le golpeaba el hombro.- Yo no he dicho que trates de hacerlo público, sino que soy tu profesor y voy a dejar que te distraigas de tus estudios; eres muy buena y puedes hacer cosas maravillosas... No te distraigas por lo nuestro o, por mucho que me duela, se acabó.

Me quedé muy serio mirándolo; noté como la simple referencia a que podía dejarme, me hundía en la mayor de las miserias y eso que solo nos habíamos acostado un par de veces... Pero me resigné a aceptarlo como una simple broma, en el sentido de que sus palabras no tenían más significado que el de hacerme ver las cosas no una forma diferente. Pedro había cambiado, en los últimos meses de mi vida, muchas de mis convicciones para tener una mente mucho más abierta y no me puedo quejar de que estuviera mal... Quizás yo esperaba más, pero eso no se lo podía reprochar a él, ¿verdad?

- Está bien, trato hecho... Yo estudio y tú me invitas a cenar esta noche.- reí cogiéndome de su brazo.

- Trato hecho...

- Pero nada de pizzas... Soy una señorita y me merezco una cena en condiciones.- seguí bromeando.

- Por supuesto, my lady.- dijo él bajando de la mesa para ponerse de rodillas delante de mí y besarme la mano.

- ¡Anda tonto!- dije quitando la mano de sus labios.

- Con una condición... La cena será en tu casa.

- ¡Ah, mejor! Así podré estar en pijama...

- Ni hablar, quiero una cena en condiciones... Y te quiero guapísima para tu Gendo.

Lo miré entornando los ojos como si sospechara que me estuviera tomando el

pelo, mientras él se levantaba de la mesa para dirigirse a la puerta. Tengo que admitir que mi mente estaba distraída mientras mis ojos se clavaban en su trasero. ¡Dios mío, era enfermiza la atracción que ese hombre ejercía sobre mí!

- Esta bien... ¿A qué hora?- contesté antes de que se marchara.

- Eso es cosa tuya... Esta vez eres la anfitriona.- sonrió guiñándome un ojo.

- Vale, a las nueve y media, ¿vale? ¿sabes donde vivo?- bromeé provocando que se riera mientras salía del aula.

Allí estaba yo, sentada en la mesa del profesor de un aula vacía, sintiendo aún su humedad en mi interior; abrochándome la blusa y dándome cuenta lo especial que era ese hombre para mí... Sería difícil pero estaba dispuesta a luchar por él.

Salí de la ducha sobre las ocho y media de la tarde, porque había estado esperando a que se fuera el cerrajero que llamé para arreglar la cerradura. En mi habitación miraba la ropa que había preparado, y no es que me fuera a poner un traje de fiesta, pero estaba indecisa... Al final me decidí por un vestido negro corto y ceñido sin tirantes, que se amoldaba perfectamente a mi cuerpo; me ondulé el cabello y me pinté los labios de rojo. Terminé de prepararme con unos zapatos de tacón rojos y un poco de color en las mejillas y ojos.

Antes había preparado la mesa con el mantel más elegante que pudiera tener en un piso de estudiante y puse dos velas que compré al salir de la universidad. Estaba realmente nerviosa sin saber si me había pasado a la hora de vestirme... Por un momento, pensé que si Pedro se presentaba vestido de manera más informal me moriría de la vergüenza.

Cuando llamaron a la puerta a las nueve y media una punzada apretó mi pecho, pero respire hondo y avancé para mirar por la mirilla... Allí estaba él: mi Gendo. Abrí la puerta para observarlo y, por supuesto, no me decepcionó. Una camisa blanca de seda desabotonada hasta el principio del pecho, una rebeca gris de punto y unos pantalones de pinza negros, con las perneras ajustadas a sus musculadas piernas.

- Vaya, Nat, estás... Estás...- tartamudeó como un adolescente sin entrar en el piso.

- Ridícula...

- No digas tonterías; estás preciosa...

- Me gusta oír eso de tus labios. Pero, pasa...

Entró en mi casa mientras yo me quedaba sujetando la puerta; mis ojos de nuevo a su trasero y me sonrojé. Cerré la puerta mientras él dejaba dos bolsas que traía en la cocina y yo me dirigí a ayudarlo.

- ¿Qué vas a preparar?- dije sorprendiéndome a mi misma, cogiéndolo por la cintura desde atrás y pegando mi cabeza a su espalda.

- He comprado carne para la plancha y una ensalada especial que hace mi madre. ¿Te importa abrir mientras el vino?- me dijo sacando una botella de una de las bolsas.

Abrí la botella y eché dos copas de vino dándole una, mientras él ponía la carne en la plancha y preparaba la ensalada; se dio la vuelta se acercó a mí para brindar sin decir una palabra. Bebimos un trago de vino y, dejando la copa en la mesa, me aupó por las axilas para sentarme en la encimera de la cocina, justo a un lado de la vitrocerámica.

- Huele muy bien...- dije acercando mi nariz a la salsa que preparaba en un cazo aparte.

- Toma, Pruébalo...- dijo sacando un poco con una cuchara pequeña y soplándole él para que se enfriara.

Con mucho cuidado lo acercó a mi boca con una mano debajo para que no goteara y manchara mi vestido.

- Ummm, está riquísimo...- dije dejando limpia la cucharilla.

- Salsa roquefort, no es tan extraño...

- Bueno, supongo que mi incapacidad para la cocina me hace valorar mucho a gente que sabe cocinar.

- Eres un encanto, ¿sabes?- dijo mientras daba un suave sorbo a su copa y me pasaba el vino a mi boca en un delicado beso.

Seguimos charlando, mientras terminaba de hacer la comida y yo seguía

sentada sobre la encimera con las piernas cruzadas y enseñándole buena parte de mis piernas, que él acariciaba cada vez que pasaba por mi lado en busca de algún utensilio de cocina; las bromas eran constantes y me di cuenta de la facilidad que tenía para entablar conversación con él y olvidar cualquier preocupación que antes me causaba el hecho de tener cualquier relación social con “desconocidos”.

Nos sentamos en la mesa para cenar y Pedro bromeó por el estado en el que se encontraban las velas a estas alturas de la noche, que yo había olvidado apagar. Aliñó la ensalada y me sirvió la carne, muy hecha como a mí me gusta...

La verdad que fue una de las cenas más exquisitas de las había disfrutado en los últimos meses y, por un momento, pensé en las que me preparaba hace tiempo Esteban, también un experto cocinero; pero, ¿por qué diablos pensaba en Esteban en un momento como ese? ¿De verdad quería comparar a Pedro con él?

- Nat, ¿te pasa algo? Te has quedado serio de repente.- dijo Pedro dejando los cubiertos sobre la mesa y limpiándose con una servilleta con un gesto gracioso.

- Nada... No es nada...

- Mira, me encanta bromear contigo, pero sobre todo me gustaría que confiaras en mí.

- Yo confié en ti...- dije mirándolo un poco ofendida sin que él borrara esa sonrisa de su cara.

- Bueno, es igual, déjalo... No te pido que me cuentes lo que sientes; eso es cosa tuya, pero sólo quiero que sepas que si tienes algún problema lo puedes hablar conmigo... No quiero que lo nuestro se quede en unos pocos polvos y un par de cenas.

¿”Lo nuestro”? ¿Pedro había hablado de “lo nuestro”? Ahora me sentía aún peor trayendo a mi mente a Esteban, porque el hombre que tenía enfrente se merecía que, al menos, fuera sincera con él.

- Para mí eres mucho más que un par de cenas y unos pocos polvos, aunque admito que no están nada mal.- sonreí para relajar el ambiente mientras él me miraba arqueando las cejas.

- Bueno, ¿sabes una cosa? Es de mala educación pedir confianza y sinceridad a una persona si no se ofrece lo mismo.- me dijo dando un sorbo a su copa y poniendo el gesto serio.- En el tiempo que llevamos conociéndonos has hecho un par de referencias a mi pasado, supongo que por cosas que te han contado; y creo que te debo una explicación...

- No hace falta, Pedro... No me debes nada, como tú decías cada persona tiene un pasado y tenemos que vivir con él.

- Quiero contártelo... Sé que me ayudaría a descansar poder hablarlo con alguien porque nunca lo he hecho... Y tú eres la persona en la que más confío ahora mismo.

Demasiadas emociones en una sola frase; tuve que darle un largo sorbo a mi copa de vino... Hablaba de “lo nuestro”, quería confesarme su pasado y decía que era la persona en la que más confiaba. Creo que si el corazón no se me paró en ese instante es que soy inmortal. Lo miré a sus profundos ojos y asentí en señal de aprobación para que comenzara a “confesar”, sin saber muy bien si lo que iba a oír me iba a dañar o no.

- Ella me dejó a mí...- dijo sin mirarme a los ojos y jugueteando con sus cubiertos.

- No sé a lo que te refieres...- mentí sintiéndome incómoda con la situación.

- No seas tonta, me da igual... Sé que se habla mucho de lo que pasó con Maribel, la hija de Don Ramiro. Y, de verdad, siempre me ha dado igual lo que piense la gente pero para mí es muy importante que tú sepas la verdad.

- ¿Por qué es importante que yo sepa la verdad?- dije tratando de sacar las palabras que tanto ansiaba escuchar de sus labios.

- Eres especial, y me afecta que pienses mal de mí

- Sabes perfectamente que nunca te juzgaré por algo que pasó hace tiempo.

Guardó silencio unos instantes mientras servía otra copa de vino para cada uno para volverse a sentar después en su silla; me miró a los ojos y, tomando aire, comenzó a hablar.

- Maribel y yo nos conocimos cuando yo empecé de becario en la

facultad tras haber acabado la carrera universitaria... Al principio no contábamos con la aprobación de su padre, D. Ramiro, que me veía como una cabeza loca al que culpaba de la vida que llevaba su hija. Ella vivía al día, por que supongo que toda la autoridad que su padre sabe poner en el alumnado no fue capaz de inculcárselo a su hija, pero yo estaba profundamente enamorado de ella.

Buff, eso me dolió... La primera vez que escuchaba una referencia al amor en su boca e iba dedicado a esa ex novia a la que fue infiel.

- Don Ramiro, poco a poco, fue confiando en mi trabajo porque veía que pude conseguir una plaza de profesor en el una reputada universidad y me negué para continuar con mi labor de investigación que había comenzado bajo su tutela... Esto enfadó mucho a Maribel, que veía en mi traslado la posibilidad de empezar una nueva vida lejos del yugo de su padre.- explicaba Pedro bastante afectado con la conversación.- Decidió que ella iría a estudiar al extranjero con una beca... Por supuesto, su padre la apoyó porque pensaba que así podría encauzar su vida de alguna forma, porque ni estudiaba ni trabajaba.

- Pero... Pero ¿no pidió tu opinión?- dije sorprendida por la historia que estaba escuchando.

- Se nota que no conoces a Maribel...- rio resignado mi profesor.- Yo no me iba a oponer a algo que su padre auspiciaba y, además, tenía las mismas esperanzas que él en que esa beca podía ayudarla a madurar un poco.

- Madre mía...- susurré totalmente desconcertada.- ¿Y qué pasó?

- Vaya, ahora parece que te interesa la historia.- dijo sonriendo.

- ¡Pedro!- protesté para que siguiera contando.

- El hecho es que los meses pasaron y los contactos eran cada vez menos frecuentes; ella en lugar de encauzar su vida, se desmadró allí... Su padre me preguntaba por ella y yo la excusaba diciendo que todo iba bien, aunque yo sabía por referencias de otra gente que estaba con otros chicos allí.

- ¿Por qué hacías eso? No se lo merecía...

- Bueno, creo que tú sabes tan bien como yo que cuando amas a una persona haces muchas gilipolleces... La cosa es que yo para distraer mi mente de esas cosas, me ofrecí para entrenar al equipo de baloncesto de la

universidad. Gonzalo, Dani y los demás chicos me ayudaron a encontrar una vía de escape y gané el campeonato de ese año... Después vino aquella fiesta de la que has odio hablar y todo lo demás.

- ¿Qué paso en esa fiesta?

- No pasó nada...

- Pedro...- insistí, porque era la única parte de la historia que tenía lagunas para mí.

- Bueno, bebimos mucho, jugamos a todo lo que quisimos y nos desmadramos un poco... Había chicas de la universidad y hubo de todo un poco...

- ¿Te acostaste con una alumna?

- Me acosté con una chica, pero no era alumna de la universidad... La cosa es que hubo fotos y videos de esa noche, que llegaron a manos de D. Ramiro al estar colgadas en Internet... Me exigió de inmediato que dejara la relación con su hija; una relación que ya llevaba rota un tiempo, sin que él lo supiera. Esa ruptura le sirvió a Maribel para continuar sus “estudios” un año más allí.

- ¿Y por qué no le contaste todo a su padre?

- Da igual, Nat... Ella es feliz allí y yo tengo mi trabajo aquí.

- ¿No has vuelto a verla desde entonces?

- Sí... Ella vino un tiempo después y se vio conmigo para pedirme disculpas por no decir a su padre que todo había acabado... Su padre nunca supo nada de ese encuentro, y a ella, mi “infidelidad” le sirvió de excusa para su padre le permitiera seguir en el extranjero. Todos felices...

- ¿Todos felices? ¡Pero que coño dices! Esa tía es una...- no termine la frase ante la cara con la que me miró Pedro. No podía ofenderme por su reacción porque, aún con el daño que me había hecho, tampoco yo permitía que hablaran mal de Esteban en mi presencia.- Lo siento...

- No pasa nada... Entiendo lo que la gente puede opinar de ella, pero lo hecho, hecho está; Maribel es buena chica y sé que nunca buscó dañarme... Aquel día nos despedimos con una última noche para nosotros y seguimos nuestra vida... Se merece ser feliz.

- Un momento, ¿te acostaste con ella esa noche?- dije sintiendo una punzada en mi corazón, como si hubiera sido engañada de repente, cuando yo ni conocía a mi Gendo entonces...

- Nat, no quiero hablar contigo, de sexo que haya tenido con otras...- dijo un poco apesadumbrado.

- Vale, perdona... Tienes razón.- le dije sonriendo y cogiendo su mano como muestra de apoyo.

Apuramos las copas de vino y empezamos a recoger la mesa como dos autómatas, sin decir una palabra más... Los platos se acumulaban en la piletta de la cocina y, al girarme y pasar por su lado para volver a la mesa, me cogió de la mesa para pegarme a él. Mi cara se quedó a centímetros de la suya.

- Muchas gracias.- me dijo mirándome con esos pequeños ojos llenos de sentimiento.

- No hay por qué, de hecho tendría que dártelas yo por querer contarme todo eso.

- Pero ahora pensaras de otra forma respecto a mí... Ya no soy tan interesante...- sonrió con sus manos bajando a mi trasero.

- O quizás me des más morbo, ¿quién sabe?- sonreí cogiéndolo de su mano para llevarlo hacia mi habitación.

- ¡Vaya! ¿Tu habitación? Creí que éramos adictos a los sofás...

- O a las mesas de profesor.- continué con la broma, mientras de un empujón lo tumbaba en mi cama.

- ¿Otra vez quieres llevar tú el control?

- Creo que te debo una, después de la “violación” de esta mañana.

Pedro me observaba desde mi cama, mientras se quitaba las botas que traía y yo desabrochaba su cinturón. Sus manos fueron directas a mis caderas pero, con un pequeño golpe con su propio cinturón, hice que me soltara.

- ¡Augh!- protestó retirando su mano y mirándome con gesto divertido.

- He dicho que hoy mando yo...- dije levantándome con mi vestido negro de la cama y cogiendo el mando a distancia del equipo de música que tenía en mi habitación.

Al pulsar en el mando a distancia la tecla de play, comenzó a sonar una canción que me encantaba: “Heads will roll” de Yeah Yeah’s... No sé si os lo he dicho alguna vez pero tengo la habilidad de encontrar en mi cabeza la banda sonora para cada momento de mi vida y no se me ocurría una mejor canción para ese instante, con Pedro en la cama y yo apunto de regalarle un striptease al ritmo de esa canción...

Off with your head
Dance until you’re dead
Heads will roll... heads will roll... heads will roll
On the floor

Mi pierna sobre la cama, lanzando el zapato de tacón rojo al aire que cayó sobre la cama, al lado de Pedro. Mi pie desnudo en la bragueta de mi amante, que lo acarició pero, inmediatamente, retiró su mano al ver mi advertencia, con su cinturón en la mano.

Glitter on the west streets
Silver over everything
The rivers all wet
You’re all chrome...

Me di la vuelta, dándole la espalda a mi compañero, e inclinándome para poner mis manos en mis rodillas y mostrarle mi trasero marcado en mi ceñido vestido. Giré mi cabeza para mirarle por encima del hombro, y ver su cara de asombro por el espectáculo... Me mordí un dedo mientras lo miraba y movía mi trasero con una cadencia sensual al ritmo de la música electrónica. Sin subir mi vestido, metí mis manos bajo él y, cogiendo mis braguitas con las cinturas las bajé muy despacio para sacarlas por el tobillo y echárselas a la cara. Me desabroché el vestido y lo dejé caer al suelo, quedando totalmente desnuda delante de él que, como un buen cachorrito se quedaba quieto en la cama como una más que apetecible erección en su pantalón de pinzas.

The men cry out...The girls cry out
The men cry out... The girls cry out
The men cry out, oh no

Me subí a la cama, sobre sus piernas, y con mi trasero desnudo apoyado en sus pantalones desabroché la bragueta para sacar sus pantalones; mis manos fueron a su camisa de seda y, de un fuerte tirón, abrí arrancando todos los botones para descubrir su pecho. Él no protestaba, se dejaba llevar sorprendido por mi actitud y muy excitado a tenor del bulto que sentía clavado en mi culo, a pesar del bóxer que llevaba puesto. Me incliné sobre él y su boca trataron mi alcanzar mis pechos; tengo que admitir que notar su aliento cerca de mis pezones casi me hace abandonar el control y dejar que me follara como había hecho esa mañana... Pero quería que el juego continuara... Eché una de sus manos atrás y, contando con su colaboración, até sus manos al cabecero de la cama con su propio cinturón que aún llevaba en la mano. Pedro sonreía y se mordía el labio y yo tenía que estar mojándolo de lo empapada que estaba.

You can last
Take the past
Shut your eyes
Realize

Totalmente sumiso e inmovilizado, me miraba sin decir una palabra y dejándose llevar por la música a todo volumen que inundaba la habitación... Yo alargué mi mano para coger una vela aromática de encima de la mesilla de noche y un mechero y encenderla, mientras él me miraba con cara asustada. Yo me mordía el labio, quemando la cera de esa vela que olía a frutas del bosque... Mientras se repetía la letra y yo bajaba su bóxer liberando su polla durísima que saltó como un resorte.

Glitter on the west streets
Silver over everything
The glitter's all wet
You're all chrome
You're all chrome

Comencé a derramar la cera caliente sobre su pecho desnudo, provocando que mi Gendo diera un gruñido que me excitó más aún... La cera se solidificaba al contacto con su piel, al igual que mi sexo se humedecía cada

vez más en contacto con su polla... Bajé mi mano para agarrar ese duro tronco y pasarlo por la entrada mi coñito, para dejarme caer y que se fuera clavando en mí.

Off off off with your head

Dance dance dance until you're dead

Lo cabalgaba muy suave, sintiendo cada centímetro de su polla entrar y salir de mi interior... Inclínada sobre su pecho, mordiendo y lamiendo sus pezones, mientras él arqueaba la espalda y su polla palpitaba en mi interior.

Off off off with your head

Dance dance dance until you're dead

Mis manos en su pecho, y mi cadera moviéndose en círculos con su miembro hasta el fondo, sintiéndolo en mi útero... Mirando al techo mientras sus ojos cerrados y su boca entreabierta sin querer interrumpir ese momento mágico.

Off off off with your head

Dance dance dance until you're dead

La canción llegaba a su fin, con mi cuerpo volcado sobre él; cabalgándolo de forma salvaje y comiéndole la boca con inusitada violencia, hasta el punto de morderle el labio y hacerle sangrar, cuando me sentía arder mi cosita a punto de llegar a uno de los orgasmos más brutales de mi vida...

- ¡Dios mioooooooooo!- grité al sentir que me corría y su leche me inundaba en cantidades asombrosas.

- ¡Nat!- gimió con el labio sangrando y los brazos atados al cabecero mientras se vaciaba en mi interior.

Fue uno de esos orgasmos en los que mojé todas las sábanas, sus piernas, y su polla... Me quedé desecha sobre su pecho; me aupé para desatar la correa y que sus manos estuvieran libres. Pedro acarició mi espalda y mi cabello sin decir una sola palabra.

Yo me quedé tumbada sobre él, con su miembro aún medio duro en mi interior y mi cabeza apoyada en su hombro... Menos de cuatro minutos y uno de los polvos más placenteros que había echado en mi vida. Me noté desfallecer y, poco a poco, quedarme relajada y casi dormida. Todo era paz en mí; ya no existían miedos ni problemas... Lo miré a los ojos, y él me miraba con una

tierna sonrisa acariciándome el cabello.

- Te quiero.- escuché de sus labios mientras mis ojos se cerraban debido a una tranquilidad y una paz que llevaba años sin sentir.

- Yo también, mi Gendo

A partir de ese día, mi vida dio un vuelco radical; sin decirnos nada ni poner nombre a lo nuestro, se podía decir que manteníamos una relación... Sin habernos explicado -esta vez no- ninguna absurda norma de comportamiento, los dos sabíamos como llevar perfectamente la situación. De puertas para adentro de nuestros pisos éramos una pareja cariñosa y muy consciente de hasta donde nos llevaba nuestra relación, pero en la universidad manteníamos las distancias, incluso divertidos por las situaciones que nos provocaban nuestros soterrados gestos de cariño a espaldas de nuestros amigos.

Había pasado casi un mes desde aquella cena que significó nuestra primera declaración de sentimientos; mis amigas decían que mi carácter había cambiado, y que cada día me iba más temprano a casa los fines de semana... Todo tenía una explicación: Pedro me animaba a seguir saliendo con mis amigas, porque sabía que lo pasaba muy bien con ellas y él nunca tuvo ningún gesto de celos conmigo. Tengo que admitir que eso, a veces, me molestaba; su total ausencia de celos hacía cualquier chico que me rodeara lo interpretaba yo como poco interés en mí. De todas formas, cuando salía de marcha, volvía a casa de Pedro con las llaves que él me había dado y me acurrucaba en la cama junto a él... Su brazo rodeando mi cuerpo mientras dormía, hacía que olvidara cualquier desazón que su pasotismo me causara

Pero nada más alejado de la realidad, porque mi Gendo confiaba en mí y eso era todo lo que le importaba... Y yo, por supuesto, no se me pasaba por la cabeza arriesgar eso tan especial que había conseguido con él, aunque fuera secreto para los demás. Ese secretismo provocaba que no pocos chicos se me acercaran las noches que salíamos de marcha, porque supuestamente yo era una chica libre y sin pareja; además, estaban Luisa y Almudena, que me animaban a tirarme a todo lo que pillara... Miriam ya tenía bastante con lo suyo, con el idiota de Gonzalo sin saber aclararse aún...

Gonzalo... Ese hombre... El único que sabía nuestro secreto pero que, desde

aquel día que me dejó en el aula junto a Pedro, no había vuelto a hablar del tema conmigo; lo conocía perfectamente y sé que estaba esperando a que yo le contara todo si quería, porque creía que lo mejor es que yo me tomara mi tiempo... Nuestros gestos cómplices cuando yo tenía que dar alguna estúpida excusa para escaparme junto a Pedro, eran frecuentes. Yo ponía la excusa a mis amigas y Gonzalo sonreía desde un segundo plano; sé que era feliz porque yo era feliz, pero él seguía sin serlo porque no se atrevía a confesar sus sentimientos a Miriam. De todas formas me sorprendió que Gonzalo no hablara con Pedro, para advertirle el clásico: “como le hagas daño te mato”. Quizás el chico estaba comenzando a madurar, después de todo.

Bueno, como había dicho, había pasado ya un mes de aquella cena romántica que tuvimos los dos... Ese día me levanté un poco antes que Pedro, para darme una ducha; él tenía clase un poco más tarde, pero solíamos desayunar juntos todos los días. Justo cuando yo salía de la ducha y me estaba liando en la toalla, entró él en el baño, vestido solo con una bóxer.

- Buenos días, mi Rei- me dijo besándome muy suave en los labios; no habíamos perdido los nombres que elegimos en nuestro juego, porque nos divertía todo lo que traían detrás.

- Hola, guapo... ¿Te has levantado antes de tiempo?- dije mientras trataba de hacer algo decente con mi pelo.

- Sí, como tengo dos horas libres quiero salir a correr un poco esta mañana.

- ¿No tuviste bastante ejercicio cardiovascular anoche?- bromeé haciendo referencia a lo ocurrido entre nuestras sábanas.

- Sabes que de eso, nunca tengo suficiente...- me dijo rodeándome con sus brazos y notando su erección en mi trasero.

- ¡Pedro, estate quieto! Que llego tarde a clase...

- Vale, vale...- dijo mientras se desnudaba del todo para meterse en la ducha.

Mis ojos, como casi siempre, fueron a su trasero desnudo y a su polla medio dura; me mordí el labio, porque aunque lo tenía siempre que quería, porque éramos bastante más activos sexualmente que la media, siempre me volvía loca ver su cuerpo desnudo.

- ¿No quieres darte otra ducha conmigo?- me dijo desde dentro de la ducha.

- Tengo que vestirme que llego tarde... Pero esta tarde no te libras...

- ¿Cuándo te vas a venir un día a correr conmigo?

- Prefiero seguir como ahora, corriéndome contigo...

- ¡Que bruta eres!- dijo mientras abría el grifo de la ducha.

- Jajajaja... Ya sabes que para llevarme a un gimnasio...

- Te tengo que atar o arrastrar...- completó la frase Pedro provocando las risas de los dos.

- Te dejo el desayuno en la cocina porque si tardas y ya me he ido, ¿vale?

- Vale, muchas gracias, pero ya salgo...

Me vestí con un pantalón de talle bajo y una camiseta de tirantes; me recogí el pelo en una coleta y me puse mis zapatillas deportivas... Después en la cocina, preparé mi taza de café y exprimí su zumo de naranja que siempre tomaba cuando salía a correr. Sonreí al pensar lo bien que conocía sus gustos y lo feliz que me hacía eso... Una pareja peculiar, que no hablaba de futuro, pero que amaba el presente que vivía.

- He quedado con Gonzo...- dijo Pedro saliendo del baño, ya con la ropa deportiva puesta.

- ¿Qué? ¿Y eso?- pregunté preocupada, aún sabiendo que Gonzalo nunca contaría nada de lo que paso entre nosotros, o nada que pudiera perjudicarme.

- No te preocupes... Tampoco tenía clase esta mañana y quedamos en salir a correr juntos. Ya que no quiero venir conmigo mi...

Levanté la mirada de la mesa, esperando lo que iba a decir; había cortado la frase al final como si tuviera miedo de expresarlo... Mi corazón latía a mil por hora esperando que su boca lo dijera, esa boca que me volvía loca.

- Mi... Rei- dijo sonriendo sabiendo que yo esperaba otra cosa.

- ¡Que capullo eres!- le dije tirándole un trapo de cocina que había sobre la encimera.

- Jajaja... Anda, lárgate que llegas tarde a clase...

- Bueno, el profesor más cascarrabias no está hoy en clase.- dije con sorna, provocando que me devolviera el trapo de cocina.

Salí corriendo tras darle el último sorbo a la taza de café; cogí mi carpeta de la mesa de la entrada y lanzándole un beso desde la puerta, cerré para salir al pasillo de escaleras.

- ¿¿Qué coño haces saliendo de casa de Pedro a estas horas?¿?- escuché la voz de Miriam a mis espaldas.

Me quedé petrificada sin saber que decir; me giré muy despacio para encontrarme la cara de asombro de mi amiga que, por lo visto, había decidido ir a recogerme esa mañana a mi piso.

- Yo... Verás...- trataba de buscar una excusa convincente.- Ayer estuve en su piso para que me corrigiera el ejercicio de Literatura Aplicada y me dejé olvidada la carpeta...

- ¿Vas a que te corrija un ejercicio y te dejas ese ejercicio en su casa?- preguntó entornando las cejas con desconfianza, para después cambiar el gesto de repente.- Muy típico de ti, cualquier día te vas a dejar la cabeza... ¿Nos vamos?

- ¿Cómo que has venido a recogerme?- dije algo nerviosa.

- He decidido hacerte caso y dar un paso adelante con Gonzo...

Nada más decir eso, la puerta del piso de Pedro se abrió y él salió con su ropa deportiva; de inmediato, se percató de la presencia de Miriam que lo miraba con los ojos como platos... Yo seguía petrificada sin saber muy bien como reaccionar en esa situación.

- Buenos días, Miriam...- dijo Pedro cerrando la puerta con llave.

- Buenos días, profe... ¡Vaya, te sienta mejor esa ropa que la que llevas a clase!- dijo Miriam, mirando el pantalón corto que llevaba él, y que mostraba sus musculadas piernas.

- Sí, sí, claro... Anda tirad para clase que vais a llegar tarde.-
dijo pasando por mi lado.

Sin darme tiempo a reaccionar, Pedro agarró mi culo con una de sus manos; mi cara se puso blanca como la pared, porque Miriam estaba mirándonos con la boca abierta como un buzón de cartas.

- Nos vemos para comer, ¿vale?- me dijo sin soltarme el culo y dándome un beso en los labios, mientras yo seguía sin decir ni una palabra y sin pestañear.

Avanzó por el pasillo hasta la escalera, girándose con una sonrisa en los labios y guiñándome un ojo... Yo lo seguía con la mirada, mientras que Miriam seguía de pie con las manos en la cabeza.

- ¡Madre mía de dios! ¿¿te lo has follado??- gritó con una risa contagiosa y acercándose a mí.

- ¡Te estoy oyendo!- se escuchó la voz de Pedro desde el hueco de las escaleras y sonando el ruido de la puerta de la calle.

- ¡Cállate!- gritó Miriam a Pedro, para volver a sacudirme de los hombros.- ¿Por qué no me has dicho nada? ¿La carpeta olvidada? ¡Serás hija de puta! te lo has cepillado...

- Yo... No es lo que piensas...

- ¡Venga, Nat! ¡Por dios, que somos grandecitas!

- Vale, de acuerdo... Te lo contaré todo, pero prométeme que no se lo dirás a nadie; por ahora no queremos que nadie se entere.

- ¡Pero si te ha cogido el culo delante mía!

- Lo sé, está loco...- sonreí recordando ese gesto que había tenido, sin importarle quien hubiera delante.

- Lo primero es lo primero...- dijo Miriam mientras se echaba su mochila al hombro, que había dejado caer al suelo por la impresión.- ¿Folla bien?

- ¡Miriam, por favor!- reí dirigiéndome a las escaleras dejándola atrás.

- ¿Qué? Tengo derecho a saberlo, ¿no?- reía mi amiga tratando

de alcanzarme.

- ¡Vete a la mierda!- seguí con la broma, bajando las escaleras, camino a la universidad.

Las dos primeras horas de clase se pasaron volando, teniendo que poner en silencio mi teléfono móvil, ante la insistencia de Miriam por WhatsApp en que le contara detalles de mi relación con Pedro. Salí de clase corriendo hacia la cafetería por si veía a Gonzalo; quería que me contara como es que había quedado con Pedro y no había dicho nada.

Aún estaba impresionada con la reacción de Pedro delante de Miriam, cuando siempre había sido tan reticente a cualquier muestra de cariño delante de nadie. Yo, por supuesto, feliz de este cambio aunque preocupada por el cariz que estaban tomando las cosas... ¿Seguía teniendo miedo a entablar una relación formal? Cada vez que esa idea pasaba por mi cabeza, la figura de Esteban venía a recordarme lo que me hizo sufrir el entregarme tanto a alguien.

El hecho que querer ver a Gonzalo era para explicarle, de una vez por todas, todo lo que había entre Pedro y yo; entre otras cosas, porque se lo había contado a Miriam y no me parecía justo que mi mejor amigo no lo supiera... Además, de él seguro que podía conseguir consejos más realistas que los de “fóllatelo hasta reventarlo” y “seguro que apruebas su asignatura” que me daba Miriam.

Al entrar en la cafetería, vi a Gonzalo hablando con Dani en la barra... Sus risas y cachondeos cambiaron al verme; mi amigo me miraba con una tierna sonrisa que me hacía recordar porque estuve tanto tiempo, loca por él. Con unas frases rápidas, despachó a Dani que viéndome llegar sonrió y nos dejó solas, quizás pensando cosas que no eran... Pero, la verdad que no me importaba a esas alturas lo que pensarán de Gonzalo y de mí.

- ¿Qué quieres, Nat?- me dijo con esa sonrisa en su cara.

- Yo nada... Sólo quería verte y...

- No

- No, ¿qué?- dije sin pillar por donde iban los tiros.

- Que ni él me ha dicho nada, ni yo le he preguntado... Te

esperaba a ti.

- Sí, lo siento... Sé que tenía que habértelo dicho.

- Mira, Nat... Me di cuenta yo solo; cambiaste de la noche a la mañana y esos ojos de enamorada solo te los he visto con una persona en tu vida...

- Esteban...- dije bajando la mirada.

- No lo nombres tres veces que, como los espíritus, puede aparecer.- bromeó Gonzalo con su peculiar sentido del humor.

- Eres un idiota.

- Sí, me lo dicen las mujeres a menudo, jajá.- dijo cogiéndome de la mano.

- Tengo miedo, Gonzalo.

- No seas tonta y déjate llevar. Alguien me dijo que no había que tenerle miedo a lo que pudiera pasar... Y fuiste tú. Yo no puedo darte grandes consejos; como tú dices estoy encoñado por una tía y no soy capaz de decirle nada.

- Con saber que tú me apoyas me vale.- sonreí para abrazarle y sentir su mano en mi pelo.

Estuvimos hablando lo que duraron un par de consumiciones en aquella barra de la cafetería de la universidad; le conté los avances con Pedro – omitiendo los aspectos sexuales, por supuesto-, hasta su reacción de esa mañana delante de Miriam. Mi amigo sonreía ante la ocurrencia de Pedro; sabía que esas eran la clase de cosas que a Gonzalo le encantaban en un tío.

- A todo esto, ¿qué haces aquí? ¿Ya te has cansado de correr?

- No, pero yo tenía clase a segunda hora y él se quedó en el circuito.

- ¿Tendré que aguantar que seáis amigos y me critiquéis?

- Bueno, Miriam y tú sois amigas y no digo nada, ¿no?

- ¿Y qué tiene que ver? Si no tienes huevos de decirle nada.- dije riendo.

- Eso ha sido un golpe bajo, idiota.

- Vaaaaale, perdona...- dije dándole un beso en la mejilla.

- Bueno me tengo que ir a clase. Luego nos vemos...- me dijo dándome otra vez un beso.

- ¿Cuándo te vas a decidir a hablar con Miriam?- inquirí cuando pasaba por mi lado.

- ¿Sabes una cosa? Ahora tengo un fin de semana libre, sin nada que hacer, y me voy al pueblo... Me servirá para pensar.- dijo con una sonrisa en los labios.

- Me conozco yo tus formas de pensar... Intenta mantener la polla dentro del pantalón.- le reñí tratando de proteger la integridad de la relación inexistente que tenía con Miriam.

- Jajaja... Sí, mamá...- dijo yéndose de la cafetería.

Esperé un rato, por si Pedro llegaba a la cafetería antes de entrar a dar su clase; yo ya había acabado mi jornada lectiva del día y me podía ir a casa. Justo cuando salía al pasillo, me encontré a Miriam con Carla al otro lado. Al menos, estando Carla delante, Miriam no me bombardearía a preguntas sobre el tamaño de la polla de Pedro...

- ¿Ya has acabado hoy?- preguntó Carla al encontrarme.

- Sí, sólo tenía dos clases...

- Bueno, así podrás dormir un poco; tienes pinta de no haber dormido mucho esta noche, ¿verdad?- dijo con segundas Miriam, sin que Carla se percatara de nada.

- ¡Ey nena!- gritó Luisa al llegar hasta donde estábamos nosotros.- ¡Noticia bomba!

- ¿Qué ha pasado?- dijo Carla riendo por el gusto de Luisa por los cotilleo.

Luisa se acercó al oído de Miriam para contarle esa especie de secreto; Carla me miraba divertida esperando a saber el cotilleo que tanto gustaba ocultar a Luisa. Pero, de repente, la cara de Miriam cambió para palidecer hasta un blanco nuclear.

- ¡Joder! ¡Mierda!- dijo Miriam.- Vámonos, Natalia...

- ¿Qué pasa?- dijo preocupada Carla que, como yo, no sabía nada del tema.

Me sacó de aquel pasillo, tirando de mi brazo y casi arrastrándome hasta la salida, a pesar de que no había casi nadie en la puerta. Al tirar de mi, me hizo estrellarme contra una persona haciendo que mi carpeta se cayera al suelo y los papeles estuvieran por el suelo.

- Perdona, es que mi amiga estaba...- dije disculpándome de la chica con la que había chocado.

- No, perdóname tú; venía distraída y no te vi... Déjame que te ayude.- dijo la chica de cuclillas de ayudándome a ordenar el estropicio causado por las prisas de Miriam.

La chica en esa postura hacía esfuerzos porque la cortísima falda que llevaba no enseñara más de lo debido, siendo tan alta como era. Los chicos que pasaban tenían que estar disfrutando de sus bien torneados muslos al aire; se sujetaba su melena pelirroja para que no le estorbara al recoger mis apuntes

- ¡Oye, ya podías ayudar! Que ha sido culpa tuya...- le gruñí a Miriam que miraba la escena a una distancia prudencial con esa palidez aún en su rostro.

- Sí, vale... Perdona.- se disculpó Miriam, arrodillándose junto a mí y pasándome algunas notas del suelo.

Guardamos todas las cosas en mi carpeta y las tres nos incorporamos; Miriam volvió a tirar de mí pero yo la retuve, sujetándola del brazo.

- Muchas gracias y disculpa por el encontronazo... - le dije a la chica.

- No ha sido nada... Adiós, encantada- dijo ella avanzando por el pasillo, y despidiéndose de la mano.

Me giré hacia donde estaba Miriam, en la puerta de la facultad, mirando con cara de cordero degollado.

- ¿Se puede saber que te pasa? Casi me matas...- dijo algo enfadada por como me había arrastrado.

- Lo siento... Sólo quería que no... Bueno da igual, ¿nos vamos?

- ¿Qué te ha dicho Luisa para que te pongas así?- dije con mi tono enfadado y los brazos en jarras.

- Vale, muy bien... Tú lo has querido...- me dijo cogiéndome y girándome hacia adentro.

Me cogió con sus manos de la cara para que mirara en dirección al pasillo. Estaba casi solo, excepto Carla, Luisa que miraban toda la escena; algunos chicos que se giraban al ver pasar a la pelirroja de la minifalda, al pasar por su lado... Justo en ese momento, de uno de los despachos salía D. Ramiro que daba dos besos a la pelirroja.

- Nat... Te presento a Maribel...- dijo Miriam y yo veía como la chica entraba en el despacho de su padre con una amplia sonrisa, mientras a mí se me helaba el corazón.

Llegué a casa con casi un ataque de ansiedad, porque todo se estaba complicando de repente; ¿el destino no podía darme un respiro? Cuando parecía que podía encontrar la felicidad, venía el pasado para joderlo todo... Entré en casa para cambiarme de ropa e ir a casa de Pedro; con un poco de suerte, aún no se habría marchado a clase y no se habría encontrado a su ex novia.

¿A quien quería engañar? ¿De verdad pensaba que Maribel no habría contactado ya con Pedro para decirle que iba a la ciudad? Por mi cabeza pasaba la idea de que mi Gendo me había ocultado que ella fuera a venir... Abrí la puerta de su piso y el silencio llenaba el salón, porque Pedro ya había salido.

El hecho de haberme parado por el camino con Miriam para calmarme un poco, había hecho que nos cruzáramos por el camino... Tenía que dar clases hasta las una y media del mediodía y, después vendría a su casa para que almorzáramos juntos. Me senté en el salón para ver la tele un rato y entonces descubrí su nota.

“Nat, lo siento mucho... Me ha surgido una reunión de última hora y no puedo venir a comer. Nos vemos esta noche, ¿vale?”

¿No venía a comer? ¿Qué tenía una reunión de última hora? No me podía creer que esto estuviera pasando otra vez... Pero, ¿a quien iba a culpar? La que, con

toda probabilidad, era la mujer de su vida había venido a la ciudad. Y era más que probable que viniera para recuperarlo... Yo lo haría.

Encima no tenía teléfono, porque aún no había comprado uno desde que estrellé el mío en aquel arrebato, tras romper la cerradura. Pensé en ir a la universidad a buscarlo antes de que saliera de clases, pero volver allí sería una muestra de desconfianza hacía él. ¿Y no tenía derecho a desconfiar? Pues no, no tenía derecho a desconfiar, porque nuestra relación no era nada convencional. Pedro siempre decía que no hay cabida para los celos porque “si alguien quiere engañarte no servirá de nada que te pongas a la defensiva”. Buena teoría, ¿verdad?... Y una mierda.

Me levanté del sofá, cada vez más enfadada, apagué el televisor y me iba a ir a mi casa... Pero antes decidí dejarle yo también una nota:

“Esta noche no vendré a dormir; me quedo en casa de Miriam que sus padres no están... Tienes la comida preparada en la nevera.”

En principio no tenía la más mínima intención de ir a casa de Miriam, pero tras toda la tarde en mi piso, totalmente sola, me día cuenta que me había acostumbrado a la compañía de Pedro... Parece que esa “reunión”, se estaba alargando más de la cuenta. Y en mi cabeza bullían imágenes de las piernas de Maribel y de ese espectacular trasero bajo la minifalda. Por primera vez, en toda mi vida me ardía el pecho por los celos... Empecé a comprender que Pedro me importaba demasiado.

Me vestí con unos vaqueros y una camiseta del propio Pedro, que yo usaba para estar en casa; preparé una mochila y me marché a casa de Miriam... Llegué a su casa y llamé al timbre; ella abrió de inmediato.

- ¡Hola, Nat! ¿Qué haces aquí?- me dijo sorprendida pero dándome un abrazo.

- Pedro no ha ido a comer y no ha aparecido en toda la tarde por casa... No quiero estar sola- dije resignada.

- ¡Qué hijo de puta! Pasa dentro, cariño...- me dejó abriendo paso y cogiendo mi mochila para dejarla en su habitación.- ¡Mamá!, Nat se queda a dormir, ¿vale?

La madre de Miriam se asomó a la habitación; me había cogido cariño en estos meses, porque le decía a Miriam que tenía que aprender de mí, que vivía

sola y salía llevar todo para adelante... Su marido se marchó con otra al poco de nacer mi amiga, pero ella seguía creyendo firmemente en el amor y en que cada persona tiene a alguien destinado. ¡Cuántas charlas habíamos tenido mientras tenía que esperara que Miriam acabara de arreglarse!

- ¿Has cenado ya, cariño?- me dijo desde la puerta.

- No, Carmen, pero déjalo no tengo hambre...

- ¡Ni hablar! En mi casa no se acuesta nadie con el estomago vacío.- dijo dejándonos solas para ir a la cocina.

Nosotras reímos, dentro de mi pobre ánimo, para sentarnos en la cama de Miriam... Ella se limitó a acariciarme el pelo en un gesto de condescendencia. Yo le sonreí tratando de ahogar mis penas.

- Pero, ¿no has podido hablar con él?

- No, estaba en clase; pero podía haber contactado conmigo...

- Bueno, no quiero meterme más miedo pero he hablado con Luisa, que tenía clase con Pedro.

- ¿Y qué te ha dicho?- dije preocupada por el gesto serio de mi amiga.

- Por lo visto, a mitad de la clase, ha interrumpido D. Ramiro para pedir a Pedro que fuera a su despacho.

- Ella estaba en el despacho...- susurré cabizbaja.

- ¡Eso no lo sabemos, Natalia! ¿Por qué te pones en lo peor?

- ¿Dónde quieres que me ponga? ¿Has visto a esa tía? Podría estar desfilando en cualquier pasarela como modelo...- dije un poco agobiada.

- Tú no eres como yo, habla con él...- dijo ella agarrándose de la mano.- Te tendría que decir las cosas claras...

- Bueno, si te digo la verdad, nunca hemos hablado de que haya nada claro entre nosotros... Supuestamente no somos novios ni nada por el estilo, así que ¿por qué tendría que darme explicaciones?

- ¿Cómo que por qué tiene que darte explicaciones? Te está follando, casi vivís juntos y, si no lo sois oficialmente, todo parece indicar que sois pareja.

- Nunca le he pedido explicaciones a ningún tío y no voy a empezar a los veinticinco años... Si de verdad le importo me explicara las cosas.

- ¡Sí, claro...! “Hola cariño, no he venido a comer ni en toda la tarde porque me he estado follando a mi ex novia toda el día” ¡No me jodas! En ese momento entró en la habitación la madre de Miriam, con una bandeja con una hamburguesa y unas patatas fritas. La dejó sobre la mesa del escritorio y se volvió hacia nosotras con un gesto divertido.

- Hala, una comida de campeona... Nada como un kilo de calorías para las depresiones por hombres.- dijo guiñando un ojo.

- ¡Mamá, por favor!- dijo avergonzada Miriam.

- ¿Qué queréis? Creo que, a veces, hay que saber escuchar lo que tenemos que decir.- dijo la mujer sentándose en la cama, entre nosotras.- Ni os podéis dejar llevar por el corazón, ni podéis tener la mente fría y no razonar. ¿Ese chico te gusta, nena?

Yo asentí como una idiota, mientras Miriam me hacía gestos para que no le diera conversación a su madre. La verdad que el hecho de que mis padres estuvieran separados también, y que yo viviera con mi padre, me hacía tener un cariño especial por la figura materna... Por un momento pensé en lo que mi madre diría de esta situación: “Pégale una patada en el culo a ese patán”. Claro que mi madre, que es psicóloga, nunca se sentaría a hablar conmigo de temas como éste, entre otras cosas porque me veía demasiado infantil para afrontar, aún, una relación consistente.

- Pues entonces, ten paciencia y todo surgirá...

- ¿Qué sabrás tú, mamá?- dijo Miriam que seguía incomoda con la situación.

- Sí, ya sé que piensas que tu madre que lleva separada casi treinta años, no pude saber nada de hombres... Pero yo también he tenido mis relaciones, aunque no lo creas...

- ¡Ay, dios mío! ¡No quiero saberlo!- decía mi amiga tapándose los oídos de forma graciosa y haciendo el gesto de que le daban arcadas.

Su madre y yo reíamos con la mímica de Miriam que se retorció en la cama como si la estuviera poseyendo el diablo. La madre se levantó de la cama y antes de salir de la habitación se giró y me cogió de la barbilla.

- Natalia, cariño... Busca en tu corazón y sabrás si ese chico te quiere; y, si crees que te ha demostrado que te quiere, confía en él... No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, porque la confianza es lo primero en una pareja. Y, aunque a veces sospechemos de todo lo que hay alrededor y nos queme por dentro ese temor a ser engañadas, merece la pena soportarlo.

- Gracias, Carmen...- dije mientras ella salía de la habitación

- ¡Cómete la hamburguesa o no te quedarás nunca más a dormir!- dijo desde el pasillo.

Me quedé a solas con Miriam, de nuevo, mientras me levantaba a devorar la hamburguesa que me había preparado Carmen... Ella comenzó a ponerse el pijama, desnudándose delante de mí sin ningún complejo.

- Oye y ¿cómo van las cosas con Gonzo?- dije con la boca llena.

- Bueno, van y punto... Todo igual; además ahora me ha dicho que este fin de semana se iba a tu pueblo.

- Sí, eso me dijo... Tiene unos días libres sin exámenes y quiere ver a su familia; la verdad que es tío no subió en navidades y su familia está que trina.

- Al menos, sé que no solo es un pasota conmigo...

- Jajaja, bueno yo creo que le puede venir bien no tenerte cerca.

- Ah, vale... Muchas gracias.

- No seas idiota; me refiero a que es bueno que cambie de aires y aprenda a echarse de menos... Desde luego, no sé quien es más idiota de los dos.

- ¡Ah vale! Me lo dice la que duerme en mi casa porque no es capaz de hablar con su novio...

- Pedro no es mi novio...

- Bueno, tu “lo que sea”, pero ya es algo tuyo. Gonzo no es capaz ni de mantener una conversación a solas conmigo.

- Si, creo que nos hemos colgado de los tíos más raros del mundo.

- Al final, la más inteligente va a ser Carla; a ella le va de puta madre con las mujeres...

- Mira, siempre podemos hacernos lesbianas...

- Buff, a mi es que eso de comerme un coño, no me pone mucho...- bromeé mirando a mi amiga.

- Pues no creas, no está tan mal.- sonrió Miriam recordándome su noche loca con Carla.

- ¡Que guarra eres! Jajaja.- le tiré una almohada.

Entre bromas y cotilleos nos quedamos dormidas muy tarde; la verdad que Miriam se había portado siempre genial conmigo y, ahora, estaba dispuesta a ayudarla a conquistar al tonto de Gonzalo... Nos quedamos dormidas las dos en la misma cama, y me ayudó a olvidar por un instante todas las ideas que cruzaban mi cabeza.

Llegamos a la universidad con el ánimo por las nubes; yo estaba decidida a afrontar mis miedos y a darle un voto de confianza a Pedro. Como decía Carmen, la madre de Miriam, no había razón para preocuparme si me había demostrado que me quería. Y bueno, a su manera, pero mi Gendo me demostraba que estaba loco por mí al romper su coraza y dejarme formar parte de su vida.

En la puerta nos encontramos a Gonzalo y a Dani, que estaban sentados en las escalinatas de entrada... Gonzalo nos dirigió una sonrisa y se levantó para ir a nuestro encuentro. La verdad que la tranquilidad de saber que mi amigo sabía mi secreto me tranquilizaba, pero no quería decirle nada de mi problema con Pedro, porque podría enfadarse con él. Siempre ha sido excesivamente protector conmigo, incluso más cuando no había relación entre nosotros.

- Buenos días, guapísimas.- dijo el adulator de Dani, mientras Gonzo en silencio se acercaba a mí dándome un beso cariñoso en la mejilla.

Yo le hice un disimulado gesto, sin que nadie se diera cuenta, para que besara también a Miriam; el pobre hizo un gesto de fastidio y con una silencia protesta se acercó a mi amiga.

- Hola, Miriam...- dijo esbozando una sonrisa nerviosa.

- Buenas días, Gonzo.- dijo Miriam, sorprendiéndome con su actitud divertida, exenta de nervios.

Parece que se había tomado en serio lo de luchar por la atención de Gonzalo; yo sabía perfectamente que ese cambio de actitud, gustaría a mi amigo, que se sentiría menos presionado... Al fin y al cabo, Gonzalo no dejaba de ser un tío desbordado por unos sentimientos que llevaba muchísimo tiempo sin experimentar.

- ¡Vamos a ir a desayunar al bar del polideportivo.- dijo Dani, dando la impresión de que nos estaban esperando.

- Tenemos clase a primera hora, pero si vais a estar allí después voy... Tengo una hora libre.- dijo Miriam cogida de mi brazo y sin dirigir la mirada a Gonzalo. Chica dura, igual a chaval desconcertado.

- ¡Claro, llegaos!- dijo Dani con su verborrea habitual.- Hemos quedado con las chicas para tomar un café con éste, que se va al pueblo.

- ¡Anda, es verdad! No me acordaba.- mintió Miriam que no había hablado de otra cosa en toda la noche.- ¿Cuándo te vas?

- Esta tarde... Pero sólo serán tres días.- dijo Gonzalo mirando fijamente a Miriam.

- Bueno, seguro que te ligaras a un par de tías para desfogarte...

- Pues mira, quizás... Ya que aquí, últimamente no me como un rosco.

Dani y yo nos mirábamos sorprendidos por la batalla dialéctica que mantenían nuestros amigos; era realmente absurda la manera en la que se estaban echando cosas en cara pero, la verdad, que era la primera conversación de más de diez palabras que mantenían desde hace días.

- Venga, Miriam que llegamos tarde.- dije cogiéndola del

brazo.

- Eso, tortolitos... - dijo Dani con su falta de tacto habitual.-
Ya tendréis tiempo de discutir cuando os caséis...

Miriam le sacó la lengua a Gonzalo en gesto de simpática burla, mientras yo tiraba de ella... Gonzalo le guiñó un ojo, provocando que mi amiga se sonrojara; me parecía increíble que dos personas, que se habían hartado a follar en el último año, ahora estaban tonteando como si se acabaran de conocer.

- Vaya, parece que tu amigo es otro...- dijo ella mientras entrábamos en la facultad.

- La cuestión es que te has atrevido a dar el primer paso; Gonzalo siempre ha sido un poco pavo para esas cosas...

- Sí, pero ahora se va el fin de semana...

- Bueno, cuando lo veas después sigue provocándolo, así estará en mi pueblo todo el fin de semana con la cabeza puesta en ese par de tetas que tienes...

- Jajaja, después la guarra soy yo...- me dijo cogiéndome de la cintura.

Al entrar en el pasillo de las clases, encontramos a Pedro en la puerta de su aula; me miró con gesto preocupado lo que me heló la sangre... Por supuesto, estando en la universidad no se iba a dirigir abiertamente a mí, lo que me libró de tener que darle explicaciones sobre mi marcha a casa de Miriam.

- Tenemos que hablar, Nat.- me dijo con gesto serio al pasar por su lado.

- Te escucho ...- dije deteniéndome al lado suya.

- No es el mejor momento...- dijo mirando hacia un lado donde había algunos profesores.

- Para ti nunca es buen momento, prefieres dejarlo todo en notas escritas.- le solté pasando del consejo de la madre de Miriam, que me recomendaba sosiego, y pasando de largo por su lado.

- ¿Se puede saber que te pasa, Nat?- me dijo Pedro cogiéndome de la muñeca para que no me marchara.

- Cuidado, señor profesor... - dije mirando fijamente mi muñeca cogida con su mano.- Está usted sujetando a una alumna contra su voluntad.

Pedro soltó mi brazo muy lentamente y, mirándome de forma triste, se giró para entrar en su aula, dejándome marchar a la vez que Miriam corría tras de mí.

- ¿Se puede saber qué coño has hecho?- dijo mi amiga poniéndose a mi lado.

- Pues lo que tenía que hacer... Conmigo no ha sido capaz de dar un paso adelante y deja que todo el mundo lo vea con Maribel.

- ¿Quién coño lo ha visto con Maribel? Tú estás mal de la cabeza; lo que te pasa que estás acojonada.- dijo Miriam un poco enfadada.- Me voy que tengo que entrar en clase.

Allí me quedé yo, en medio del pasillo, dudando ya un poco de mi reacción con Pedro; pero estaba muy dolida por todo lo que podía significar la llegada de su exnovia. ¿Asustada? Pues seguramente... Pero puede que tuviera razones para estarlo, porque en el mes que llevábamos “juntos”, nunca me había dejado tirada y justo lo hizo cuando Maribel llega a la ciudad. Después estaba el factor de que nunca permitía que se hiciera referencia a ella e, incluso, la disculpaba de todo lo que hizo. ¡Joder! Ni yo hacía eso con Esteban.

Decidí faltar a clase el resto de las horas que tenía y volver a mi casa... Me dejé caer en el sofá y me puse a llorar como una loca. Me levanté y decidí ir a casa de Pedro, antes de que él llegara, para recoger las cosas que había en su piso. Ropa, algunos enseres de baño y algunos cedés... ¿De verdad quería provocar esta separación sin esperar a hablar con él? Entonces encontré algo una nota al lado del teléfono; era la letra de Pedro.

“2 billetes Horarios 12:00/16:00/21:30... Viernes”

¿Dos billetes? ¿Había comprado dos billetes para irse y yo no sabía nada? A esas alturas mi enfado era brutal y no sabía que hacer muy bien pero rompí en mis pedazos la nota como si eso fuera a solucionar mis problemas... Me decidí a no quedarme allí cruzada de brazos; de repente, me di cuenta que sí quería esa explicación que Pedro me quería dar.

Salí de su piso dando un portazo y bajé las escaleras para ir a buscar a ese

hombre que era capaz de despertar lo mejor y lo peor de mi persona... Justo cuando estaba a punto de llegar al portal, vi la escena que me heló la sangre: Pedro y Maribel estaban justo en la entrada... Yo me escondí, sentada en el último tramo de escalera, para escuchar. No me preguntéis por qué lo hice pero fue superior a mis fuerzas.

- Lo que más echaba de menos de ti es que eres capaz de todo por tu mujer...- dijo Maribel que cogía de la mano a Pedro con una seductora sonrisa.

- Hay trenes que no hay que dejar escapar, aunque tengas que dejar otros en el camino.

- Siempre has sido tan idealista... Entonces, ¿has comprado ya los billetes?

- Sí, no hay vuelta atrás. El viernes empezamos una nueva vida; primero iremos arreglar todo con la familia y después, si todo sale bien, por fin juntos de nuevo y para siempre...

- Suena muy bien... Bueno me voy, tengo que preparar la maleta y todo.

- Creí que tu padre se lo iba tomar peor.

- No seas tonto, Pedro. Sabes que para él siempre has sido como un hijo. En el fondo está muy orgulloso de que hayas sido capaz de afrontar tus miedos.

No podía aguantar más, me levanté y subí de nuevo a mi piso sin hacer ningún ruido... Me tiré sobre la cama ahogando el llanto mientras mordía la almohada; sentía como si el suelo se abriera bajo mis pies, y estaba totalmente destrozada.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y yo sabía perfectamente quien era. ¿De verdad era capaz de ponerme frente a él y escuchar lo que tenía que decirme? Allí estaba yo delante de la puerta cerrada de mi piso, y al otro lado estaba Pedro... Me limpié las lágrimas y me puse bien la ropa. Giré el pomo y allí estaba mi profesor.

- Nat, tenemos que hablar...- dijo Pedro con la cara muy seria.- ¿Puedo pasar?

Yo asentí mientras me echaba a un lado para dejarle paso al salón; por primera vez desde que lo conocí, no miré su trasero... Algo estaba a punto de pasar y no sabíamos muy bien el qué...

- No sé muy bien que te pasaba esta mañana pero...
- ¿Te vas?- le corté mirándolo con gesto serio.
- ¿Cómo?
- Que sé que te vas, he visto la nota de los horarios en tu piso.
- Quería decírtelo, pero anoche no viniste a dormir.- dijo con una media sonrisa que me hizo mucho daño.
- ¿De qué te ríes?- dije muy seria.
- Mira, Natalia... Me ha surgido un curso en Barcelona, y tengo que ir. Es muy importante para mi futuro... No quería decirte nada hasta que no fuera seguro.
- Sí, supongo que es muy importante para ti.
- Me han hecho una oferta para que me vaya el curso que viene a dar clases a Barcelona.
- ¿Vas a dejar la universidad?- dije muy sorprendida.
- Quiero empezar una nueva vida.
- Vale... Yo no seré un estorbo para ti, nunca.
- Nat, por favor... Yo...
- No, Pedro... Vete, por favor.

Él se quedó unos segundos mirándome con tristeza en sus ojos; hizo el amago de besarme en los labios, pero yo giré la cara rechazándolo... Se fue hacia la puerta y antes de salir se giró:

- Espero que algún día me perdones lo que te estoy haciendo pasar.
- ¿Sabes una cosa? Quizás sobreestimas la importancia que tienes en mi vida...

Pedro abrió los ojos como platos al escuchar esta última frase. Bajó la mirada y se marchó cerrando la puerta. ¿De verdad quería acabar así? Abrí la puerta y

salí al pasillo antes de que él entrara en su piso.

- Pedro...- lo llamé haciendo que el se girara.- No hagas caso a esa última frase... Quiero que sepas que te quiero y que, hagas lo que hagas...

- Nat... Yo también te quiero muchísimo, pero hay cosas que tengo que hacer.

- Adiós, Pedro...- dije casi sin aguantar las lagrimas y yendo hacia mi piso cerrando la puerta, detrás de mí.

(Pedro)

El autobús llegó a su destino y puedo decir que ya sentía los nervios a flor de piel; las cosas quizás no habían salido como yo quería y le había hecho un daño innecesario a Nat... Nat, esa chica que me había dado tanto en estos últimos meses y que se despidió de mí con un seco “adiós” seguido del eco de un portazo. Toda esa tarde del jueves y la noche, no tuve ningún contacto con ella... Creo que se fue a casa de Miriam otra vez; me dolió muchísimo ver que había recogido las cosas de mi piso antes de marcharse. Descubrí que tenía tanto que agradecerle que no me di cuenta hasta entonces todo lo que significaba para mí.

Mi mente era un bullicio de sentimientos y la llegada de Maribel a la ciudad me sirvió para saber lo que verdaderamente quería; cuando la llamé por teléfono para que viniera a la ciudad, no se negó en absoluto... Sabía que podía contar con ella, porque sigo diciendo que nunca ha sido mala chica, solo que, en su momento, un poco inmadura para afrontar cualquier tipo de relación... Ahora había cambiado y me sorprendió su actitud cariñosa y la forma en que me defendió delante de su padre.

Bajé del bus con mi mochila sobre el hombro, porque para esos tres días no iba a necesitar mucho más; la verdad que el horario que habíamos pillado para los billetes que reservé nos permitió a los dos dar una cabezada en el bus.

Me va a matar... Soy hombre muerto...- repetía Gonzalo bajando detrás de mí en el bus.

Bueno, ya está hecho.

Yo sólo espero que sepas lo que estás haciendo, la has dejado muy jodida.

Me detuve en mitad de la estación para darme la vuelta y mirar a mi alumno, pero sobre todo amigo, Gonzalo.

Por una vez quiero hacer las cosas bien en mi vida y creo que lo mejor es venir aquí... El primer paso ya lo di con Maribel, ahora me toca a mí... No te preocupes, Nat se habrá enfadado un poco pero se le pasará.

Buff, me parece que no la conoces, jaja... Te va a costar trabajo que no te de una hostia cuando te vuelva a ver.

Todo depende de lo que pase aquí estos días...- dije un poco preocupado.- Ah, Gonzo, muchas gracias por venir conmigo.

¿Gracias? Esto no me lo pierdo yo por nada del mundo.- dijo riendo a carcajadas y dándome un abrazo.

¡Joder! ¿Tan malo es?- dije poniéndome en alerta.

¿José? No... A quien tienes que temerle es a su hermana Maya.

¿Sabes?- dije saliendo junto a él de la estación.- La parte teórica del plan parecía más sencilla.

La verdad que cuando me lo contaste pensé que estabas loco, pero tu eres el profesor...- rio Gonzalo dándome un golpe en la espalda.- ¡Casarte con Nat! Impresionante.

Buff, ¡para que luego diga que no!

Jejeje, eso tampoco me lo pierdo... Pero primero vamos a mi casa, que mi madre va a flipar cuando le contemos.- dijo mientras levantaba la mano para llamar a un taxi.

Eres muy joven para ser profesor suyo, ¿no?- me preguntó la madre de Gonzalo mientras me servía un guisado en el plato.

¡Mamá, por favor!- protestó Gonzo ante el comentario de su madre.

¿Qué pasa? ¿No me puedo interesar por mi invitado?- dijo la madre frotando la cabeza de su hijo.

No se preocupe, señora... A mí no me molesta.- dije tranquilizando a Gonzalo y a su madre.- Cuando me saqué la carrera, entré como becario en la universidad y conseguí mi plaza al segundo año de estar allí... Quizás tuve un poco de suerte.

La suerte no tiene nada que ver con eso, Pedro.- dijo el padre de Gonzalo que permanecía sentado en el sofá leyendo un periódico local.- En la vida hay cosas que solo se consiguen con esfuerzo; la suerte llega a quien ha trabajado para atraerla.

Terminamos de comer, mientras charlábamos de las aptitudes de Gonzalo en la universidad; Carlos, su padre, parecía a simple vista un hombre severo y que estaba muy interesado, sobre todo, en saber si su hijo estudiaba lo suficiente... Por supuesto no mentí al decir que Gonzalo era un fantástico estudiante y que su dedicación al baloncesto no repercutía en sus calificaciones. Mi acompañante me miraba como dándome las gracias, cuando en ningún momento dije mentira alguna.

El padre me llevó a una pequeña “biblioteca” que tenían en la casa y que lucía con orgullo, aunque se limitaba a un par de estanterías con volúmenes de bolsillo desordenados; un humilde trabajador que se jactaba de, a pesar de no haber recibido una educación en condiciones, haber inculcado el gusto por la literatura a su hijo. Siempre he tenido un respeto casi reverencial por las figuras paternas, quizás por el hecho de que el mío murió cuando yo era un niño de ocho años... Bueno, eso es otra historia.

Bueno, ¿y qué es eso tan importante que me querías contar?- dijo Carlos a Gonzalo mientras servía tres copas de whisky en vaso ancho.

En realidad es Pedro el que quiere contarte algo.- dijo mi alumno dejándome al pie de los caballos.

¿Pedro? ¿Y qué puedo hacer por ti, hijo?- dijo el hombre dirigiéndose a mí mientras daba un sorbo al vaso de whisky y hacía un gesto extraño por el amargo sabor.

Pues mire, la verdad que la idea de hablar con usted ha sido de su hijo...

No me hables de usted, por favor...

Lo siento... La idea de hablar ha sido de tu hijo Gonzalo, yo...

¡Viene a pedir la mano de Natalia!- me interrumpió Gonzalo que no podía

aguantar a ver la reacción de su padre.

¿De Natalia?- dijo el padre de Gonzalo dudando.

Papá, Natalia Canales... La hija de José.

¿La pequeña Natalia? ¡Madre mía que sorpresa!- sonrió Carlos dando una palmada.

Bueno, papá... Tan pequeña no es, que es unos meses menor que yo.

Jajaja, pero bastante más madura que tú; a ti si que no te imagino dando ese paso.- bromeó el padre que se levantó para darme la mano.- ¿Y qué puedo hacer yo por ti?

La verdad que mi idea era ir a hablar con José, pero como no sabía muy bien como están las cosas en esa familia, convencí a su hijo para que me ayudara.

Me pagó el billete y todo...- rio Gonzalo.

Pues me has sorprendido y mucho, pero no te preocupes que José sabrá valorar el gesto.- dijo el hombre sentándose a mi lado.- José es amigo mío desde hace muchos años y es un hombre muy arraigado en la tradiciones.

Yo asentí, dándole un sorbo al vaso de whisky que ya empezaba a derretir los hielos; la verdad que con el avanzar de la conversación, el hombre serio y distante que parecía al principio Carlos se convirtió en un hombre afable y agradecido de que compartiéramos nuestro plan con él... Ahora entendía por qué Gonzalo tenía tanta confianza en él y, también, el abierto carácter del amigo de Nat; quizás fuera verdad ese refrán que dice: “de tal palo, tal astilla...”

Conocí al padre de Natalia el mismo día que ella se instaló en la ciudad y sé que tengo que dar la cara... Yo también me he criado en una familia de fuertes convicciones morales en ese sentido. Mi padre murió siendo yo niño y me he criado bajo la tutela de mis abuelos...

No tienes que dar más explicaciones; está bien hecho lo que vas a hacer, porque hay cosas que no deberían cambiar...- dijo Carlos mirando de reojo a su hijo que sonrió sabiendo que iba con segundas.

¡A mí no me lieis que todavía soy seis años menos que él!- dijo Gonzalo señalándome y provocando la sonrisa de los dos.

Pero, Pedro sigo sin saber en qué te puedo ayudar...

Bueno, esa parte no la tengo muy clara; tu hijo me dijo que quizás era buena idea que tú hablaras con José... Pero no lo tengo muy claro.

Mira Pedro, José es un buen hombre; por supuesto es protector con sus hijas, pero el hecho de que vengas a hablar con él sabrá agradecerlo. No debes tenerle miedo... Pero vamos si quieres, voy contigo...

Bueno, eso será mañana, jajaja...- dijo Gonzalo.- Ahora vamos a descansar un poco y esta noche salir de marcha, antes de que sea un hombre comprometido.

Los tres reímos ante la ocurrencia de mi alumno y nos levantamos todos de nuestros asientos; me despedí de Carlos con un fuerte apretón de manos y subimos mis cosas a la habitación de invitados... Me encantaban esas casa de pueblo tan grandes como acogedoras, de muros anchos y blancos y pequeñas ventanas de postigos de madera... Me hacía falta ese descanso, aunque mi cabeza estaba puesta en una chica morena que estaba en la ciudad y que estaba enfadada conmigo por no haberle dicho la verdad... Empecé a pensar que no había hecho las cosas bien, que podía confesarle todo.

De verdad me habían hecho la oferta para ir a Barcelona y sabía que era la única posibilidad de tener una relación con ella sin tener que dar explicaciones en la universidad... Para conseguir que D. Ramiro me diera su recomendación para el traslado, se me ocurrió pedirle ayuda a Maribel; sé que esta idea no hubiera hecho nada feliz a Nat, pero yo sólo le pedí a mi ex novia que llamara por teléfono a su padre para pedirle que aceptara mi renuncia... Pero Maribel, como siempre, fue un paso más allá y se presentó en la ciudad; decía que quería conocer a la chica que había hecho que ella saliera de mi cabeza. Aún recuerdo nuestro reencuentro, por sorpresa, hace dos días.

En la universidad dando una clase, cuando D. Ramiro la interrumpió para llamarme a su despacho; en ese momento, pensé que Maribel habría llamado y el rector quería discutir conmigo sobre mi posible renuncia, porque era muy extraño que D. Ramiro sacara a un profesor a mitad de una clase. Dejé mi clase y fui a su despacho como me había pedido y al entrar, me encontré sentada a Maribel... Pelirroja, guapísima como siempre, con ese pelo largo y rizado que me volvía loco.

Hola Peter...- me dijo Maribel usando el mote que me decía cuando me conoció y levantándose de la silla del despacho de su padre.

Me quedé sorprendido y no pude reaccionar hasta que ella me dio dos besos

en la mejilla; D. Ramiro nos miraba con una orgullosa expresión, siempre había defendido nuestra relación aunque yo sufriera los desvaríos de su hija. Supongo que, en el fondo, era consciente de las limitaciones de Maribel y yo era un “buen partido” para ella. Sólo esperaba que Maribel no me la jugara y que, de verdad, me ayudara en lo que le pedí.

No sabía que ibas a venir...- dije sorprendido.

¿Ah no? Me ha dicho que fuiste tú quien la llamaste.- dijo su padre provocando un gesto de sorpresa.

Bueno, me llamó pero no me dijo que viniera, eso ha sido idea mía.- confesó Maribel.

No entiendo nada.- dijo D. Ramiro mirándonos a los dos, mientras seguía sin abrir la boca.

¿No puedo venir a ver a mi papi de vez en cuando? - dijo cariñosamente con esa voz que hace tiempo me desarmaba y que, ahora, me daba cuenta que me era indiferente.

D. Ramiro, conociéndola como yo la conocía, se percató de inmediato que su hija no era muy dada a muestras de cariño sin pedir nada a cambio. Entornó los ojos como esperando la petición de su caprichosa hija y me miró a mí como inquiriéndome a saber a qué venía esa encerrona.

- ¿Qué quieres, Maribel?- dijo su padre suspirando y dejándose caer en el sillón

- ¿Por qué voy a querer algo?- dijo Maribel con su sonrisa persuasiva.

- ¡Maribel!- protestó su padre mirándola con gravedad.

- ¡Está bien! Te quiero pedir un favor para Pedro.

Al completar la frase, la cara del rector cambió; no sé las conclusiones sacaría de esa frase, quizás que su hija y yo volvíamos a estar juntos o yo que sé... Yo sonreí al darme cuenta que Maribel había cumplido su promesa de ayudarme; ella me vio sonreír y me guiñó un ojo. Esta chica era la provocación pura y esa minifalda estaría prohibida en algunos países árabes.

¿Qué favor quiere Pedro, que me lo tienes que pedir tú?- dijo sonriendo; el plan de que Maribel ablandara a su padre estaba funcionando.

Bueno, ha recibido una oferta de una universidad privada en Barcelona y

quiere que tú le des tu recomendación.

¿Cómo? ¿Te quieres marchar?- me dijo mirándome fijamente.

La oferta es buena, D. Ramiro... Me dan una labor investigativa y distribución para mi libro; ya sabe usted que siempre me he sentido más investigador que docente.

Entiendo... Sabes que siempre he tratado de ser protector contigo, porque creo que la universidad pública te da mucho más campo de progreso.

Lo sé, D. Ramiro. Y sabe que nunca me he planteado marcharme por respeto a usted... Siempre me ha aconsejado bien, pero hay cosas que me hacen querer cambiar de vida.

¿Y qué tienes tú que ver en esto?- le preguntó a Maribel que jugueteaba con un bolígrafo y con sus piernas cruzadas que dejaban buena parte de sus muslos desnudos.

Pues si te digo la verdad, no lo sé muy bien...- dijo Maribel sorprendiéndome.- ¿dónde entro yo en este plan, Peter?

Ya sabes que no entras en ningún lado...- dije en voz baja, provocando la mirada asesina de su padre y la sonrisa de mi ex novia.

¿Cómo dices?- dijo D. Ramiro levantándose de la silla.- ¿Te recuerdo lo que pasó hace un par de años? ¿Necesitas que te refresque la memoria sobre la razón que hizo que mi hija quisiera seguir viviendo en el extranjero?

El silencio se hizo por unos instantes en el despacho; yo cabizbajo y el rector casi encima de mí recriminándome un pasado inventado por su hija, y que ella no parecía dispuesta a desmentir... Se limitaba a jugar con las ruedas de la silla de oficina donde estaba sentada como si todo aquello le pareciera realmente divertido. Yo, como siempre, me dejé amedrentar por ese hombre; pero, de repente, algo explotó en mi interior como si una bomba de relojería, demasiado tiempo parada, hubiera estallado.

Sí... Quiero que me lo recuerde; es más quiero que Maribel me lo recuerde...- dije provocando que mi ex novia palideciera.- Mire, D. Ramiro, como ya le he dicho le tengo un respeto casi reverencial y tantas cosas que agradecerle que siempre he admitido sus consejos, pero es mi vida la está en juego... Esa oferta es buena para mí; y sé que me aceptaran con o sin su recomendación... De todas formas, me he tomado la molestia de avisarlo, porque usted para mí

ha sido casi un padre.

Pedro, por favor...- susurró Maribel con miedo de que la echara a los pies de los caballos.

La miré con gesto grave mientras mis nudillos palidecían de tanto apretar los puños; la furia que sentía era superior a mí, después de tanto tiempo callando y aguantando los caprichos de mi ex novia...

Simplemente quiero que sepa que nunca haría nada que perjudicara a su familia; pero usted no es mi familia. Todo lo que tengo me lo he ganado con mi esfuerzo y mi talento. Estoy harto de que piense que soy un títere al que pueda manejar y, más aún, de que su hija piense que todo vale en esta vida... Usted ha acostumbrado a Maribel a hacer lo que le ha venido en gana y ahora quiere justificar su actitud en un supuesto desengaño amoroso que nunca existió.

¿De... qué está hablando, Maribel?- dijo el rector totalmente superado por las circunstancias.

Maribel, en un gesto que me sorprendió, se levantó de su asiento y me cogió de la mano; me miró a los ojos con una ternura como nunca le había visto y una sonrisa sincera y amable.

Papá... Pedro nunca me engañó, nuestra relación ya estaba rota cuando ocurrió aquello.

¿Qué?- dijo su padre sentándose de nuevo en la silla.

Él siempre me cubrió las espaldas sobre que nuestra relación seguía porque sabía que tú me harías volver si no estaba con él... Después cuando el año terminó, decidí utilizar su supuesta “infidelidad” de Pedro para que me permitieras mantener la distancia con él y quedarme otro año más.

¿Y tú sabías todo esto?- me dijo sorprendido el rector.

Sí, él lo sabía todo...- contestó Maribel por mí.- Ya es hora de que sepas la verdad; no puedes negarle nada a Pedro, porque siempre se ha portado genial conmigo... Ojala pudiera volver atrás en el tiempo y poder estar con él, pero...

Al decir eso, me quedé petrificado. ¿Volver atrás en el tiempo? ¿Estar conmigo? Maribel estaba diciendo que sería capaz de retomar la relación que un día dejamos. En cierto modo, tenía mucho sentido porque uno de los

grandes problemas que tenía para seguir nuestra relación es mi pasividad y el hecho de que trabajara con su padre... Una vez que mi residencia se fijara en otro lado y que ella había visto como había reaccionado ante la amenaza de D. Ramiro, ya no era ese chico pusilánime que un día había abandonado.

¿Por qué nunca me dijiste nada?- me dijo su padre mirándome.

Pues porque él siempre...- dijo Maribel sin llegar a terminar al ser interrumpida con brusquedad.

¡Cállate, Maribel!- gritó D. Ramiro, dejando perpleja a su hija que por primera vez en su vida vio en él un gesto de autoridad con ella.

Nunca quise o nunca pude ir en contra de su hija, D. Ramiro... Es lo que ella quería hacer y, si quería usarme de excusa me daba igual... Creo que fue demasiado permisiva con algunas cosas y demasiado protector en otras, pero nunca autoritario.

¿Habéis estado engañándome dos años?- sonrió D. Ramiro dejándonos a los dos alucinados con su reacción.

Bueno, papá, de algo ha servido... Siempre has querido mi felicidad sin pensar que quizás mi felicidad no consistía en estudiar Secretariado y trabajar en la universidad. Tengo mucho que agradecerle a Pedro, por haberme permitido madurar al tener que afrontar mi propia vida y mis limitaciones. Tengo un trabajo, tengo un piso, tengo un futuro...

¿Sabes una cosa, Pedro?- dijo D. Ramiro volviendo a levantarse para ponerme una mano en el hombro.- Siempre he estado muy orgulloso de ti; eres un chico estupendo y me llevé una gran decepción cuando supuestamente le fuiste infiel a mi hija... Para mí hubieras sido el marido perfecto para ella.

¡Papá!- protestó Maribel avergonzada.

Maribel, este chico es el único que ha sido capaz de domesticarte, de comprenderte y de ayudarte...- dijo para volver a mirarme a los ojos.- Tendrás mi recomendación...

Me estrechó con fuerza la mano; era el mayor gesto de cariño que había recibido de él nunca y juró que estuve a punto de emocionarme.

Muchas gracias, D. Ramiro.- dije sin dejar de mirarlo a los ojos.

En este tiempo que te queda, al menos en privado, llámame Ramiro.- dijo para

mirar inmediatamente a su hija.- Y tú, jovencita...

Upss...- exclamó Maribel encogiendo los hombros como quien esperará un azote, pero con su preciosa sonrisa en la cara.

Estoy orgulloso de ti; me has dado una lección que no olvidaré... Has venido hasta aquí para ser sincera, para ayudar a Pedro y me has demostrado que eres más responsable de lo que yo nunca creí que fueras a ser.

Te quiero, papá.- dijo la chica abrazando a su padre, que correspondió al abrazo.

Bueno, ahora largaos los dos...- dijo el rector visiblemente emocionado señalándonos la puerta del despacho.- Mañana tendrás tu recomendación...

Asentí con una sonrisa y salí del despacho tras de Maribel; ella me abrazó, orgullosa de que hubiéramos conseguido convencer a su padre.

Bueno creo que he cumplido mi parte del trato, me merezco una recompensa, ¿no?- dijo cogiéndome de las solapas y acercando los labios a los míos.

Lo siento, haré lo que quieras pero eso no...

Jajaja, sólo un almuerzo mañana... ¿Te parece?- dijo sonriendo.

Maribel, de verdad no quiero empezar de nuevo con todo esto; sabes que te tengo mucho cariño, pero...

Peter, guapo... Lo tengo muy claro, solo un almuerzo o una cerveza mañana. No voy a intentar nada... Además, no me gustan los hombres enamorados de otras.

La miré sorprendido de su afirmación y de cómo sonrió como si fuera una cosa que se me notara a leguas; en ese momento, me di cuenta de la reacción que yo había tenido antes al escuchar de su boca que si pudiera volvería atrás para estar conmigo... Total indiferencia; en mi cabeza sólo estaba Nat... Nat, esa chica... Nat... Mi Rei.

Sí, no te creas que soy tonta; esos ojos los conozco como si fueran un espejo de tu corazón. ¿Quién es la chica?- dijo Maribel riendo y cogiéndome del brazo.

No sé de me hablas...- dije pero sonriendo.

Sé que tramas algo, Pedro. Sé que puede que te sienta mal pero he aprendido

cada uno de tus gestos y algo te preocupa.

De acuerdo, mañana quedamos para una cerveza y te cuento, ¿vale?

Muy bien, guapo...- me dijo dándome un beso y marchando por el pasillo atrayendo las miradas de todos los universitarios.

Tras dormir un par de horas en aquella habitación y darnos una ducha rápida mientras la madre de Gonzalo ponía la cena, nos dispusimos a salir a tomar esas copas que tanto había anunciado mi alumno. Me llevó a un par de bares a tomar copas y me fue presentando a algunos amigos suyos con lo que la verdad entablamos poca conversación; Estábamos destinando ese viaje a conocernos mucho más de lo que nos habíamos conocido en el año que llevaba dándole clase... Creo que el hecho de confesarle que estaba enamorado de su amiga y que me quería casar con ella, creó un vínculo entre nosotros, brutal.

Tío, perdona pero sigo sin saber como vas a hacer para que Nat te perdone.

Bueno, lo primero es saber si su padre está dispuesto a que la lleve conmigo.

Pero, ¿no tendrías que saber primero si ella está dispuesta?- rio Gonzalo.

Bueno, dicen que el orden de los factores no altera el producto...

Jejeje, una hostia de Nat va a alterar el orden de tus dientes...- dijo Gonzalo riendo a carcajadas.

Sí, puede que haya hecho las cosas mal, pero bueno tan solo piensa que he estado ocultándole lo del curso... Se le pasará.

No sé, me contaste como se puso antes de que te fueras y eso no es muy normal en Natalia...- dijo Gonzalo metiéndome un poco de miedo en el cuerpo.

¿Otra copa?- dije sonriendo mientras hacía una señal al camarero.

Estás como una cabra, jajaja.- me dijo mi acompañante.

Seguimos tomando alguna copa más hasta que Gonzalo tiró de mi brazo para llamarme la atención sobre un chico que había en la barra bailando con otros amigos.

Esto se va a poner divertido para ti...- dijo riendo y mirando hacía todos lados como si buscara a alguien.

¿Para mí? ¿Por qué?- dije riendo ya un poco tocado por la bebida.

Ese de allí es Fernando...

Vale, perfecto... ¿Quién coño es Fernando?- dije un poco descolocado.

Pues no sé que será para ti, pero...- dijo Gonzo, mirando hacia todos lados hasta al final encontrar a alguien y tirar de mí hacía una esquina del local.- ¡Allí está!

¿Quién está? Tío, me tienes perdido.- le dije mientras se situaba al lado de una chica morena, preciosa y que bailaba de espaldas a nosotros.

Hola guapa, ¿tienes novio?- dijo Gonzalo tocándole la cintura a la chica por detrás que literalmente saltó una cuarta, para darse la vuelta.

La chica se dio la vuelta con aires asesinos, mientras yo observaba anonadado la escena, un paso atrás para que no me salpicara la sangre.

¡Gonzooooooooo!- gritó la chica al reconocerlo y se lanzó a abrazarlo.- ¿qué haces aquí? ¡Madre mía!

¿Qué pasa mi niña?- dijo mi amigo levantándola del suelo y dándole vueltas..

¡No me lo puedo creer! ¡Estás guapísimo!- reía la desconocida.

Quiero presentarte a alguien, ¿me dejas? Es un amigo que ha venido al pueblo para cumplir un reto.

Jajaja, ¿un reto?- dijo la chica que me miraba curiosa con los brazos en jarras.

¡Gonzalo, tío!- protesté yo mientras mi compañero se reía a carcajadas, creyendo que intentaba que ligara con esa chica.- No le hagas caso, no te preocupes que no tiene nada que ver contigo, chica...

No te preocupes, estoy acostumbrada a las bromas de Gonzo... Me conoce desde que era pequeña.

Y, ¿cómo que no tiene nada que ver con ella ese reto? Tiene bastante que ver con ella...- dijo Gonzalo mientras la chica y yo nos mirábamos sin saber por donde iban los tiros.- Ella es Maya, la hermana de...

De Nat...- completé yo la frase, sorprendido por la jugarreta que me había hecho Gonzalo.

Allí estaba yo delante de la hermana de Nat, esa chica de la tanto me había hablado y que describía como loca, pesada y que se enojaba con facilidad.

¡Oye, Gonzo! ¿Qué pasa con mi hermana?- dijo muy enfadada la chica mirando

a mi alumno- Ya sabes que con ella no quiero bromas, que te mato.

¿Broma? ¡Que va, que va...! ¡Si te vas a reír un montón!- decía Gonzalo, bastante perjudicado por la bebida.

Gonzalo, cállate...- le dije tapándole la boca.

Buahh, eres un aguafiestas...- dijo riendo.- Voy a por dos copas, ¿vale?

Se marchó dejándonos a aquella chica y a mí mirándonos; su cara de enojo era importante y yo no sabía muy bien como manejar esa situación comprometida en la que me había metido Gonzalo.

Mira, no es nada malo... O sea yo nunca me reiría de tu hermana, son cosas de Gonzalo...

¿De qué conoces a Natalia?- me interrumpió ella dejándome más cortado aún.

Bueno, se puede decir que estamos juntos... Al menos hasta ayer lo estábamos... Creo

¿¿¿QUÉEEEE??- dijo Maya echándose a las manos la boca.- Tú eres... ¿Tú eres un rollete para ella?

¡Que cojones! ¿Pedro? ¡Es su novio!- replicó Gonzalo que acababa de llegar con dos copas en la mano.

Un momento, un momento... ¿Qué es eso de que crees que estáis juntos? Mira, chico, como se te ocurra haber lastimado a mi hermana, te arranco la cabeza...

No, no... Te juro que yo no quiero lastimarla.

Hombre, un poco jodidilla si la has dejado, jeje- dijo Gonzo riéndose

Esa última frase provocó que Maya le diera un guantazo a Gonzalo que casi se le caen las copas de las manos; el chico me pasó una se las copas y, con la mano libre se acarició la mejilla.

¡Hey! ¿Por qué me pegas? El que la tiene jodida es éste.- dijo señalándome y provocando que, antes de que me diera cuenta, la mano de Maya impactara en mi cara con fuerza.- Jejeje, eso está mejor...

No me gustan las bromas... ¿Me vais a contar que está pasando?- dijo la hermana de Nat bastante molesta.

Yo mejor me siento, porque la historia es larga y yo ya me la sé.- dijo Gonzalo sentándose en un taburete al lado de ellos.

Maya me miraba como esperando a que yo empezara a hablar, y lo peor es que, siendo ella casi nueve años menor que yo, me imponía un respeto que me dejaba sin palabras.

Estoy esperando, Pedro.

Eso, Pedro... La chica está esperando, jeje- dijo Gonzo divertido con la situación.

¡Cállate o te arreó otro guantazo!- amenazó Maya gesticulando y haciendo que el chico se cubriera con las manos la cabeza.

Vale, vale...

Mira, Maya... Es verdad, soy el novio de tu hermana, creo.

¿Crees? No empiezas muy bien, guapo... Ante todo te en cuenta que te va a costar mucho trabajo que no te mande a la mierda, cuando acabes.

Ok, entendido... Bueno, me refiero a que tu hermana y yo tenemos una relación, pero nunca la hemos llamado de ninguna forma... Somos pareja y punto; tenemos demasiados miedos que nos anclan en el pasado y no somos capaces de avanzar lo suficiente... Pero quiero que sepas una cosa, estoy enamorado de ella, y sé que quiero que sea la mujer que pase conmigo el resto de mi vida. He podido hacer muchas tonterías en mi vida pero ésta puede ser la mayor de ella o el más grande de los aciertos... Me voy a Barcelona a trabajar y no pienso renunciar a ella, le quiero proponer que venga conmigo, porque empiezo una nueva vida y no la concibo sin ella a mi lado...

Joder, tío me has hecho llorar...- dijo Gonzalo limpiándose las lágrimas y provocando la carcajada de Maya que me miró con ternura.

Pedro, lo único que sé es que Nat se merece ser feliz y, desde luego, no sé si tú puedes conseguirlo; no estoy dispuesta a dejar que nadie le haga daño, otra vez...

Sí, lo sé... Conozco la historia de Esteban.- dijo muy seguro de a la que se refería la hermana de Nat

¿Tú que vas a saber?- protestó Maya como si le molestara que su hermana tuviera tanta confianza conmigo.- Aunque ya me sorprende que Nat haya tenido la confianza contigo para contarte eso, no tienes ni puta idea de lo que pasó por culpa de ese mamarracho.

Ya sé que no lo sé; me refiero a que sé quien es Esteban.

Error... Ni ella misma sabe quien es Esteban; ¿sabes una cosa? El gran problema que ha tenido mi hermana es que siempre se ha entregado al mil por cien cuando está enamorada... Pero ya no dejaré que nadie más le haga daño... Ni siquiera tú, por muy buenas intenciones que parezcas traer.

Las mejores...- susurré un poco cohibido por la fuerza del carácter de aquella chica mucho menor que yo.

Bueno, todos tenéis las mejores intenciones siempre... Y, dime, ¿Qué piensas hacer si te cansas de ella? La llevas contigo a otra sitio, la alejas de su familia y de su mundo y, ¿después?

No pienso en eso, porque la quiero; hay cosas que no pasan por mi cabeza siquiera.

Querer no es suficiente para hacer feliz a una persona.

¿Y qué hago? ¿la abandono como hizo Esteban?- dije un poco enfadado con la actitud altiva de la hermana de Natalia.- ¡La destrozaría!

Pues tenías que haberlo pensado antes de empezar nada con ella...

No estaba planeado; estas cosas no se planean... Y no me voy a rendir por más obstáculos que nos pongan, ni siquiera tú...

Maya me miró con desconfianza, pero un poco sorprendida por mi seguridad y mi rebeldía ante sus palabras; su carácter se correspondía totalmente con lo que Nat me había hablado siempre de ella: chula, de fácil enfado y muy protestona... Lo que Nat no veía es que su hermana la defendía a capa y espada, que cuando decía que sería capaz de arrancarle la cabeza a quien le hiciera daño, lo decía totalmente en serio... Maya protegía a su hermana porque había vivido, en primera persona, todo lo que ella había sufrido con Esteban. No pude menos que admirar esa fuerza con la que Maya defendía a la persona a la que yo más quería... Me costaría tiempo y mucho trabajo, pero estaba seguro de que tarde o temprano seríamos buenos amigos.

De todas formas, veo difícil que le den permiso para que se vaya a vivir contigo a otra ciudad... Mis padres no dejaran que eso ocurra.- dijo con una sonrisa en sus labios, que mostraba seguridad.

¡Y señoras y señores! ¡Aquí viene el reto de Pedro!- anunció Gonzo

recuperado de su llanto.

¿Qué reto es?- preguntó preocupada Maya mirándome.

Vengo a pedir la mano de tu hermana...

Maya se quedó petrificada y miró a Gonzalo, esperando que le hiciera algún gesto que le hiciera suponer que todo era una broma de mal gusto; pero mi amigo se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa, dando credibilidad a cada una de mis palabras. Me observó con la cara congestionada y sin saber muy bien que decir.

Nena, ¿pasa algo?- dijo el chico que Gonzalo me había señalado antes como Fernando.

Cogió de la cintura a Maya, lo que me indicó que era su novio; la “mosca” como Nat me había dicho tantas veces... Y es que Natalia tenía auténtica manía a ese chaval y yo tuve que aguantar la risa acordándome de las veces que despotricaba sobre él. No estaba el horno para bollos, y que Maya me viera riéndome de su novio.

No pasa nada, vámonos.- dijo Maya dándose la vuelta para marcharse.- Adiós, Gonzo

Adiós, Maya.- dijo mi amigo despidiéndose con su mano, mientras Fernando lo miraba con recelo.- Anda, Fernandito mira para otro lado.

El chico bajó la cabeza, dando muestras tanto que conocía a Gonzalo como que le mostraba un cierto respeto por temor o por edad.

Eres un cabrón... Menuda encerrona me has preparado.- dije mirando a Gonzalo un poco enfadado, que seguía sentado en aquel taburete.

No seas quejica, que cada vez te pareces más a Nat...- rio mi alumno.- Míralo por el lado bueno: lo peor ya ha pasado, su padre será mucho más fácil.

Al día siguiente por la mañana, nos levantamos en casa de Gonzalo; este llevaba una resaca de caballo y es que, tras comunicar la noticia a Maya, todo desvarió en una serie de chupitos de tequila que hicieron estragos en nosotros... El empeño de “ahogar las penas en alcohol” de Gonzalo, tuvo un efecto devastador, más en él que en mí.

Para colmo estaba la actitud de Maya que no fue, ni mucho menos como

esperaba; la verdad que en ningún momento mi intención era hablar con ella, pero parecía que Nat, tenía razón al describirla como un poco arisca... Yo, como he dicho antes, la describo más bien como una chica súper protectora con su hermana “pequeña”- porque parecía más madura que Nat, las cosas como son- y defensora a ultranza de la coraza que había creado mi Rei.

¿Veis? Ya no veía yo tan buena la idea de presentarme en casa del padre de Nat y plantearle mi idea de casarme con ella; la verdad que, como decía Gonzo, enfrentarme a su padre no debía ser muy difícil, porque me había dicho que era un relativamente comprensivo aunque muy protector con sus hijas...

Insistía en que lo difícil había pasado con Maya... Y ya llegaría con su madre, lo que me tenía más asustado. Pero, al fin y al cabo, como decía el padre de Gonzalo, José sabría valorar el hecho de que yo me presentara en su casa a hablar con él.

Bajé las escaleras, una vez vestido y duchado y allí estaba Gonzalo tomándose una pastilla para el dolor de cabeza.

Joder, tío... Vaya profesor que no cuida de su alumno...- rio con los ojos rojos de la resaca.

¡Vete a la mierda! Si te bebiste casi una botella de tequila.- bromeé dándole un golpe en la espalda.

Bueno, ¿preparado?- dijo Gonzalo que parecía más nervioso que yo por la situación que se avecinaba.

Tranquilo, no pasa nada; sólo vamos a charlar con su padre.

Madre mía, que huevos tienes...- dijo secándose el sudor.

Salimos de su casa y casi no cruzamos palabras hasta llegar a la puerta de la casa del padre de Nat; allí estaba Maya esperándonos, como si supiera que íbamos a ir... Lo peor es que, a pesar del mal comienzo de nuestra relación, sus ojos me recordaban tanto a la última mirada de enfado que había visto en Nat en la cara que una punzada atravesaba mi corazón... Maya estaba guapísima, con unos vaqueros que resaltaban su trasero, que tantas veces me había dicho Nat que envidiaba; una camiseta de tirantes de dejaba ver un generoso y moreno escote y esa sonrisa, que he dicho antes, que podía darle luz a la calle aunque en lugar de día, fuera noche cerrada. Decidí evitar mirarla fijamente porque ya solo me faltaba que pensara se mí que era un

depravado.

Hola, ¿cómo está el borracho esta mañana?- dijo dándole dos besos a Gonzalo e ignorándome totalmente.

Algunos mejor que otros.- dijo sonriendo y señalando con el pulgar su estómago.

Perdona Maya pero, ¿cómo sabías que veníamos ahora?- pregunté un poco sorprendido y pasando de saludarla convenientemente, como ella había hecho conmigo.

La guapa hermana de Natalia miró a Gonzalo que sonreía mirándome, casi diciéndome todo antes de dignarse a abrir la boca.

Bueno, yo la llamé mientras estabas en la ducha; creo que por muy mal que hayáis empezado os debéis dar una oportunidad... Sobre todo tú, Maya; Pedro no es mal tío y quiere a tu hermana.- dijo Gonzo con una seriedad que sorprendió a la chica.- Además, conmigo no fuiste así y también estuve con tu hermana.

Primero, no me chantajees porque sabes que conmigo no funciona; y segundo, lo vuestro era distinto... Yo era más pequeña y vosotros erais amigos desde hace años... Este tío viene...

Pedro, se llama Pedro, Maya.- interrumpió Gonzalo poniéndola en su sitio por primera vez desde que la conocí.

Bueno, Pedro viene de fuera y ¿quiere que lo reciba con los brazos abiertos alegrándome de que se case con mi hermana sin ni siquiera saber la opinión de ella? Ayer estuve a punto de llamarla y me conecté al Messenger por si estaba conectada

Dime que no lo hiciste, por favor... Que no le dijiste nada- dije con ojos de cordero degollado y temiendo que la hermana de Nat hubiera echado el plan a perder.

No, no lo hice... Porque no estaba conectada y el móvil lo tenía apagado.- dijo mirándome enfadada.- Pero, ¿sabes cual es su nick en el Messenger?

Negué con la cabeza con miedo a escuchar cualquier cosa que fuera demasiado grave para mí. Sabía que Nat estaba enfadada conmigo, por no haberle dicho que me iba de viaje a Barcelona – supuestamente- pero no más

que cualquier otro enfado que teníamos de vez en cuando.

"Quiero saber que te vas y no que huyes..."

Esa frase es de "La sombra del Viento" de Carlos Ruiz Zafón.- dije un poco cabizbajo por la frase de Nat.

¡Me importa una mierda de donde sea! ¿Me has oído lo que tiene puesto?

Bueno, quizás no haya hecho bien las cosas antes de venir... Pero no huyo a ningún lado. Nunca dejaría tirada a tu hermana, aunque no lo creas.

Al menos parece que eres un loco de los libros como ella... Algo tenéis en común.

Normal...- rio Gonzalo.- Es su profesor de Literatura Aplicada.

¿¿¿Quéee???- gritó Maya mirando a Gonzalo y después a mí.- Estáis locos... Mi hermana y tú, estáis locos...

¿Qué tal si entro a ver a tu padre y luego discutimos sobre los tratamientos para nuestras enfermedades mentales?

¿Me estás vacilando?- dijo Maya sonriendo por primera aunque con algo de chulería.

No me atrevería, sé lo fuerte que das los guantazos...- bromeé recordando el que me dio la noche anterior.

Ten por seguro que no será el último...- dijo empezando a caminar hacia la casa de su padre.- Bueno, mi padre está ahí dentro; pero, como Gonzalo me pidió no le he dicho nada de la razón de tu visita... Sólo que venias a verlo, porque estabas de visita en el pueblo; se alegró mucho al decirle que estabas aquí. Dice que te conoció el primer día en la ciudad... Parece que le caíste bien.

Eso va a cambiar en menos de una hora.- rió Gonzo, ganándose un codazo por mi parte.- ¡Aughh!

¿Vamos?- dijo Maya, interrumpiendo nuestra disputa.

Entramos en la casa, siguiendo yo a la hermana de Nat y quedándose Gonzalo fuera. Al pasar por el pasillo, me fijé en una puerta que había en un lado y que, no me preguntéis por qué, supe enseguida que era la habitación de mi Rei... Sonreí y el gesto fue percibido por Maya que me golpeó el hombro. Que

estuviera un poco menos a la defensiva conmigo, no quiere decir que me hubiera aceptado de buenas a primeras.

Y, por fin, llegamos al salón donde estaba José Canales; aquel hombre que conocí hace casi un año en el portal de mi piso y que, por cosas del destino, estaba a punto de pedirle formar parte de su familia.

Papá, aquí está Pedro...- dijo Maya presentándose y echándose a un lado.

¡Pedro! ¡Que alegría verte por aquí! Muchas gracias por la visita...- dijo el hombre levantándose y estrechándome la mano con fuerza.- ¿Qué te trae por el pueblo?

Bueno, José, encantado... Vine a acompañar a Gonzalo que venía a ver a su familia y siempre me está dando la vara con que viniera a conocer el pueblo.

¡Ejem!- tosió Maya cruzada de brazos y no muy conforme con que eludiera el tema principal de mi visita.

Siéntate, por favor...- dijo José mostrándome un sofá en el salón.- Anda, Maya, ¿por qué no traes un par de cervezas?

La hermana de Nat se marchó a por las cervezas murmurando algo ininteligible, pero que seguramente no era ningún halago hacia mi persona. José me miraba con expectación y, apoyando los codos en la mesa, centró toda su atención en mí.

¿Y qué tal? ¿Te gustó el pueblo?

Sí, la verdad que muy bonito aunque llegamos ayer y he tenido poco tiempo para ver.

Podrás disfrutar... Si sales con el hijo de Carlos, seguro que conocerás a muchas chicas guapas.- rió el hombre hablando en voz baja para que su hija menor no lo escuchara.

Bueno, no tengo mucha intención de eso, la verdad...- dije esquivando ese tema.

Jajaja... Bueno y ¿qué tal todo por la ciudad? No habrás tenido algún problema con Natalia, ¿no?

No, en absoluto... Es una chica genial...

En ese momento, entraba Maya en la sala y dejaba las dos latas de cerveza

sobre la mesa; había escuchado la última parte de la conversación y me miró con cara de asesina en serie. Esta vez no evité la sonrisa ante la actitud de la hermana de Natalia, lo que pareció ofenderla más... Pero creo que ese sería el sino de nuestra relación, si todo salía bien; porque ella era de carácter tosco y yo, desde siempre, había tenido la manía de reírme ante situaciones así.

José, quería hablar con usted de una cosa muy importante...- empecé tragando saliva y haciendo que Maya me mirara con asombro para darse la vuelta y marcharse de la sala, un poco reconciliada conmigo.

No me hables de usted, por favor...

Permítame que lo haga, al menos hasta que le diga lo que he venido a decirle.- dije mirándolo a los ojos con inusitada confianza en mí mismo.

Me estás asustando, chico...

Espero que no sea tan malo.

Jajaja... Bueno, de todo se puede sacar algo bueno.

Nos quedamos los dos callados, como esperando que el otro empezara a hablar, cuando sabía perfectamente que era yo, quien tenía que dar el paso.

Verá, José... Quería hablar con usted, porque lo conocí en la ciudad y me gustaría que las cosas entre nosotros fueran de frente.

¿Qué me quieres decir, chico?- dijo el hombre sonriendo y abriendo la lata de cerveza, que yo temía que acabara estampada contra mi cabeza.

Tengo una relación con su hija Natalia... Llevamos unos meses juntos y...

¿Con Natalia?- dijo José echándose para atrás en el sofá.- Hijo, ¿has venido hasta aquí para decirme que estás saliendo con mi hija? ¿Dónde está ella?

En la ciudad, José... No quiero que se enfade, quería hablar con usted para explicarle que voy en serio con ella; para mí, Nat es...

Pedro...- dijo levantándose del sillón y poniéndose a andar por la sala.- Como comprenderás, esto ha sido un poco brusco para mí; te conozco de un día arreglando unas averías conmigo y la siguiente vez que te veo, vienes a decirme que eres el novio de mi hija...

Sí, lo sé... Pero para mí es muy importante contar con su aprobación; llámeme antiguo o lo que sea, pero le estoy diciendo que quiero estar con ella... Y

conociéndome usted, me parecía una falta de respeto que se enterara de otra forma.

Pero chico, sois jóvenes y la vida da mil vueltas; te advierto que yo, recién conozco cosas de la vida sentimental de mis hijas y no estoy muy contento...

Entiendo su preocupación y la veo lógica; es otra de las causas, el pasado de Nat, por lo que quería que me conociera usted.

Primero, hazme el favor de favor de no volver a llamar a mi hija así, al menos delante mía...

¿Cómo?

Nat... Se llama Natalia y yo odio ese diminutivo.

Perdone usted.

Y segundo, no me hables más de usted... Después de decirme esto, será mejor que empecemos a hablar de tú a tú, de hombre a hombre.- dijo apoyándose en la mesa del comedor.

Así lo haré...

Mira, mi hija es ya bastante mayor y, se supone que tenía que estar preparado para una situación de este tipo... No me esperaba tan repentino y con un chico como tú, pero... La que elije es ella y yo tendré que aceptar su opinión.

La cosa es que voy un poco más allá... Vengo a pedirle permiso para casarme con ella...

¿Qué? Un momento, chico. ¿No vais muy rápido? ¿Tienes un futuro? Ella está estudiando y lleváis unos meses como pareja... ¿No es muy precipitado?

José, soy vecino y profesor en la universidad de Natalia... Pero me han hecho una oferta de una universidad privada en Barcelona como investigador docente y es una oportunidad única... Y no quiero dejar a Natalia, quiero que forme parte de mi vida. No quiero hacer lo que...- y corté la frase porque no sabía si José sabía todo lo relativo a Esteban.

No quieres hacer lo que otros hicieron...- completó la frase el padre de Nat que, al parecer si sabía los detalles de la anterior relación de su hija.

Eso es, José...

Bueno, ya sois mayorcitos pero, ¿ella está decidida a marcharse contigo?

Aún no sabe que se lo voy a pedir; por cuestión de principios quería saber tu opinión antes.

José me miraba a los ojos sin desviar la mirada; parecía que me analizaba el alma sin pestañear siquiera... Allí estaba yo, en una casa que no era la mía, frente al padre de la mujer que amaba y arriesgándome a que Natalia, después, no estuviera de acuerdo con mi plan.

Ella no lo sabe... Madre mía, desde luego que estás tan loco como ella. Mira, por el tiempo que llevas con ella, todo me cuadra. La última vez que estuvo aquí, era otra persona: feliz, bromista, con fuerza moral... Si tú eres el causante de esa alegría en mi hija, te estoy eternamente agradecido. Se ve que la quieres y ya sabes que si algún día dejas de hacerlo, volverá a mi casa y ya está.

No te preocupes; nunca he estado más seguro de nada en mi vida... En Barcelona empiezo de nuevo, pero no concibo hacerlo sin ella. Me ha dado todo lo que faltaba: tranquilidad, confianza, amor... Pues estar tranquilo en que nadie la cuidará mejor que yo si me da su permiso para casarme con ella.

Pedro...- dijo estrechándome mi mano con fuerza de nuevo.- Tienes mi bendición; cuídala, porque te llevas a una chica muy especial.

Muchas gracias, José...

No cantes victoria tan pronto... Te queda convencerla a ella y, sobre todo, hablar con su madre que sí es el hueso duro que tendrás que roer.

Haré lo que sea...

A su madre mejor que vayas con Natalia; no es muy amiga de las sorpresas como ésta.

Jajaja, de acuerdo...- dije mientras le estrechaba otra vez la mano y, José, rompía las distancias para darme un abrazo.

Justo en ese momento, entraba en la sala Maya, seguramente había estado escuchando toda la conversación tras la puerta. Se acercó a mi y, sin cambiar esa mirada preocupada, me dijo:

Júrame por dios, que la vas a cuidar como si fuera tu vida.

Te lo juro, Maya- dije alargando la mano para que la cogiera en señal de promesa hecha.

Eso espero...- dijo acercándose y dándome un beso en la mejilla.- Y ahora, ¿Cuándo nos vamos?

¿Cómo?- pregunté un poco descolocado.

No pretenderás que me quede aquí mientras mi hermana te da la patada en el culo, ¿no?- dijo Maya mientras aguantaba la bronca de su padre por el comentario.- ¡Es broma! Pero voy contigo, quiero estar con ella cuando se lo digas.

Trato hecho... Nos vamos mañana.- dije girándome hacía José.- Muchas gracias por todo, José.

No tienes que darme las gracias, mientras la cuides no habrá problemas.

No lo dude... Nunca los habrá

¡Madre mía, cuando Esteban se entere de esto!- murmuró Maya, mientras se dirigía a su habitación.

Yo no pude menos que sonreír ante la ocurrencia de mi futura cuñada; ya era hora de olvidar el pasado y aspirar a encontrar la felicidad, porque como decía el libro "Perdona si te llamo amor":

"En la vida no se puede tener todo; sin embargo, es necesario aspirar a ello, porque la felicidad no es una meta sino un estilo de vida..."

Creí que en ese fin de semana iba a perder la cordura, si es que me quedaba alguna después de toda la historia con Esteban... No me podía creer que el destino, eso que mi padre aseguraba que no existía, me tuviera guardado, por segunda vez, la misma jugarreta. ¿De verdad era culpa de los hombres el tratarme así? ¿No podía ser que la culpa fuera mía que, como aseguraba mi hermana, sólo me fijaba en cabrones para iniciar relaciones?

Aquel viernes, me tragué el poco orgullo que me quedaba y fui a llamar al piso de Pedro; quería, de una vez por todas, decirle que había escuchado su plan con Maribel... No quería más promesas incumplidas, porque se marchaba para no volver y no quería que me mintiera de nuevo.

Pero llegué demasiado tarde y ya no había nadie en su piso... Además cometí el grave error de meter las llaves de su piso en el buzón cuando lo escuché hablar con Maribel. Cualquier vínculo que tuviera con mi Gendo estaba roto y, como siempre, gran parte de la culpa era mía por no ser capaz

de expresar mis sentimientos. Me da igual que me abandone pero que sepa que lo amo.

Ese primer día lo pasé encerrada en casa; por mucho que me llamaba Miriam al teléfono, que para más tortura me había regalado Pedro, le dije que no tenía ganas de salir. Ella se ofreció a ir a mi casa a dormir pero, la verdad, no estaba yo para muchas charlas esa noche. De hecho, en tan solo un fin de semana, atravesé las cinco fases del duelo.

1ª fase: Negación

En mi cabeza solo bullía la idea de que Pedro no había podido mentirme; todo tenía que ser un maldito malentendido, porque mi Gendo no es así... Nunca ha tenido un mal gesto conmigo y eso que, como dice él, soy muy gruñona cuando me llevan la contraria. No sé por qué, en ese instante sonreí al recordar algunas de las “peleas” que habíamos tenido y que consistían en yo dando voces y él riendo y esquivando mis golpes entre risas...

No, no y no... Me negaba a aceptar que un hombre que había basado toda nuestra corta relación en una fluida comunicación; que fue capaz de contarme todo lo relativo a Maribel casi en nuestra primera cita – cuando yo tardé casi dos semanas en confesarle lo de Esteban y nunca contándole lo mal que lo pasé.- huyera de esa forma sin darme explicaciones.

Tenía que estar soñando, y era una de las peores pesadillas que había sufrido en mi vida... Escuchaba el zumbido de mi teléfono móvil, con las llamadas tanto de Miriam como de Carla, pero estaba como ausente, adormecida y sin poder de reacción. Ninguna de esas llamadas era de la persona que yo necesitaba escuchar: Pedro. Acabé apagando el móvil, con tal de aislarme aún más en mi burbuja, donde nadie pudiera dañarme... Cuando despertara todo volvería a ser como antes.

Traté de localizarlo, conectándome de madrugada ya que no podía dormir, al Messenger. Cómo al principio de conocernos en nuestro juego, me puse en “desconectado”, para evitar las interrupciones de los demás en nuestras charlas. Pero Pedro no estaba allí... Suspiré de desesperación imaginando una nube negra sobre mi cabeza a punto de descargar una tormenta y cambié mi

subnick por una frase de un libro que siempre me había llamado la atención y que a Pedro le encantaba: “la Sombra del viento”.

“Quiero saber que te vas y no que huyes”

Y es que esa frase parecía haber estado escrita para ese momento en el que me encontraba; mi corazón necesitaba saber que Pedro se había marchado de verdad por trabajo y no porque estuviera huyendo de mí... No era posible que él me hiciera eso, me negaba a creer que, por segunda vez, alguien decidiera que no era lo bastante buena para formar parte de su vida.

Justo a los pocos minutos de cambiar el subnick, vi conectarse a mi hermana y, gracias a dios que estaba en “modo Ninja” como me gustaba decir a estar simulando estar desconectada, porque lo que menos ganas tenía en ese momento era escuchar una bronca de Maya al saber porque estaba en ese estado de animo.

2ª fase: Ira

Sentada en el sofá con las piernas pegadas al pecho y hecha un ovillo, mientras veía programas de tele tienda que era lo único que echaban a esas horas en televisión... Mi mente seguía divagando en las razones que habían llevado a Pedro a hacer eso... ¿Qué había hecho yo para merecerme ese trato? Ya me empezaba a dar igual que se hubiera ido o hubiera huido... Me había destrozado el corazón y no se había parado a pensar en mis sentimientos. ¿Por qué cojones tenía yo que disculpar esa actitud egoísta por su parte? Vosotros diréis que trató de explicarse y yo no lo dejé... ¡Y una mierda! ¿Qué me iba a explicar?

“Lo siento nena; follas de vicio, eres una persona estupenda pero me voy a Barcelona que estoy mejor sin ti”. O mucho mejor: “Me has entretenido bastante, pero ha vuelto Maribel y espero que entiendas que no puedo renunciar a intentarlo de nuevo con ella”

Sí, mejor que no le hubiera dejado explicarse porque corría el riesgo de quedarse sin pelotas... Ahora, cosas del destino, estaba muy cabreada y golpeaba llorando de rabia los cojines de mi sofá. Por un momento, pensé que afortunadamente no tenía las llaves del piso de Pedro porque perfectamente lo

hubiera destrozado.

Me di cuenta que estaba harta de ser el saco de golpes de la gente; harta de ser manipulada por los hombres y de ser tan estúpida, como decía mi hermana, de entregarme al mil por cien cada vez que me enamoraba. Maya tenía razón, pero también estaba harta de escuchar consejos de todo el mundo que se creía mejor que yo.

Vino a mi memoria el descubrimiento de la anotación sobre los horarios y la petición de dos billetes... ¡Dos putos billetes!

- Por favor, Nat... ¿Cómo soy tan gilipollas para seguir pensando que se ha ido solo?- me dije a mi misma en voz alta.

Estrellé el mando a distancia contra la pared haciendo que saltaran las pilas y quedará desarmado en el suelo. Creo que mis ataques de furia me declaraban un arma de destrucción masiva para cualquier aparato electrónico que hubiera a mi alcance: hace un mes mi móvil, ahora el mando a distancia.

Después, flashes de la conversación entre Pedro y Maribel que pude escuchar en el portal de la casa...

“Lo que más echaba de menos de ti es que eres capaz de todo por tu mujer...”.

¡Será zorra! ¿Qué echabas tú de menos? Has vivido tu vida hasta que te has aburrido y has decidido volver para jodérmela a mí.

“Hay trenes que no hay que dejar escapar, aunque tengas que dejar otros en el camino”

Bonita frase de Pedro para explicar que pensaba darme la patada en el culo y destrozarme, con tal de buscar su felicidad. ¿Dejarme en el camino? A ti te daba igual dejarme en la cuneta, con tal de volver con tu pelirroja del alma.

“No hay vuelta atrás. El viernes empezamos una nueva vida; primero iremos arreglar todo con la familia y después, si todo sale bien, por fin juntos de nuevo y para siempre...”

Me sentía asqueada de haber siquiera imaginado que era algo importante para ese idiota... Hace menos de 24 horas estaba follándome y corriéndome en mi boca y, ahora decía que quería empezar una nueva vida con esa estúpida modelo de tres al cuarto, cuyo futuro estaba más cerca de la barra de un club de alterne de carretera, cuando sus tetas, dejaran de desafiar las leyes de la

gravedad.

“Bueno me voy, tengo que preparar la maleta y todo.”

Mas claro el agua, y delante de mis propias narices... En ese momento, en el sofá de mi casa, lamenté no haber tenido la valentía de salir y arrancarle los pelos a tirones... Sonreí al imaginar a Maya en una situación así; tendríamos que ir a visitarla a la cárcel por homicidio en primer grado.

“Sabes que para él siempre has sido como un hijo. En el fondo está muy orgulloso de que hayas sido capaz de afrontar tus miedos.”

La última frase que recordaba refiriéndose a D. Ramiro... ¿Siempre has sido como un hijo? Le has comido el culo durante un año a ese hijo de puta y no has recibido ni una felicitación a cambio. ¿Orgulloso de que afrontes tus miedos? ¿Qué miedos, zorra? ¿El miedo a que te dieran ganas de follarte a cualquier otro, sin importarte una mierda Pedro? Bueno, se lo merecería... Ojala Maribel engañara a Pedro en su “nueva vida” y lo destrozara hasta el punto que se sintiera como yo me sentía en ese momento.

3ª fase: negociación

Estaba casi amaneciendo cuando me fui a la cama; me había preparado una tila y me había tranquilizado un poco... ¿Qué ganaba yo con perder la compostura y destrozarme mi piso? Nada... Pero, al menos, me podía permitir un día de relajación sin tener que escuchar los absurdos consejos de nadie. Me lo merecía, porque había llegado a la conclusión de que en la vida, primero está uno mismo, después uno mismo y, si sobra algo, pues para uno mismo...

Me fui quedando dormida por el efecto de la tila – las dos píldoras de valeriana también ayudaron algo- y borré de mi cabeza cualquier recuerdo doloroso, porque me merecía un poco de descanso... El día siguiente sería duro, porque no podría evitar ya el contacto con el exterior. ¿Qué esperaba? ¿Qué Miriam tratara de consolarme o una terapia de silencio para tratar de no tocar el tema?

Se me cerraron los ojos, sin llegar a ninguna conclusión...

4ª fase: depresión

Al despertar me hundí un poco más en la miseria de verme sola en aquella cama grande... Pocas veces había dormido Pedro en ella, porque preferíamos su piso, pero el hecho de ver ese hueco en mi cama me provocó una gran desazón.

Esa había sido la cama donde me masturbé por primera vez para él... Desde la ventana hacía donde dirigí la mirada, Gendo me observaba y se masturbaba mientras yo jugaba con mi coñito... En esa cama, también, habíamos echado ese gran polvo durante nuestra primera cita oficial y planeada: aquella cena de “gala” organizada en mi casa y donde Pedro me hizo de cenar y yo le correspondí con un striptease.

A mi lado, en la mesilla de noche, aún estaba aquella vela perfumada cuya cera derretí sobre el pecho de mi amante... Ya no habría más noches así; ya no me entregaría a nadie de esa forma, porque esa noche me di cuenta que estaba profundamente enamorada de él... Y esa noche fue la primera vez que él me dijo lo que tanto ansiaba escuchar de sus labios: “te quiero”

Me levanté de la cama y me dirigí, como un zombi a la ducha. El agua sobre mi cuerpo desnudo me espabiló lo suficiente para que un terrible llanto se apoderara de mí; me senté en la placa de ducha dejando caer el agua sobre mí y llorando sin parar de forma pausada... No sé ni cuanto tiempo estuve en la ducha, pero al cabo de un buen rato, me incorporé y me lié en el albornoz que usaba en casa de Pedro y que ahora estaba en mi baño, de donde nunca debía haber salido...

Mirándome al espejo, me di cuenta del aspecto tan horroroso que tenía; los ojos rojos de tanto llorar, las bolsas bajo los ojos de la falta de sueño y mis labios resecaos de falta de hidratación... Estaba harta de todo eso, e iba a terminar con esa tortura; abrí el cajón del baño y saqué las tijeras... Me miré fijamente al espejo y sonreí con una mueca espantosa, mezcla de pena y resignación.

Y, lo hice... El chasquido de las tijeras y el lavabo se llenó...

5ª fase: aceptación.

... De pelo; casi la mitad de mi cuidada melena fue cayendo en el lavado. Los tijeretazos se repetían uno tras otro y eran como descargas de energía en mi ánimo... Una pequeña sensación de paz inundaba mi pecho mientras destrozaba una de las partes de mi cuerpo que más adoraba Pedro... ¿Venganza? Pues la verdad que no, porque sería estúpido vengarse dañándose a una misma, ¿verdad?

Creo más bien que era una forma de romper con ese sentido de duelo que me embargaba desde hace demasiadas horas. Me sequé y, desnuda totalmente, me dirigí al salón para poner música... Encendí el móvil y encontré casi veinte llamadas perdidas de mis amigas y de mi hermana. Era una sensación agradable saber que seguía importándole a alguien...

Era hora de aceptar la realidad y saber que Pedro ya no volvería y que mi vida tendría que seguir... Sería difícil, lo sé, pero poco a poco tendrá que saber que mi camino no acababa en él y que, quizás, no merecía tantas lágrimas como seguramente me habría dicho mi hermana pequeña.

Decidí llamar a Miriam, más para tranquilizarla que para cualquier otra cosa, y no paraba de caminar por el salón escuchando música y tratando de reparar el mando a distancia, víctima de mi ataque de furia.

- ¿Qué coño pasa contigo, tía? Nos tenías preocupadas...- contestó Miriam al teléfono sin saludar siquiera.

- Hola, Miriam... Buenos días, ¿eh?

- ¿Buenos días? ¿Tú has visto que hora es? ¿Ahora te has levantado?- seguía gruñendo mi amiga.

En ese momento miré el reloj que había en la cocina y pude ver que eran casi las tres y media de la tarde... Es verdad que me había acostado casi a las siete de la mañana, pero no era consciente de las horas a las que me había despertado.

- Bufff, me tomé unas pastillas para dormir y parecen que han hecho efecto...

- ¿Qué te ha hecho efecto, cabrona? ¡Madre mía! ¿Y para que te tomas pastillas para dormir?

- Se ha ido Pedro...
 - ¿Cómo que se ha ido?- preguntó Miriam que no sabía nada de la historia.
 - Se ha marchado a Barcelona supongo... Tenía dos billetes reservados y lo escuché hablar con Maribel...
 - ¿Qué dices, tía? Eso no puede ser...
 - Pues sí, y ya que yo lo estoy aceptando no me jodas dándome esperanzas...
 - Joder, ¡qué cabrón! ¿Qué le escuchaste hablar con Maribel?
 - No, de verdad Miriam... No quiero hablar de eso, ¿vale? Ahora quiero tranquilidad que ya he pasado una noche bastante jodida como para...
 - ¿Tranquilidad?- me interrumpió mi amiga que ya amenazaba terremoto.-Esta tarde nos vamos de compras y luego salimos a quemar la ciudad que hoy es sábado.
 - ¿Ves? Por eso no quería llamarte; no tengo ganas de eso...
 - Cariño, no he pedido tu opinión... Salimos y punto. Esta tarde sobre las seis estoy en tu casa.- me dijo colgando el teléfono y dejándome cortada.
- Me miré en un espejo que había en el salón, y vi la pinta horrorosa que tenía con la melena llena de tijeretazos irregulares, la cara de sueño que seguía ahí... Sonreí al pensar la cara que pondría Miriam cuando viera el estropicio que me había hecho en la cabeza. Había que resignarse y aceptar mi nueva realidad y, desde luego, si necesitaba a alguien que me ayudara a salir de ese pozo... La persona perfecta era Miriam.
- ¡¡¡Hostia!!! ¿¿Qué te has hecho en el pelo, loca??- gritó Miriam nada más abrirle la puerta.
 - Nada, un cambio de look...- dije riendo y mucha más tranquila.
 - ¿A eso lo llamas cambio? ¡Pero si pareces la muñeca de una

loca!

- ¡Ey, tía! No te pases...- dije mientras la dejaba pasar.

- Bueno, prepara ropa y tus cosas... Que nos vamos de comprar y habrá que ir a la peluquería que te arreglen eso.- dijo señalando mi estrafalario cabello.

Mientras yo preparaba una mochila y cogía dinero, observé que Miriam se limitaba a mirar el piso y guardar silencio bailando con la música que aún seguía puesta, mientras cogía el mando a distancia remendado con cinta adhesiva.

- ¿No vas a preguntar nada? - dije un poco descolocada de su actitud.

- Tú me dijiste que no querías hablar y lo respeto; cuando necesites hablar, aquí estaré...- dijo abrazándome.- Pero ahora lo que necesitas es unas cervezas, una tarde de compras y un corte de pelo... ¡Qué me estás dando lastima de ver la que te has liado!

Y eso es lo que hicimos... Nos fuimos de compras, probándonos toda clase de ropa entre risas, como si fuéramos las protagonistas de un videoclip musical. La verdad que Miriam sabía animarme y provocó que me riera más que en los últimos días. Lo único que Miriam me dejó elegir fueron unas nuevas converse de color rojas que me enamoraron nada mas verlas... Por unas horas, olvidé totalmente todo lo relativo a Pedro, aunque me venía abajo cada vez que veía algo que me recordara a él.

Cuando me sentó en el tocador de la peluquería para arreglar el desaguizado, resoplé del miedo que tenía a ver una tijeras que yo no pudiera controlar porque, los últimos años de mi vida, me había dedicado a cortar las puntas para sanear y poco más. Pero los planes de Miriam eran otros y le iba dando ideas a la joven peluquera... Las dos parecían disfrutar con mi cabeza como campo de investigaciones.

Salimos de la peluquería y al mirarme en el espejo casi no me reconocía; mi pelo que antes llegaba hasta la cintura, no pasaba ahora de los hombros... Una raya en un lado para descargar el flequillo sobre mi cara y ondularlo un poco, basándolo en el peinado de Dianna Agron , la que interpreta a Quinn Fabray en la serie Glee; acabaron dándole un baño de

color para hacerlo un poco más castaño que el color chocolate natural de mi cabello... ¡Hasta se empeñó Miriam en que me hicieran una manicura con spa!

Llegamos a casa de Miriam cargadas de bolsas y su madre nos miraba con cara sorprendida, mientras su hija hablaba con Luisa por teléfono para quedar esa noche.

- Vaya, Natalia... ¡Que guapa estás!

- Muchas gracias, Carmen.

- ¿Va todo bien con ese chico?- dijo la madre de Miriam con un sorprendente sexto sentido, aunque nada difícil de adivinar que algo pasaba por lo apesadumbrado de mi rostro.

- Bueno, digamos que no tuve mucha paciencia y él tampoco supo corresponder.

- No te preocupes, eres joven y habrá dos mil...

- Dos mil nada más que esta noche...- dijo Miriam que acababa de cortar la comunicación con Luisa y cogía a su madre por los hombros, agitándola.- ¡Que nos vamos de fiesta!

Nos metimos en su cuarto y nos duchamos las dos; preparamos la ropa entre todo lo que nos habíamos comprado y me acordé de llamar a mi hermana Maya, a la que no había devuelto las llamadas y podía estar preocupada.

- ¿Nat? ¿Cómo estás? Me tenias preocupada...- dijo Maya al coger el teléfono.

- Nada, todo bien... No te preocupes.

- Pero ese nick que tenías en Messenger; ¿qué ha pasado con ese chico?

- Ya no hay ningún chico, Maya... Estoy bien. Supongo que me precipite y creí que era la persona indicada, pero huyó...

- ¿Cómo que huyó?

- Se ha ido con una ex novia a Barcelona; ya sabes que dos tetas tiran más que con carretas.

- Bueno, no te precipites en sacar conclusiones...- dijo mi hermana dejándome anonadada de que defendiera a Pedro, sin conocerlo.

- Maya, ¿tú estás enferma? No me puedo creer que estés defendiendo a un tío que me ha dejado.

- Bueno... Ehhh... Quiero decir que no tomes decisiones drásticas, que te conozco.- aclaró un poco.- ¡Yo no defiende a nadie! No sabes lo a gusto que me quedaría dándole un guantazo.

Esa reacción sí era más lógica de la irascible de mi hermana pequeña; de hecho, por un momento, me dio por pensar en un enfrentamiento entre Pedro y ella... Sería divertido ver como Pedro reía las broncas de Maya, si todo hubiera funcionado; definitivamente tendrían una relación familiar, cuanto menos, pintoresca.

- Ya vale, Maya... No sirve de nada enfadarse; he sido estúpida pero ese hombre me gusta mucho y no me apetece que hablemos mal de él.

- O sea me dices que te deja por otra, que se larga de la ciudad y tú lo sigues queriendo. ¡Nunca vas a cambiar!

- No sé lo que quiero, pero seguro que odiarlo no... Es un sentimiento que, por ahora, no me cabe hacia él.

- Vamos, que tienes otro Esteban.

- ¡Ni hablar, Maya! No te consiento que compares a Pedro con Esteban; no le llega ni a la suela del zapato... Se me pasará y punto; además, ¿no has dicho que no saque conclusiones precipitadas?

- Vale, sí... En el fondo sé que siempre harás lo mejor, Nat. Te quiero mucho y sé que ese tío tiene que ser importante para ti si lo defiendes así en tan poco tiempo.

- Muchas gracias, Maya... De verdad que no te reconozco.

- ¡No me provoques!- dijo riendo.

- Vaaale, pesada... Te dejo que hemos quedado para salir.

- Ok, pásalo bien... Pero no vayas a hacer locuras por despecho...

- Jajaja, vale. Un beso.

- Adiós, hermanita...- dijo antes de cortar la comunicación.

Me quedé de pie en mitad de la habitación mirando el móvil como si estuviera totalmente hipnotizada por él; Miriam, que estaba poniéndose una falda que dejaba muy poco a poco a la imaginación, me miró:

- ¿Qué te pasa?- me preguntó abrochando la falda por el lateral.

- Creo que a mi hermana la ha poseído un ángel.- dije muy seria

- ¿Quéee? Jajajaja... Un ángel, dice... Jajajaja.

- Yo me entiendo...- dije yo contagiada por la risa de Miriam.

La noche estaba siendo muy divertida, porque las chicas hacían verdaderos esfuerzos titánicos para alegrarme cada vez que una sombra de tristeza asomaba en mi cara... Estuvimos en una coctelería que le encantaba a Luisa, que esa noche había renunciado a la compañía de Dani con tal de salir “sólo con chicas”... Reía diciendo que eso le había alegrado más a él que a ella, porque conociendo todas como conocíamos al amigo de Gonzalo, sabíamos que no se quedaría en su casa encerrado... Era la parte buena de no buscar una relación formal: Luisa era feliz y él lo era también... Perfecto, ¿no?

Durante la primera parte de la noche que estuvimos en bares y pubs, antes de ir a alguna discoteca, algunos grupos de chicos se acercaron; la verdad que Miriam hacía porque se acercaran pero más con vistas a que nos invitaran a copas, cosa que a mí no me gustaba nada.

Supongo, de todas formas, que la mente humana juega malas pasadas y que uno de los chicos me mirara tímido desde la barra, hacía que me sintiera bien... Recordé la cantidad de aventuras que tuve, tratando de olvidar a Esteban y como el resultado no fue el esperado, porque ni olvidaba a Esteban ni los chicos escogidos eran, la verdad sea dicha, muy buenos en la cama.

Cuando llegamos a la discoteca, ya estábamos un poco contentas y al último grupo de chicos no nos los quitábamos de lo alto... Miriam no paraba de invitar a chupitos a Luisa y a Carla mientras yo prefería beber menos vaya que me diera la llorera tonta por emborracharme demasiado.

- Estoy a dos minutos de olvidarme de Gonzalo...- bromeó Miriam que miraba a uno de los chicos de la pandilla mordiendo el labio.

- Bueno, oficialmente no tenéis nada.- la animó Luisa.- ¿Tú que dices, Nat?

- La verdad que hoy no estoy para dar muchos consejos de ese tipo. Haz lo que quieras.

- Lo peor de todo es que el tío está buenísimo, pero hay algo que me impide hacerlo.

- Estás colgada por Gonzo, nena- rió Luisa señalando a Miriam.

- ¿Y qué pasa? Jejeje... Cómo dice mi madre, que se sea diabética no quiere decir que no se puede ver el escaparate de la pastelería.- dijo Miriam sin dejar de mirar al chaval, que charlaba con los amigos en la barra.

- Pues yo que quieres que te diga... Como soy libre como el viento.- sonrió Luisa acercándose al grupo de chicos.

- ¡Hija de puta!- dijo Miriam riéndose con Carla.

- ¿Sabes lo que te digo? Que me da igual tus lloreras pero yo a ti te emborracho hoy...- dijo Carla cogiéndose de mi brazo y llevándome a la barra.

Miriam nos acompañó con un gesto sonriente; sabía perfectamente que este momento iba a llegar, y mis amigas no iban a permitir que estuviera toda la noche cruzada de brazos en un rincón. Con una simple señal, Carla hizo al camarero que se acercará y pusiera una tabla de chupitos; ¡al menos había allí doce chupitos de tequila! ¡Y éramos tres personas! Joder, empezaba a arrepentirme de aceptar el desafío de Carla

- ¿Tú estás loca? ¿Me quieres emborrachar o matar?- dije un poco asustada.

- Joder, con la lesbiana... - bromeó Miriam dándole un beso a Carla en la mejilla.

- ¡Venga chicas! Es un juego, vamos a divertirnos...

- ¿Un juego? Miedo me das...

- El juego de las preguntas, jajaja...- dijo Carla.- Se hace una pregunta sexual y la que lo haya hecho pues bebe.

- ¡Oye, ese juego me gusta!- dijo Miriam cogiendo uno de los vasos de chupito.

- Pero, Carla... Tú... O sea...- dudé en decir lo que pasaba por mi cabeza.

- Ya lo séeee... Que por ser lesbiana no habré hecho muchas cosas...- dijo Carla con una risa.- Pero, estamos aquí para que bebas tú, ¿no?

Las tres reímos a carcajadas por la ocurrencia de Carla; la verdad que aunque al principio no tenía muchas ganas de fiesta, poco a poco me iba acostumbrando a ocupar la cabeza en otra cosa... Ya tendría tiempo mañana de volver a pensar en Pedro y la pelirroja que se lo follaba en Barcelona.

- Empiezo yo, ¿vale?- dije entrando en el juego y tratando de llevar la voz cantante.

- ¿Por qué?- protestó Miriam frunciendo el entrecejo.

- Porque este juego es una encerrona para emborracharme, al menos que parta con ventaja.- me defendí con una sonrisa.

- Lo veo justo.- dijo Carla, dándome la razón y provocando la mirada de Miriam.

- Bueno, ¿preparadas?- dije mientras mis dos amigas asentían.- ¿te has comido alguna vez un coñito?

Por supuesto, Carla bebió su chupito de inmediato y Miriam, tras dudar unos instantes, cogió el primero y se lo tomó de un sorbo; reímos Carla y yo mientras nuestra amiga se quejaba de que era trampa.

- O sea, que fue mutuo, ¿no?- dije sonriendo.- No era broma lo que me dijiste.

- Eres una cabrona...- dijo Miriam sonriendo.

- ¡Oye, que estáis hablando de mí! ¿No?

- Pues claro, idiota... No suele acostarme con la primera tía que se cruza en mi camino.- dijo dando un golpe en el hombro a nuestra amiga.- Bueno, me toca...

- Miedo me das...- dije en voz alta.

- Ahí va... ¿Te has follado a algún profesor de la universidad?

Lo soltó como una bomba mientras me sonreía; la muy hija de puta me había dejado en evidencia delante de Carla, porque la cara que tuve que poner me delató... No es que a esas alturas quisiera ocultar muchas cosas, pero... La cosa es que Miriam me miraba con una sonrisa en los labios y, lo que más me desconcertó fue, que Carla también me miraba como si solo esperara de mí que bebiera... Bien, podía haber pasado por alto la pregunta y luego ajustar cuentas con Miriam... ¡Que cojones!, cogí el vaso de chupito y me bebí el contenido de un sorbo.

- ¡Se lo ha bebido la tía!- reía a carcajadas Miriam sin dejar de señalarme.

- ¡Lo sabía! Sabía que había algo entre Pedro y tú...- dijo Carla cogiendo de los hombros a Miriam y refiriéndose a mí.

- ¿Ah sí?- pregunté con una sombra de tristeza en la cara.- ¿Y eso por qué?

- Bueno chica, se veía a la legua la tensión sexual entre vosotros y...- dijo dejando la frase sin acabar.

- ¿Y...?

- Supongo que el hecho de veros follar como animales en el aula de dramaturgia, me dio una ligera pista, jajajaja...

- ¿¿Quéeee?? ¿Nos viste?

- Sí, pero sólo el principio...- dijo riendo y con Miriam doblada de la risa.- Vi salir a Gonzalo de la clase y creí que estabais ahí todas.

- Madre mía, que locura... Nos podía haber visto alguien.- dije escondiendo la cara entre mis manos.

- Sí, sí... Lo que tú digas, pero te gustó esa pseudo violación

- Me corrí como una perra...- me sorprendí diciendo.

- ¿Sabéis lo que os digo?- dijo Miriam levantando el tono de voz.- Que está bien que nos hayamos comido un coño, que está bien que nos ponga el morbo de follar casi en público... Tenemos que disfrutar que la vida son dos días y ya ha pasado uno; y, ahora, ¡que le den por culo al juego y nos bebemos los chupitos!

Todas estuvimos de acuerdo y nos bebimos los tres chupitos que nos quedaban a cada una, sin hacer una sola pregunta; después Carla insistió en que pidiera una copa con ella a medias, porque Miriam, que había tomado dos cócteles antes de la discoteca, estaba lo suficientemente perjudicada. Pedí un Cosmopolitan y Carla lo pagó

Empezó a sonar una canción que me fascinaba, Aerodynamic de Daft Punk, y agarré de la muñeca a mis dos amigas para llevarlas a la pista de baile, a la vez que Carla hacía equilibrios para no derramar el combinado; fue como una descarga de adrenalina que me hizo levantar el ánimo de repente... La pista de baile se me hacía pequeña para moverme, bailar y contonearme con Miriam acompañándome. El contoneo de nuestros cuerpos al ritmo de los sintetizadores del tema, tenían que estar poniendo enfermos a más de uno de los chicos que empezaron a rodearnos.

Mientras Carla se disculpó para ir al servicio, porque supongo que no estaba cómoda en esa situación, mis ojos se posaron en el mismo chico que vi en la coctelería; estaba allí en la barra con los amigos que estaban con él... Me di cuenta en que me recordaba mucho a Pedro, por su cabeza rapada, por sus ojos pequeños pero vivaces y su cuerpo cuidado. Eso me hizo sonreír, por lo que me había marcado aquel hombre en tan solo unos meses.

Bailé con Miriam en una escena típica de Instinto Básico y sin dejar de mirar las dos al chico; sentía esos cosquilleos que sientes con el juego de la provocación y las miradas, no solo de él, sino del resto de sus amigos me hacían sentir deseada. ¿Qué estaría pasando por la mente de esos chicos? Recordé las veces que había hablado de esto mismo durante nuestro juego cuando sólo éramos Rei y Gendo... Como Pedro me decía que le gustaba que yo fuera deseada por otros, que si alguna vez había imaginado las burradas que dirían... ¿Conocéis amateur.tv? Muchas noches emitía sabiendo que Gendo me estaba mirando desde el otro lado de la pantalla, aunque nunca hacía ninguna barbaridad, pero podía ver escritos los deseos de esos chicos pensando en mi cuerpo.

¡Joder! Pedro, Pedro, Pedro... ¿Me estaba volviendo loca? ¿Todo pensamiento me llevaba a él? Tenía que hacer algo para sacarlo, al menos por esa noche de mi cabeza... Y, como si un ángel hubiera escuchado mis plegarias, aquel chico se estaba acercando a mí y me sorprendí nerviosa:

- Hola, me llamó Raúl... Llevó un rato mirándote y...- dijo el chico con una seductora voz pero bastante torpe a la hora de ligar.

Justo a mitad de frase mi vista dejó de mirarlo a él, para fijarme en una figura que bailaba al fondo de la discoteca... Una espectacular pelirroja, de sobra conocida por mí, que metida en unos vaqueros que le marcaban un trasero de infarto bailaba con un chico, dejándose besar en el cuello... Sin poder creérmelo, empecé a caminar hacia donde estaba ella para cerciorarme de que no estaba equivocada y que mis ojos no me jugaban una mala pasada.... No, era ella; Maribel bailaba con otro chico contoneándose y casi dejándose follar por él en mitad de la pista de baile.

Como si una torre de naipes se hubiera desmoronado en ese instante, los pensamientos se amontonaban en mi cabeza... ¿Qué hacía ella aquí? ¿No estaba en Barcelona con Pedro? Porque Pedro estaba en Barcelona, ¿no?... ¡Dios mío! ¡Estaba sólo en Barcelona! No había huido con ella; ¿sería verdad lo que me dijo del curso de fin de semana? Pero yo había oído esa conversación con ella, donde ella decía que tenía que preparar la maleta... Y había visto lo de los dos billetes; ¿se habría arrepentido a última hora y lo habría abandonado de nuevo?

Tenía ganas de hablar con ella y preguntarle, pero por un momento, tuvo una gota de sentido común y me di la vuelta para dirigirme a donde estaba Miriam.

- Está ahí.- dije con la respiración agitada.

- ¿Quién está ahí, Nat?

- Maribel. Maribel está ahí con otro tío... ¡No está con él! No está en Barcelona.

- Pero habla con ella... Pregúntale... ¡Me dijiste que escuchaste que se iban juntos!- me decía Miriam cogiéndome de los hombros casi más nerviosa que yo.

- ¡Ya no sé ni lo que escuché!- dijo apesadumbrada.- Lo único que sé es que quiero que nos vayamos, por favor.

- Vale, vale... Vámonos, cariño- dijo Miriam de forma comprensiva.

Nos despedimos de Carla que entendió todo lo que pasaba, y dijo que ella se quedaría a cuidar de Luisa que estaba bastante entretenida comiéndole la boca

a uno de los chicos. Justo cuando nos dirigíamos a la puerta, el chico que se había presentado antes me tocó en el hombro.

- Hola, ¿te vas?

- Sí, lo siento, Pedro, pero me tengo que ir... Es una emergencia, lo siento de verdad porque...

- Raúl...

- ¿Qué?

- Me llamo Raúl.- dijo sonriendo el chico.- Me has llamado Pedro.

Mi cara palideció porque ya no sabía ni lo que decía; con un gesto nervioso miré al chico que me seguía mirando con esa sonrisa donde mezclaba comprensión y admiración:

- Márchate y dale la enhorabuena a ese chico... Tiene mucha suerte.- dijo soltándome el hombro.

- Gra...Gracias.- dije aún más sonrojada y saliendo corriendo de la discoteca con Miriam detrás.

Volví a llorar mientras Miriam me consolaba; Pedro no estaba con Maribel, pero tampoco estaba conmigo...

Me despertó en casa de Miriam el sonido de mi teléfono móvil; palpé aún con los ojos cerrados para mirar en la pantalla el indicador de la llamada entrante: ¿Maya? ¿Mi hermana llamándome dos días seguidos? Me desperté asustada pensando que podía haber pasado algo.

- ¡Maya! ¿Qué pasa? - dije muy asustada.

- Buenos días, hermanita... Le avisa su servicio de despertador marca Canales.- rió Maya al otro lado de la línea.- ¿Dónde estás?

- Buff, me quedé a dormir en casa de una amiga, porque ayer salimos...

- Ah, vale...Es que he estado en el piso de la abuela y no había nadie...

Durante unos segundos no reparé en sus palabras, hasta que en mitad de la

nebulosa del sueño, le encontré sentido a lo que mi hermana pequeña me estaba diciendo.

- ¿Qué has estado donde?- grité despertando a Miriam que dormía a mi lado.

- Bueno, he estado y estoy... Aquí sentada en el portal con la maleta; ¿no puede venir tu hermana a verte?

- ¡Madre mía, Maya! Me encanta...- dije alborozada por la alegría.- Voy para allá.

Me vestí corriendo, con unos vaqueros nuevos comprados ayer y las *all stars converse* rojas, y avisé a Miriam de que me marchaba que mi hermana estaba esperándome en mi piso; la pobre Miriam casi no podía hablar derrotada por el sueño a pesar de ser las doce de la mañana... Demasiado había hecho quedándose en vela casi toda la noche aguantando mis quejas y mis llantos. Le di un beso en la mejilla y la dejé dormir mientras yo salía de su habitación y me despedía de su madre para salir disparada hacia mi casa,

No sé qué me impulsaba a tener tantas ganas de ver a Maya; supongo que la situación emocional en la que me encontraba me hacía querer refugiarme en ella... Ya lo hice con lo de Esteban y sabía que nunca me defraudaría. Además, con su actitud en la llamada del día anterior me demostró que estaba comprensiva y que podría plantearle mis dudas. Decirle que había descubierto que Pedro no estaba con otra.

Era como decirle un “¿lo ves? No es tan malo” Pero es que ni yo misma sabía si era bueno o malo... Si el hecho de estar solo en Barcelona era por voluntad propia o porque Maribel había vuelto a jugar con él... Da igual, por primera vez quería contarle todo a Maya, porque quizás me serviría que ella me dijera cosas detestables de Pedro.

Llegué a mi portal en un tiempo digno de un record olímpico y allí estaba ella... Maya sentada en el portal con una maleta y mirándome con una sonrisa.

- Te quiero, te quiero, te quiero...- dije abalanzándome sobre ella.

- ¡Ay! Relájate, que me haces daño...- se quejó como siempre pero con una pequeña sonrisa.

- Tengo tanto que contarte... Pero, ¿qué haces aquí?

- Bueno, me dejaste preocupada por teléfono y quería saber que tal estabas...- dijo evitando mi mirada, supongo que avergonzada.

- Vamos al piso y te pones cómoda, ¿vale?- dije abriendo el portal.

- Vale, ¿pero estás bien? Te veo muy contenta... No harías ninguna burrada anoche, ¿no?

- Noooo... Estoy contenta por tenerte aquí. ¿Sabes? Tenías razón en que saqué conclusiones equivocadas con ese chico... No se ha ido con su ex novia

- ¿Ah no? ¿Y donde está?- dijo con los ojos abiertos como platos.

- Bueno, él si está en Barcelona, pero su ex está aquí sola...

- Pero bueno eso no significa nada; sigue sin estar aquí y habiéndose largado.

- Sí, pero me he dado cuenta de que me da igual... No sé si volverá o no; pero lo amo, Maya... Y tardaré en olvidarlo, porque me ha dado en unos meses mucho más de lo que ningún hombre me ha dado nunca.

- Nat, ¿no te estás pasando?- dijo situándose al lado de la puerta mientras yo la abría y entrábamos en el piso.

- Quizás, y te juro que lo odio por haberme dejado, pero no puedo evitar amarlo... Es superior a mí. Me trató mal y te juró que ahora mismo lo mataría con mis propias manos.

- ¿Sí?- sonrió Maya divertida con esa imagen.

- Pues sí...- dije con un aire triste.- Lo echo de menos, Maya.

Ella me abrazó mientras me besaba en la mejilla; después me preguntó que donde estaba su habitación y llevó allí su maleta... Me estuvo contando que había vuelto en el mismo bus que Gonzalo y que lo había encontrado súper cambiado. Yo sonreí porque sabía perfectamente que esa milagrosa metamorfosis, venía por mi amiga Miriam. Me alabó mi nuevo corte de pelo que, por supuesto, no le dije a que había sido debido.

Estuvimos charlando y poniéndonos al día durante casi dos horas en los que hablamos de Fernando, de papá y de mamá y, por supuesto, de Pedro... Ella se

fue a la ducha mientras yo me sentaba en el W.C. para seguir charlando, mientras se duchaba. Cuando salió, mientras se vestía con un pijama, yo me fui al salón y puse música.

- No puedes estar sin música, ¿no?- dijo ella llegando al salón y mirando la hora en la cocina.

- No mires la hora... Se puede poner música, los vecinos no se quejan; es temprano.

- Ya, ya...- dijo mirándome con ternura.- Ah, tengo algo para ti...

- ¿Sí? Ya te ha dado mamá algo para traerme, seguro.

Ella se perdió en su habitación y volvió con un sobre que me entregó; yo lo miré con sorpresa sin saber muy bien que podía ser.

- ¿Papá te ha dado dinero para mí? Siempre me lo ingresa en la cuenta...- dije mientras abría el sobre.

Una llave cayó del sobre y me quedé blanca al ver que se trataba de la llave de casa de Pedro; miré petrificada a Maya que me miraba con una sonrisa y cruzada de brazos.

- Maya... ¿Qué...Qué es esto?- dije tartamudeando.

- Creo que hay algo más dentro del sobre, ¿no?

Busqué dentro y había una hoja de papel doblada... La abrí muy despacio y reconocí de inmediato la letra de mi profesor de Literatura Aplicada.

“Creo que has perdido esto, porque no quiero pensar que lo dejaste a propósito... Sé que odias que siempre lo diga todo con notas escritas, así que... ¿Por qué no usas tu llave y vienes a buscarme?”

- ¿Te vas a quedar ahí sentada?- me dijo Maya.- Ve a buscarlo...

- Maya... ¿Tú...Tú sabes algo de esto?- seguí tartamudeando y señalando el papel.

- Te lo he dado yo, ¿no? Pero ya vale de charlas... Pedro te espera...

Me levanté como si estuviera en un sueño; le di un fuerte abrazo y salí

corriendo hacia la puerta con la llave en la mano... Me acerqué a la puerta de Pedro temblando y metí la llave para abrir.

Entré y allí estaba él, de pie apoyando su trasero en el respaldo del sofá; me miraba con gesto serio y yo correspondía con un gesto igual aunque estaba deseando de saltar a sus brazos... Y lo peor de todo es, que el hijo de puta estaba guapísimo con unos vaqueros desgastados que me volvían loca y una camiseta gris. Pero seguía teniendo muchas dudas en todo esto. ¿Y si Maribel lo hubiera abandonado y yo fuera una segunda opción? ¿O si de verdad viniera para decirme que tenía que marcharse para siempre? Pero todo se volvía más confuso con la última pregunta: ¿qué tenía que ver Maya en todo esto?

- Hola, diosa.- dijo convirtiendo su seriedad en una sonrisa.

- ¿Hola? ¿esa es toda tu explicación?- dije perdiendo un poco los estribos y rompiéndola distancia entre nosotros para darle un guantazo que le cruzó la cara.- Me has dejado aquí sola y muerta de miedo... Te he perdido sin haberte tenido nunca; sé que tu vida quizás no está a mi lado... Pero quería verte para decirte que te amo, que siento mucho haberlo hecho, pero me he enamorado de ti...

- Duele...- dijo acariciándose la mejilla restándole importancia a mi bronca como siempre.

- ¡Pedro! ¿Por qué te has ido? ¿Y por qué has vuelto? ¿Maribel te ha vuelto a abandonar?

- ¿Maribel? ¿Qué tiene que ver ella en esto?

- ¿Qué que tiene que ver? Los billetes eran dos... Te vi hablar con ella; ¿me vas a decir que los billetes no eran para irte a Barcelona con ella?

- Madre mía, tienes una imaginación prodigiosa...

- ¡Pedro, no me tomes por tonta!

- Eran para Gonzalo y para mí.- dijo muy tranquilo.

- ¡No me mientas!- dije haciendo el amago de golpearlo otra vez, pero me agarró la muñeca a tiempo.- Gonzalo estaba en mi pueblo...

Él se limitó a sonreír y a apretarme la nariz, en un gesto que sabía que me ponía muy nerviosa.

- ¿Quién te ha dicho que yo he estado en Barcelona?- dijo con esa sonrisa que me volvía loca.

- ¿Has estado en mi pueblo con Gonzalo?

- Y con Maya...

- No entiendo nada...- dije sin saber que decir y dándome cuenta de los errores que había cometido. “Conclusiones precipitadas” como decía mi hermana pequeña.

- Lo que no entiendes es que, hace tiempo, te elegí a ti.- dijo sacando una pequeña caja de su bolsillo.

Yo miraba con la boca abierta esa caja que él agitaba en su mano con una sonrisa; creo que el tiempo se detuvo y el aire faltaba en mis pulmones, cuando él empezó a hablar:

- Primero me parece que me tendré que acostumbrar a que las hermanas Canales me den guantazos...- dijo sonriendo para, de repente, ponerse serio.- Es verdad que me voy a Barcelona; me han hecho una oferta de allí y conseguí la recomendación de D. Ramiro... Pero no concibo mi vida sin ti, quiero que vengas conmigo y que empieces tu futuro junto al mío... Por eso fui al pueblo a hablar con tu padre...

Ante mis ojos abrió la pequeña caja donde brillaba un pequeño diamante de corte princesa engarzado en un anillo de platino que llenó de luz la habitación.

- Cásate conmigo, mi Rei

Como era de suponer yo estaba, totalmente bloqueada, con esa furia que había acumulado en mí creyendo que se había largado con Maribel para “comenzar una nueva vida”. Aunque, claro, no contaba con el pequeño detalle de cierto anillo que alguien agitaba en mi cara.

¡A quien quiero engañar! Estaba feliz... Quería gritar, bailar, ¡casi levitaba! Y fue en ese instante que ya no dudé más; en mi cabeza solo estaba Pedro, él era mi futuro, simple y sin más. Todos los errores, los malentendidos, los celos absurdos que casi me llevan a perder lo que más he amado en mi vida.

Vi en sus ojos todo el amor que me tenía; es increíble lo que pasa en una cabeza en un par de segundos y ¿saben? Jamás volvería a encerrarme en mi vida, la coraza desapareció para siempre, si es que había quedado algo

después del primer beso que un día me dio.

Así que tomé el anillo, me lo coloque en mi dedo anular de la mano izquierda, lo abrace de forma tierna mientras sus brazos rodeaban mi cintura y susurre en su oído:

- No...- provocando su sorpresa y desconcierto para luego llevarme la mano a la cara, acariciar el dichoso anillo y en una, no tan perfecta imitación de Gollum de El Señor de Los Anillos, decirle – Mi tesoro...oo...oo...

Pedro me miró torciendo el gesto desaprobando que no me tomara esas situaciones en serio; es como si fuera necesario para él escuchar el “sí” de mi boca, como si no se lo creyera hasta que no le mostrara que estaba dispuesta a empezar mi vida con él, sin miedos, sin corazas, sin pasados... Pero cuando estaba preparado para echarme un bronca y mandarme a la mierda – o a la esquina como yo solía decirle-, no tuvo tiempo de reaccionar, porque yo ya me había arrojado a sus brazos y lo estaba besando. Lo besé con mucha pasión, como si no lo hubiera besado en meses y no en días. Como si fueran necesarios sus labios para sellar ese compromiso... Era el mejor de los “sí” que le podía ofrecer...

Acaricié su espalda y no puede evitarlo: extrañaba su trasero, así que baje mis manos y lo acaricié mientras él sonreía dejándose hacer. Mi mano entró bajo su camisa con mi flamante anillo de compromiso en ella y comencé a desvestirlo... Segundos eternos como si fueran meses, porque lo tenía allí, con el pecho desnudo. Bajé mis manos y desabroché su cinturón; él me dejaba hacer y yo encantada porque esa noche prometía ser mas que especial... Y es que, Pedro era mío.

Cuando le tuve desnudo frente a mi, me arrodillé y comencé a acariciar su miembro... Suavemente mi mano subía y bajaba, sintiendo la dureza de aquella polla palpitar en mi mano. Abrí mi boca y sentí el sabor de esa polla que me volvía loca y que me llenaba tanto física como emocionalmente.

- Devorable- sonreí sacándola un instante de mi boca mientras él sonreía por mi comentario.

Creo que a estas alturas de la historias ya sabéis que me vuelve loca mamar ese trozo de carne que adoraba; pero más adoraba amar a Pedro todo lo que

mi cuerpo me permitiera.... Mientras su polla entraba y salía de mi boca, con mi lengua le daba pequeñas caricias en su frenillo y luego chupaba su glande, y sentí como, después de un buen rato, mi Gendo se tensaba... Pero no era tiempo todavía de dejarlo explotar.

Me levanté y empecé a desnudarme, mientras él me miraba suplicante... Allí estaba mi prometido que, en cuanto me vio desabrocharme el pantalón vaquero era tanta su gana de mi, que me arranco la ropa...

- ¡Qué manía tienes con destrozar mi ropa!- me quejé bromeando.

- La última vez fuiste tú quien reventaste los botones de mi camisa.- contestó mientras acunaba con sus manos mis pechos y sentí su boca en uno de mis pezones.

Con solo su aliento y yo estaba más que húmeda... Su boca en mis pechos y su mano entrando en mi braguita, acariciando mi monte de Venus. Me llevo al sofá -a ese sofá donde nos entregamos la primera vez- y sonreí...

Me recostó, hizo que abriera mis piernas y, con sus labios, empezó a recorrer mi entrepierna, besando y jugando con su lengua en el interior de mis muslos y me hacía desesperar.

- Por favor -suspiré y él supo, inmediatamente, lo que quería.

Suavemente con su lengua recorrió de arriba a abajo mi raja. Era una delicia, sentir esa lengua en mi clítoris, para luego sentirme penetrada por ella. Pequeños golpecitos en mi coñito con su lengua, que me hacían enloquecer y morderme la mano para no gritar de forma desesperada.

Subió para besarme, y si hay algo que mi prometido hace que me vuelve loca es eso: besarme y sentir mi propio sabor en sus labios. Es como si un eterno orgasmo se hubiera apoderado de mí.

Supongo que, a esas alturas, mi Gendo estaba como yo, porque sentí su polla entrar en mí... Tenerle dentro y mirar sus ojos me hizo comprender que así estaba destinado a ser, con el dentro de mí para siempre... Ojalá se detuviera el tiempo en ese instante en donde dos personas se fusionaban y se convertían en una sola...Me sentí completa.

El deseo irrefrenable que teníamos acumulado por la tensión de ese fin de semana nos hizo explotar y, mientras el ritmo de sus embestidas iba en

aumento, yo movía un poco mis caderas, y sentía el aliento de mi Gendo en el cuello. Mis piernas cruzaban su espalda como las agujas de un reloj y mis dientes marcando su hombro y haciendo gemir en mi oído... De repente, un corrientazo recorrió mi espalda... Era la señal, mi orgasmo estaba próximo.

- ¡Mi amor ahhhg! Me corro... Cariño...Umm... Me corro.- dije ya sin evitar mis escandalosos gemidos.

- ¡Córrete conmigo, diosa!

Los dos explotamos en un “AHHHHH!!” al unísono; y sentí su leche llenando mi coñito y mi útero... Y su polla y sus piernas mojadísimas por mi brutal corrida que me dejó deshecha... Echaba tanto de menos desfallecer entre sus brazos.

El día se nos juntó con la noche amándonos, y deseando que nunca amaneciera... Una, dos, tres veces... No sé las veces que hicimos el amor, porque a pesar de la intensidad de nuestro deseo sabía perfectamente que estábamos haciendo el amor, aunque se derramara en mi boca o lo hiciera en mi trasero.

Su cuerpo, ese divino tesoro, que un día deseé que fuera mío y que ahora era mi propiedad; porque así me sentía: su dueña...

- Sabes que no pienso casarme contigo mientras no te crezca el pelo como antes.- bromeó reparando en mi corte de cabello, cuando yo creí que no lo había hecho.

- Pues tardará en crecer, así espero que sepas esperar sentado.- dije mientras sonreía apoyando la cabeza en su pecho.

- O ponerte extensiones...- dijo él sonriendo y viendo mi cara de enfado.- ¡Es broma cariño! Estás guapísima...

Me volvió a besar y nuestras lenguas de nuevo se entrelazaron; su aliento en mi cara, sus manos en mi trasero y mis tetas pegadas a su pecho... Un paraíso personal en los límites de una cama.

- Te extrañé mucho, mi Gendo.

- Ya no lo harás nunca más, mi Rei...- me dijo cogiendo mi mano para mostrarme el anillo que llevaba puesto.

- Pedro... Yo no quiero ir de luna de miel; ¿y si nos encontramos a un asesino en serie que mata parejas de recién casados?- bromeé haciendo

referencia a la trama de la novela que hizo que nos conociéramos.

- No te puedes tomar nada en serio, ¿verdad?- gruñó pellizcándome el trasero desnudo.

- ¿Perdona? Has empezado tú diciendo que no te casabas conmigo por el corte de pelo.

- Bueno, tienes razón.- dijo besándome de forma dulce en los labios.- ¿Sabes una cosa? Si vamos de luna de miel y hay un asesino en serie, como tú dices, no soportaría ver que te hicieran nada... Quiero ser “el primero en morir”.

José no sabía donde meterse de los nervios; caminaba por el salón de casa como si quisiera hacer un surco de tanto ir y venir... Su ex mujer, la madre de Nat, se acercó a él con una sonrisa; es lo ideal que tiene haber mantenido una excelente relación tras la separación. Iba vestida con un vestido corto de tonos verdes y pastel y un tocado de color marrón. Además hoy no era un día para rencillas: hoy se casaba su hija mayor y los dos estaban orgullosos.

- Relájate un poco, ¿vale? Se supone que tu hija debe de verte tranquilo para que ella controle los nervios.- dijo mientras le arreglaba el nudo de la corbata.- Pase el tiempo que pase, nunca sabrás anudarte una corbata.

- Bueno, siempre estabas tú para hacerlo; y creo que me pone más nervioso lo que está tardando tu hija que el hecho que se vaya a casar.

- No seas cascarrabias, José... El novio siempre tiene que esperar un poco.

- Eso es otra cosa que no hemos hablado... ¿Qué te pareció Pedro?- dijo el padre de Nat.

- Bueno, parecía buen chico; demasiado hace aguantando a tu hija como para juzgarlo.

- ¡No seas así!

- ¿Qué quieres que diga? Ya conoces a Natalia; es muy infantil a veces, y el chico tendrá que ser paciente para eso... Ese carácter que tiene.

- Te recuerdo que lo sacó a ti...

- Bueno, ya discutiremos eso más tarde.- dijo tras haber oído el timbre de la casa sonar.

El padre de Nat se apresuró a abrir la puerta, como un modo de distraer un poco su atención. Al abrir la puerta se encontró frente a ella a Gonzalo, el mejor amigo de su hija y que sería el encargado de conducir el coche que los llevaría a la iglesia.

- Vaya, José, está usted muy guapo con corbata.- bromeó Gonzalo con una sonrisa de oreja a oreja.

- No te cachondees si quieres salir sano en las fotos.- dijo José cada vez más incómodo de tener que llevar ese sofisticado traje.

José se fijó en la chica que venía con el muchacho; una espectacular mujer de la edad de su hija con un traje color pastel palabra de honor y una falta por encima de la rodilla que mostraba sus bien torneadas piernas.

- José, quiero presentarte a mi novia...- dijo Gonzalo cogiendo de la mano a la chica.- Miriam, éste es José, el padre de Natalia.

- Encantado guapa... No sabes lo que haces saliendo con este energúmeno.- bromeó José, que conocía a Gonzalo desde que era un crío.

- Sí, yo tampoco lo sé - dijo Miriam esbozando una sonrisa y provocando la mirada de su recién estrenado novio.

- Es amiga de Natalia de la universidad... A propósito, está ya preparada.

- Pues no... Y me tiene muy nervioso; su madre ha ido a su habitación a ver que le queda.

- Bueno, si me permitís voy a verla, ¿vale? Estoy deseando...- dijo Miriam pasando por al lado de José y entrando en la casa.

- La segunda puerta al fondo del pasillo...- le indicó José mientras cerraba la puerta cuando Gonzalo pasó.

Los dos hombres se quedaron en silencio en el salón, mientras el padre de la novia volvía a sus paseos de una punta a la otra del salón.

- Tranquilízate, José... Ya está suficientemente nervioso Pedro.

- ¿Lo has visto?- preguntó José.

- Sí, claro... Fuimos juntos esta mañana al barbero y a tomar

café, juntos- dijo muy tranquilo Gonzalo.- El desayuno de despedida, jajá.

- Gonzalo, ¿conoces bien a Pedro?

- Sí, José... ¿Me estás pidiendo mi opinión sobre él?

- Quiero saber la opinión de un hombre; por supuesto, que Natalia y Maya me hablan maravillas del chico, pero...

- Pues no te preocupes, hombre...- dijo el chico con su mano en el hombro del padre de la novia en un gesto de confianza.- Pongo la mano en el fuego por Pedro, y estoy seguro que no me quemaré. Me conoces bien y sabes no dejaría que ningún gilipollas se acercara a tu hija.

El hombre asintió palmeando la mejilla del muchacho mientras respiraba hondo; la emoción contenida se hacía cada vez más insoportable.

- Además, ha pasado la criba de Maya y de su madre; eso ya lo cataloga como una buena persona, jajá.

- Sí, la verdad que en eso llevas razón- rió José con la broma del muchacho.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación de Natalia y salió, en primer lugar Miriam con una sonrisa; detrás suya la madre de la novia con la peluquera y la ayudante colocando el vestido y, por fin, la protagonista: Natalia Canales.

- ¡Vaya! Eres la novia más guapa del mundo, Nat.- dijo Gonzo, para inmediatamente recibir una colleja que casi le hace caer de cara al suelo por parte de José.

- ¡Se llama Natalia!- dijo con gesto serio y con las lagrimas asomando en sus ojos, mientras todos sonreían.- Y, sí, es la novia más guapa del mundo...

Pedro estaba ya en la puerta de la Iglesia, acompañado de Dani, el amigo de Gonzalo y el resto del equipo de baloncesto... Trataba de controlar sus nervios, porque no era muy dado a toda esta parafernalia y mucho menos a ser el centro de atención de un acto como este. Muchos de los profesores de la universidad asistirían a la ceremonia, incluido D. Ramiro, el padre de Maribel.

- Deja de resoplar, es normal que se retrase un poco...- trató

de tranquilizarlo Maya, agarrándole la mano.

- Muchas gracias por ser mi madrina...- dijo Pedro con un gesto mezcla de agradecimiento y de pánico escénico a lo que se venía encima.

- Bueno, me gustó que me lo pidieras... Ya que tus padres no están.- dijo señalando al cielo.- No podía dejar que te llevara al altar cualquiera. Al final me vas a caer bien; pero hubiera preferido que me lo hubieras pedido tú y no Nat...

- Lo sé, pero a esas alturas aún no sabía lo que pensabas de mí.

- Pedro, mi hermana es feliz contigo y eso me hace quererte y adorarte...- dijo Maya sonriente.- Además el hecho de ser tu madrina me da más derecho a matarte si haces algo malo.

- ¿Aún crees que voy a hacer algo malo?- dijo con gesto serio Pedro.

- No creo, en el fondo ya te tenemos domesticado....

- Más o menos...- sonrió el novio, guiñándole un ojo a su futura cuñada oficial.

D. Ramiro se acercó a Pedro y le estrechó la mano, mientras Maya se alejaba para dejarlos a solas y estar un rato con Fernando, su novio. Al estar alejada de Pedro, llamó con el móvil de su novio a Gonzalo.

- ¿Gonzo?- preguntó Maya nada más escuchar el teléfono.

- No, soy Miriam... Dime Maya.- contestó la novia del chico.

- ¿Ya venís de camino? Pedro está que se sube por las paredes...

- Sí, sí... Id entrando ya que estamos llegando...

- Perfecto...- dijo Maya con una sonrisa en la cara.- Ahora mismo... Un besito Miriam.

- Hasta ahora...

Maya fue, de nuevo, hacia Pedro que hablaba amigablemente con D. Ramiro y otro profesor de universidad.

- Pedro, ya es hora de entrar... Nat está llegando.

El chico tragó saliva y miró a Maya; estaba a punto de dar el primer paso para el resto de su vida y no se arrepentía, solo tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias. Todo lo de la boda era más una cuestión de agradar a la familia que algo necesario para él... De hecho, estaba seguro que no se hubiera casado nunca con nadie, pero Nat tenía la virtud de desbaratar sus planes, sus ideas y hacerle cumplir sus sueños.

- Está bien, vamos...- dijo el chico cogiendo el brazo de Maya.

- Aún puedes echar a correr...- bromeó Dani acercándose a él.

- En mi vida he estado más seguro de algo.- dijo Pedro

Y entró en la iglesia.

Cuando el Ave María de Schubert comenzó a sonar en la Iglesia, todos los invitados se pusieron de pie y miraron hacia la puerta de entrada; Pedro, con Maya al lado, sufría de impaciencia por ver entre la muchedumbre a la que sería su mujer.

Ahí entraba Gonzalo, cogido de la mano de Miriam, hacía uno de los bancos guiñándole un ojo... Y entonces apareció ella.

Con un vestido color champagne, con escote palabra de honor sin tirantes y los hombros descubiertos; una falda de organza con volantes y un cinta de raso en la cintura con borlas decoradas... En el pelo un recogido en el cabello con un velo catedral que ocultaba su rostro y solo descubría esos labios que volvían loco a Pedro...

Nat, con una simpática sonrisa al llegar al altar, tranquilizó a su futuro esposo que comprendió en ese instante que estaba destinado a pasar el resto de su vida con esa mujer que un día le recriminó que le mirara las piernas medio desnudas.

Por la cabeza de Pedro pasaron imágenes de los últimos meses... Esa chica escondida tras su padre que lo saludó con caras de pocos amigos en el portal; la misma que le hizo comprender hasta donde podía llegar el significado de la palabra “provocación” al masturbarse delante de su ventana... La misma preciosa muchacha que casi le estrella el teléfono móvil en la cabeza cuando partió la llave o que se contoneaba delante suya celebrando un gol del

Barça... Esa chica, su Rei, su diosa, su Nat o, simplemente, Natalia...

Natalia miró a Luisa, a Carla, a Almudena y, sobre todo, a Miriam con la que había compartido tantas confidencias; estaba tan contenta de que, por fin, Gonzalo y ella hubieran superado sus miedos hace un mes que su felicidad era mayor aún.

Cuando llegó al altar al lado de su prometido, su padre estrechó la mano del chico y se acercó al oído para decirle:

- Cuídala, Pedro... Te entregó una de mis hijas más...- dijo José emocionado.

- No te preocupes José; la quiero con toda mi alma.- dijo el chico.

- Lo sé, hijo, lo sé...- dijo al hombre abrazando a su futuro yerno y entregando la mano de su hija.

La chica que seguía mirando a Pedro con una sonrisa de total felicidad se situó enfrente del oficiante sin ser capaz de concentrarse en sus indicaciones.

- Sabía que no te atreverías o te dejarían hacerlo.- le susurró Pedro acercándose a su oído.

- ¿Tu crees?- dijo Nat con una sonrisa y arqueando sus cejas.

Con un gesto gracioso, levantó unos centímetros la falda de su vestido hasta dejar al descubierto unas zapatillas *all stars converse* de color blanco... Pedro tuvo que aguantar la risa y volvió a susurrar:

- Estás loca...

- Por ti, idiota.- sonrió la chica cogiendo de la mano a su chico.

- Queridos amigos, estamos aquí reunidos para unir en santo matrimonio a Natalia y a Pedro...- comenzó el sacerdote.

